

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

**El género del trabajo social: una reconstrucción genealógica
desde la perspectiva de género**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

M^a Isabel Nebreda Roca

Directora

Amparo Serrano Pascual

Madrid
Ed. electrónica 2019

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID

EL GÉNERO DEL TRABAJO SOCIAL:
UNA RECONSTRUCCIÓN GENEALÓGICA DESDE
LA PERSPECTIVA DE GÉNERO

Memoria para optar al grado de doctora presentada por:
María Isabel Nebreda Roca

Directora: Amparo Serrano Pascual

Madrid, 2018

Autora

María Isabel Nebreda Roca

Título

El género del Trabajo Social: una reconstrucción
genealógica desde la perspectiva de género

Directora

Amparo Serrano Pascual

Programa

Programa de Doctorado en Sociología y Antropología Social
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Complutense de Madrid

Depositada

Octubre de 2018

Agradecimientos

En primer lugar quiero nombrar a mi directora de tesis, Amparo Serrano Pascual. En este largo viaje me ha acompañado, cuidado y sostenido durante todo el proceso. Sus orientaciones, comentarios y correcciones han sido siempre muy oportunas por su gran *saber hacer* investigador del que he aprendido tanto. Sin su dirección este trabajo no se hubiera concluido.

Quiero agradecer a todas las y los profesionales que se prestaron a ser entrevistas, y que me facilitaron nuevos contactos y documentación. Gracias por vuestra colaboración como participantes en la investigación.

Otras personas de este largo viaje a quiénes agradecer son las compañeras del Instituto de Investigaciones Feministas de la UCM, espacio donde siempre me he sentido muy acogida. También mi agradecimiento al departamento de Trabajo Social y Servicios Sociales de la Facultad de Trabajo Social, del que formo parte y en que siempre me he sentido reconocida. Una de las cosas de las que me siento más orgullosa es haber tenido la oportunidad de elaborar el programa de la primera asignatura específica de género en los estudios de Trabajo Social de la UCM, y por ello quiero expresar mi agradecimiento a Elena Roldán y a Luisa Posada Kubissa.

No puedo dejar de nombrar a mis compañeras de los Servicios Sociales del Ayuntamiento de Pinto (Madrid), mujeres que me acogieron cuando comencé mi andadura profesional como trabajadora social y no dejaron de apoyarme cuando me hicieron el encargo de la puesta en marcha el Departamento de la Mujer del

Ayuntamiento de Pinto. Tampoco puedo dejar de recordar a las compañeras de las áreas de Mujer de los Ayuntamientos de la Comunidad de Madrid. Con todas ellas participé de lo que ahora reconozco como un grupo inteligente (de mujeres) y aprendí los beneficios del trabajo en red; organizando encuentros de asociaciones de mujeres o impulsando la red de ciudades contra la violencia de género, entre muchas iniciativas. Todas y cada una de ellas fueron muy generosas compartiendo saberes, proyectos y recursos. Algunas de ellas se han convertido en mis queridas amigas feministas, Begoña Barrio, Purificación Barreiro y Engracia de los Riscos, entre muchas otras. Un lugar muy especial en mi trayectoria profesional lo ocupa Montserrat Castanyer, referente del Trabajo Social en España y quien me dio la oportunidad de comenzar mi carrera profesional en el mundo del Trabajo Social, de la mano de INTRESS.

Así, llegamos a ese grupo de personas que se han ocupado de la parte más emocional. Mi familia, sin saberlo, posibilitando que fuera la primera mujer de la familia en cursar estudios universitarios. Mis queridas compañeras y sabias amigas, Maribel Martín Estalayo, Victoria de las Heras y Belén Arijá. Y a Luis, que ha sufrido la tesis muy de cerca.

Para cerrar este epígrafe, me gustaría agradecer a todas y cada una de las personas que se han preocupado en algún momento por saber cómo llevaba el largo parto de esta tesis. Gracias.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
INTRODUCCIÓN	9
Capítulo 1. Ejes que articulan el territorio simbólico de la feminidad normativa y fronteras identitarias del Trabajo Social	25
1.1 Introducción	25
1.2 Ejes que articulan el imaginario de lo femenino y su vínculo con el espacio simbólico del Trabajo Social	28
1.2.1 Domesticidad: el hogar como metáfora de la mujer	30
1.2.2 Mística maternal: la maternidad como metonimia de la mujer	44
1.2.3 La cultura de la afectividad: alegoría de lo femenino	51
1.2.4 La educación como espacio emblemático del imaginario social	58
1.3 Apuntes en femenino sobre el nacimiento del Trabajo Social	66
Capítulo 2. El enfoque metodológico y el diseño de la investigación	79
2.1 Introducción: elección y posición epistemológica	79
2.2 El método genealógico	84
2.3 Aportes de la Perspectiva Feminista que enriquecen la investigación	86
2.4 Las técnicas de investigación utilizadas	88
Capítulo 3. La prehistoria del Trabajo Social en España	93
3.1 Introducción	93
3.2 Usos de la caridad e institucionalización	97
3.3 El Reformismo Social: la Beneficencia y la caridad en la etapa de la Restauración y reinado de Alfonso XIII.	103
3.4 La posición ambivalente del trabajo asalariado de las mujeres a finales del siglo XIX y principios del XX: entre el proteccionismo y la hostilidad	111
3.5 La Segunda República y la Guerra Civil	118
Capítulo 4. La intervención benéfico-asistencial en la dictadura franquista: de la acción benéfica a la profesionalización del Trabajo Social	133
4.1 Introducción	133
4.2 Canon del arquetipo femenino franquista: el “ideal católico femenino” y el modelo de domesticidad de la Sección Femenina	138
4.2.1. Política de género franquista	139
4.2.2. Socialización de las mujeres en el deber patriótico: buenas madres y esposas	143
4.3 El Franquismo Social	152

4.4 Nacimiento y consolidación de Cáritas Española.....	162
4.5 Desarrollo y contenidos curriculares del Trabajo Social.....	165
Capítulo 5. La Transición del Trabajo Social en España	179
5.1 Introducción	179
5.3 La Transición de las Instituciones Formativas: de Escuelas de Asistentes Sociales a Escuelas Universitarias de Trabajadoras Sociales.....	199
5.4 El Trabajo Social en la reorientación de la Política Social: de la Asistencia Social al Sistema Público de Servicios Sociales.....	204
Capítulo 6. El Trabajo Social (en crisis permanente): una profesión permanentemente interpelada	213
6.1 Introducción	213
6.2 Los congresos y encuentros profesionales en los ochenta: la búsqueda de un territorio identitario	217
6.3 Las relaciones tortuosas y paradójicas: el Trabajo Social fagocitado por los Servicios Sociales.....	223
6.4 La irrupción del Feminismo Institucional	229
6.5 La ceguera del género en una profesión feminizada	246
7. CONCLUSIONES: La crisis del género y el género de la crisis del Trabajo Social.....	257
8. BIBLIOGRAFÍA	275
9. ANEXOS	303
ANEXO I: Guion y temas ejes de las entrevistas a informantes clave	304
ANEXO II: Informantes clave	306
ANEXO III: Ilustraciones y cuadros explicativos	307
ANEXO IV: Cronología de hitos en la historia de la Acción Social y el Trabajo Social	309
10. RESUMEN Y ABSTRACT	315

PRESENTACIÓN

De cómo la investigación tomó forma....

El tema objeto de investigación que presento se fue gestando mucho antes de decidir que se iba a transformar en tesis doctoral. Qué es el Trabajo Social, su configuración histórica en España y modos de construcción de la profesión, la ausencia de una perspectiva crítica-reflexiva en la genealogía del Trabajo Social o la cuestión de la feminización de la profesión son algunas de las preguntas que me han acompañado a lo largo de mi trayectoria profesional. Y a estas primeras cuestiones, unas en forma de interrogantes y otras ya interrogadas en otros estudios e investigaciones, seguían sumándose nuevas preguntas sobre las que investigar, como los motivos de los pocos estudios sobre las representaciones de género en el quehacer profesional o las dificultades de entendimiento entre el Trabajo Social y el Feminismo.

Mi inquietud intelectual solicitaba una atención especial a la propia experiencia profesional acumulada, tanto en el ámbito de los servicios sociales como en la promoción de las políticas de igualdad de género. La doble óptica como trabajadora social y técnica de políticas de igualdad en una entidad local me ofrecía constantemente la oportunidad de empezar a responder a los interrogantes formulados en el quehacer profesional, más allá de las respuestas ya construidas. Posteriormente he sumado a la doble óptica la experiencia como profesora asociada de Trabajo Social. Por tanto, este trabajo se presenta como un viaje tanto

personal como intelectual donde se imbrica lo biográfico y lo profesional, y el nexo indisoluble de lo práctico y lo teórico.

La toma de conciencia de la complejidad del “pensar y el hacer” por el recorrido narrado ha guiado en buena medida el interés por emprender esta investigación y me ha llevado a elegir como tema objeto la genealogía del Trabajo Social en España desde una perspectiva de género, prestando especial atención al período 1975-1990 e indagando sobre la presencia/ausencia de la perspectiva de género en el Trabajo Social. La revisión de la historia no forma parte de un ejercicio puramente narrativo; se acude a ella como parte de un proceso reflexivo que busca profundizar en la construcción histórica del sujeto profesional de trabajadoras sociales y explorar las influencias que atraviesan la *episteme* de la profesión en las formas de hacer y de pensar. La pretensión no se dirige a repasar las cronologías conocidas, sino a la producción de nuevas miradas sobre la historia de la profesión e impulsar una revisión que permita visibilizar a las mujeres como sujetos protagonistas y la impronta femenina en el nacimiento de la cuestión social. Observar y revisar el pasado para así descentrarnos y distanciarnos de las narrativas conocidas de la historia y representación oficial del Trabajo Social es tarea de esta investigación y para ello se reconstruye su genealogía desde una perspectiva de género.

INTRODUCCIÓN

El Trabajo Social se ha ido gestando desde finales del siglo XIX con la irrupción de la llamada *cuestión social* (Castel, 1997). Se suele apelar a la existencia de actos fundacionales pero el Trabajo Social no nació espontáneamente. Como indican Álvarez-Uría y Parra, el Trabajo Social “no nació de repente, como por arte de magia, ni fue el fruto de una mente privilegiada y singular, con capacidad para la innovación” (2014: 94). Sin embargo, al establecer su génesis encontramos que una parte importante de su historia gira en torno a la politización de la pobreza, cuando la extensión de la pobreza pasa a percibirse como una situación que interpela a la sociedad. No podemos dejar de señalar que el Trabajo Social nació como un saber empírico, como una actividad filantrópica (Zamanillo, 1991), centrado en la atención a los pobres en una mezcla de asistencia, control y represión.

Pero el Trabajo Social resulta ser una disciplina difícil de concretar en su origen y fronteras por su carácter dinámico y cambiante, como ocurre con la pobreza, que es relativa y variable, y que cambia dependiendo del contexto social e histórico. Sostiene el historiador Carasa (2010) que podemos también encontrar una concepción diferente de la pobreza, menos estudiada, la que se centra en aquellos conflictos inmateriales que la rodean: precariedad de aspectos intangibles,

como conocimiento, información, influencias...rasgos que podemos identificar también en el Trabajo Social. Aunque el objeto de la disciplina es multiforme, si hay algo que ha permanecido y permanece de forma permanente es la cuestión de la feminización de la profesión a lo largo de toda su trayectoria histórica, al igual que la feminización de la pobreza.

En los trabajos sobre los antecedentes de la disciplina, el protagonismo mayoritario en cuanto en la autoría intelectual es masculino y se in-visibiliza la contribución de las mujeres en la articulación de la cuestión social¹. Recientemente se están incorporando “nuevos” nombres como Jessie Taft, Edith y Grace Abbot o Ida Cannon, entre muchas otras, para sumarse a las pioneras más conocidas como Mary Richmond y Jane Addams. Mary Jo Deegan (2005:24) describe la doble discriminación sexual-disciplinar que sufrieron las primeras trabajadoras sociales-sociólogas por parte de los varones, y hace especial referencia al caso particular de Jane Addams. En la Escuela de Sociología de Chicago, de la cuál Addams fue referente, se consideraba la recolección de datos cuantitativos y estadísticos como una tarea de mujeres (Deegan, 2005:46). A principios del siglo XX se generó una división político-disciplinar: la sociología científica pasó a estar dominada por varones y el Trabajo Social por mujeres en Estados Unidos, país referente en la profesionalización del Trabajo Social. Un dato interesante que recoge Bibiana Travi es que muchas “sociólogas” devinieron en trabajadoras sociales al tener muchas barreras para insertarse en ámbitos académicos (Travi, 2014:42). Todo lo anterior ilustra lo que la filósofa feminista M^a Luisa Femenías denomina los sesgos de género y el androcentrismo de las disciplinas (2011:11).

Esta omisión de mujeres ha sido invisibilizadas en la historia del Trabajo Social y en las instituciones formativas resulta todavía más paradójico cuando se reconoce como un aspecto relevante del Trabajo Social la característica de ser una profesión feminizada y se resaltan, en los repertorios de prácticas del quehacer profesional, los valores y contenidos que dan forma a las relaciones de género en la cultura

¹Entre los referentes masculinos más citados en la narración oficial que sentaron las bases para los proyectos reformadores de los siglos XIX y XX, destacan, entre otros, las figuras de Juan Luis Vives (1492-1540), San Vicente de Paúl (1576-1660), Thomas Chalmers (1780-1847) y Samuel A Barnett (1844-1913)

occidental. El hecho de que en los antecedentes e historia del Trabajo Social no se haya visibilizado a la mujer como sujeto activo no quiere decir que sea un fenómeno exclusivo del Trabajo Social como ya hemos referido. Otras disciplinas han dado cuenta de este problema, pero en el ámbito del Trabajo Social esta ausencia resulta particularmente paradójica, teniendo en cuenta el importante papel de las mujeres como impulsoras de la ayuda social e “inventoras” del Trabajo Social.

En esta investigación se aborda una revisión de la narración oficial acerca de la evolución del Trabajo Social, preguntándonos las razones que explican la escasa aparición de las mujeres en la reconstrucción del mito de origen del Trabajo Social, un absoluto religioso y/o revolucionario como la justicia social que se originó desde la calle como oficio y no en la academia, lo que genera importantes dificultades para el reconocimiento. A lo largo del siglo XIX e inicios del XX son mujeres como la inglesa Octavia Hill² y las americanas Jane Addams y Mary E. Richmond las que permitieron que el Trabajo Social entrara en las ciencias sociales definiendo el objeto y el sujeto de la acción social. En la historia de la profesión han participado hombres pero muchas más mujeres; sin embargo no se reivindica con orgullo el protagonismo femenino de la profesión. La paradoja es que es de sobra conocida la impronta que dejaron determinados hombres, ya que conocemos bien sus datos y obras; de las otras protagonistas, salvo mujeres “excepcionales”, ni nombres ni contribuciones. Este silencio pone de manifiesto la necesidad de investigar el papel de las mujeres y su contribución al desarrollo de la profesión; indagar lo que Catherine Duprat (1993) calificaba como “figuras enmudecidas” de la historia, al referirse al papel de las mujeres de la Sociedad de Caridad Maternal de París. Esta investigación trata de responder a una necesidad de construir una historiografía que recupere la voz de sus protagonistas en cada momento y lugar.

La historia no debe operar como una entidad productora de “realidades”, sino como un referente dinámico que permita descentrarnos de las narrativas oficiales. A través de las cronologías y textos del Trabajo Social podemos acceder al conocimiento de las prácticas de cuidado y ayuda social que apuntalan parte del

²Octavia Hill fue miembro de muchas sociedades y comisiones inglesas como la Royal Commission on the Poor Laws (1904), fundadora e ideóloga de la Charity Organization Society (.CO.S.).

saber y del hacer que las mujeres han venido consolidando a lo largo de la historia. Nociones como maternidad, socialización de la prole, cuidado, responsabilidad, servicio al otro, con base en una relación de proximidad, han contribuido a la definición de lo femenino en la cultura occidental³. Conocer cómo se ha instrumentalizando a las mujeres y a sus imaginarios en el Trabajo Social, incorporando la perspectiva de género, es también tarea de esta investigación. Esto nos permitirá entender el papel de las mujeres no tanto como “ausentes” en la Historia sino como sujetos activos e integrantes de la estructura social, en la línea de análisis que propone Nancy Armstrong (1991) o Margaret Maruani (2007) desde otra perspectiva.

Para abordar la cuestión de género y sus traducciones en cada momento histórico acudimos al análisis del modo en que la ayuda social y el cuidado han ido tomando cuerpo como actividad en el espacio público. La asistencia y la ayuda directa al otro, como ejercicio de caridad, es una responsabilidad que históricamente ha sido asignada a las mujeres. Ya en los “Statuta Ecclesiae Antiquae”⁴ aparecen reservadas a las mujeres, principalmente a las viudas de las clases acomodadas, las funciones asistenciales y de cuidado de los enfermos. La caridad se configuró en la Edad Media como un dispositivo de organización del tiempo libre de ciertos grupos sociales de mujeres. La caridad, ejercicio supremo del amor cristiano, por y para el otro sin pensar en una misma, es un principio de organización en las prácticas sociales de las mujeres de ideología cristiana. Las Hijas de la Caridad⁵, y antes ya las beguinas en el siglo XII, constituyen dos prácticas relevantes de organización semi-religiosa para pensar los antecedentes del Trabajo Social en occidente, ya que constituyen un referente histórico de

³Entendemos que el concepto de lo femenino posee significaciones distintas y cubre realidades empíricas diferenciadas y, por tanto, procesos de subjetivación de la identidad de género que deben ser contextualizados en función de la clase, la etnia y de otras identidades como la religiosa, la edad o la política, en un momento histórico particular.

⁴ El Statuta Ecclesiae Antiqua era una colección de 102 cánones sobre disciplina de la iglesia, recogidos en la Collectio Hispana (Isidoriana) -que fue durante mucho tiempo la única fuente de conocimiento - bajo el título de un concilio de Cartago (el cuarto) en el año 389 dc.

⁵ Las Hijas de la Caridad se distinguen en la atención a la pobreza. Una de las actividades que tuvo comienzo con ellas fue la ayuda social y cuidado de enfermos en los hogares, la moderna ayuda a domicilio, organizadas en el contexto de planificación caritativa del siglo XVII.

agrupación de mujeres que conviven para el ejercicio de la caridad y tareas asistenciales, y porque permiten mostrar la continuidad histórica de las prácticas de ayuda social y cuidado, organizadas e implementadas por las mujeres.

La Revolución Francesa marcará el fin del Antiguo Régimen y el inicio de la Edad Contemporánea, y conllevará cambios políticos, nuevas formas de gobierno, nuevos marcos legales y nuevas regulaciones de la pobreza. Durante el siglo XIX, viejos y nuevos sistemas coexistirán hasta la intervención de los reformadores sociales. Es a principios del siglo XIX cuando algunos países europeos impulsan nuevas regulaciones de la “cuestión social” y la pobreza, fomentando la denominada “maternidad social”⁶. Las circunstancias económicas y políticas de los países protestantes y católicos en los siglos XIX y XX en Europa, EE.UU. y Canadá son determinantes para establecer un mapa de las trayectorias de profesionalización. En el seno de estas trayectorias, las mujeres constituyen un recurso inestimable para la expansión del cristianismo en Occidente a través de la institucionalización de centros de formación para la prestación de ayuda social tecnificada. El hecho de que las mujeres se utilizaran como soportes de la expansión y control de la caridad cristiana procuró, sin embargo, trayectorias emancipadoras a mujeres de familias de clase burguesas, que adicionalmente poseían el capital social. Algunas experiencias llevadas a cabo son las iniciadas por Ellen R. White en 1859 en la London Bible Women and Nurses Mission o las protagonizadas por Octavia Hill⁷ al frente de la Charity Organisation Society, entre otras. Para la historiadora francesa Michelle Perrot, estas mujeres se convirtieron en “*ministras de los pobres (...) mediadores de quienes, a imagen de ellas mismas,*

⁶ El amor maternal aparece en el siglo XVIII como un concepto nuevo que obliga a las madres a garantizar la educación de sus hijos. Junto a la construcción social del instinto maternal, se elaboró también la invención y revalorización de la infancia, elemento importante para la ideología de la maternidad que contó, entre otros, con el discurso médico para disciplinar la “naturaleza femenina”. Se dotó a las mujeres de una gran influencia para conformar la prosperidad y el orden social, sometiéndolas por ello a un importante disciplinamiento moral. Uno de los aportes teóricos más importantes sobre el estudio del instinto maternal fue realizado por Elizabeth Badinter en 1980, quien indica que los discursos científicos, entre otros, colaboraron a construir el instinto maternal. Autoras como Nancy Chodorow ubicaron el ejercicio maternal de las mujeres como el punto central de la división sexual del trabajo.

⁷ Octavia Hill logró imponer su concepción de la filantropía como ciencia destinada a promover la responsabilidad individual a ejercer desde instituciones privadas. Esta idea es la base de su obra de 1877, *Our Common Land*.

carecen de voz y de voto” (2001: 491). Todas estas iniciativas vinculadas a la filantropía permitieron que mujeres europeas y americanas establecieran contacto y se generara el germen de una conciencia de género vinculada a la intervención social. En palabras de Perrot:

...la filantropía ha tenido, además, otras consecuencias. En efecto, estableció contactos entre las mujeres de las clases medias y contribuyó a crear, desde Nueva Inglaterra hasta Atenas, el embrión de una “conciencia de género”, que a su vez, fue muchas veces matriz de una conciencia feminista (2001: 492).

El asentamiento de la burguesía como clase dirigente y la primacía del varón por el control del espacio público tienen como consecuencia que el creciente poder femenino en algunas instituciones sea frenado por la intervención masculina. A finales del siglo XIX, la mayoría de las instituciones filantrópicas serán fundadas y lideradas por varones: Booth fundará el Ejército de Salvación; Henri Dunand la Cruz Roja y Samuel Barnett, la *Charity Organization Society* (COS). A partir de ese momento:

La gestión de lo social” y, sobre todo, la gestión económica, pasa a manos de políticos y de profesionales: médicos, juristas, psicólogos dispuestos a convertir a las mujeres en auxiliares confinadas en empleos subalternos, como los de enfermeras, asistentes sociales, etc. (Perrot, 1983: 492)

Sara Burke⁸ ofrece datos sobre el papel que los hombres jugaron en la institucionalización de la filantropía. Señala como Samuel Barnett, esposo de Henrietta Barnett, considerados ambos como promotores del Trabajo Social, no queda bien parado por su sistemática negativa a que las mujeres participaran en la vida y acciones del Toynbee Hall, centro vecinal de ayuda que comienza a funcionar en el año 1884.

El peso del elemento religioso en el fortalecimiento de la asociación mujer/virtud favorecerá un modelo femenino en el que el alma de la mujer constituirá el baluarte principal de intervención de la iglesia católica. Características como la fragilidad, la sensibilidad, la entrega aparecerán como signo de fortaleza

⁸En Burke, Sara. *Seeking the Highest Good: Social Service and Gender at the University of Toronto 1888-1937*. Toronto: University of Toronto Press, 1996.

espiritual, útiles para combatir los valores asociados al progreso y a la modernidad.

Michelle Perrot lo confirma:

Excluidas de la escena política oficial, las mujeres católicas encuentran en la beneficencia su campo de acción. Las pioneras de la inmersión directa en la miseria social son aristócratas, para algunas de las cuales se ablandan, tanto en Italia como en España, las leyes del honor mediterráneo (...) esta práctica social ponía de manifiesto la consciente tentativa femenina de fundar valores alternativos a la gestión masculina del poder (Perrot 1983: 486)

Y esto propiciará la incorporación progresiva de las mujeres al mundo laboral, profesionalizando contenidos genéricos que se irán modificando a lo largo del siglo XIX y XX.

Otro factor relevante lo constituye la irrupción y participación de las mujeres en movimientos sociales, como el anti-esclavismo y el feminismo que generará tensiones entre independencia y sumisión a los valores establecidos⁹. A finales del siglo XIX y principios del XX, en el espacio urbano, están presentes los que Judith Walkovitz¹⁰ denomina las redes crecientes de filantropía femenina. Son relevantes sus prácticas de visitadoras de pobres, que como la autora reconoce, ejercían desde finales del siglo XVIII. Michelle Perrot afirma que a medida que el “pauperismo” se convierte en “cuestión social” se evidencia un incremento de la presencia masculina. Este ejercicio performativo oculta los pilares éticos referenciales ubicado en el territorio cultural de lo femenino. Es común entender a la cuestión social como el fenómeno político, económico y social que provoca el surgimiento y ubicación del Trabajo Social. Esta interpretación es cierta solo en parte ya que una mirada histórica nos permite constatar toda una tradición cultural ligada a las acciones de servicio, ayuda y cuidado protagonizadas por mujeres que proporcionó las bases materiales y simbólicas sobre las que la profesión de Trabajo Social fue posible.

⁹El dato que aporta Jean Bauberot sobre dos congresos internacionales de obras benéficas e instituciones femeninas que se celebran en Versalles en 1889 y en 1900, que en ellos se trató la cuestión de la mujer y como el avance en sus derechos era considerablemente mayor en EE.UU., Inglaterra, Dinamarca y Suecia respecto a Francia. En Jean Baubérot “la mujer protestante”, en: Duby, Georges y Perrot, Michelle (dirs) (1993): *Historia de las mujeres*, vol. IV. Madrid, pp 241-355

¹⁰En Walkovitz, Judith (1995). *La ciudad de las pasiones terribles*. Madrid: Cátedra.

De hecho, sobre los orígenes y la formación del Trabajo Social encontramos importantes controversias. Autores como Moix (1991), Hill (1992), de la Red (1993), Sarasa (1993), Castel (1995), Bueno (1997) y Martin-Estalayo (2012), entre otros, nos advierten de las serias dificultades que presenta el Trabajo Social para autodefinirse. Aquellos que han orientado sus investigaciones sobre las sociedades anglófonas, como Moix (1991) y Hill (1992), sitúan los orígenes del Trabajo Social en la era victoriana, amparándose en la revolución industrial. Aquellos que han investigado los orígenes en Francia, como Castel (1995) y Bueno (1997), sitúan asimismo la industrialización como marco histórico social de referencia, pero dan mayor importancia al proceso de construcción social inspirado en los movimientos sociales y la profesionalización de la acción social. Ambas visiones de los orígenes del Trabajo Social, la anglófona y la francófona, representan dos tradiciones culturales: la liberal y la republicana. En el contexto latinoamericano, Kisnerman (1981) y Ander-Egg (1985), sitúan el origen del Trabajo Social a finales del siglo XIX y principios del XX como consecuencia de las condiciones sociopolíticas provocadas por la crisis económica, la aparición del socialismo, los sindicatos y la demanda de intervención del Estado por parte de la clase trabajadora. En el contexto español podemos citar los trabajos de Estruch y Güell (1976), Álvarez-Uría (1986), Sarasa (1993) y de la Red (1993), quienes establecen el origen del Trabajo Social en el periodo 1930-1950, con un carácter benéfico-asistencial.

Esta investigación tiene como objetivo principal profundizar en el conocimiento del papel central de las mujeres y de su *ethos* en la historia y evolución del Trabajo Social en España. Para la comprensión de este proceso, utilizaremos el concepto analítico de género. Este concepto nace en el seno del feminismo a principios de los años setenta. Aunque Kate Millet tematice el concepto de género en su obra *Política Sexual* (1970), fue la antropóloga Gayle Rubin¹¹ (1975) quien acuñó la división del sistema sexo/género para referirse al amplio conjunto de convenciones a través de las cuales toda sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana y establece una ordenación jerárquica de los

¹¹En el artículo titulado "The Traffic in women: notes on the political economy of sex". Traducido al castellano en Gortari, Ludka de (coord.), Nueva Antropología. Estudios sobre la mujer: problemas teóricos. Coñac y T/Uam. Iztapalapa, 1986

géneros. Como categoría conceptual, en los primeros años de su formulación da lugar a un conjunto de análisis muy relevantes. Posteriormente, en las dos últimas décadas, el paradigma postestructuralista y la teoría del género de Judith Butler¹² someterán a problematización¹³ esta categoría de género así como la propia idea de sujeto. Las explicaciones de tipo universal podían ocultar importantes diferencias entre las mujeres y debía atenderse a las múltiples formas de subordinación presentes en las interacciones en la vida social (en términos de género, clase, raza, orientación sexual, etc.). En esta línea, las aportaciones de Nancy Fraser sobre la subjetividad como el lugar de intersección de identidades nos resulta de particular interés. El feminismo de Fraser propugna la necesidad de “reemplazar las nociones unitarias de mujer o de identidad genérica femenina por concepciones plurales y construidas de forma compleja de identidad social, en la que se trate el género como un aspecto relevante entre otros, teniendo en cuenta también la clase, la raza, la etnia, la edad y la orientación sexual” (Fraser y Nicholson, 1989, 34). Fraser trata el género como una “hebra” más de la tapicería que es para ella una identidad socialmente construida, apostando por el pluralismo, aunque no en el sentido del feminismo más radicalmente postmoderno (Oliva, 2009: 370). Fraser nos ofrece la posibilidad de pensar las identidades sociales como complejas, cambiantes y construidas discursivamente:

Han sido tejidas a partir de una pluralidad de descripciones diferentes que surgen de prácticas de significación diferentes. Por tanto, nadie es simplemente una mujer; somos, por ejemplo, mujer, blanca, judía, de clase media, filósofa, lesbiana, socialista y madre. Adicionalmente, puesto que todos actuamos en una pluralidad de contextos sociales, las diversas descripciones que comprenden la identidad social de cualquier individuo, entran y salen del centro de atención. Por tanto, no se es siempre una mujer en el mismo grado; en algunos contextos el ser mujer figura de manera fundamental en el conjunto de descripciones según las cuales actuamos; en otros, es algo periférico o latente (Fraser, 1997: 203).

¹² Los avatares del término género no son objeto de este trabajo. Si señalar que entre las críticas que se han formulado al pensamiento de Butler es que en su análisis se privilegian los aspectos simbólicos y discursivos frente a la realidad material e histórica (Viveros, 2004).

¹³ A partir de los años noventa se plantean muchas de las críticas a los trabajos feministas publicados a mediados de la década de los setenta. La crítica principal era que la corriente central del feminismo norteamericano privilegiaba el punto de vista de la mujer anglosajona, blanca, heterosexual y de clase media que había dominado hasta la fecha el movimiento feminista. El universalismo del género planteaba explicaciones que ocultaban importantes diferencias existentes entre las mujeres y otras formas de subordinación de las que eran objeto (mujeres negras, lesbianas etc).

Fraser propone como alternativa esta concepción de la identidad basada en el enfoque pragmático del discurso frente a concepciones esencialistas de la identidad de género y frente a las negaciones de la identidad.

Para este trabajo histórico-genealógico nos ha interesado las aportaciones de la historiadora norteamericana Joan Scott sobre la pertinencia del concepto de género para el análisis histórico. En esta línea es su estudio sobre la figura de la problemática de la mujer obrera en el siglo XIX pone el énfasis en distintas variables que inciden en la subordinación, analizando la incidencia de las relaciones de géneros en la historia de clase. Scott aporta una definición de género¹⁴ útil sobre las dos siguientes proposiciones: el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos, y el género es una forma primaria de las relaciones de poder. Las relaciones de género, relaciones de poder entre hombres y mujeres, son tan importantes como el resto de las relaciones sociales, están en el origen de todas ellas y las influyen, y, a la inversa, todas las demás relaciones humanas contribuyen y actúan en las relaciones de género. De ahí que no sea fácil comprenderlas en su entera complejidad, que proviene tanto de lo material como ideológico, es decir, que se manifiesta no sólo en la división del trabajo y de los recursos entre hombres y mujeres, sobre todo en las ideas y representaciones (Bock, 1991).

Esta investigación también se nutre de las aportaciones de la historia de las mujeres como campo de investigación histórica. La historia de las mujeres tiene su impulso a partir de la Conferencia de Berkshire en 1973 que desarrollará una nueva orientación a la investigación histórica femenina sobre la base de la inserción de las mujeres en la dinámica de las transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales. Se proponían, como objetivos de la historia de las mujeres analizar mitos y opiniones sobre la naturaleza y los papeles de las mujeres y estudiar a las

¹⁴En J. W. Scott, "Gender: a useful category of historical analysis", *American Historical Review*, 91, 1986, pp 1053-1075; la versión que se utiliza aquí es la traducción de 1996

“mujeres corrientes” situadas en su contexto histórico y social. En 1975 Natalie Zemon enunciaba las líneas teóricas y metodológicas que habrían de inspirar desde entonces los estudios sobre las mujeres. En 1987 se funda *The international federation for research in women's history* y la categoría analítica “género” se impulsó en la historiografía europea y norteamericana. La historia de las mujeres como campo de investigación histórica resultará transversal al resto de las historias de forma que las distintas parcelas del conocimiento histórico pueden ser abordadas desde las relaciones de género.

En España la historia de las mujeres ha sido una precursora de los estudios sobre las mujeres¹⁵ y será en la década de los ochenta cuando se comience a desarrollar los estudios de las mujeres en el marco teórico crítico del pensamiento feminista (De Torres, 2005; Flecha, 2010). Los estudios de género van encaminados a devolver a las mujeres un pasado “arrebataado” y ha proporcionado nuevas temáticas y enfoques –la historia de la vida privada, de la familia, la historia social- así como el uso y tratamiento de nuevas fuentes y métodos de investigación. Las mujeres no habían sido consideradas casi nunca como agentes importantes en los procesos de cambio social, económico o político, constituían “un objeto subalterno, oculto y eludido” (Hernández Sandoica, 2004: 437). Como plantea Bourdieu (2000), una historia de las mujeres está obligada a dejar un espacio, el más importante, a la historia de los agentes y de las instituciones que concurren permanentemente a asegurar esas permanencias del patriarcado. Según Victoria Sau, el patriarcado es una estructura no escrita pero inscrita en la sociedad. El patriarcado está compuesto de usos, costumbres, tradiciones, normas familiares y hábitos sociales. Para perpetuarlos, para que siguieran vigentes una generación tras otra, hizo falta algo más que la Ley, ley del padre. Fueron necesarios educadores, filósofos, pedagogos, médicos, religiosos, juristas y políticos, esto es, toda una red de servicios, a veces con la complicidad de algunas mujeres (Sau, 2004). Para Bourdieu (2000), el proceso de reproducción de las estructuras de dominación del patriarcado resulta de un trabajo continuado, y por tanto histórico.

¹⁵Así lo confirma la publicación en 1995 del libro blanco de los estudios de las mujeres en las universidades españolas por parte del Instituto de la Mujer correspondiente al periodo 1975-1991.

En este proceso contribuyen tanto agentes singulares, como instituciones, como son la Familia, la Iglesia, el Estado y la Escuela.

Este trabajo genealógico sobre el Trabajo Social en España y la cuestión de género cuenta con tres ejes que articulan la argumentación a lo largo de toda la investigación. Un primer eje analítico trata de vislumbrar el modo en que históricamente la ayuda social y el cuidado se desplazan desde prácticas vinculadas al espacio privado hacia la esfera pública. Es decir, se analizan los procesos que posibilitaron que tomaran cuerpo como prácticas de ayuda y cuidado asignadas a las mujeres en el espacio público y bajo el marco ideológico del occidente cristiano. Se profundiza en la concomitancia que existe entre un grupo social, la mujer, y el Trabajo Social a partir de la objetivación de la ayuda y el cuidado como ejes que van definiendo, a lo largo de la historia, la posición de las mujeres como trabajadoras del cuidado y la ayuda social. Se plantea desvelar los territorios políticos y códigos morales por los que ha ido transitando la Asistencia Social y el Trabajo Social.

Un segundo eje transversal lo constituye el análisis de la interrelación entre el Trabajo Social y las relaciones de género. El Trabajo Social es una profesión feminizada¹⁶, y en esta investigación se plantea el desafío analítico de identificar y explicar la génesis y consolidación de una cultura profesional generizada, indagando en las vinculaciones entre género y la naturaleza del conocimiento que produce. Profesiones como el Trabajo Social, la enfermería y el magisterio han sido calificadas como “semiprofesiones” (Etzioni, 1969), una condición profesional incompleta por el hecho de ser profesiones caracterizadas por la presencia mayoritaria de mujeres¹⁷. En esta investigación se analiza la evolución de los

¹⁶ En este trabajo se opta por utilizar el término profesión feminizada en lugar de profesión femenina. La feminización es un término que incorpora una complejidad distinta, pues trata de la asignación de valores considerados culturalmente femeninos a las relaciones sociales y por esa vía a las profesionales. Se conforma a largo plazo y para que trascienda a un ámbito laboral o profesional requiere de procesos dilatados y complejos en el tiempo.

¹⁷ La denominación de Etzioni coincide con la de profesiones “heterónomas” o subordinadas, como las llama Weber, por su carencia de autonomía. Para Etzioni, se trata de ocupaciones que cuentan con una formación más corta, un estatus menor, un cuerpo de conocimientos menos especializado y una menor autonomía. Dice Etzioni que lo que caracteriza a las semi-profesiones son la burocratización y la feminización.

arquetipos profesionales y cómo este proceso transcurre bajo una lógica subalterna por el control de este saber-hacer y con normas de género.

Finalmente el tercer eje explora las dinámicas complejas que históricamente han vinculado al Estado con el Trabajo Social a través de la configuración de los distintos espacios de intervención, en ocasiones, contradictorios: entre la ayuda y la reparación, desde la acción caritativa a la institucionalización de políticas públicas que transitan entre el control y la emancipación. Realizamos un análisis pormenorizado de un periodo concreto, que se inicia en 1975 con la transición política en España hasta el año 1990, momento en el que se crea el área de conocimiento de Trabajo Social y Servicios Sociales en el ámbito universitario. Este periodo ha sido elegido por tratarse de una etapa clave en la institucionalización de la profesión en España, en el logro de conquistas profesionales como la organización colegial y la titulación universitaria, en el desarrollo de los Servicios Sociales y la incursión del feminismo en la vida social, política y académica. Se exploran las dinámicas complejas que han conformado el género del Trabajo Social y que vinculan al Estado con el Trabajo Social, a través del proceso de construcción de los servicios sociales, y analizando las relaciones entre los contenidos materiales, prácticos y simbólicos del nuevo sistema de protección social con las culturas de género.

La tesis está estructurada en capítulos que a continuación describiremos brevemente.

En el capítulo 1, *Ejes que articulan el imaginario de lo femenino y su vínculo con el espacio simbólico del Trabajo Social*, se aborda el análisis de distintas dimensiones que conforman el territorio social vinculado culturalmente a la construcción de la subjetividad femenina y que van a acompañar al nacimiento y a la evolución del Trabajo Social. Las dimensiones analizadas por su relevancia a la hora de delimitar las fronteras identitarias del Trabajo Social son: la domesticidad, la maternidad y la afectividad junto como el papel jugado por la educación como espacio de reproducción. El análisis de estas dimensiones nos permite trazar un mapa de subjetividades femeninas que acompañan el devenir del Trabajo Social en España.

El capítulo 2, *El enfoque y el diseño de la investigación*, aborda las cuestiones metodológicas, y la justificación de la elección del método genealógico y la perspectiva crítica feminista. Es un capítulo que pone en relación la elección del método con las técnicas de investigación utilizadas: las entrevistas en profundidad a informantes clave junto con la investigación histórica.

El capítulo 3, *La prehistoria del Trabajo Social en España*, aborda la regulación de lo social en España durante el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. A través de una reconstrucción genealógica se realiza un análisis socio-histórico y se estudian los rasgos específicos sobre los que se asienta el Trabajo Social en España como profesión. El análisis histórico adoptado nos permite comprender cómo se atiende la gestión de la cuestión social en España y dar cuenta del entramado en el que se inserta el nacimiento del Trabajo Social, bajo una fuerte impronta religiosa y con un carácter inicial de profesión exclusiva para las mujeres.

En el capítulo 4, *La intervención benéfico-asistencial en la dictadura franquista: de la acción benéfica asistencia a la profesionalización*, se reconstruye la genealogía y el contexto de la acción social bajo la dictadura franquista. Se analiza la política de género dirigida a restaurar un canon femenino franquista bajo la dirección de la Sección Femenina y que marcará la estructura socio-histórica en la que inicia la andadura la profesión de Asistente Social. Se analiza como el peculiar contexto de España que caracteriza a este periodo imprimió unos rasgos particulares al desarrollo inicial del Trabajo Social, que transita desde una concepción prioritariamente religiosa y moral a la toma de conciencia de la necesidad de mejorar la formación y las prácticas. El estudio de la documentación de los primeros congresos da cuenta de la pretensión de la disciplina de mutar de la caridad a la lucha por la justicia social.

En el capítulo 5, *La Transición del Trabajo Social en España*, y en el capítulo 6, *El Trabajo Social en crisis permanente: una profesión permanentemente interpelada*, se analizan, siguiendo el método genealógico, las construcciones simbólicas en torno al Trabajo Social vigentes desde finales de los setenta hasta los años noventa (1975-1990). El análisis del corpus discursivo de los informantes clave protagonistas del periodo y la revisión documental nos desvelan los motivos de la continuidad histórica de la feminización del Trabajo Social y la paradójica incorporación tardía de la perspectiva de género. Se presta una particular atención

al análisis de las relaciones entre el Trabajo Social y el feminismo para examinar los motivos de la falta de vocación feminista del Trabajo Social hasta fechas muy recientes y cuánto tiene que ver con las singularidades por las que ha transitado el Trabajo Social en España.

Por último, en el capítulo *La crisis del género y el género de la crisis del Trabajo Social* se exponen las conclusiones. Se aportan elementos para comprender cómo ha operado la feminización de la profesión en la configuración y evolución del Trabajo Social, así como en los elementos que conforman su crisis, tratando de identificar nuevas miradas sobre la historia de la profesión en clave de género

Según Stuart Mill ” (...) “toda la fuerza de la educación (...) Así, todas la mujeres son educadas desde su niñez en la creencia de que el ideal de su carácter es absolutamente opuesto al del hombre: se las enseña a no tener iniciativa y a no conducirse según su voluntad consciente, sino a someterse y a consentir en la voluntad de los demás. Todos los principios de buen comportamiento les dicen que el deber de la mujer es vivir para los demás; y el sentimentalismo corriente, que su naturaleza así lo requiere; debe negarse completamente a sí misma y no vivir más que para sus afectos”

(De Miguel, 2008: 92)

Capítulo 1

Ejes que articulan el territorio simbólico de la feminidad normativa y fronteras identitarias del Trabajo Social

1.1 Introducción

La razón de ser del Trabajo Social se ha ido conformando de un amplio imaginario¹⁸ que ha ido nutriendo su devenir histórico. En este primer capítulo, se aborda el análisis de aquellas dimensiones que conforman el territorio social vinculado culturalmente a lo femenino y que van a acompañar tanto al nacimiento como a la evolución del Trabajo Social. Con ello se pretende identificar las raíces identitarias que han prevalecido en el Trabajo Social y el espacio simbólico en el que se ubica a fin de entender la posición de subalternidad que lo caracteriza.

¹⁸ Al hablar de imaginario partimos de las ideas presentadas por Emmanuel Lizcano (en su ensayo “Imaginario colectivo y análisis metafórico”), quien se basa, a su vez, en Castoriadis (2007). Un imaginario se compone de un magma de imágenes, representaciones, valores, prácticas y razonamientos presentes en una sociedad. Suponen una representación mental de una compleja red de relaciones interdependientes entre discursos y prácticas sociales.

De las dimensiones que articulan la construcción de la subjetividad femenina, destacamos tres por su relevancia a la hora de delimitar las fronteras identitarias del Trabajo Social: la domesticidad (ubicación en el dominio de la privacidad y de lo impermeable a una “mirada” pública), la maternidad (un supuesto instinto maternal que predispone al cuidado) y la afectividad (expresividad emocional). Estos tres ejes, que serán objeto de los próximos apartados, van a articular los pilares de conformación y evolución del Trabajo Social a lo largo de su historia. Por tanto, estas tres dimensiones junto con el papel de la educación como espacio de reproducción anudan la subjetividad y su análisis nos permitirá trazar un mapa de producción de subjetividades femeninas, pero también del devenir del Trabajo Social.

Es importante destacar, por tanto, que el Trabajo Social es una profesión feminizada, no solo porque surja a partir de una serie de prácticas de ayuda sostenidas por un grupo de mujeres de clase media, sino también porque se sitúa en un espacio social vinculado con lo femenino que le aboca a una posición de subalternidad y de revisión perpetua. Su condición de profesión feminizada le ha obligado a tener que enfrentarse a distintos escollos en la búsqueda permanente del reconocimiento, bajo un estado perpetuo de interpelación y sometimiento a un continuo ejercicio de rendimiento de cuentas. El peaje ha sido, por tanto, tener que distanciarse del territorio social generizado en el que ha sido situado.

Hay un consenso generalizado en afirmar que el Trabajo Social surge de manera simultánea en Estados Unidos y Gran Bretaña a partir de la actividad de organizaciones en la que participan mujeres que pretendían dar respuesta a los graves problemas sociales que estallan a finales del siglo XIX como consecuencia del proceso de industrialización y la situación de miseria de la clase trabajadora.

En la formación del Trabajo Social como profesión nos encontramos con todo un colectivo de mujeres comprometidas con la reforma social que, especialmente en Inglaterra y los Estados Unidos, abordan la *cuestión social* y contribuyen de forma decisiva a desarrollar los *social surveys* y la investigación-acción y, por lo tanto, el avance de los códigos teóricos sociológicos. Estas mujeres introdujeron también nuevas técnicas de observación social, a la vez que desarrollaron un proyecto de democracia participativa que resulta especialmente ejemplar en los actuales tiempos de incertidumbre. (Álvarez-Uría, Parra: 2014: 94-95).

El Trabajo Social comienza siendo primero una ocupación de mujeres para convertirse en una profesión “inventada” por mujeres visionarias ante la irrupción de la cuestión social.

El primer apartado del capítulo desarrolla, en primer lugar, los tres ejes que conforman este territorio social generizado en el que ha germinado el Trabajo Social. Después nos referiremos al papel de la educación de las mujeres como un espacio de re-producción de la generización del orden privado y del público. Nos interesa, de forma particular, analizar como bajo este orden social tendrá cabida la discusión acerca de la necesidad de profesionalizar una actividad como el Trabajo Social. Al ubicarse el Trabajo Social como actividad de las mujeres, en el territorio de lo natural, la educación y la formación profesional eran, por su misma naturaleza, cuestiones que no interpelan el orden profesional. La educación resulta ser una muestra ilustrativa de las opciones profesionales ofertadas a las mujeres con posibilidades de inserción en el espacio público sin transgredir los mandatos de género.

En este capítulo se aborda la historia del nacimiento del Trabajo Social y el protagonismo invisible de las mujeres en esta historia. Las pioneras del Trabajo Social han estado silenciadas por tanto la profesión ha estado “huérfana” de esta autoridad femenina como es la del legado de las pioneras norteamericanas, comprometidas con el socialismo pacifista y el movimiento por la emancipación de las mujeres (Álvarez Uría y Varela, 2011). Históricamente se ha impuesto un arquetipo reduccionista de la profesión que la emplaza en un estatuto de subordinación y de dependencia.

En el caso de España las condiciones históricas del surgimiento de la profesión coadyuvaban a su formación e institucionalización huérfanas de feminismo, tema que será objeto de una mirada minuciosa a lo largo de la investigación. El Trabajo Social ha ido buscando su identidad y su espacio profesional teniendo que dejar en el “olvido” su ubicación social generizada que le ubicaba en una posición subalterna frente al androcentrismo imperante.

1.2 Ejes que articulan el imaginario de lo femenino y su vínculo con el espacio simbólico del Trabajo Social

La cuestión de la producción social de subjetividades de género ha sido objeto de numerosísimas investigaciones feministas desde los años setenta del siglo XX (Heller, 1977; Klein, 1980; Burin, 1987; Bleichmar, 1989 o Lagarde, 1998, entre otros). Un tema íntimamente relacionado con la noción de sujeto y subjetivación en el seno de la teoría feminista es el concepto de género como forma de hacer referencia “a la organización social de las relaciones entre sexos” (Scott, 1986: 1053).

Esta categoría analítica central del pensamiento feminista (Cobo, 2005) nace en el apogeo de la denominada tercera ola feminista. Aunque se ha desarrollado en varias direcciones, siempre se presta una particular atención a los efectos de las relaciones de poder asimétricas entre los sexos y en los modos como los sujetos se regulan a sí mismos. Kate Millet tematiza el concepto de género en su obra *Política Sexual* (1970) y la antropóloga Gayle Rubin define un sistema sexo-género como un conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana y establece una ordenación jerárquica de los géneros. Los avatares de la noción de “género” no son, sin embargo, objeto de este trabajo¹⁹ aunque no podemos prescindir en el mismo del concepto de “género” como categoría de análisis acuñada para dar cuenta de la desventajosa posición social de las mujeres a lo largo de la historia (Cobo, 2005).

Joan Scott es quien introduce la categoría de género como una herramienta central de análisis histórico. Va a revolucionar, en la década de los años noventa, la teoría feminista desde el mismo momento en que se aborda la cuestión de su objeto (el sujeto femenino) desde una perspectiva genealógica y se presta atención a los desarrollos que acontecen en la historia de su conformación. El género

¹⁹ La investigación del concepto de género ocupa un lugar central en las discusiones teóricas del feminismo. El concepto de género es utilizado con distintas acepciones por las autoras feministas y desde diversos marcos teóricos. Hawkesworth (1999: 4-6) recopila los usos del género, como concepto para rebatir el determinismo biológico, y las múltiples definiciones presentes en la literatura feminista desde 1970 hasta la última década del siglo anterior.

construye la organización social y cultural de las relaciones entre los sexos. Estas disposiciones se pueden manifestar en símbolos y mitos, que evocan representaciones culturales múltiples y contradictorias, conceptos normativos, que interpretan: los significados de estos símbolos y que afirman categóricamente el significado de ser varón y mujer, masculino y femenino –doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas-, e identidades de género. Así, las representaciones de lo femenino y de lo masculino se instituyen como formas primarias de las relaciones significantes de poder, sostenidas por instituciones que regulan la diferenciación entre los roles de género, los espacios y las tareas en las que se ubican lo “femenino” y “lo masculino”. Esta institucionalización corresponde a una relación cambiante y dinámica que se reactualiza en los discursos sociales. A través del lenguaje, comprendido como sistema de significados, se puede advertir y producir la función legitimadora del género. Esto reclama prestar atención a los sistemas simbólicos, como las imágenes, y a las formas culturales e icónicas con las que las sociedades representan el género, y hacen uso de este para enunciar las normas de las relaciones sociales o para construir el significado de las experiencias (Scott, 1990).

Derivado del concepto de género nos interesa de forma particular el concepto de identidad de género, como institución productora y producida por un proceso evolutivo por el que se interiorizan las expectativas y normas sociales. Esta noción hace referencia al sentido psicológico de ser varón o mujer y aúna los componentes sociales y psicológicos que las sociedades designan en cada momento histórico. La identidad se conforma por las significaciones culturales aprendidas y por las creaciones que el sujeto realiza a partir de ellas (Lagarde, 1998).

La feminidad normativa forma parte, por tanto, de un orden simbólico interiorizado que implica que las categorías que han sido asociadas a las mujeres bajo modelos androcéntricos sean asumidas como objetivas, siendo las mujeres parte del proceso de reproducción con “consentimiento”. Esta adhesión tóxica y dóxica (Bourdieu, 2000) dificulta a las propias mujeres la identificación de la situación de desventaja en la que estructuralmente se ha establecido la categoría “mujer”. Esto supone cierta dificultad para desprenderse de las normas de género,

incluso cuando se persiguen objetivos de igualdad como es el caso del Trabajo Social.

Para analizar el género del Trabajo Social hemos identificado en esta investigación tres dimensiones de esta construcción social que nos resultan útiles para desvelar la producción de identidades y normas de género la domesticidad (1.2.1), la maternidad (1.2.2) y la afectividad (1.2.3). Por otro lado, el estudio de la evolución de la educación dirigida a las mujeres nos permite ejemplificar la presencia de estas tres dimensiones (1.2.4) en la conformación del imaginario femenino.

1.2.1 Domesticidad: el hogar como metáfora de la mujer

Uno de los ejes que ha articulado las divisiones entre hombres y mujeres está vinculado con la diferenciación entre dos espacios sociales: el ámbito público, relacionado con la producción y el rendimiento, y accesible a la mirada, y el espacio privado, en donde quedan relegadas las mujeres, cuya naturaleza les abocaría a ocupar esta posición social invisibilizada. Esta división social ha sido una impronta reactualizada en la constitución de las sociedades modernas.

La Ilustración negaba explícitamente que las mujeres posean razón y poder de desapasionamiento, de observación objetiva y afirmaba que las mujeres podían ser objetos de la razón y la observación masculinas, pero nunca sujetos, nunca mentes reflexivas y universalizadoras. Sólo los hombres eran considerados como seres aptos para el conocimiento pues sólo los hombres de una determinada clase, raza y cultura poseían la capacidad innata para la observación y la razón socialmente trascendentes. (Harding, 1992: 345).

Esta naturaleza androcéntrica del pensamiento ha acompañado su evolución social lo que explica que autores centrales a la hora de problematizar y desnaturalizar las diferencias sociales, sin embargo, hayan sido incapaces de visibilizar y cuestionar las desigualdades sexuales (De Miguel, 2005). Jean Jacques Rousseau es uno de los representantes más relevantes de la Ilustración, con su influyente teoría del contrato social y un teórico ilustrado que ha teorizado acerca del concepto de feminidad. Como señala Rosa Cobo, la obra de Rousseau

constituye un objeto de estudio privilegiado para el feminismo²⁰ porque en él coexisten, paradójicamente, un desarrollo radicalizado de los ideales ilustrados (apelación a la libertad y a la igualdad) a la vez que una filosofía política patriarcal²¹.

Se ha ubicado el nacimiento de los estados modernos en la ficción rousseauiana del contrato social (1762). Esta ficción, como analiza Pateman (1995), va a suponer el establecimiento del “*pacto subjectionis*”, el contrato que transforma la diferencia sexual en diferencia política, excluyendo a las mujeres de la categoría central del “individuo” en la modernidad. Esta exclusión tendrá su expresión legal y social en el marco de los sistemas legales que sustentan los estados, y por tanto en el ejercicio de la ciudadanía. A la negación de la individualidad le va a acompañar el proceso de heterodesignación (Amorós, 1997: 383), que hace referencia a la construcción identitaria común que el patriarcado proyecta sobre todas las mujeres y que les impide ser sujetos individualizados. En la propia génesis del contrato y en su mantenimiento, tal y como aparecen en el pensamiento de Rousseau, se encuentra la necesidad de mantener en una posición relegada y subalterna a las mujeres como condición de sostenimiento de las modernas democracias (Cobo, 1995).

El resultado “era que la mujer, desde el punto de vista filosófico y judicial, esto es en la teoría y en la práctica, era excluida del nuevo concepto santificado de hombre, excluida de la humanidad” (Jónnasdóttir, 1993: 265). El liberalismo da legitimidad pública y asigna valor al contrato sexual que consagra la creación de dos espacios diferenciados: el público para los varones y el privado para las mujeres. Según Bárbara Welter es el comienzo “el culto a la domesticidad” con la asunción de la mujer como “reina” del hogar, y que se configura en torno a cuatro

²⁰ La relación entre el discurso ilustrado y el discurso feminista es una relación profunda y compleja. El feminismo como discurso emancipatorio encuentra sus raíces en la propia Ilustración pues es ahí donde germina el discurso de la igualdad aunque sea un “hijo no querido” de la Ilustración (Blanco, 2009). El feminismo ilustrado, cuyas máximas exponentes han sido las filósofas Celia Amorós y Amelia Valcárcel, han acuñado justamente este término “hijo no querido de la Ilustración” (Valcárcel, 2008:63).

Por ello, a pesar del discurso hegemónico, también hubo líneas de fuga que permitieron a una minoría de mujeres negociar un destino propio y alcanzar cierto protagonismo social, trasgrediendo esta feminidad ilustrada normativa y dando pie a las bases de la vindicación feminista.

²¹ Rousseau es el padre del patriarcado moderno en palabras de la socióloga feminista Rosa Cobo.

pilares: la piedad, la pureza, la sumisión y la domesticidad²². La domesticación permite reproducir el sistema de desigualdad.

El discurso ilustrado rousseauiano construye, por un lado, a los sujetos en términos de equivalentes y los agrupa bajo el concepto de humanidad y, a la vez, excluye a la “mujer” de la esfera de la igualdad, de lo político y del pacto. Ya las primeras voces feministas como Olympe de Gouges en su *Declaración de los Derechos de la Mujer* (1791), y Mary Wollstonecraft en su obra *Vindicación de los derechos de las mujeres* (1792)²³, denuncian este pronunciamiento por incoherencia de las abstracciones ilustradas. Como explica Celia Amorós, si bien las abstracciones ilustradas como sujeto, ciudadano o individuo pretenden ser inclusivas, sin embargo el masculino se solapa con el neutro y asume lo genéricamente humano, que en el discurso ilustrado se define como universalidad (Amorós, 1997). La mujer como colectivo es designada serialmente para ocupar el “espacio de las idénticas”, y a lo femenino se le negará el principio de individuación (Amorós, 1987).

La influencia teórica de Rousseau en la construcción de los modelos de instrucción pública en el siglo XIX se produce a través de sus teorías sobre la educación. Construye dos modelos “ideales” de educación: uno de los modelos estaría representado por Emilio, y el otro por Sofía (como ideales de hombres y mujeres). Cada uno tiene como soporte un concepto específico de naturaleza humana, por tanto, dos formas de educación que asigna a cada sexo. Al mismo tiempo, los dos conceptos de naturaleza y educación deben relacionarse con los dos espacios sociales: el público y el privado. La educación que Rousseau diseñó para Emilio otorgaba gran importancia al desarrollo de la razón, y era

²² A finales del siglo XIX y principios del XX a través de la metáfora de la casa se evocarán oposiciones: público/privado, dentro/fuera para denunciar el rol doméstico, fuente de sumisión y la casa como metáfora de opresión. Con el advenimiento del feminismo de la segunda ola se cambiará la utilización metafórica del espacio doméstico. Escritoras como Carmen Martín Gaité utilizan la casa como metáfora positiva en “*El cuarto de atrás*”.

²³ Esta obra es considerada fundacional del feminismo. Mary Wollstonecraft desde los propios postulados rousseauianos no admite que media humanidad esté en el orden natural y otra media en el orden político.

completamente distinta a la de Sofía, compañera de Emilio: Rousseau en *Emilio o De la Educación*, en el libro V:

(...) que toda la educación de las mujeres de todos los tiempos debe estar limitada a sus deberes para con los hombre, especificados de la siguiente manera: agradarles, seres útiles, hacerse honrar y amar para ellos, criarles de pequeños, cuidarles cuando sean ancianos, aconsejarles, consolarles, hacerles la vida agradable y dulce. (citado por Puleo, 2008)

Cada aspecto de la educación de Sofía es el opuesto al de Emilio. Mientras Emilio debía ser libre y autónomo, Sofía debía ser confinada, incluso atada a una silla, y forzada a jugar con muñecas. Mientras él debía desarrollar una independencia intelectual, a ella había que enseñarle a subyugar su juicio al de otros y a seguir los dictados del mundo que la rodeaba (heteronormativa). Rousseau atribuye las diferencias sociales entre varones y mujeres a distintas formas de subjetividad que a la vez están ancladas en las diferencias sexuales (Cobo, 1995). Algunas articulaciones de las ideas educativas de Rousseau se desarrollarán con posterioridad en los modelos de instrucción educativa de los estados modernos a lo largo del siglo XIX y XX²⁴.

Encontramos ya a finales del siglo XVII y durante todo el siglo XVIII un gran número de libros de conducta y de tratados de educación que dejan constancia de este ideal.

En su esfuerzo por hacer a las mujeres jóvenes deseables a los ojos de los hombres de buena posición social, innumerables libros de conducta y obras de instrucción para mujeres, representaron una configuración específica de los rasgos sexuales como aquéllos de la única mujer apropiada que los hombres de todos los niveles de la sociedad querrían como esposa (...) Estos escritos asumían que la educación idealmente haría a una mujer desear ser lo que un hombre próspero desea, que es sobre todo una mujer. Por lo tanto, ella debía carecer de los deseos competitivos y ambiciones mundanas que consecuentemente pertenecían –como por algún principio natural– al hombre. (Armstrong, 1991: 80).

²⁴ Rousseau, en la obra *Cartas desde la montaña* (1764), explica que Emilio es un nuevo sistema de educación dirigido a los sabios.

Las ideas de Rousseau ejercieron una enorme influencia en toda Europa. Durante el siglo XVIII, la mujer se convirtió en uno de los asuntos principales de las discusiones filosóficas desde la perspectiva de la ciencia y la medicina, la política y la economía, o la moral y la religión. El espíritu renovador de las Luces no tendría especial dificultad en transformar las estructuras de poder entre hombres y mujeres, otorgando a las mujeres el “gobierno” del hogar. Josefa Amar y Borbón, en el prólogo de su *Discurso sobre educación física y moral de las mujeres* (1790/1994), lo justificaba en estos términos:

Con razón se ha creído siempre que esta ciencia pertenecía a las mujeres; porque consistiendo principalmente en una continua vigilancia y cuidados de los muebles e intereses, y en el buen orden de la familia; aquel que debe estar más horas en casa podrá atender mejor a su conservación. Los hombres, o tiene empleo que les precisa salir lo más del día, o viven de su trabajo, y no pueden cuidar de las demás cosas. (Amar y Borbón, 1994: 164).

En el imaginario ilustrado, las mujeres se piensan hechas para cuidar de un hogar (burgués), es decir, para atender las necesidades domésticas de un marido, así como gestar y criar a los hijos de este hombre. Por tanto, es necesario abordar desde la familia la construcción social de la feminidad. A través de la cultura visual y material de la época podemos constatar y testimoniar los cambios que se produjeron en la representación del matrimonio y la vida familiar al adoptarse esta nueva concepción de las relaciones familiares, que gravitará en torno a la imagen de la buena madre y esposa destinada a proporcionar útiles ciudadanos a la patria. La atención que en los discursos ilustrados recibe la maternidad se ve reflejada en las iconografías del retrato familiar. Estas condensan las nuevas relaciones afectivas entre padres e hijos y los cambios que la propia idea de familia experimentó a finales del siglo XVIII y que presagian el advenimiento de una nueva sociedad en donde la burguesía y su cosmovisión ocuparían un lugar central. Si hasta entonces de un retrato familiar se esperaba la expresión del linaje y la posición jerárquica de sus miembros (como en los retratos reales), en la sociedad ilustrada se comenzará a visualizar los placeres de la vida doméstica.



Ilustración nº 1: *Retrato de los VI condes de Fernán Núñez con sus hijos*. Francisco de Goya, 1786. Colección particular

Esta ilustración, retrato de la alta aristocracia, resulta novedosa para la época por la visualización que se presenta del mundo de los afectos en la que el “cabeza de familia” asimilaba en el entorno privado los nuevos postulados ilustrados. La pintura pone de relieve la doble identidad del padre: doméstico y cívico. Doméstico, en cuanto bastión del grupo familiar y representado en el patriarca, que posa en primer plano, asido del brazo de su esposa que lo mira con ternura y admiración. Para las dos mujeres de la familia, madre e hija, el conde es el centro de atención. El hombre cívico se expresa a través de las condecoraciones sobre la casaca. Los dos hijos varones se sitúan también un paso por delante de la madre. La alta aristocracia española se hacía partícipe de los ideales ilustrados (Molina, 2013: 231-234).

De esta manera, Rousseau sienta las bases de los discursos ilustrados en la construcción social de las identidades de género, al determinar sobre la base de la naturaleza la proyección diferenciada de los papeles de hombres y mujeres. El ciudadano roussoniano no podía ser concebido sin la familia patriarcal que protege los derechos genealógicos del padre (Cobo, 1995). En las *Consideraciones sobre*

el Gobierno de Polonia (1771), Rousseau vincula íntimamente el amor maternal y el amor a la patria al asociar la representación de la familia con una metáfora del patriotismo (Landes, 2001: 140). Por tanto, la teoría de la complementariedad de los sexos²⁵ en Rousseau se corresponde, a su vez, con la de la familia y el Estado. La unión de los dos sexos se superpone con la unión de las dos esferas, la pública y la privada. La teoría de Estado de Rousseau se organiza en torno a la defensa y salvaguarda de la libertad y de la igualdad de los ciudadanos (varones) y la concepción de la familia, en la concentración de la autoridad del esposo y en la sujeción de la mujer, el gobierno patriarcal (Millet, 1969). El establecimiento de una vida doméstica y familiar ordenada era, según su teoría, importante en sí mismo pero, también, elemento integrante de la existencia y el mantenimiento del orden público y de la virtud (Amorós, 1997)

El desarrollo económico, político y social del siglo XIX, “el siglo de la burguesía”, dio origen, a partir de las ideas ilustradas, a una nueva sociedad de clases en la que los valores y creencias formulados fueron los propios de la clase media y llegaron a dominar a los de las otras clases sociales. Fue dentro de la clase media donde más se exaltó la importancia de la familia, y donde aparecieron los modelos de vida familiar. La burguesía hará suyos los valores de domesticidad roussonianos.

Ante el proceso de secularización que experimentan las sociedades occidentales a partir de la Ilustración, la religión deja de dotar de legitimidad directa a los Estados nacientes del contrato social. Sin embargo, seguirá orientando las conciencias y las conductas. En términos weberianos, es condición de “la racionalización” ética de la conducta vital. La religión se mantendrá como conjunto impulsor de normas para creyentes y no creyentes a lo largo de los siglos XIX y XX.

²⁵ Para Rousseau, la idea de la complementariedad de los sexos prima sobre la de igualdad y advertía de lo insostenible para la sociedad de la idea de igualdad: “Si la mujer pudiera elevarse tan bien como el hombre a los principios, y el hombre tuviera tan bien como ella el espíritu de los detalles, siempre independientes uno de otro viviría en discordia eterna y su sociedad no podría subsistir” (Amorós, 1997: 565)

Junto a la burguesía, tendrá un papel relevante en el proceso de profesionalización de las prácticas de ayuda social.

En el diseño de los estados nacientes del contrato social resulta revelador el papel central de los marcos legales diseñados para el fortalecimiento del patriarcado y el ideal roussoniano. Las leyes públicas introducidas por el código civil de Napoleón de 1804 van a reforzar el poder patriarcal dentro de la vida familiar. Según este la construcción de la identidad femenina se vinculará con la figura del hombre como *pater familias*. El código napoleónico se estableció como marco legal para las mujeres en Francia, en los estados alemanes e italianos, y en todos los países conquistados por los ejércitos de Napoleón así como en aquellos que eligieron adoptarlo a lo largo del siglo XIX, como es el caso de España. El código napoleónico reforzó el papel del varón dentro de la vida familiar: el marido tenía la responsabilidad de proteger a su mujer; a su vez, ella le debía obediencia. Las mujeres eran legalmente incompetentes. La desconsideración hacia las mujeres llegaba hasta el punto de que se requería que el marido presenciara el nacimiento de sus hijos y los declarara como suyos para que fueran considerados legítimos (Caine y Sluga, 2000). Con el Código napoleónico, los maridos se convierten en propietarios de los bienes de las esposas, reclamando la autorización masculina para tomar cualquier decisión sobre sus vidas, y siendo despojadas de algunos derechos tradicionales de herencia y poder que tenían dentro de la vida familiar. Aun sin estar casadas, las mujeres carecían de personalidad jurídica, y no podían tener propiedades a su nombre, ni podían ejercer ninguna profesión liberal. Tenían limitada la asistencia a la escuela y la formación universitaria les estaba vedada. El único proyecto personal de una mujer, desde la cuna, se encuentra en la formación de una familia y su identidad viene dada fundamentalmente por el ejercicio de la maternidad.

En la esfera privada, “doméstica”, surgirá entre los siglos XVIII y XIX la figura del “ama de casa” como representación del arquetipo femenino, primero en los sectores ilustrados para generalizarse, más tarde, en las clases obreras. La confluencia de distintos discursos (morales, religiosos, científicos, etc...) acaban configurando toda una identidad y feminidad normativa, que encierra la

quintaesencia del denominado “Ángel del hogar”²⁶, una imagen de domesticidad que reflejaba el papel de esposa y madre abnegada. Este modelo, europeo en su contexto más amplio, coincide con el desarrollo político de los estados-nación liberales en Europa. El modelo normativo de domesticidad se afianza durante el siglo XIX y se manifiesta en novelas, prensa, libros de consejos...y en las obras pictóricas como afirma Lipovetsky: “surgieron los poemas ofrecidos al amor maternal, fueron muy abundantes los cuadros alimentando a sus hijos, meciéndolos, aseándolos, vistiéndolos, o jugando con ellos. Numerosas publicaciones señalaron el valor esencial de la madre como educadora natural”. (2007: 198).



Ilustración nº 2: *Retrato de familia*. Valeriano Domínguez Bastida Bécquer, 1856. Museo de Cádiz

²⁶El “ángel del hogar” es una expresión de largo recorrido histórico, que en España daría título a una revista específicamente femenina perteneciente al reinado isabelino. Esta publicación vio la luz entre 1864 y 1869 y el contenido de la publicación incluía reseñas de moda, secciones pedagógicas o moralizadoras, manuales de urbanidad y crítica literaria. La investigadora Pura Sánchez ha estudiado los números publicados en el año 1865, y refiere la existencia de una sección titulada “Hija, esposa y madre”, en los que se explicita los deberes de las mujeres en el seno familiar. Pura Sánchez sostiene que el concepto “ángel del hogar” fue un invento del capitalismo burgués que se utilizó como paradigma de construcción de lo femenino para enfrentarse al fantasma de las peticiones de igualdad y emancipación por parte de las mujeres.



Ilustración nº 3: *La Familia*. Joaquín Sorolla, 1901. Museo de la Ciudad, Valencia

Estas dos ilustraciones muestran la ideología de la domesticidad. En los dos cuadros se muestran dos familias que representan familias aburguesadas; sitúa a la madre en la esfera hogareña y el padre como espectador. Ambas escenas se insertan en el discurso liberal del siglo XIX y principios del XX que refuerzan el dictamen categórico de la complementariedad entre los sexos. Por tanto, la generalización de la imagen de mujer doméstica coincide con el progresivo dominio ideológico de la burguesía en las ciudades a lo largo del siglo y ese ideal acabará incorporándose en las clases populares. En las sociedades tradicionales, fundamentalmente agrícolas, se dependía del trabajo productivo de las mujeres tanto o más que del de los varones. En el tránsito hacia lo moderno, la forma de vida de los nuevos grupos sociales –proletariado y burguesía, junto con las clases medias- coexistía con la de los sectores rurales, ampliamente mayoritarios aun en los países más industrializados. Para los sectores rurales, la casa no se ajustaba a lo *doméstico* tal y como se proponía en el imaginario de la Ilustración. A pesar de ello, y pese a la realidad cotidiana de muchas mujeres, los hombres y las mujeres

de diferentes sectores en las primeras sociedades modernas van a pasar a relacionar, cada vez con más fuerza, la imagen de la mujer doméstica con la propia esencia del ser mujer. Sostiene Michelle Perrot que la teoría de las “esferas”, de la que Ruskin²⁷ se erige en intérprete (*Of Queen’s Gardens*, 1864), es una manera de pensar la división sexual del mundo y de organizar racionalmente, en la armoniosa complementariedad de los roles, tareas y espacios, reconciliando así la vocación “natural” con la utilidad social.

El desarrollo del capitalismo industrial desde finales del siglo XVIII hasta principios del siglo XX ocasionará una transformación del trabajo y de su ubicación social, que pasa a ser central en el nuevo orden social, y por tanto del concepto de hogar y de lo doméstico. El modelo de familia burgués, según transcurre el siglo XIX, termina por afectar también al mundo obrero en dos sentidos. La posibilidad de que la mujer no se viera obligada a tener que realizar trabajos productivos será un rasgo de distinción social para el trabajador fabril, reforzando la idea del “cabeza de familia” como arquetipo del trabajador. La centralidad que adopta el trabajo motivó que este pasara a constituir, para un gran número de hombres de clase trabajadora, varones ganapanes (Prieto, 2000), un elemento central de su identidad social, proporcionándole un estatus económico y social. La insistencia en que el trabajo mercantil era una prerrogativa masculina es perceptible en cualquier lugar de Europa en el siglo XIX y XX. Por tanto, la estrecha identificación del trabajo con el varón, junto con el ideal de un sueldo ganado por el hombre para su familia, convirtieron a la “mujer trabajadora” en algo anormal que facilitó el tratamiento discriminatorio y las precarias condiciones de trabajo. Prieto (2007) afirma:

La salida, forzada por la necesidad, de la mujer (casada) de su espacio natural, el del hogar y la familia, para participar en el mundo del trabajo remunerado se vio acompañada de un tratamiento laboral discriminatorio en relación con el que recibían los hombres (...). De esta manera parecía así justificado que si el trabajo era una actividad “anómala” para la mujer, era lógico y coherente que ésta recibiera tratamiento también “anómalo” (...) (p. 37).

²⁷Jhon Ruskin, reformador inglés del siglo XIX, establecía rasgos distintivos para cada sexo sobre la base de supuestas normas dictadas por la naturaleza.

A pesar de la supuesta ausencia de las mujeres del espacio productivo, tal y como reclamaba las normas de la sociedad industrial emergente, la realidad era que las mujeres trabajaron a lo largo del siglo XIX y del XX y que la llegada de las fábricas trajo oficios “específicos” para ellas²⁸ (como hilanderas y tejedoras). Esta tesis está desarrollada en diversas obras de autoras como Maruani (1989, 2002). Las sociólogas Marugán y Miranda (2018) refieren que además de ignorarse en la sociología del trabajo la existencia de un trabajo de reproducción desarrollado por las mujeres, también esta ceguera de género está presente en los trabajos realizados por las mujeres en las fábricas y como asalariadas. Marugán y Miranda (2018) afirman:

La concepción ilustrada de separar en espacio productivo y reproductivo a hombres y mujeres se ha convertido en el modelo burgués de familia, creando una idea errónea sobre la aportación de las mujeres a la producción económica. Además, la concepción dual del mundo ha hecho que el discurso dominante que recoge la literatura actual entienda el trabajo como una actividad propia de los hombres y la Sociología del Trabajo, obviamente también. (p. 248)



Ilustración nº 4: *Tejedora en Val de San Lorenzo (León)*. Fuente: Diario de León 13/03/2018

²⁸ Autobiografías de mujeres instruidas como Jeanne Bouvier en Francia o Adelheid Popp en Alemania, ilustran la dureza de las condiciones de las fábricas (Frader, 1987).

La industrialización sirvió, por tanto, para reforzar aún más y hacer más rígida la división sexual del trabajo y la feminidad normativa. En la Europa de finales del siglo XIX e inicios del XX, la dicotomía establecida entre dos ámbitos sociales era considerada parte integrante del orden social, cívico y moral. El modelo de hogar promulgado por la burguesía se acabó convirtiendo en un “ideal” para el resto y la mera noción de “mujer trabajadora” llegó a ser extremadamente problemática (Scott, 1993), aunque como hemos señalado la mayor parte de las mujeres (obreras) tenían que dedicarse a un trabajo remunerado para mantenerse a sí mismas y a sus familias. Los salarios de las mujeres eran considerados como secundarios en los ingresos familiares ya que su papel principal residía en la vida familiar. Como explica Prieto (2007) las mujeres obreras casadas:

Nunca serían –ni podrían ser- auténticas trabajadoras, ya que, aunque “trabajasen”, lo hacían *contra natura* y nunca serían buenas madres ni buenas esposas, dado que las condiciones en las que se veían obligadas a trabajar no se lo permitían. La ironía de la historia haría que el joven capitalismo no permitiese tampoco que los hombres obreros alcanzaran la norma social que definía su identidad de sexo. (p. 38)

Dentro de esta estructura ideológica, el trabajo doméstico de la familia era el que se consideraba adecuado para la mujer por ser el “natural” para estas, junto con ciertas formas de trabajo (peor) remunerado en algunos trabajos industriales, agrícolas y tareas de cuidado.

En la construcción de esta feminidad normativa a partir de la Ilustración y acorde con el proyecto liberal de una sociedad dividida en dos espacios sociales complementarios, la maternidad aparece como una cuestión central. El modelo de identidad femenina convierte a la maternidad en un elemento fundamental del imaginario de lo femenino, en el orden simbólico moderno. Esta categoría vinculará la capacidad reproductora con todo un repertorio de cualidades relacionadas con la

buen madre, la lactancia²⁹, el cuidado y la atención a los demás, que forman parte, a su vez, del imaginario del Trabajo Social.



Ilustración nº 5: *Buena mujer, parece*. Francisco de Goya, 1804-1814. Museo del Prado, Madrid

²⁹ La lactancia materna aparece con fuerza como condensador metonímico en los argumentos del amor maternal a partir del siglo XVIII para crear en las madres la instintiva de la correcta nutrición y del vínculo indisoluble madre-hijo.

1.2.2 Mística maternal: la maternidad como metonimia de la mujer

Las representaciones culturales en la Ilustración acerca de la diferencia sexual desempeñaron un papel decisivo en la consolidación de un imaginario colectivo asentado en arquetipos de masculinidad y feminidad, que transmitían creencias culturales que reforzaban la noción de la subalternidad y las dependencias femeninas (Nash, 2004). Las disciplinas científicas del siglo XIX ayudaron en esta tarea de la división sexual y asimétrica de la sociedad a través de un proceso de naturalización. Bourdieu analiza como la historia se transforma en naturaleza, y la arbitrariedad cultural en natural. Con respecto a la división sexual y asimétrica de la sociedad, se trataría de hacer aparecer una división arbitraria como una construcción naturalizada, fruto de un orden natural, que está en el principio tanto de la realidad como de la representación de la realidad (Bourdieu, 2000). En estos procesos de naturalización, la metonimia de la maternidad como representación de la mujer ha jugado un papel fundamental en nuestros imaginarios modernos.



Ilustración nº 6: *Madre*, Joaquín Sorolla, 1895. Museo Sorolla, Madrid

La maternidad y la reproducción fueron en el siglo XIX, y durante las primeras décadas del siglo XX, los ejes centrales en la construcción de las identidades de género. La maternidad se consideraba la obligación y destino moral, religioso y

social más elevado para una mujer. La identidad de las mujeres derivaba de su capacidad biológica de reproducción y la maternidad era determinante de la identidad femenina. Frente a la razón evocada como epicentro de la masculinidad, para las mujeres el instinto maternal coronaba su naturaleza “distintiva”, tildándose de antinatural cualquier comportamiento de las mujeres que cuestionara el modelo de género instituido. La consecuencia de este esencialismo es que configura el sentido de la vida de las mujeres como una única opción universal para el sexo femenino. Se trata de la Otredad Absoluta que dice Amelia Valcárcel (1997). Y en palabras de Badinter:

No es un azar que las primeras mujeres que escucharon los discursos masculinos sobre la maternidad fueran burguesas. Ni pobre, ni particularmente rica o brillante, la mujer de las clases medias, vio en esta nueva función la oportunidad de una promoción y una emancipación que la aristocracia no buscaba...se convertía en el fundamento central de la familia...la madre es consagrada como “soberana doméstica”....La maternidad se transforma en una función gratificante porque ahora está cargada de ideal. El modo en que se habla de esta “noble función”, con un vocabulario sacado de la religión, señala que a la función de madre se asocia un nuevo aspecto místico....La patrona de esta nueva madre es la Virgen María cuya vida testimonia la dedicación a su hijo. (Badinter en Valcárcel, 2001: 13)

La Iglesia va también a reforzar el ideal de la maternidad en el siglo XIX con la bula *Ineffabilis Deus* (1854) del Papa Pío IX. En ella se declaraba el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María y se ensalzaba en su aspecto maternal la figura de María como figura central del cristianismo:

Pues nada se ha de temer, de nada hay que desesperar, si ella nos guía, patrocina, favorece, protege, pues tiene para con nosotros un corazón maternal, y ocupada en los negocios de nuestra salvación, se preocupa de todo el linaje humano, constituida por el Señor Reina del cielo y de la tierra y colocada por encima de todos los coros de los ángeles y coros de los santos, situada a la derecha de su unigénito Hijo nuestro Señor Jesucristo, alcanza con sus valiosísimos ruegos maternos y encuentra lo que busca, y no puede, quedar decepcionada (citado por Miyares, 2003: 83).

La Virgen María, figura central del cristianismo, aparece como el modelo de observancia para las mujeres, frente a la imagen de Eva, anti-heroína, mujer mala, rebelde y pecaminosa. La Virgen María no solo era un referente de mujer obediente

desde la óptica religiosa sino expresión del destino al que toda perfecta casada debía aspirar: la maternidad.



Ilustración nº 7: Virgen de la leche. Pedro Berruguete, Siglo XV. Museo del Prado, Madrid



Ilustración nº 8: *Sagrada Familia*. El Greco, 1595-96. Hospital de Tavera, Toledo.

La otra imagen ideada por el antiguo y nuevo testamento, la de Eva, es la de un ser inferior al hombre, creado para estar sometida a él. Son numerosos los fragmentos de los “padres” de la iglesia que hablan de las mujeres como sujetos de perversión y de lujuria, dando continuidad al mito de Eva como origen del mal y causa de la expulsión, contribuyendo así a la proliferación de expresión de actitudes misóginas en la cultura occidental.

En el caso español, la mística heroica de la Virgen María como modelo de virtud, abnegación, compasión y misericordia se impuso durante el siglo XIX y formará parte del canon del arquetipo femenino franquista de una forma radical y normativa. Se potencian todo tipo de representaciones del amor materno como hecho instintivo e irracional, pero superior a otros instintos de naturaleza sexual (la concepción sin “pecado original”). La iglesia franquista presentará la maternidad de la Virgen María como un modelo a imitar por todas las mujeres. Esta “madre nueva” tiene como misión fortalecer en la tierra en sus hijos las virtudes sociales e individuales. La mujer ha de ser “ser otro, para otro, a través de otro” y así es como contribuye al orden divino (Miyares, 2003).



Ilustración nº 9: Cartel del día de la madre, 1945.
Colección Carlos Velasco

En Occidente somos deudoras de la mística cristiana de la maternidad, en el sentido neoplatónico, de forma que ha ejercido una enorme influencia en la socialización de las mujeres. Para Mónica Bolufer (2010), la maternidad ha sido un tema al que se han acercado las ciencias sociales y las humanidades, desde la filosofía, la sociología, la antropología, la psicología y muy especialmente el psicoanálisis (Tubert, 1996; Caporale, 2005; Lozano, 1991 y 2007). La maternidad constituye un fenómeno de dimensiones múltiples y en este trabajo nos interesa su vínculo con la socialización e interiorización de la feminidad normativa, como un mandato social “naturalizado” y reproductor del orden social.

La teoría feminista se ha interesado por el estudio de los discursos sociales sobre la maternidad generándose vivos debates. La trayectoria feminista sobre las maternidades tiene como punto de partida a Simone de Beauvoir, Betty Friedam, Kate Millet, Shulamith Firestones y Adrienne Rich (Imaz, 2010; Suarez 2009). Cabe señalar por su relevancia el ensayo *El segundo sexo* (1949) de Simone de Beauvoir y sus aportaciones sobre la maternidad como lugar de subordinación y pretexto que las distintas sociedades han utilizado para articular y justificar las desigualdades entre los sexos (plasmada en las leyes, las instituciones, la educación...). Beauvoir negaba la existencia del instinto maternal y proponía situar las conductas maternas en el campo de la cultura. Otras autoras representantes de otros feminismos como el de la diferencia, como Luisa Muraro o la psicoanalista Nancy Chodorow³⁰ se han interesado por la maternidad como experiencia específicamente femenina para articular nuevas relaciones entre mujeres y entre los sexos. Plantean la necesidad de suprimir el orden simbólico del patriarcado recuperando la relación con la madre como fuente de autoridad. Pero uno de los aportes teóricos más importantes sobre el estudio del instinto materno es el realizado por Elizabeth Badinter en 1980³¹. Bandinter analiza como los discursos científicos, ente otros, colaboraron a construir y producir el instinto maternal, el

³⁰ Nancy Chodorow señala el ejercicio maternal como el punto central de la división sexual del trabajo. Ver Chodorow, n. (1984): *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*. Barcelona, Ed. Gedisa.

³¹ En Bandinter (1991). *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal siglos XVII al XX*. Barcelona: Paidós.

Las representaciones que configuran el imaginario social de la maternidad tienen un enorme poder seductor, en la medida en que todos los posibles deseos de las mujeres son sustituidos, con carácter uniformador, por uno, el de tener un hijo, en tanto que la maternidad crearía una identidad homogénea de todas las mujeres. Las mujeres han tenido que interactuar con este ideal maternal fuera del cuál resultaba muy difícil habitar un lugar simbólico y legítimo como sujetos. La extensión de las representaciones dominantes de la maternidad es paralela a la institucionalización de un sistema patriarcal. Impone una única forma de conceptualizar lo femenino (toda mujer equivale a una madre), anulando otras posibles definiciones de lo que significa ser mujer.



Ilustración nº 11: cartel de José Espert. Año 1930. Premiado en el concurso organizado por la Escuela Provincial de Puericultura de Valencia.

Por tanto, y al igual que el género, la maternidad es una categoría discursiva que nos ayuda a interpretar la representación de una serie de ideales sociales contruidos. La maternidad, y en especial su ejercicio, condicionan la feminidad normativa a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, dando lugar a lo que Alicia Miyares denomina el universo del “maternalismo” y su transmisión a través de la socialización en la educación. La fortaleza de la asociación feminidad-maternidad viene determinada por la influencia de las corrientes filosóficas, jurídicas, teológicas y científicas que han sido determinantes en el desarrollo de todas las vertientes ideológicas que vinculan mujeres-madres. El cuidado del hogar y de la familia, y el referencial de la maternidad como el arquetipo de cuidado lo vamos a encontrar, en mayor o menor medida, como entramado oculto y *ethos* de todas las profesiones de ayuda y/o en relación con personas, como es el caso de la enfermería, el magisterio y el propio Trabajo Social.

1.2.3 La cultura de la afectividad: alegoría de lo femenino

Un tercer eje que articula la representación de los géneros está vinculada con la (falsa) dicotomía razón/emoción, ubicando a uno de estos polos, la razón, en el espacio de representación icónica de la modernidad (condición de progreso, requisito para el ejercicio de la autonomía, del autocontrol, etc). El arquetipo masculino va a verse asociado a la norma referencial de sujeto racional de la modernidad. Las emociones, espacio de expresión de la feminidad, remitirían no solo al ámbito de los instintos, de lo pre-cultural, sino también al espacio de la regulación moral y pre-política de lo social. En el discurso del siglo XVIII de la Ilustración la emoción es negada como componente del comportamiento humano ideal, que debía basarse sólo en la razón facilitando que el mundo occidental haya ido construyéndose en esa disociación entre razón y emoción (Hernando, 2012).

Nos interesa atender a la consideración de las emociones en esta investigación como procesos socialmente contruidos, culturalmente significados e históricamente situados para ampliar las explicaciones sobre cómo las mujeres históricamente ha sido asociadas al espacio de las emociones e instintos, dada su supuesta vinculación con la naturaleza, con el cuerpo y la función reproductora.

En esta representación han participado las ciencias sociales que, tal y como desarrolla Foucault (1997), constituyen importantes tecnologías de producción de *verdad* y aceptabilidad en las sociedades occidentales. Las disciplinas científicas del siglo XIX, como la medicina o la psiquiatría, se encargaron de objetivar las diferencias sexuales a través de lo orgánico y psíquico, a través de una adherencia a la asociación naturaleza-emoción-femenino. Con el proceso de secularización que experimentan las sociedades europeas tras la ilustración, la ciencia sustituye a la religión por su capacidad de decir la verdad, y el recurso a los expertos se convierte en el siglo XIX en el principal criterio de autoridad. La dimensión afectiva (emocional) es presentada como un aspecto fundamental para entender un sinfín de fenómenos sociales, culturales e individuales y las emociones van a pasar a ocupar un lugar importante en las culturas políticas patriarcales y en la construcción de la feminidad normativa.

A lo largo de todo el siglo XIX, uno de los objetivos de mayor interés científico de la época ha sido el estudio de la naturaleza humana, centrándose fundamentalmente en las diferencias de sexo, raza y cultura. La cuestión de las diferencias entre hombres y mujeres ha sido objeto de debate e investigación de las disciplinas biológicas, médicas y sociales que buscaron demostrar la inferioridad fisiológica, intelectual y moral de las mujeres, y establecer las capacidades y las funciones sociales que les correspondían según su naturaleza. Reflexiones de autores como T. Bischof, P.J. Moebius y H. Spencer entre otros, se completaron con las nuevas ciencias de la psicología, el psicoanálisis y la sociología para aducir la inferior capacidad mental de la mujer (Nash, 1983: 13). En el siglo XIX, se llegó a diagnosticar cualquier acto independiente de una mujer como una manifestación de la histeria. La receta para su cura era la pasividad y el aislamiento en casa³². Frente a este discurso hegemónico encontramos algunas voces discordantes como la de Jhon Stuart Mill que, en su obra *El sometimiento de las mujeres* (1860), criticaba la división naturalista de género y el sometimiento de las mujeres por su entrega en exclusiva al ámbito de lo emocional.

³²Charlotte Perkins deja su testimonio en *El papel de pared amarillo* (2002).

Esta polémica reseñada llegó a tener eco en España donde el liberal doctor Gregorio Marañón aboga por la “diferenciación entre los sexos”. Marañón partió de la premisa de que la mujer no es inferior, sino diferente. La mujer puede, en casos excepcionales, como la soltería o la viudez, realizar funciones similares a las que desempeñan los hombres, pero su función primordial es la de ser madre y esposa, y cualquier actividad queda limitada por esta condición previa (Marañón, 1927: 92). Marañón representa la orientación de aquellos que preconizaron la complementariedad entre los sexos, posición ésta más sutil para justificar la relegación social de la mujer frente a los partidarios de la desigual capacidad de los sexos.

El catedrático de medicina Roberto Novoa Santos, diputado en las Cortes constituyentes de la II República (1931), negaba la voz a las mujeres por histerismo:

¿Por qué hemos de conceder a la mujer los mismos derechos políticos que al hombre?, ¿son por ventura ecuación?, ¿son acaso organismos iguales?, ¿son organismos igualmente capacitados? La única estructura biológica es la pareja humana. La mujer es toda pasión, toda figura de emoción, todo sensibilidad; no es en cambio reflexión, no es espíritu crítico, no es ponderación. No le faltaba razón a mi amigo Basilio Álvarez al afirmar que el haría del histerismo una ley. El histerismo no es una enfermedad, es la propia estructura de la mujer (Diario de sesiones de las Cortes Constituyentes de la República española, de 2 de septiembre de 1931)

Ambas posiciones, tanto la de Marañón (1860) como el de Novoa Santos (1931), coinciden en la idea que las mujeres carecían de la capacidad para producir trabajos racionales y razonables profundos por la denominada “naturaleza femenina”. A este respecto resulta muy expresiva la experiencia que narra Virginia Woolf en su libro *Una habitación propia* (1929). Cuenta la autora que, en 1928, teniendo que pronunciar una conferencia sobre *La Mujer y la Novela*, consultó los fondos del *British Museum* para documentar su trabajo, quedando sorprendida y asombrada ante el ingente número de volúmenes existentes sobre las mujeres. Dice Virginia Woolf:

¿Tenéis alguna noción de cuántos libros se escriben al año sobre las mujeres? ... Me puse a recorrer con desesperación la larga lista de títulos. Hasta los títulos de los libros me hacían reflexionar. Era lógico que la sexualidad y su naturaleza atrajera a médicos y biólogos, pero lo sorprendente y difícil de explicar es que la sexualidad femenina –es decir, las mujeres- también atraen a agradables ensayistas, novelistas de pluma ligera, muchachos que han hecho una licencia, hombres que no han hecho ninguna licencia, hombres sin más calificación

aparente que la de no ser mujeres. Algunos de estos libros eran, superficialmente, frívolos y chistosos; pero, muchos, en cambio, eran serios y proféticos, morales y exhortadores....Mirara uno donde mirara, los hombres pensaban sobre las mujeres y sus pensamientos diferían (Woolf, 2001: 39-43)

Confirma Stéphane Michaud (2000) que nunca se habló tanto de las mujeres como en el siglo XIX. Como expresan las palabras de Virginia Woolf, el tema aparece por doquier: en catecismos, en códigos, en libros de buena conducta, en obras de filosofía, en la medicina, en la literatura y también la teología. La Iglesia Católica erige como artículo de fe la Inmaculada Concepción de María (1854) y la mujer simbólica de María se convierte en un referente.³³

Pese a esta concepción negativa, precultural y asocial de las emociones, diversos estudios como los del psicólogo social Eduardo Crespo muestran que estas son una dimensión central de toda interacción social. No es hasta la mitad del siglo XX cuando encontramos distintas perspectivas teóricas que se han interesado por el estudio de las emociones y han señalado la relevancia de las emociones en la interacción humana y su rol en el escenario de la política y de la cultura (más específicamente en las dinámicas de movimientos sociales y cultura política)³⁴, entre otros; el sociocontruccionismo, la psicología social discursiva, los estudios culturales de las emociones, la sociología interpretativa, la sociolingüística de las emociones y las epistemologías feministas. La dimensión de lo emocional como construcción social permite dar cuenta de los múltiples elementos involucrados en la producción de la(s) subjetividad(es) femenina(as) y en la construcción de las identidades de género. Un ejemplo ilustrativo lo encontramos en las prácticas de los cuidados en relación a los elementos que se ponen en juego y cómo operan en la producción de género, a través de los cuidados (Serrano, Artiaga y Crespo, 2018).

Como plantea la socióloga Eva Illouz (2007), las emociones se constituyen en puentes entre lo individual y lo social y representarían el eslabón perdido. Por tanto,

³³ El papa Pío IX declara el 8 de diciembre de 1854 que la Madre de Dios es la única criatura que ha sido preservada del pecado original. La *Virgen* María aparece representada como el ideal, pero también como el alter ego, de toda mujer, que, desde el mito religioso de origen (Eva), encarnaría la infracción, el símbolo del pecado.

³⁴ Podemos resaltar las investigaciones de Goodwin, Jasper y Polleta (2003) que introducen la importancia de las emociones en los movimientos sociales.

revisar el discurso de las emociones implica atender necesariamente al estudio de los mecanismos de producción del género. Illouz radicaliza esta postura que hace de la emoción una dimensión central de los mecanismos de regulación social y desarrolla el concepto de capitalismo emocional, que caracterizaría a las actuales sociedades postindustriales, poniendo el énfasis en la socialización de los sentimientos. Nos resulta de interés sus reflexiones acerca de la modernidad, en donde las emociones aparecen como fuerza social asociada a las mujeres, estimulando el desarrollo de narrativas y normativas encargadas de describirlas y normalizarlas. El nacimiento de la sociología de las emociones, de las que Illouz es una referente, se produce durante la segunda parte de la década de los 70 del siglo XX, Arlie Russel Hochschild y su texto *The Sociology of feelings and emotions* revaloriza el rol de las emociones en el comportamiento social. De acuerdo con Hochschild, la cultura está colmada de normas emocionales que regulan qué, cuándo, cómo y cuánto debemos sentir. Este carácter protoactivo de las emociones constituye una clave importante del control social. En su dimensión política, las emociones están relacionadas con sanciones sociales, así como con el entramado de la estructura de la sociedad:

La manera en que deseamos sentir, la manera en que tratamos de sentir y la manera en que podemos atención a etiquetar y darle sentido a aquellos que sentimos, esa es su función, pues las emociones sirven para generar estructuras sociales, reglas sociales en las que habrá emociones, emociones que sean correctas de sentir o formas de expresar. La Sociología de las Emociones suple y profundiza las teorías sobre cómo piensan o actúan las personas. (Hochschild, 1990: 117)

Junto a la sociología de las emociones, los estudios de género han contribuido también a pensar las emociones como criterio central a la hora de reconceptualizar la feminidad y en la deconstrucción de la definición clásica de la feminidad. La teoría feminista ha desvelado el importante papel que juegan estrategias de poder y factores sociales y culturales, en la configuración de la identidad de género. A partir de los años setenta del siglo XX comienzan a publicarse diversos estudios que cuestionan los argumentos científicos que sostienen el carácter natural de la subordinación femenina, planteando que las teorías que establecen diferencias entre los sexos se encuentran permeadas y fuertemente condicionadas por los

valores y asunciones dominantes acerca del ser-hombre y el ser-mujer en la sociedad occidental. Estos sesgos de género presentes en la ciencia han cuestionado la supuesta objetividad y neutralidad con la que se ha legitimado su posición social. La denuncia de sesgos de género en la esfera científica cuestiona la noción de una ciencia que, lejos de ser una esfera autónoma, constituye una empresa hecha por individuos sociales ideológicamente y socialmente in-corporados, quienes se ven condicionados por intereses, preconcepciones, valores y prejuicios, que terminan filtrándose tanto en la práctica como en los contenidos científicos. Por consiguiente, el terreno de la ciencia no se mantiene ajeno a las preconcepciones de género que impregnan y operan en la organización social y en su sistema de creencias y representaciones. Las imágenes, características y conductas convencionalmente denominadas femeninas o masculinas tienen siempre una especificidad cultural e histórica. No pueden darse por sobreentendidas, sino que deben ser investigadas pues están sujetas a los que Laqueur denomina historicidad³⁵.

A partir de las aportaciones feministas de crítica a la ciencia, ha sido posible pensar otras formas de producir conocimiento, como las desarrolladas a partir de la experiencia como fuente productora de conocimiento y favorecer la disolución de la pareja razón-emoción. Particularmente prolífica, en este sentido ha sido la sociología de las emociones, que nos ofrece una perspectiva de análisis de las prácticas del cuidado como una construcción social dentro del sistema de trabajo y participativas de las actividades de reproducción social. Las prácticas de cuidado emocional, ayuda y asistencia social por parte de las mujeres no surgen a partir de una bondad extrema, intrínseca a la mujer como colectivo, sino que constituyen saberes aprendidos con concreciones en cada momento histórico y son puentes entre lo individual y lo social, entre lo privado y lo público. Los cuidados no han existido siempre “la organización social de los trabajos de cuidados y el lugar que ocupan en la sociedad actual son producto de un largo proceso histórico” (Carrasco, Borderías y Torns, 2011, 159).

³⁵Laqueur, T. (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Cátedra.

Las sociólogas Marugán y Miranda nos advierten que “al igual que la infancia, el amor romántico, las amas de casa y los virus, los cuidados no han existido siempre” (2018: 223). La acción de atender y cuidar es una acción subjetiva que se inscribe en una lógica socio-histórica más amplia que abarca principios sociales, políticos y económicos. En las interacciones del cuidado se implican elementos subjetivos —el sentimiento, la experiencia, lo simbólico— y aspectos socioculturales —las normas, los valores y las obligaciones— (Torns, 2001). El trabajo de cuidados es la cara de la “querelle des sexes” (Prieto, 2007) en la modernidad, sobre todo desde las aproximaciones que tienen en cuenta la dimensión del género en el análisis social. La denominada “*crisis de los cuidados*” (Hochschild, 1995) ha contribuido a visibilizar la política emocional y a convertir en objeto de estudio los conflictos en la provisión de cuidados y a problematizar el distinto papel de las mujeres en las sociedades desarrolladas de finales del siglo XX. Las prácticas de los cuidados constituyen hoy un campo propio de investigación junto con el estudio de los cuidados en el marco de las políticas de bienestar. Autoras como Carol Gilligan (2013), cuestionan los principios morales patriarcales de los cuidados y demanda un cambio de paradigma que incorpore una reformulación de la responsabilidad asociada al cuidado

En esta investigación, consideramos que la dimensión de los cuidados constituye un núcleo duro de la construcción la feminidad normativa, del imaginario sobre lo femenino y de la dimensión simbólica de la “mujer social”. La asociación entre emociones y mujeres es el resultado de una larga naturalización de los procesos corporales e intelectuales. Así las emociones se han esencializado como rasgo dominante de la supuesta naturaleza femenina y, a partir de dicha naturalización, se han construido *estilos emocionales*³⁶ (Illouz, 2009), que representan el principal capital simbólico administrable por las propias mujeres.

La dimensión emocional/moral constituye también un núcleo duro presente en el desarrollo del Trabajo Social y su presencia, lejos de considerarse un valor

³⁶ Illouz refiere a los estilos emocionales como la combinación de los modos cómo una cultura comienza a preocuparse por ciertas emociones y crea estrategias a través de las cuales promueve formas de sentir, crea estructuras lingüísticas para referirlos, y construye rituales y simbolismos para transmitirlos y regularlos

positivo en sí mismo, ha sido juzgado como un elemento favorecedor de su posición subalterna como profesión y, por tanto, el distanciamiento de este referencial ha aparecido como condición necesaria para su reconocimiento social.

1.2.4 La educación como espacio emblemático del imaginario social

El estudio de la evolución de la educación dirigida a las mujeres permite ejemplificar los tres ejes que conforman el imaginario femenino y pone de manifiesto el papel jugado por la representación dominante de la feminidad en la reproducción de la exclusión de las mujeres del ámbito público. Esta situación ha permeado la evolución del Trabajo Social y su relación ambivalente con la cuestión de la profesionalización de la profesión. El Trabajo Social, justamente, permitió reformular esta exclusión al ofrecer espacios alternativos de ejercicio de la feminidad dentro del espacio público. La beneficencia, la filantropía y la asistencia social fueron uno de los pocos campos propicios para la actividad de la mujer a finales del siglo XIX y principios del XX. En estos espacios las mujeres podían desarrollarse en el espacio público con el beneplácito de la sociedad

Los dispositivos educacionales del siglo XIX y principios del XX van a promover en la formación de las niñas la domesticidad, el arquetipo *ángel del hogar*, como ideal de realización y que convierte a la maternidad en el destino natural de toda mujer, y que dota de sentido a la vida de toda mujer. La idea de trascenderse en otro ser está vigente en el modelo de amor abnegado de una madre como construcción cultural. En los dispositivos educacionales se educará a las mujeres en la renuncia a una misma para ser para otros (siendo buena madre y esposa). Casarse y crear un hogar, y no desarrollarse personal y profesionalmente, constituían el verdadero destino de la mujer. Como puntualiza Lipovetsky:

Toda educación de las mujeres habría de girar alrededor de los hombres. deleitarles, tener disposición para serles útiles, favorecer que las amaran y alabarán, instruirlos cuando son hijos, cuidar de ellos cuando fueran mayores, alimentarlos, conformarlos y hacerles la vida más agradable y grata. (2007: 19)

La historia de la educación de las mujeres en España durante el siglo XIX y principios del siglo XX muestra esta base ideológica que otorga un lugar secundario y subordinado a las mujeres. Bajo la categoría de las diferencias «naturales» y siguiendo las ideas roussonianas sobre la instrucción femenina se relegaba a las mujeres a las tareas «propias de la mujer». La trayectoria del derecho a la educación de las mujeres no será lineal sino más bien zigzagueante; avances conquistados en las primeras décadas del siglo XX sufrirán un fuerte retroceso bajo la dictadura franquista. Estos contextos pedagógicos mutantes marcarán el surgimiento y devenir de la formación del Trabajo Social en España.

Las bases del actual sistema educativo comienzan a construirse en España a mediados del siglo XVIII. Según las ideas educativas vigentes entonces, los hombres y las mujeres eran creados para desempeñar destinos sociales distintos y, en consecuencia, también su educación debía ser diferenciada. El Informe Quintana (1813)³⁷ promulgaba la idea de que todos los ciudadanos deben recibir una instrucción escolar básica, pero la educación de las niñas se debía articular en torno a los rezos, el aprendizaje de labores domésticas y el recorte de las asignaturas prescritas para los niños. Se argumentaba que las niñas ni deben estudiar ni necesitan una cultura profunda, porque ello las puede distraer y alejar de su función principal, la de esposas y madres. La justificación teórica se derivaba de la asunción de un destino inscrito en la biología, la mujer no necesitaba conocimientos que no iba a servirle para la función que la naturaleza le había asignado sino una educación para ser virtuosa y sumisa, buena madre y obediente esposa. El artículo publicado por Mariano José de Larra “*El casarse pronto y mal*” (1832)³⁸ da cuenta de la mínima educación que recibía la mujer en España. Los primeros avances educativos no se materializarán hasta 1857, año en el que fue promulgada la Ley de Instrucción Pública (conocida popularmente como *Ley*

³⁷ Este informe recibe el nombre de uno de los informantes, el poeta ilustrado y liberal Manuel José Quintana. El informe analiza el estado de la educación en España en la primera década del siglo XIX. Se considera el primer documento en el que se recogen principios liberales en la cuestión educativa y en 1914 se convertirá en proyecto de decreto. Pero no será hasta 1821 cuando con algunas modificaciones constituirán el primer reglamento general de instrucción pública (al reestablecerse el gobierno constitucional después del periodo absolutista de Fernando VII).

³⁸ Artículo publicado por primera vez en *El Pobrecito Hablador*, el 30 de noviembre de 1832.

Moyano), que establecía la creación de escuelas para niños y para niñas, dos por municipio, con una población no inferior a 500 *almas* (art. 100.) Esta norma establecía, por primera vez, la obligatoriedad de la educación para los niños y niñas de 6 a 9 años, si bien las cifras del momento muestran que menos de la mitad de las niñas estaban escolarizadas³⁹.

La creación en 1858 de la Escuela Normal Central de Maestras⁴⁰ es un hito en los avances de la educación de las mujeres. La puesta en marcha de esta institución posibilita a la mujer la vía profesional de la carrera de magisterio. Los contenidos que se imparten en la formación de las maestras engloban la lectura, gramática, aritmética, religión, pedagogía y labores (Roig, 1990). Coherente con el modelo normativo de domesticidad, en la formación de las maestras se enfatizaba las materias domésticas frente a las consideradas “intelectuales” (Roldán, 2018).



Ilustración nº 12: Profesoras de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, 1870. Fundación Fernando de Castro, Madrid

³⁹ Existe una abundante historiografía sobre la educación española en los siglos XVIII Y XX. La primera estadística de la enseñanza primaria data de 1855 (estadística de la primera enseñanza de la península e islas adyacentes correspondientes al quinquenio de 1850 a 1855, formada por la comisión auxiliar del Ramo, Madrid, 1858).

⁴⁰ La primera Escuela Normal de Maestros fue creada en 1839.

Hasta finales del siglo XIX los manuales escolares, cartillas de urbanidad y libros de lectura para las niñas, pero también para las maestras, giran en torno a los deberes de las mujeres como madres y esposas, bajo una retórica moralizante y de sacrificio (Flecha, 1997). La creación de la editorial Saturnino Calleja en 1879 al inicio de la Restauración Borbónica se convertirá en un referente en materiales para la docencia. De esta editorial, las historias de Juanita serán de las más difundidas en la España finisecular. En el preámbulo se decía:

Juanita es una niña que aún no ha cumplido los ocho años. Es muy cariñosa con todo el mundo, y, por lo mismo, todos la quieren y le desean mucho bien. Y además de ser muy buena, es muy estudiosa. Su mamá va enseñándole poco a poco los quehaceres de la casa. También va a la escuela, y escucha con respeto y atención las explicaciones de la Maestra, se fija mucho en lo que ésta le dice, y lo conserva en la memoria para practicarlo. No cabe duda de que, siguiendo así, Juanita llegará a ser pronto una mujercita de su casa (Díaz Sánchez, 2014: 279)

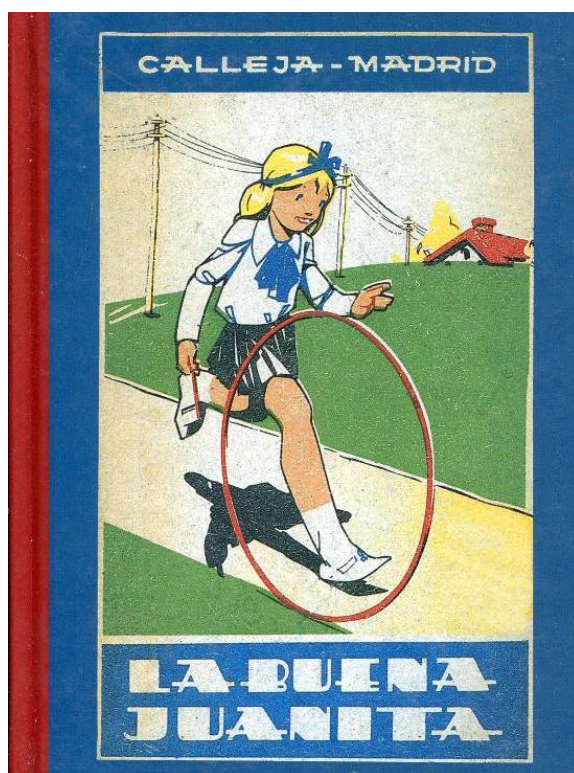


Ilustración nº 13: Portada de libro *La buena Juanita*, Editorial Saturnino Calleja

En España, el debate público sobre la idoneidad de educar a las mujeres no aparece en el escenario público hasta finales del siglo XIX, de forma tardía y lenta

(Scanlon, 1987). En concreto comenzará en los años del sexenio democrático (1868-1874) de la mano del movimiento krausista que defienden la necesidad de que las mujeres reciban una educación escolar más sólida y equivalente a la de los varones, aunque esta cuestión era sentida como inquietud por tan solo una minoría. Con la consolidación del modelo liberal burgués durante la Restauración, habrá consenso sobre la conveniencia de una educación de las mujeres en la esfera doméstica, para dotarlas de formación en su papel como madres y esposas, siendo la familia el eje principal de vertebración social.

Dos de las participantes de forma activa en este debate y defensoras de la educación femenina como derecho propio fueron las escritoras Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán. Ambas presentaron ponencias en el II Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano de 1892⁴¹, en donde, y por primera vez, el tema de la instrucción femenina tiene un tratamiento específico. La historiadora Consuelo Flecha (2007) refiere que en este congreso se produce un avance conceptual en los discursos sobre la educación de las mujeres, vindicándose el derecho a la educación para ellas mismas, no en relación a sus funciones como madres y esposas. Concretamente es la sección quinta del congreso “*Conceptos y límites de la educación de la mujer y de la aptitud profesional de ésta*” la que recoge las intervenciones⁴². El Boletín de la Institución Libre de Enseñanza de noviembre de 1892 destacaba como de interés del congreso dicha sección. Lo describe así:

La 5ª sección (Educación de la Mujer) ha excedido a todas en movimiento, en concurrencia y en el interés despertado por sus discusiones. Nótese que es la primera vez en España se trata en reunión pública y numerosa de aquel importantísimo problema; y ciertamente, el empeño con que se ha debatido da buena muestra de que empieza a preocupar a las gentes de cultura y, sobre todo, (lo que más importa), a las mismas mujeres. Estas, en efecto, han concurrido con grande y alta representación.⁴³

⁴¹ El I Congreso Pedagógico se celebró en Madrid en 1882 y las intervenciones sobre la educación de las mujeres describían la situación de las mujeres en relación a su función doméstica. El II Congreso también tuvo lugar en Madrid, en el auditorio de la Universidad Central.

⁴² La revista *La Escuela Moderna* en sus números de febrero a junio de 1893 publicó una serie de artículos en los que las mujeres que habían asistido al congreso exponían sus ideas sobre la educación de las mujeres.

⁴³ Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, nº 375, de 15 de noviembre de 1892, p. 329.

Emilia Pardo Bazán presentó una ponencia⁴⁴ que cuestionaba las relaciones y diferencias entre la educación de la mujer y el hombre, en la que concibe a la mujer como sujeto activo y no como instrumento educador, atacando así las concepciones pedagógicas herederas de Rousseau, que privaban a la mujer de su propia individualidad. Afirmaba la escritora:

El error de afirmar que el papel que a la mujer corresponde en las funciones reproductivas de la especie, determina y limita las restantes funciones de su actividad humana, quitando a su destino toda significación individual, y no dejándole sino la que puede tener relativamente al destino del varón. Es decir, que el eje de la vida femenina para que así piensan (y son innumerables, cumple a mi lealtad reconocerlo), no es la dignidad y felicidad propia, sino la ajena, la del esposo e hijos, y si no hay hijos ni esposo, la del padre o del hermano, y cuando estos faltaren, la de la entidad abstracta género masculino (1892: 20-21).

Aunque Concepción Arenal no estuvo presente en el Congreso si presentó una ponencia que fue leída y en la que insistía en el derecho a la educación de las mujeres por ellas mismas. Decía:

Es un error de los más perjudiciales, inculcar a la mujer que su misión es la de esposa y madre; equivale a aniquilar su yo moral e intelectual"...lo primero que necesita la mujer es afirmar su personalidad, independiente de su estado, y persuadirse de que, soltera casada o viuda, tiene deberes que cumplir, derechos que reclamar, dignidad que no depende de nadie, un trabajo que realizar, e idea de que es una cosa seria y grave la vida y que si la toma como juego, ella será indefectiblemente juguete. (Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, n 377, 31 de octubre 1892).

Esta misma línea fue defendida por la Institución Libre de Enseñanza y por la Asociación para la Enseñanza de la Mujer,⁴⁵ recogiendo las ideas emancipatorias existentes en Europa en el momento, heredadas del pensamiento político de John Stuart Mill y participadas por las sufragistas. En el congreso se manifestaron también voces en contra, que basaban su argumentación en que la igualdad entre

⁴⁴ La ponencia de Emilia Pardo Bazán apareció publicada en la revista Nuevo Teatro Crítico, nº22 (1892) con el título "La educación del hombre y de la mujer: sus relaciones y diferencias". En esta misma revista y número se publicó un resumen de las ponencias y memorias de la sección V.

⁴⁵ La Asociación surgió en 1870, promovida por Fernando de Castro, con el objetivo de potenciar la educación femenina en España.

hombre y mujer es algo intrínsecamente imposible por las diferencias a nivel físico-psíquico y las funciones sociales que se derivan de la naturaleza de las mujeres. Una vía intermedia⁴⁶ obtendrá el mayor apoyo y así lo recogen los acuerdos de 1892 resumidos en el principio igualitario de acceso a la enseñanza pero que cuestiona la aptitud de las mujeres para el ejercicio profesional, excepto en algunas esferas en las que se ve adecuado su participación, como la enseñanza y la enfermería.

El apoyo a la educación femenina tendrá resultados en cuanto al acceso de las mujeres al sistema educativo en las primeras tres décadas del siglo XX, con diferentes reformas dirigidas a promover su escolarización. Serán posibles experiencias educativas innovadoras desarrolladas por la Institución Libre de Enseñanza, la Escuela Moderna de Ferrer i Guàrdia, o el movimiento de la Escuela Nueva en Cataluña, pero para una minoría de mujeres. Estas experiencias, basadas en iniciativas como la convivencia natural de los sexos, servirán de referentes en el proyecto educativo de la Segunda República (1931-1936), que entre sus innovaciones promulga la escuela mixta (referida como coeducación). El propósito republicano es un cambio de paradigma pedagógico para cambiar el retraso educativo y llegar a toda la población. Para ello se llevará a cabo múltiples iniciativas como las Misiones Pedagógicas o la Junta de ampliación de estudios, entre otras.

El tema de la educación de las mujeres despertaba en la España republicana un apasionado debate, pues cuestionaba una práctica social legitimada durante dos siglos -la de la separación de sexos en la escuela-, y conllevaba una importante carga ideológica al incidir sobre las relaciones sociales entre hombres y mujeres y plantear la revisión de los roles sociales de uno y otro sexo.

⁴⁶ Esta vía intermedia no difiere de las posiciones en las que se manifestaron años antes, en el ciclo de conferencias dominicales para la educación de las mujeres del curso 1869/1870. Estas se inauguraron en el salón de grados de la Universidad Complutense de Madrid por Fernando de Castro, con la participación de intelectuales y políticos del momento que coincidían en que la forma en la que la mujer colaboraba en el devenir comunitario era su misión de madre. Su puesto no estaba en la fábrica sino en el hogar y por tanto la educación femenina debía orientarse en este aspecto.

Con la guerra civil española y la dictadura franquista la educación de la mujer retrocede. La Iglesia Católica volverá a asumir la iniciativa en el campo de la educación y a imponer los códigos decimonónicos que limitaban no sólo el acceso a la educación, sino también al mundo laboral y a la independencia económica. Para ellas, una de las primeras medidas impulsadas por la dictadura será la de prohibir la escolarización conjunta de niños y niñas en los niveles de primaria y secundaria, defendiendo una escuela segregada. La educación de las niñas se confiará, en parte, a la Sección Femenina de la Falange, que con todos los medios a su alcance se propondrá difundir un modelo pedagógico dirigido a inculcar a la mujer que la finalidad de su educación se circunscribía a los límites de su función de madre y responsable del hogar. Este ideal educativo femenino se ha resumido a partir de tres conceptos clave “*Dios, Patria y Hogar*” (Ballarín, 1995). Como reflejo de esta situación, la Ley de 1945 sobre enseñanza primaria recogía en su artículo 11:

La educación primaria orientará a los escolares, según sus aptitudes, para la superior formación intelectual o para la vida profesional del trabajo en la industria y el comercio o en las actividades agrícolas. La educación primaria femenina preparará especialmente para la vida del hogar, artesanía e industrias domésticas. (MEC, 1990: 667).

La Sección Femenina será también la encargada de poner en marcha el Servicio Social⁴⁷ para las mujeres y de las asignaturas de Hogar en los planes de estudios así como de toda una serie de actividades de formación práctica. Y dado el papel que el franquismo atribuía a las mujeres en la sociedad, sólo algunas salidas laborales como el de maestras, enfermeras y también la de visitadoras/asistentes sociales se verán como idóneas. El porcentaje de mujeres que engrosaban las filas de la población activa en la década de los cuarenta no alcanzaba más que el 15% del total⁴⁸ (García Lastra, 2008).

⁴⁷ El Servicio Social debe realizarse en seis meses (Decreto de 31 de mayo de 1940) y su orientación es eminentemente educativa. Esos seis meses se dividen en tres de formación teórica (nociones de economía doméstica, cuidados del hogar, puericultura, formación religiosa y, en ocasiones, cantos y bailes folclóricos) y tres de prestación de trabajo en funciones de interés nacional, benéficas, estatales, etc, en hospitales, comedores infantiles, etc. (Fernández Salinero, 2012).

⁴⁸ Estas cifras de referencia deben ser tenidas en cuenta con mucha precaución en el sentido de qué se entiende por población activa, en la línea de las reflexiones de Margaret Maruani (2000).

1.3 Apuntes en femenino sobre el nacimiento del Trabajo Social

La filantropía se reconoce como antecedente del Trabajo Social y también como uno de los pocos ámbitos públicos en el que a la mujer se la consideraba capacitada. En su origen la mayoría de las mujeres que participaban de estas prácticas formaban parte de familias de la burguesía. Era una labor elogiada y de utilidad para trasladar a las clases más humildes la moral y los valores de la burguesía.

Las sociedades filantrópicas más relevantes tuvieron su origen en la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX. Evolucionarán de la mera acción privada inicial a la colaboración y complementariedad con el Estado en el siglo XIX, con la ley de pobres inglesa de 1834, emblemática en el proceso de construcción del sistema de caridad pública. Esta ley instauró un nuevo sistema de socorro público y se convirtió en el prototipo de la reforma social británica. La disposición capital de la ley era la obligatoriedad de la *workhouse*⁴⁹ como una forma de comprobar la situación de necesidad e inculcar disciplina y laboriosidad. Esta norma se caracterizó por la veneración que hace de la ética del trabajo: “la vida a expensas de la beneficencia debía ser una opción menos elegible que la vida ensalzada por el trabajo” (Patterson, 1993: 42). En opinión de Bauman (1999: 27) “la ética del trabajo afirmaba la superioridad moral de cualquier tipo de vida, sin importar lo miserable que fuera, con tal de que se sustentara en el salario del propio trabajo”. Este será un principio que reinará en, y acompañará a, las políticas sociales: el socorro y la asignación de recursos deben ser siempre inferiores a las retribuciones más bajas que un individuo podrá obtener con una retribución normal (Castel, 2004: 140). La ayuda aparece por tanto condicionada a la norma del trabajo como principio moralizante y las mujeres a través de la filantropía serán encargadas de transmitir estos principios.

La filantropía posibilitará una inserción pública de las mujeres de la élite que tenían vetada de otras formas, y posibilitará la iniciación en prácticas de ayuda en

⁴⁹ Institución asilar para los pobres sin empleo en la que aquellos que no tuvieran ninguna incapacidad estaban obligados a trabajar.

entidades⁵⁰, y en agrupaciones mixtas (mayoritariamente bajo dirección masculina). También facilitó la participación en agrupaciones específicamente femeninas como es el caso de las Elisabethvereine, las mujeres católicas alemanas de Renania (1830), o la *London Bible Women and Nurses Mission* (1859) que organizaba *teas* o *mother's meetings* para suministrar nociones de economía doméstica y de puericultura, confiando en luchar, a través de estos métodos contra el alcoholismo y el vagabundeo de los niños.

Estas mujeres de la élite, educadas en el imaginario ilustrado, también arrastrarán a un público de clases medias preocupadas por defender los preceptos de economía doméstica a través de la beneficencia según recoge Josephine Butler⁵¹. A las damas de la caridad, a menudo solteras o viudas de clase media, les seguirán mujeres más independientes e indignadas ante la miseria física y moral que encuentran en las visitas a los barrios proletarios, provocada por la industrialización. Durante todo el siglo XIX las transformaciones económicas y sociales, derivadas de la revolución industrial, dieron lugar a grandes desigualdades y al surgimiento de nuevos problemas. Las condiciones de vulnerabilidad surgida de la industrialización pusieron en jaque al sistema liberal de atención a las necesidades, así como la solidaridad de los grupos de ayuda mutua y las acciones caritativas o filantrópicas como en el caso de la *Charity Organization Society* (C.O.S.). Los retratos dickensianos de la sociedad inglesa despertaron la compasión y sensibilización de muchas de estas mujeres burguesas que se movilizaron en busca de soluciones ante la inacción del liberalismo económico y político. Estas acciones permitían conjugar un doble objetivo de ayuda y control social, que ha acompañado al nacimiento y desarrollo del Trabajo Social desde sus orígenes y probablemente contribuyeron a la emergencia de la “cuestión social”.

Los intereses de estas personas e instituciones se confunden muchas veces, ya que junto a intenciones de ayuda desinteresada coinciden a menudo objetivos de

⁵⁰ Antecedente importante en la organización de la ayuda son las experiencias de organizaciones femeninas impulsadas por mujeres como Hildegarda de Bingen y las beguinas del siglo XII o a Luisa de Marillac y la congregación de las Hijas de la Caridad en el siglo XII.

⁵¹ En Butler, J. (1969). *Woman's work and woman's culture*. Londres.

controlar los iniciales conflictos sociales o disfuncionalidades de la sociedad liberal, que en muchos casos sus dirigentes defendían. (Rubí, 1991: 54)

Hacia la mitad del siglo XIX surge la preocupación por la creación de un órgano que aglutinara y coordinara el creciente número de instituciones sociales, tanto públicas como privadas, dedicadas a la ayuda en Londres (voces como la del pastor protestante Henry Solly van en ese sentido). Se introduce la idea de agrupar instituciones de beneficencia en un esfuerzo común ante la ineficacia de estas organizaciones y se desarrollarán criterios para determinar quién estaba realmente necesitado, distinción que ya estaba establecida desde el siglo XVI entre los pobres merecedores y los que no merecen ser ayudados. Se fundó así la *Sociedad para la organización del socorro caritativo y la represión de la mendicidad*⁵² en 1868 y que Henry Solly transformó junto a Eduard Denisson y Octavia Hill en la *Charity Organization Society (COS)*. Las mujeres visitadoras de la COS modificaron posteriormente la percepción benéfico-asistencial en torno a la inmoral vagancia de los pobres. Mujeres como Octavia Hill y Beatriz Web introducen nuevas consideraciones de la pobreza a partir de corrientes filosóficas como el humanismo y pragmatismo

Paradójicamente serán las experiencias sobre el terreno en la labor asistencial y en contacto con la pobreza las que posibilitarán cambios en la percepción del mundo social y en la imagen de las mismas mujeres. En consecuencia, a través de la filantropía las mujeres de la burguesía obtuvieron nuevos significados sociales. Sus exploraciones en los barrios las convirtieron en incipientes especialistas en etnografía urbana y disponían de cierto poder, ya que controlaban recursos importantes como el del acceso a la vivienda, o el acceso a servicios como los médicos. Las visitas a los pobres, presos y enfermos les permitía trazar en la ciudad del siglo XIX itinerarios permitidos y “bendecidos”. Las mujeres burguesas, “ángeles en la casa” son también las buenas mujeres que redimen a los caídos. Hubo

⁵² La sociedad para la organización del socorro caritativo y la represión de la mendicidad es la primera denominación de la C.O.S. Inmersa en el protestantismo luterano y en el victorianismo de la época, concebía en sus inicios que la pobreza era una expresión del vicio moral del individuo que, por pereza, no se esforzaba lo suficiente para trabajar. Esta fue la razón principal por la que se pedía coordinar los esfuerzos de las organizaciones de Londres y evitar el despilfarro de fondos económicos.

“damas” o “señoras” de clase acomodada que, desde un sentimiento caritativo y cristiano, dedicaron parte de su tiempo a visitar a las familias más menesterosas, a los enfermos, a mujeres “descarriadas”, etc. Para el ideólogo inglés Ruskin, esta actividad asistencial podía ser considerada como una extensión de las tareas domésticas.

La feminización de parcelas de atención a los necesitados, las obras caritativas y filantrópicas van a justificar la actuación colegiada de mujeres de la buena sociedad. Hubo mujeres que se apoderaron de estos espacios que quedaban abiertos y desarrollaron su influencia, encontrando la matriz de una conciencia de género. En términos utilizados por Michelle Perrot (2000), esta situación permitió salir moralmente de los roles que les habían sido asignados, formarse una opinión y hacer algunas “incursiones” fuera del hogar. No sería sino desplegar su feminidad normada (altruismo, cuidado, afecto, maternidad social) en el ámbito público.

En todo Occidente, se asiste a finales del siglo XIX y principios del XX a una movilización femenina orientada a las prácticas de ayuda social que se verá acelerada por las epidemias, las guerras y sus heridos, los desocupados, y que se va amplificando por la gravedad endémica de los problemas urbanos como el alcoholismo, tuberculosis y prostitución (Perrot, 2000). Las mujeres no debían esperar ningún tipo de retribución por este “trabajo emocional y moral”, ya que es un cuidado voluntario que la propia ciudad ofrece de forma gratuita. Desde el voluntariado y la entrega desinteresada, la presencia femenina fue aumentando al ritmo de su adaptación a los contextos sociales, hasta pasar a ejercer como visitadora domiciliaria. Resulta paradójico como recordamos los nombres y los hechos de grandes filántropos que han trascendido pero sabemos menos de la mayoría de las mujeres cuya energía quedó sepultada en la beneficencia anónima. En palabras de Sylvain Maréchal⁵³ “el nombre de una mujer sólo debe grabarse en el corazón de su padre, de su marido y de sus hijos”, o bien de sus pobres, que son sus otros hijos.

⁵³ Sylvain Maréchal (1750-1803) es la autora del Manifiesto de los iguales.

En Inglaterra, coincidieron en la labor social principalmente movimientos de reforma social con grupos de investigación social y sociedades de organización cristiana. Encontramos en Inglaterra personas y entidades relevantes consideradas hoy precursoras del Trabajo Social (siglo XIX) y que ilustran estas iniciativas filantrópicas. Mujeres relevantes como Octavia Hill se convirtió en experta en el problema de la vivienda para los pobres y fue fundadora del primer asentamiento femenino en el Londres victoriano (en Southwark). También fue promotora de la educación de adultos. Octavia Hill concibe la filantropía como una ciencia destinada a promover la responsabilidad individual, tal y como se recoge en su libro *Our Common Land* (1877). En la ciudad de Londres encontramos también el matrimonio formado por Samuel y Henrietta Barnett promotores en Whitechapel (su parroquia) del primer *university settlement*⁵⁴, conocido como Toynbee Hall (1884). Este establecimiento nació con la finalidad de promover el bienestar y dar nuevas oportunidades a las mujeres y niños. Estas iniciativas sirvieron para un conocimiento más científico acerca de la pobreza basado en investigaciones empíricas sobre los pobres. Sostiene Miranda (2004) que paradójicamente, Samuel Barnett toma prestada la ética de la filantropía femenina pero excluye a las mujeres de su centro comunitario porque temía que se hicieran con el mando del movimiento. Estos establecimientos de inspiración protestante desempeñaron un papel decisivo en la transformación de la filantropía en Trabajo Social a finales del siglo XIX. Ya no se trataba de visitas esporádicas, sino del establecimiento permanente de estos establecimientos en entornos de pobreza: suburbios, barrios periféricos y lugares llenos de miseria. En ellos, las mujeres habían desarrollado una “inesperada” capacidad de organización, un espíritu aventurero en empresas arriesgadas y una implicación a pesar del trabajo difícil, desagradable y poco prometedor⁵⁵. En el Londres victoriano, muchas de las transformaciones de las labores caritativas se debieron a la influencia de Octavia Hill como reformadora social que había propuesto un proyecto de supervisión femenina de los barrios

⁵⁴ También estos asentamientos representan a instituciones que ofrecen servicios sociales y educativos en barrios deprimidos.

⁵⁵ Octavia Hill, citada en Hollis, *Ladies Elect*, pág. 13.

bajos de Londres en los años 60 del siglo XIX⁵⁶. La base ideológica de estos proyectos filantrópicos era la idea de que la pobreza era un problema moral, no estructural. Octavia Hill previó un ejército de visitadoras de barrio que llevaran a cabo las tareas de supervisión de los hogares. Las visitadoras debían considerar a los pobres fundamentalmente como maridos, esposas, hijos e hijas miembros de la familia como lo somos nosotras, y no como una clase diferente. Las cobradoras de alquileres de Hill estaban obligadas, no sólo a recoger el dinero, sino a supervisar el bienestar de la gente y la situación de sus hogares. Tenían que ofrecer ayuda espiritual y disciplina a los inquilinos que, por su falta de voluntad, necesiten impulso permanente so pena de quedarse irremisiblemente atrás. Esta práctica de caridad implicaba un conocimiento detallado de la situación familiar de los pobres, además de la capacidad de enseñarles virtudes domésticas (Walkowitz, 1995: 117).

La filantropía científica moderna nace con la organización social de la caridad. Pone el énfasis en la necesidad de una investigación exhaustiva sobre cada persona y cada familia para cerciorarse que la ayuda era necesaria. Plantea que los miembros de las clases altas al ser moralmente superiores tenían que ponerse en contacto con personas necesitadas realizando visitas voluntarias. La participación en actividades filantrópicas es una de las características de las sociedades liberales y en sí mismo ha constituido un instrumento de control social (Swaan, 1992). Se pasa del ejercicio de la caridad a la tarea de moralización y de higiene (normalización social). La visita a domicilio, destinada a la localización de los buenos pobres, resultará cada vez más rigurosa y técnica, a través de la recogida de información, de datos biográficos y familiares, cuyos documentos se apilarán en la sede de las asociaciones, convirtiéndose en archivos de la pobreza. De esa manera, las mujeres irán adquiriendo un “saber social” y una familiaridad que raya con la profesionalidad, lo que impulsó a algunas activistas a reformular su postura ideológica hacia la pobreza y la propia identidad de su dedicación a la filantropía. Esto impulsó una concepción de la pobreza como déficit moral en favor de una explicación más estructural, centrada en el desempleo, el subempleo y los

⁵⁶ Un ejemplo ilustrador es la compra, con la ayuda de Jhon Ruskin, por parte de Octavia Hill, de edificios de viviendas en Londres y la supervisión de su renovación por parte de los inquilinos, además de encargarse de cobrar el pago de los alquileres.

salarios insuficientes. Poco a poco, las mujeres dedicadas a la filantropía se establecieron como personas que veían más allá que los hombres, porque eran capaces de ir más allá de la dimensión doméstica de la pobreza. (Walkowitz, 1995).

La C.O.S destacó a finales del siglo XIX por la aplicación de nuevos métodos en las prácticas asistenciales, determinantes en el futuro desarrollo del Trabajo Social, y se presenta como entidad privada con interés en la promoción científica de sus acciones, preocupada por la formación de sus voluntarios como elemento, de máxima prioridad, a la hora de desarrollar un buen trabajo. Será en el seno de la C.O.S. dónde nace el “*social casework*” o Trabajo Social de casos. La mentalidad puritana de las llamadas “visitadoras de la C.O.S.” pronto entró en conflicto al comprobar por ellas mismas que los clientes pobres no eran responsables de su situación, como afirmaba la corriente teórica mayoritaria de la patología social, sino que existían circunstancias estructurales en el sistema social que no se podían acometer individualmente. Por tanto, estas mujeres tuvieron un papel central a la hora de defender un marco político de la cuestión social, que se sumó al papel que jugaron los movimientos de varones en las fábricas para instituir una denuncia social frente al pauperismo. Su influencia en la sociedad inglesa de su tiempo fue considerable. La expansión de la C.O.S. en Inglaterra fue tal que a los ocho años de su fundación dio el salto transatlántico a la ciudad de Búfalo (Estados Unidos), donde la primera delegación se abrió en 1877 y donde destacó la figura de Mary Ellen Richmond, pionera estadounidense del Trabajo Social. Entre sus aportaciones está la de no limitar el análisis de la pobreza a las causas individuales sino que defendió la interrelación de éstas con las sociales aunque concentrará sus esfuerzos en el nivel de intervención individual-familiar (Miranda, 2012).

En las dos últimas décadas del siglo XIX empezará a prevalecer entre las activistas sociales un espíritu de profesionalismo que condujo a exigir una formación y disciplina específicas. También es en ese mismo periodo cuando los movimientos de investigación influyeron en la filosofía social y en la aplicación

práctica de la ayuda. Trabajos como los de Charles Booth⁵⁷ en 1886 permitieron comprender las verdaderas dimensiones y causas de la pobreza, sirviéndose de ello para justificar la necesidad de acometer reformas sociales en profundidad. Encontramos en la época formulaciones teóricas alternativas al liberalismo como las de Owen, Fourier y Proudhon, donde el pobre deja de ser culpable de su miseria y la pobreza se transforma en una “cuestión social” derivada de estructuras socio-económicas que reclaman una implicación del Estado. Es en este contexto en el que surgirá la demanda de derechos económicos, sociales y culturales.

Con estas nuevas lecturas y representaciones de la pobreza, comienza a producirse cierta transformación en las entidades que habían nacido como movimientos y organizaciones de voluntariado social. Se reclama mayor capacitación y formación del personal dedicado a la atención de necesidades y a la ayuda social. En la medida en la que se produce esta tecnificación (...) fue apareciendo un agente que prefigura lo que más tarde sería una trabajadora social, (a quienes) bajo la denominación de “*charity workers*” y “*friendly visitors*” (Ander-Egg, 1985:57).

Las visitadoras sociales se iniciaron en la investigación y fueron acumulando saberes y prácticas innovadoras como la de los *settlements* (centros comunitarios). Es el caso de la norteamericana Jane Addams, que conocedora de la experiencia londinense de Toynbee Hall impulsa el movimiento de los establecimientos en Estados Unidos con el Hull House (1889) de Chicago⁵⁸. Estos establecimientos, centros comunitarios, se diferenciaban de las organizaciones sociales de caridad como la C.O.S., en cuanto que eran agencias de Asistencia

⁵⁷ Booth realizó una encuesta social en 1886 en la que demostraba que el problema de la sociedad inglesa no era el pauperismo sino la pobreza real y la incapacidad de la gente para vivir por sus propios medios.

⁵⁸ Jane Addams abrió el centro comunitario de Chicago que puso en marcha junto a los residentes servicios y programas de carácter educativo y social. La *Hull House* estaba situada en uno de los barrios más pobres de Chicago, poblado por desempleados e inmigrantes pobres de varias nacionalidades: judíos, italianos, polacos, rusos, irlandeses, alemanes, griegos. El establecimiento tenía como propósito proporcionar un centro para la vida cívica y social; instituir programas educativos y filantrópicos pero también investigar con el objeto de mejorar las condiciones en los distritos industriales de Chicago.

Social abiertas a la vecindad, también conocidas como centros de comunidad⁵⁹. El ideal era vivir al lado de los pobres, compartir sus condiciones de vida, sus alegrías y tristezas, ser un buen vecino. Además eran lugares de reunión de grupos y espacios generadores de iniciativas de reformas sociales relacionadas con la protección juvenil, el pacifismo, la situación de las personas de color, la situación de los niños y las mujeres en el trabajo. La Hull House de Chicago se convirtió en un punto de encuentro de la vecindad y a la vez fue un centro precursor de los estudios de necesidad de la comunidad en cuanto a investigaciones empíricas. Fueron asiduos a la Hull House figuras relevantes como J. Dewey, G. Herder Mead o Elenor Roosevelt⁶⁰.

Son mujeres como Jane Addams y Mary Richmond, entre muchas otras, las que van a sentar las bases de la profesionalización del Trabajo Social en Europa y en EEUU, siendo un dato indiscutible el protagonismo de las mujeres como precursoras del Trabajo Social. En el año 1921 se fundará la American Association of Social Workers:

Sintetizando mucho se podría decir que la institucionalización de la disciplina se hizo bajo la imagen simbólica de la cooperación de dos mujeres pioneras que representaban respectivamente a la sensibilidad psicológica y a la sensibilidad sociopolítica: Mary Richmond y Jane Addams. (Álvarez-Uría y Parra: 2014: 1001)

Así se producirá el nacimiento del Trabajo Social en el ámbito anglosajón, entre finales del siglo XIX y principios del XX, en el tránsito desde el ámbito del voluntariado al profesional.

En España son los trabajos de Estruch y Güell (1976), Álvarez-Uría (1986), Sarasa (1993) y de la Red (1993), los que establecen el origen del Trabajo Social

⁵⁹ A finales del siglo XIX y principios del XX, estos centros comunitarios eran especialmente activos entre los nuevos inmigrantes. Un ejemplo es el ya citado la *Hull House* en Chicago, en la que se atendía a un gran número de familias, tanto en sus necesidades materiales, como afectivas, educativas, recreativas, etc. Además se establecieron galerías de arte, escuelas de música, biblioteca, guarderías, enfermerías de día, bolsa de trabajo, clases de inglés, canto, gimnasia, etc.

⁶⁰ Defensora de los derechos de las mujeres, de los afroamericanos, del pacifismo y promotora de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

en el periodo 1930-1950, con un fuerte carácter benéfico-asistencial. La primera escuela de formación de Asistencia Social inicia sus clases en Barcelona en el año 1932. María Estrada, alumna de la primera promoción de esta escuela, nos da una fotografía sobre las primeras estudiantes de asistente social en una entrevista realizada en la revista Treball Social⁶¹:

La mayoría pertenecíamos a las clases alta o media alta y nos matriculamos en la Escuela para adquirir una cultura más amplia, sobre todo en unos temas de los que nada sabíamos. No pensábamos en que pudiéramos tener una perspectiva de trabajo. (Ferrer, 1982: 13)

La dictadura re-significa la educación de las mujeres y la iglesia junto con la Sección Femenina se convierten en los responsables de las escuelas de formación de Asistencia Social. La línea discursiva del Trabajo Social que se inauguró en el año 1939 estuvo atravesada por las concepciones ideológico-religiosas de la alianza entre la iglesia y un estado confesional (Zamanillo, 2010) Sus preocupaciones “científicas” eran limitadas y se ceñían a cómo mejorar la organización de la caridad. Será con posterioridad, a finales de la década de los sesenta cuándo aparecerá una orientación más transformadora: la necesidad de conocimiento de la realidad social, la profesionalización de la asistencia y la mejora de la formación. Hasta el año 1966 los estudios no serán reconocidos como oficiales y se su reconocimiento será como título de nivel técnico de grado medio en el nivel de formación profesional.

⁶¹ De las sesenta estudiantes que comenzaron el curso de 1932 fueron doce las que se diplomaron formando la primera promoción de Auxiliares Sociales (García Guardiola, 1932).

A B C. JUEVES 14 DE MARZO DE 1968. EDICIÓN DE LA MAÑANA. PÁG. 81.

NUEVAS PROFESIONES

ASISTENCIA SOCIAL, UNA ESCUELA DE HUMANIDAD

Más de 1.200 alumnos cursan la carrera en España. Tres años y una reválida final para optar al título

SUS FINES: PROCURAR EL BIENESTAR DEL HOMBRE EN SUS RELACIONES SOCIALES

Sus medios: la capacidad de comprensión y de acercamiento al prójimo



Creada la carrera en abril de 1964 y la Escuela Oficial en octubre del 66, el vigente plan de estudios fue reformado por orden ministerial de 26 de octubre del mismo año, que apareció en el "Boletín Oficial del Estado" del primero de diciembre.

Comprende la carrera tres cursos lectivos con asignaturas teóricas, que se explican de cuatro a ocho de la tarde, y clases prácticas, que suelen ocupar una parte de la mañana. No disminuyen primeramente en la parte teórica.

El primer curso consta de diez asignaturas, con especial atención a la Psicología general, Sociología general, Formación religiosa—esta última y Educación Física se destinan a los alumnos que hayan cursado estudios obligatorios—Prácticas generales de Metodología del Servicio Social y Fundamentos de Estadística y Demografía. Se completa el programa con cursos optativos de Derecho y Medicina.

El segundo año amplía al horizonte académico con asignaturas de Psicología Clínica, Economía, Derecho del Trabajo y Psicología Social y Historia Mental. Es, por fin, en el tercer año de estudios donde se adquieren las enseñanzas recibidas, profundizando en ellas los alumnos a las técnicas de investigación social, Medicina Social y Servicio Social de Comunidad, y Organización de Servicios Sociales. Se repite en la parte de las tres ramas las disciplinas religiosas y eclesiales, hasta la Educación Física.

Simultáneamente con las asignaturas teóricas, los alumnos realizan cursos prácticos bajo la vigilancia de los profesores. Tienen éstos el deber de asegurarse a su centro su interior, empresarial o parroquial, en número máximo de cinco. El profesor los acompaña al lugar elegido para las prácticas, y al finalizar la jornada los reúne, en un aula, para recabar informes del personal a cuyo servicio han estado. De estos informes y de los continuos contactos con el alumno el profesor va orientando las enseñanzas, cuyo aprovechamiento se verá reflejado en las calificaciones finales del curso.

Durante dos primeros años, los estudiantes realizan prácticas de Servicio Social, habiendo de dedicarse diecisiete horas semanales. En tercero, veinte horas semanales de prácticas disponen al estudiante a realizar un trabajo para la defensa de la tesis de fin de carrera.

Como queda dicho, las prácticas se realizan en centros médicos—dispensarios de maternidad, partería, medicina general y comunitaria—psiquiátricos—parroquiales—clínicas dentales, receptas en servicios de barrio—industriales—trabajo etc.

En tiempos en los que tanto se habla de las relaciones humanas, que son el factor de desarrollo en los contactos personales de los hombres, se ha de considerar que el curso académico a los servicios de ayuda y asistencia, ante el peligro de que una tradicional estructura académica y corporativa no sirviera para la sociedad que nos rodea. Los Estados Unidos, primero; Bélgica, Inglaterra y Francia, posteriormente, profesionalizaron la asistencia social ante la necesidad de atender a los problemas. Pronto nacieron en el resto de los países europeos y, en adelante, en España, cátedras especiales que, bajo la denominación genérica de "Asistentes sociales", comenzaron a educar a la epidermis social, como efectivo congelante de una herencia descomulgadora.

¿Pero en qué consiste este currículo que en pocos años ha logrado crear en España una carrera y dos nuevas de grado medio, una de ellas bajo la tutela oficial de Ministerio de Educación? Ante todo, en la Humanidad. Y, sobre todo, en la capacidad de comprensión y de acercamiento a los hombres.

Un asistente social ha de ser, fundamentalmente, psicólogo y sociólogo. En el desarrollo de su profesión va a tropezar con los últimos problemas del hombre: con las relaciones obrero-empresario; con el ambiente en que se desenvuelve una familia y los medios para mejorarla; con la convivencia en un hogar; con un verdadero equilibrio, con la educación familiar que reciben los pequeños escolares; con la asistencia parroquial—humana—que predica el sacerdote en las parroquias; con la vida misma, en fin, entre el dolor, la incomprender y la fatalidad. ¿No será, entonces, una escuela de humanidad este aprendizaje, o el estudio profesionalizado de que "Humanidad a la cooperación" al que el hombre acude muchas veces en aventura de la vida?

Más vemos, a guisa de cuestionario, cómo se aprende la humanidad académicamente en las escuelas de Asistentes Sociales.

En Madrid y Barcelona se reservan el mayor número de alumnos incorporados en las Escuelas de Asistentes Sociales. La Oficial, de Madrid, es la única convocada para expedir el título, por lo que todos los estudiantes de las escuelas privadas han de pasar por Juan Flórez de San Juan, 1 (Ciudad Universitaria), al término de los tres años.

Actualmente cursan los estudios en todo el territorio nacional 1.277 escolares, de las cuales son el ochenta por ciento son mujeres. La edad mínima para el ingreso son los dieciocho años, y tras presentar una prueba de conocimiento del castellano a una prueba psicotécnica y a un examen médico completo. La prueba psicotécnica comprende tres

Ilustración nº 14: artículo publicado en el A B C, 14 de marzo de 1968. Fuente: Hemeroteca del ABC

En conclusión, tal y como se ha puesto de relieve en este capítulo los tres ejes que conforman la construcción generizada del Trabajo Social, la domesticidad, la maternidad y la emotividad, han articulado los mandatos de la feminidad normativa burguesa. Estos ejes se conformaban en función de las dicotomías que fundamentaron el pensamiento de la Ilustración: público/privado (domesticidad), producción/reproducción (maternidad) y razón/pasión (emotividad) e hicieron de la educación un espacio privilegiado de re-producción y engranaje de la feminidad normativa. De esta producción histórica de la feminidad dan buena cuenta los libros de conducta y los tratados de educación. De forma más velada y disimulada lo harán también, a partir de mediados del siglo XIX, las novelas de ficción doméstica, periodo en el que se impone en las sociedades europeas el modelo burgués. El trabajo de Nancy Armstrong sobre el surgimiento en Inglaterra de la novela de ficción y la promoción de códigos de conducta burgueses dan buena cuenta de la producción de este arquetipo de lo femenino que gira en torno a los ejes de la

domesticidad, maternidad y emocionalidad. Sobre las mujeres se edifica toda una moral doméstica del imaginario burgués. Constituye así lo que Julia Varela denomina un “dispositivo de feminización”.

El dispositivo de feminización ha instrumentalizado a la vez la razón y la fuerza para producir el sexo débil y dotar de una nueva legitimidad a una nueva redistribución del espacio social que está en la base de la moderna división que comienza a establecerse entre los espacios públicos y privados (Varela, 1997: 230).

Conforman este dispositivo, tal y como argumenta Varela (1997), la imposición del matrimonio cristiano, la expulsión de las mujeres de las clases populares del ámbito del trabajo reglado, la institucionalización de la prostitución y la diferenciada vinculación de las mujeres al saber legítimo. A un mismo tiempo, sin embargo, algunas de estas mismas mujeres de la burguesía buscaron espacios complementarios de ejercicio de la feminidad normativa fuera de los límites del ámbito doméstico y familiar, a través del ejercicio de una “maternidad social” en el ámbito público.

Por tanto, el modelo normativo de domesticidad burguesa se afianza en el siglo XIX, coincidiendo con el periodo de apogeo de las sociedades filantrópicas que serán uno de los pocos espacios permitidos a las mujeres para su incursión en la esfera pública. Esta incursión no violaba las normas de género sino que las reproducía pues respondía al arquetipo de la mujer caritativa, acorde con el ideal de la figura femenina burguesa. Paradójicamente, sin embargo, la filantropía posibilitará una movilización femenina y protagonismo femenino de las mujeres burguesas dentro de los códigos de la sociabilidad liberal. Las mujeres serán las encargadas de transmitir los códigos de conducta moral y serán las mujeres adscritas a la burguesía las que están en el origen de la aparición del Trabajo Social como profesión (Lorente, 2006).

Tal y como revela Michelle Perrot (2000), la práctica de la filantropía ofreció a las mujeres en el siglo XIX un espacio para su incursión en itinerarios callejeros por las ciudades para visitar en el domicilio a pobres, enfermos, presos etc. Esta experiencia de la filantropía ayudó a las mujeres a modificar su percepción del mundo y en cierto modo también de sí mismas (Perrot, 2000). La localización y clasificación de las familias pobres merecedoras de ayuda fue dando lugar a archivos de la pobreza a la vez que posibilitó la adquisición por parte de estas

mujeres de un saber práctico que está en la base de la asistencia social. La tarea moralizadora no impide que surjan las iniciativas de reforma social protagonizadas por mujeres. Mantiene Perrot (2000) que, a medida que el pauperismo se convierte en “gestión de la pobreza”, la intervención masculina en su dimensión de gestión económica se hace más presente y las mujeres son confinadas al hacer, en posiciones subalternas. Siguiendo el argumento de Perrot, y conociendo el desarrollo posterior del Trabajo Social del que se da cuenta en esta investigación, observamos que una vez articuladas las prácticas de ayuda, confluyen situaciones concomitantes: las acciones voluntarias pasan a estar sujetas a remuneración económica con protagonismo masculino en su gestión, y las mujeres trabajadoras sociales se conforman como “auxiliares” de otras profesiones.

Los historiadores, como los fotógrafos, los directores de cine, los pintores...no ofrecen un reflejo de la realidad sino representación de la misma. Los documentos no hablan por sí mismos. Los hechos raramente vienen preparados de antemano, y ningún historiador puede escapar de ciertos condicionamientos, como las ideas preconcebidas individuales, las preocupaciones contemporáneas y el conocimiento de la historiografía previa sobre el tema. Nuestra vinculación con el pasado es, u no deja de ser –según Hayden White- emotiva, por lo que la dimensión poético-expresiva del escrito histórico no solo aparece como inexpugnable sino, más aún, como determinante de todas las demás. Los conflictos valorativos no pueden dirimirse apelando exclusivamente a la evidencia; siempre será la conformidad a no con nuestros intereses, compromisos y temores lo que captará nuestra adhesión a uno u otro relato en conflicto
(Alía, 2005)

Capítulo 2

El enfoque metodológico y el diseño de la investigación

2.1 Introducción: elección y posición epistemológica

Todo proceso de investigación parte de una elección y posicionamiento teórico respecto al tema que va a ser estudiado, el modo de acercarnos al objeto de conocimiento y la elección de la metodología. A continuación presentamos una argumentación intencionada de nuestra posición epistemológica.

Según Corbetta (2003), a la epistemología le corresponde aquellas reflexiones referentes a la capacidad de conocer la realidad social, o dicho de otro modo, lo que acontece entre la persona investigadora y la realidad investigada. Nos situamos en esta investigación en la denominada corriente subjetivista e interpretativa que tiene como objeto comprender un mundo que está intrínsecamente relacionado con lo humano e interpretado por las personas que lo conforman. Para esta corriente lo central es el significado, la tarea de comprensión que acomete el sujeto, de modo que, la/el investigadora/r es objeto y sujeto al mismo tiempo, esto es, “permite la comprensión desde dentro” (Beltrán, 1979: 30).

El interés por unos problemas de estudio, y no otros, y los modos de acercarse al objeto de estudio hace que se elijan unos caminos frente a otros. En nuestro objeto de estudio, hemos optado por privilegiar el análisis histórico-genealógico dirigido a la reconstrucción del pasado para intentar comprender el presente, reclamando para la Sociología y el Trabajo Social el recurso a la Historia como un referente dinámico, y utilizando para ello el denominado método genealógico. No se pretende repensar las cronologías conocidas de la historia del Trabajo Social sino la producción de nuevas miradas sobre la profesión en clave de género, más allá de las narrativas oficiales.

Nos vamos a mover, por tanto, en el marco de la denominada sociología histórica que se desarrolla a partir del interés por la confluencia de las ciencias sociales y la historia. El despliegue y desarrollo de la sociología histórica se produce principalmente entre los años 70 y 90 del siglo XX en el contexto intelectual de acercamiento que se produce entre la historia y las ciencias sociales. Por el lado de la Historia tiene a Eric Hobsbawm como uno de sus máximos representantes, siendo obras de referencia sus monografías sobre la clase obrera. Debemos nombrar también por su relevancia la tradición de la denominada Escuela de los Annales en Francia que se desarrolla principalmente en torno a la revista *Annales Historie, Sciences Sociales*. Y en la sociología la figura más influyente es la de Michel Foucault y sus metodologías genealógica y arqueológica, en la que se rastrean las alianzas entre el saber y el poder en la configuración del presente. Afín a esta perspectiva, no podemos dejar de citar las publicaciones de Robert Castel y en especial la monografía *La metamorfosis de la cuestión social* (1995), obra que refleja la atención que se presta a los procesos históricos desde la Sociología. La Historia como forma de comprensión de la sociedad también la encontramos en los sociólogos clásicos como Tocqueville, Marx, Elías, Foucault y el propio Weber. Todos ellos recurrieron al pasado como estrategia de investigación clave, desde una perspectiva que entiende los fenómenos sociales como “procesos” y no tanto como “hechos”.

En lo que se refiere a nuestra investigación, la sociología histórica nos ha permitido identificar la importancia de la dimensión diacrónica del objeto de estudio, en cuanto al acercamiento a lo social, y la comprensión del objeto de estudio no

como algo estático sino como un fenómeno en proceso, como una trayectoria que le ha conducido a su configuración presente.

El método genealógico de análisis de la historia se ha tenido en cuenta no sólo en el marco teórico y en el análisis, también en la selección de las herramientas metodológicas. Este método se complementa además en esta investigación con las aportaciones de la teoría e historiografía feminista. Como señala Ritzer, el empuje de la teoría feminista contemporánea procede de una pregunta engañosamente simple: ¿Qué hay de las mujeres? (...) ¿Dónde están las mujeres en la situación que se está investigando? (...) Los intentos del feminismo por contestar a sus preguntas centrales han producido una teoría de importancia universal para la sociología (Ritzer: 1995: 355-356). En esta misma línea, las sociólogas Marugán y Miranda (2018: 13-14) afirman que “los cambios introducidos por las feministas están suponiendo una verdadera revolución social, pero también los feminismos y la sociología del género y feminista están suponiendo una revolución epistemológica en las ciencias sociales” (2018: 13-14).

Con la posición metodológica adoptada pretendemos poder desvelar las singularidades de los ordenamientos habituales de la historia oficial del Trabajo Social en España desde la perspectiva de género, y construir un relato de su evolución como un continuo desarrollo sin discontinuidades. Se dirige a analizar y reflexionar acerca del encuentro (o desencuentro) parcial del Trabajo Social y del Feminismo. Para ello el recurso a la historia y la consulta de amplias fuentes documentales resultan esenciales para desvelar y comprender las construcciones simbólicas en torno al Trabajo Social, su ethos y la cuestión de su impronta femenina, así como las conexiones o des-conexiones con el feminismo en su devenir histórico y especialmente en el periodo estudiado en el trabajo de campo, el período de 1975 a 1990.

La elección de este tiempo histórico se justifica porque en el mismo confluyen elementos centrales en el desarrollo e institucionalización del Trabajo Social y conforman los principales relatos acerca de su “mito” de origen. Es la etapa considerada de estabilización técnica, en donde se producen importantes avances de la profesión e inicio de su desarrollo científico con la incorporación en la

universidad. A continuación nombramos los hitos más ilustrativos que justifican dicha elección:

En primer lugar, se trata de una etapa de grandes cambios en el contexto socio-político del país con el inicio de la etapa democrática e impulso del modelo español de bienestar social. Es un periodo que refleja la quebradiza identidad profesional del Trabajo Social en España, que se manifiesta en los congresos y encuentros profesionales celebrados durante el periodo. Inicia un movimiento reflexivo en torno al sentido de la profesión y su papel en la intervención en los problemas sociales. Son años también de logros en las reivindicaciones profesionales; acceso a la formación universitaria (1981), creación de colegios profesionales (1982) y desarrollo del sistema público de servicios sociales. Paradójicamente en las publicaciones sobre Trabajo Social este periodo está asociado al término crisis de la profesión al forjarse la legitimación del Trabajo Social dentro de un sistema de protección que le delega importantes tareas de gestión de recursos.

En segundo lugar, y relacionado con el desarrollo del sistema público de servicios sociales, durante este periodo se produce una importante incorporación de profesionales del Trabajo Social en todos los niveles de la Administración Pública. A lo largo de la década de los ochenta y en el marco del desarrollo del Estado de las Autonomías, se van a ir aprobando las leyes autonómicas de servicios sociales y se impulsa el Plan Concertado de Prestaciones Básicas para establecer un mapa mínimo común de prestaciones en todo el Estado. El modelo emergente que se desarrolla de intervención social está muy orientado a la gestión de recursos. En los relatos de profesionales de Trabajo Social prevalece la queja sobre la carga de trabajo que implica la gestión de recursos y la falta de tiempo para la intervención, como la ausencia de espacios de supervisión profesional y la prioridad otorgada a la experiencia en detrimento de la teoría como fuente de contenidos profesionales.

En tercer lugar, durante la década de los años ochenta se incorporan los estudios de Trabajo Social a la universidad como diplomatura (RD 1850/1981) elevándose el estatus académico de la profesión. Paralelamente se produce

oficialmente el cambio de la denominación de la profesión; de Asistentes Sociales a diplomados en Trabajo Social. La transformación del título académico conlleva la metamorfosis de las escuelas de asistentes sociales; la adscripción de la mayoría de las escuelas a las universidades y posteriormente la creación en el año 1990 del área de conocimiento de Trabajo Social y Servicios Sociales por parte del Consejo de Universidades. Lo que permanece inmutable es la feminización de la profesión que se mantendrá en un porcentaje cercano al noventa por ciento.

Y en cuarto lugar, el periodo 1975-1990 es también el surgimiento del movimiento feminista en España y del nacimiento de la política pública de igualdad de género con la creación del Instituto de la Mujer (1983). A lo largo de la década se crean los primeros organismos públicos de igualdad en los distintos niveles de la administración. Durante este periodo irrumpen los estudios de las mujeres y género en el ámbito de la universidad española. Entre los pioneros están el Instituto de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid (1978) bajo la dirección de María Ángeles Durán y el Instituto de Investigaciones Feministas de la Universidad Complutense (1985) con Celia Amorós como primera directora. El Trabajo Social no se inserta en la corriente emergente del feminismo académico y las confluencias entre el Feminismo y el Trabajo Social serán muy puntuales.

Finalmente, es importante considerar que, en el tema objeto de investigación, los propios investigadores son también una parte importante del proceso reflexivo y analítico por sus experiencias en el campo de estudio y con la reflexividad que aporta el rol que desempeña al propio objeto de la investigación. Tomar conciencia del bagaje que acompaña a la doctoranda ha sido un ejercicio de reflexividad permanente y que, en el proceso de encuentros entre la directora y doctoranda, ha provocado tener que contrastar, encontrar e indagar la configuración de nuevas preguntas sobre la investigación que no estaban presentes en el inicio de la misma.

En definitiva, se trata de un trabajo de investigación que se inserta en el paradigma socio hermenéutico de la subjetividad y se cobija bajo las propuestas de la sociología histórica y el método genealógico. En consecuencia no busca resultados y conclusiones representativas sino significativas. Se trata, como apunta

el profesor Lamo Espinosa (2001), de construir una reflexión que nos permita ofrecer un relato de comprensión de la genealogía del Trabajo Social desde la perspectiva de género.

2.2 El método genealógico

Defendemos esta posición metodológica como la más adecuada para responder a nuestro objeto de estudio, al entender que en el punto de partida de los análisis genealógicos se encuentran problemas candentes como la cuestión objeto de esta investigación que reflexiona acerca del género en el Trabajo Social. Para ello debemos ir más allá de las ideas recibidas y preestablecidas en las crónicas oficiales y preguntarnos sobre su génesis y su lógica de funcionamiento que nos permita entender el presente reciente. Pretendemos de-construir históricamente el relato de la configuración histórica del Trabajo Social y analizar la relación del encuentro parcial con los posicionamientos feministas, rastreando cuáles son los vínculos del Trabajo Social con otros terrenos colindantes. Además se trataría de poder desvelar las singularidades de los ordenamientos y construcciones habituales de la historia oficial acerca de la cuestión de la incorporación de la perspectiva de género en la intervención como un continuo desarrollo sin discontinuidades. La reflexión histórica resulta esencial para comprender el presente y por ello, la utilización y recuperación de fuentes documentales primarias nos ayuda a ir más allá de la selección de acontecimientos ofrecida en los relatos oficiales.

Entre las principales aportaciones de la sociología histórica o genealógica a la investigación discursiva destacan la necesidad de enmarcar el estudio de los procesos sociales en sus contextos históricos, el rechazo de explicaciones universales a favor de modos sociales específicos y el énfasis en las contradicciones y las transformaciones en lugar de en las visiones lineales del desarrollo social (Varela, 1998). Siguiendo a Fernando Álvarez-Uría:

La genealogía trata justamente de demostrar cómo se ha pasado de formas más rudimentarias a formas más desarrolladas. Operamos así como una explicación genética. Hemos de partir por tanto del análisis histórico de las formas más

elementales, para explicar cómo se pasó a formas cada vez más complejas, y así sucesivamente hasta llegar a las más recientes (Álvarez-Uría, 2008: 6).

Los pasos que exige la investigación genealógica en palabras de Álvarez-Uría son cuatro (2008: 7-17):

- **Problematización:** hacer visible lo que permanecía invisible fuera de nuestro campo de percepción y al margen de nuestra reflexión. Ir más allá de las ideas recibidas, más allá de las ideas preestablecidas y arraigadas en la conciencia del propio investigador, para adentrarse en terrenos desconocidos, con frecuencia poco o mal explorados.

- **Datos secundarios y periodización:** revisión de la documentación escrita y los datos secundarios sobre el tema objeto de investigación para establecer el estado de la cuestión, es decir, cómo se ha tratado hasta entonces el tema que es objeto de análisis y, con ello, obtener un mapa que dé cuenta de las posiciones sobre el campo de estudio y poder establecer, a partir de materiales históricos, una provisional periodización del campo de estudio.

- **Proceso de constitución del campo:** analizar las condiciones de aparición y formación del campo de estudio; reflexionar sobre sus viejas y nuevas racionalizaciones así como sus paradojas y así poder formular preguntas de investigación que orientarán la realización de entrevistas. Se obtendrá un corpus discursivo que es preciso analizar y vincular.

- **Proceso de transformación del campo:** rastrear los vínculos del tema estudiado con otros terrenos colindantes y a la vez con las transformaciones económicas, sociales y políticas que afectan a la sociedad en la que centramos la indagación.

Nos advierte Álvarez-Uría que una investigación genealógica adopta una problematización como punto de partida y puede concluir con la apertura de un campo abierto a nuevas problematizaciones. Este mismo autor nos advierte de la importancia ética de difundir los resultados obtenidos al final de la investigación. Generalmente es frecuente que el punto de partida del tema estudiado venga determinado por problemas candentes o cuestiones problematizadas, como es el

tema objeto de nuestra investigación. Con la utilización del método genealógico, la preocupación no es tanto conocer por conocer como si se tratara de un mero ejercicio académico sino contribuir a identificar factores determinantes del tema problematizado que permita una potencial contribución para cambiarlo.

2.3 Aportes de la Perspectiva Feminista que enriquecen la investigación

La perspectiva feminista se basa en la premisa de que las formas hegemónicas de acceso al conocimiento están sesgadas por la existencia de relaciones asimétricas entre hombres y mujeres originadas por las relaciones políticas de género (Mazur, 2012; Hawkesworth, 2006). Una de las principales corrientes contemporáneas es la denominada Teoría del Punto de Vista Feminista (FST, Feminist Standpoint Theory), que parte de la consideración de que el conocimiento socialmente aceptado en las sociedades occidentales, es decir, legitimado por el consenso social, no ha sido elaborado desde el punto de vista de las mujeres. De hecho, la mayor representante de la FST, Sandra Harding (1991), afirma que el conocimiento socialmente legitimado se ha basado principalmente en las vidas de los hombres pertenecientes a las etnias, clases y culturas dominantes. Bajo estas premisas, la FST propone la recuperación y visibilización del punto de vista de las mujeres en todas las áreas de las que los sujetos femeninos han sido tradicionalmente excluidos. Las politólogas Fraser, Young y Bacchi ponen el énfasis en la importancia de dar voz a las perspectivas de los sujetos marginados o no hegemónicos que constituyen un instrumento indispensable para obtener una perspectiva más plural, inclusiva y que refleje la complejidad de nuestra realidad. La introducción de la perspectiva de las mujeres al saber dominante puede ofrecer una imagen “*menos parcial y distorsionada*” (Harding, 1991). Así, la FST pretende contar la historia desde la perspectiva de quienes no han participado ni en el proyecto de dirección de una sociedad ni en la producción del conocimiento científico oficialmente reconocido. El objetivo de la FST es el de poder reconstruir una imagen más completa de la realidad social a través de la aportación de perspectivas diferentes que han sido excluidas históricamente del “relato oficial”. Esta reconstrucción de la realidad es lo que Harding (1991) denomina objetividad

fuerte (en un sentido intencionalmente paradójico ya que le da un significado opuesto a lo que comúnmente se entiende por “objetividad”): ésta no pretende buscar un punto de vista absoluto, universal “no situado”, sino más bien reconocer que todos los saberes y las creencias son socialmente e históricamente situados. El cuestionamiento por parte de las autoras feministas de la supuesta “objetividad” del conocimiento científico, ha conducido a la adopción de una perspectiva crítica respecto a la posibilidad de observar y analizar la realidad social de manera imparcial. La genealogía es una vía para explorar las formas complejas y multifactoriales en las que el sujeto femenino ha sido construido.

El desarrollo de los estudios de las mujeres y de la investigación feminista en los años setenta del siglo XX, provocó la aparición de numerosas investigaciones y publicaciones que abordaban el papel invisible de las mujeres en los relatos históricos en el espacio público, del trabajo, de la ciencia, etc.. Surgió como una historia de las mujeres para convertirse en una historia del género, que insiste sobre las relaciones entre los sexos, y expandió las investigaciones a otras perspectivas y a la esfera privada. Sus propuestas de orientar formas distintas de aproximarse a la realidad, rompiendo con la epistemología tradicional, no estuvieron exentas de fuertes críticas por una supuesta falta de cientificidad en sus inicios.

En España no es hasta los años ochenta cuando comienzan a desarrollarse los estudios sobre las mujeres en las universidades, siendo la disciplina de la Historia una de las impulsoras con su preocupación por hacer visibles a las mujeres como sujetos de la historia, ausentes y silenciadas en el discurso historiográfico⁶². Se crean los primeros institutos universitarios de estudios de las mujeres y de investigación feminista siendo dos de los pioneros el Instituto de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid (1978) y el Instituto de Investigaciones Feministas de la Universidad Complutense (1985).

La convergencia entre la teoría feminista y la sociología tiene una larga tradición. Aunque se haya desarrollado en los márgenes de la disciplina, si podemos identificar una sociología de género. No sucede lo mismo con el Trabajo

⁶² La historiadora Mary Nash fue la fundadora de la Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres (AEIHM) e impulsora en la introducción de la historia de las mujeres en España.

Social, cuestión sobre la que se pregunta e indaga a lo largo de la presente investigación, problematizando la naturaleza del Trabajo Social y utilizando el método genealógico. Las construcciones simbólicas del Trabajo Social y de lo femenino a lo largo de la coyuntura histórica que se analiza se vuelven fundamentales para interpretar y relacionar el protagonismo de las mujeres y de su *ethos* en el Trabajo Social y las interrelaciones con el feminismo.

2.4 Las técnicas de investigación utilizadas

Nuestra mirada en el marco de la interpretación y la subjetividad de nuestro estudio con la intención de alcanzar metas significativas tuvo como partida una serie de inquietudes y preguntas de las que se da cuenta en la introducción. Decía Bachelard que “Si no hubo pregunta, no pude haber conocimiento científico. Nada es espontáneo. Nada está dado. Todo se construye” (1982: 16).

¿Cómo acercarse al objeto de conocimiento? Las técnicas son la manera de acercarse, de “tocar”, de re-crear y de-construir la realidad estudiada. Y las técnicas sólo adquieren un significado coherente en su articulación con el posicionamiento epistemológico elegido. Puesto que nuestro objetivo es el de la comprensión del proceso, nos situamos en una mirada subjetiva/interpretativa. Es por esto que las técnicas más adecuadas para el objeto de la investigación son las técnicas de conversación, así denominadas por Miguel Valles (2007) para referirse a la entrevista, así como las técnicas de documentación. Las posibilidades de la investigación documental no se agotan en la revisión de la literatura. Como explica Miguel Vallés, la expresión más característica de esta opción metodológica se encuentra en los trabajos basados en documentos recogidos en archivos y documentos de todo tipo.

Las entrevistas en profundidad a informantes clave junto con la investigación histórica son, por tanto, las técnicas que se han utilizado en esta investigación. Con la técnica de la entrevista en profundidad, hemos buscado fundamentalmente el punto de vista y la experiencia reconstruida en el periodo estudiado de las personas. No perseguíamos el consenso, sino el discurso significativo. La muestra era, por tanto, intencional: se trataba de entrevistar a informantes clave del periodo

estudiado, relevantes por su posición y situación tanto en el Trabajo Social y/o en el Movimiento Feminista. Se ha entrevistado tanto a mujeres como varones, con reconocimiento público en la historia reciente del Trabajo Social y del Feminismo, que ocuparon espacios profesionales y académicos relevantes en el periodo estudiado. En cuanto a la elección del número de entrevistas que conformaron el trabajo de campo se optó por alcanzar la repetición y la saturación del discurso.

Algunas de las ventajas que se destacan de esta técnica conversacional es su gran riqueza informativa, además de como plantea Valles, proporcionar al investigador la oportunidad de clarificación y seguimiento de preguntas y respuestas, en un marco de interacción más directo, personalizado, flexible y espontáneo (2007: 196). En este marco de interacción es el sujeto entrevistado el protagonista y la voz principal. Tal y como plantea Luis Enrique Alonso, en la entrevista abierta los papeles tienden a estar más abiertos y la unidad mínima informativa no es simplemente “la respuesta”, sino la conversación en sí misma (Alonso, 1998).

Para las entrevistas realizadas, un total de diecinueve⁶³, se construyó un guion temático (Anexo I) que sirvió para orientar el encuentro conversacional. Sin embargo, este guion se ha adaptado y ajustado en consonancia con el perfil del sujeto entrevistado y la evolución de la conversación, produciéndose así nuevas preguntas ya que no es una estructura fija y pre-fijada. Es interesante destacar cómo, en ocasiones, durante el encuentro conversacional, se consigue un clima donde se disipa el objetivo que subyace de contestar “correctamente bien” y se convierte en un espacio de reflexión sobre uno mismo y las obviedades de la propia práctica, o, como dice Bourdieu (1999), autoanálisis. Son momentos extraordinarios de información extraordinaria.

Es indudable que puede hablarse entonces de autoanálisis provocado y acompañado: en más de un caso, tuvimos la sensación de que la persona interrogada aprovechaba la oportunidad de interrogarse a sí misma que se le brindaba y la licitación o la solicitud que le aseguraban nuestras preguntas o nuestras sugerencias. (Bourdieu, 1999: 536).

⁶³ Todas las entrevistas realizadas fueron presenciales, excepto una que se realizó a través de Skype.

Durante la entrevista, como plantea Alonso, se trata de posibilitar un clima de naturalidad y neutralidad para que broten las confesiones (1998: 85). Con esta premisa, una de las cuestiones que se tuvieron en cuenta para la realización de las entrevistas fue la elección del contexto de desarrollo de la entrevista. Se dio prioridad en la elección del lugar de encuentro a la preferencia de los sujetos entrevistados:

El lugar y el momento que se elija para realizar la entrevista, así como el medio de registro, constituyen asimismo condiciones de producción que pueden afectar (positiva y negativamente) a la obtención de información (...) es recomendable atender las preferencias del entrevistado. (Vallés, 2007: 217).

Las entrevistas fueron realizadas durante el primer semestre del año 2016 (la mayoría entre enero y marzo) y en la propia transcripción de las entrevistas daba comienzo la tarea de elaboración de la información. A continuación se muestra el cuadro de los perfiles de las personas entrevistadas⁶⁴.

CLAVE	PERFIL	Fecha de la Entrevista
E.1 (TS)	Trabajadora Social en la Comunidad de Madrid. Responsabilidades en la gestión de los Servicios Sociales.	23/02/2016
E.2 (TS/F)	Trabajadora Social. Militante Feminista. Directora de Escuela de Trabajo Social.	05/05/2016
E.3 (TS)	Trabajadora Social con responsabilidades de dirección en una entidad del Tercer Sector.	12/02/2016
E.4 (TS/P)	Trabajadora Social. Política con presencia en el ámbito local, autonómico y estatal.	01/03/2016
E.5 (TS/E)	Trabajadora Social. Directora de una empresa de gestión de Servicios Sociales.	10/02/2016
E.6 (TS/P)	Trabajadora Social. Impulsora de la organización colegial. Política con presencia en el ámbito local, autonómico y estatal.	13/02/2016
E.7 (TS/U)	Trabajador Social. Docente universitario.	29/01/2016
E.8 (TS)	Trabajadora Social. Directora de Escuela de Asistentes Sociales.	02/03/2016
E.9 (TS/P)	Trabajador Social. Político en el ámbito local. Responsabilidades en la organización colegial.	19/02/2016

⁶⁴ El elenco de informantes clave está constituido por profesionales (mujeres y hombres) con protagonismo profesional en el periodo 1975-1990. Son protagonistas en distintos ámbitos: práctica profesional, política, militancia feminista, organización de los servicios sociales, participación en órganos colegiales, creación de organismos de igualdad y en la docencia de Trabajo Social.

E.10 (TS)	Trabajadora Social. Responsabilidades en la organización colegial y en la gestión de políticas de igualdad en el ámbito local.	29/01/2016
E.11 (TS)	Asistente Social jubilada.	03/02/2016
E.12 (TS/U)	Trabajador Social. Docente universitario. Responsabilidades en la organización colegial	02/03/2016
E.13 (MF)	Militante feminista histórica.	08/10/2016
E.14 (TS/U)	Trabajador Social. Docente universitario.	05/02/2016
E.15 (TS)	Trabajadora Social. Responsabilidades en el tercer sector.	25/02/2016
E.16 (TS/U)	Trabajadora Social. Docente universitaria.	18/02/2016
E.17 (TS)	Trabajadora Social jubilada. Al final de su etapa laboral trabajó en organismos de igualdad.	24/02/2016
E.18 (P/MF)	Militante Feminista histórica. Responsabilidades en la organización sindical. Política Municipal.	18/02/2016
E.19 (S/IM)	Socióloga Jubilada. Responsabilidades de gestión de estudios de género en organismo de igualdad.	04/02/2016

En cuanto a la investigación histórica-documental, ésta ha estado presente en todo el periodo de investigación, realizando en la etapa inicial una exhaustiva revisión sobre la historiografía sobre la asistencia social que nos ha ayudado en el análisis de las fuentes primarias y secundarias en archivos a las que se ha tenido acceso⁶⁵. En los archivos se ha trabajado con literatura gris⁶⁶ y material no publicado. Los documentos de archivos se han analizado siguiendo el método de análisis documental del contenido (Alia, 2005; Aróstegui, 1995). Las fases a seguir en el análisis documental del contenido son: lectura, análisis del contenido y síntesis. Junto con los documentos de archivo se ha consultado la literatura profesional, las revistas especializadas, documentación digital y tesis doctorales. La prensa en menor medida también ha sido objeto de interés al no dejar de ser un registro de un contexto histórico⁶⁷. El manejo de la prensa como fuente implica

⁶⁵ Se ha podido acceder al archivo privado del Consejo General de Trabajo Social y a dos archivos públicos: el archivo general de la administración y al archivo regional de la Comunidad de Madrid.

⁶⁶ Con literatura gris nos referimos a documentación de tiraje limitado y circulación restringida, que no pueden obtenerse en los canales habituales (informes internos, comunicaciones de congresos, folletos, programas de congresos etc...).

⁶⁷ Para el estudio de la prensa los recursos han sido la Hemeroteca Municipal de Madrid y el Archivo Virtual de la Fundación Juan March. La fundación cuenta con el archivo Linz que contiene la digitalización de la prensa de la época de la transición política (1973-1983).

conocer el contexto histórico de la publicación y su trayectoria ideológica. También nos ha interesado el uso de la imagen como documento histórico, sabiendo que aunque presentan limitaciones y trampas (Burke, 2001) nos ofrecen un testimonio acerca de la puesta en escena de acontecimientos, vida cotidiana, representaciones hegemónicas.

“El Trabajo Social al igual que todo fenómeno o acontecimiento histórico está incrustado en un sistema y contexto socio-histórico que da significado y le condiciona, asignándoles una herencia de la que es difícil sustraerse”
(Zamanillo, 1991: 178).

Capítulo 3

La prehistoria del Trabajo Social en España

3.1 Introducción

Este tercer capítulo tiene como objetivo principal abordar reflexivamente el tema de la regulación de lo social en España durante el siglo XIX y primeras décadas del siglo XX para poder entender los rasgos específicos sobre los que se asienta el campo profesional que hoy se denomina Trabajo Social y anteriormente Asistencia Social. Entendemos que para comprender cómo se hilvana la razón de ser del Trabajo Social en España como profesión es necesario atender a la historia de la acción social. Su transcurrir de la beneficencia a la previsión social se irá construyendo en el cruce e interacción de procesos discursivos, políticos y prácticas institucionales.

A lo largo del capítulo, nos adentramos e interrogamos sobre cuáles son los elementos principales que configuran la historia del proceso de inicio de la regulación de lo social en España en su doble dimensión de beneficencia y previsión social. Trataremos también de analizar cómo irrumpe en el debate público español la cuestión social y se traduce en las ideologías y en las concepciones políticas emergentes así como los efectos político-institucionales que conformarán la llamada reforma social a finales del siglo XIX. Esta reforma sienta las bases de

un Estado contemporáneo como el español basado en un intervencionismo abierto pero limitado, que pasará por dramáticos acontecimientos históricos en el siglo XX.

La vía española se caracteriza por una gestión social a través de la beneficencia pública, que constituye una aportación de las revoluciones burguesas liberales de principios del siglo XIX así como por la ley de beneficencia de 1822. Con pocas modificaciones, esta ley mantendrá constante su manera de organización hasta bien avanzado el siglo XX, en la etapa de dictador Primo de Rivera, como un sistema residual de protección de iniciativa pública y una iniciativa privada con un fuerte componente eclesiástico caritativo. Además, el nuevo protagonismo de los poderes públicos a lo largo del siglo XIX – de unas Diputaciones y Ayuntamientos sometidos al caciquismo político- no impidió que existiera un amplio margen para la iniciativa individual, sobre todo eclesiástica. Se establecieron, principalmente en las ciudades, servicios de carácter graciable y con objetivos de mera subsistencia.

La etapa denominada la Restauración abarca la época liberal del siglo XIX que transcurre del año 1874 a 1902. La Restauración significó en España un pacto en el seno de la oligarquía entre las clases principales que la componían, como la vieja aristocracia, terratenientes, la Iglesia Católica y la clase burguesa, principalmente industrial, comercial y bancaria. Pero se quedaban fuera del pacto liberal el pueblo llano, jornaleros del campo, varones obreros industriales urbanos, artesanado e igualmente la pequeña burguesía que se desarrollará a partir del año 1900 y las mujeres que bajo el código civil de 1889, que reproduce el código napoleónico de 1804, no tenían el reconocimiento de sujeto político, sino de ciudadanas de “segunda” vinculadas con la figura del “cabeza de familia”.

Hasta el último cuarto del siglo XIX en España la beneficencia pública oficial o privada y la acción social fundamentalmente cubrían un conjunto de prestaciones de asistencia médica y ayuda alimentaria, que el Estado y los particulares proporcionaban a aquellos incapaces de procurarse sustento por ellos mismos. Será justamente en este último período del siglo XIX cuando la acción social se diversificará apareciendo renovadas formas de intervención que suponen un giro al tratamiento público estatal de la cuestión social. Una nueva mirada de la nueva problemática de la pobreza, que se agudiza con el desarrollo del capitalismo

industrial, y paralelamente, el auge de la organización obrera, generará una nueva conciencia “social”, provocada por la emergencia de un conflicto económico-social y capital-trabajo. Se impulsarán nuevas formas de acción social más allá y más acá de la beneficencia, como serán la previsión de los seguros sociales que conviven con la vieja beneficencia.

En este capítulo, se realiza un análisis socio-histórico de la génesis de la previsión social en España, para la comprensión de la diversidad de factores y contextos presentes en la gestión de lo social y de las transformaciones socioeconómicas vinculadas al proceso de industrialización e implantación de la economía capitalista en España y sus consecuencias para el desarrollo del Trabajo Social. La nueva condición social de la clase proletaria, y el incremento de la miseria y la explotación por el desarrollo industrial, irrumpen en España a finales del siglo XIX provocando cambios en las relaciones económicas y sociales. Paralelamente, se impulsarán transformaciones en las mentalidades y nuevas estrategias de gobernanza de las clases adineradas. Las consecuencias sociales provocadas por la industrialización fueron muy importantes, no sólo porque motivarán la identificación del trabajador con la pobreza, sino porque fueron el motivo directo del inicio de una tímida reformulación del liberalismo económico propuesta desde los nacientes movimientos obreros. Si el impulso de las organizaciones de la caridad y filantropía provino de las clases acomodadas, no podemos obviar que en el siglo XIX y por la presión de los movimientos obreros y de los partidos socialistas comenzó también la génesis del incipiente Estado del Bienestar⁶⁸. Una muestra de los cambios introducidos en España para la gestión de lo social será la puesta en marcha en 1883 de la Comisión de Reformas Sociales, verdadero laboratorio de ideas y centro de estudios de propuestas, que concentró buena parte de la discusión y de los cambios en la gestión de lo social.

En otras palabras, incorporamos en el capítulo una perspectiva histórica razonada para mirar y comprender la gestión de la cuestión social española, expresión que utilizaremos en este trabajo, aunque a la hora de nombrar esta

⁶⁸ Como aspectos más importantes, Cotarelo nos señala influencias de la Revolución de 1848, el impulso del sindicalismo en Gran Bretaña, la comuna de 1871 en París o los primeros seguros sociales obligatorios en Europa impulsados por Bismarck.

misma realidad predominan en la literatura especializada también la expresión de “problema social”, principalmente a través de la figura de Donoso Cortés (1836) y la de obrerismo. En este escenario político-ideológico del siglo XIX se desarrollan saberes y técnicas profesionalizadas que se responsabilizan de las tareas de acción social, tales como la enfermería, la medicina social, el higienismo, profesiones educativas o sociales que se articulan en procesos complejos en donde confluyen saberes, espacios y prácticas. En la década de los treinta del siglo XX se promueve en España la profesionalización de lo social. Exponente de este proceso es la aparición de la figura de la visitadora social y/o asistente social con la apertura de la primera escuela de asistencia social para la mujer en Barcelona en el año 1932⁶⁹. La demanda de la capacitación de la acción social en España de la mano de las mujeres como agentes de asistencia social ya la reclamaba Concepción Arenal, motivo por el que redactó el *Manual del visitador del pobre* (1863).

La particularidad del estado de bienestar en España está caracterizada por emerger en contextos marcados por una modernización capitalista tardía ya en pleno siglo XX. En cuanto a los procesos de profesionalización del Trabajo Social, esto se produce en sus inicios bajo una fuerte impronta religiosa y con un carácter inicial de profesión exclusiva para las mujeres.

En este capítulo y el siguiente nos preguntamos, ¿hay algo intrínseco, immanente, constitutivo en la historia del Trabajo Social?. La reconstrucción histórica nos proporcionará un conocimiento de cuestiones sociales, religiosas, jurídicas y éticas, y nos posibilitará reconocer e identificar los dilemas ante los que esta profesión se enfrenta. A su vez, nos permitirá arrojar luz sobre la cuestión del carácter feminizado de la profesión y el sentido histórico de las mujeres como agentes de asistencia social.

⁶⁹Se señalan como objetivos de la formación “Dotar a la dona de nuestro país de aquella serie de conocimientos que puedan servirle para ser el ángel tutelar al nivel de las exigencias de la complicada vida moderna”, “Los estudios que facilita la Escuela Católica de Enseñanza Social, son convenientes para toda mujer, consciente de su responsabilidad, sea cual fuere su misión en la vida”. Escuela de Barcelona 1932-1936.

3.2 Usos de la caridad e institucionalización

Según la conocida tesis de Kropotkin (1902), como aporte al debate sobre la teoría de la evolución de Darwin, el progreso ético se basa en el apoyo mutuo, no en la lucha mutua. Este pensador ruso afirma en su obra *El apoyo mutuo: un factor en la evolución*, que la cooperación y la ayuda mutua son los mecanismos que han posibilitado a la sociedad humana su supervivencia y desarrollo

La preocupación por la ayuda mutua a los semejantes se remonta a las antípodas de la antigüedad: la encontramos en Egipto, China, Grecia, Roma, etcétera. Hay múltiples explicaciones que justifican las diferentes prácticas de ayuda, si bien todas confluyen en plantear la importancia de la inducción del sentimiento de cooperación y ayuda mutua que liga a los seres humanos:

“La existencia de los pobres ha turbado siempre la conciencia de la humanidad, y su preocupación por ellos se ha hecho patente, con mayor o menor fortuna, desde los tiempos más remotos, expresándose en las primitivas prácticas familiares y tribales de cooperación mutua progresivamente institucionalizadas por las religiones organizadas, y decantándose, como evidencia la sabiduría popular y el refranero de muchas tribus y pueblos, en una acusada conciencia social, nutrida en las culturas orientales por el Hinduismo, el Budismo y el Confucionismo y fomentada siempre por las relevantes regulaciones jurídico-religiosa de las grandes civilizaciones de la antigüedad” (Moix, 1991: 21).

Dando un salto en la historia de la mutualidad, la creación de los gremios en la Edad Media, visto desde la perspectiva de la ayuda mutua, plantea una modificación de carácter de aquella: se hace exclusiva para los miembros del grupo o comunidad. Aquellos, a través de sus cofradías, organizan formas de lo que hoy podríamos denominar apoyo social. La organización de las cofradías tenía una doble vertiente: por un lado, un carácter religioso que atendía a las necesidades espirituales, por otra, respondiendo la “exigencia de la fe religiosa, se establecían diferentes formas de ayuda mutua, hermandad y amistad” (Ander-Egg, 1992: 67).

La acción social de ayuda con la importante presencia del cristianismo, responde a “la desarrollada con los pobres por motivos religiosos (...) el pobre ofrecía la posibilidad, gracias a la dimensión unificadora de la limosna, de salvar al poderoso. Esto fomentó la práctica de la virtud cristiana de la Caridad como una modalidad de acción social” (De la Red, 1993:22).

La caridad se va a constituir en un eje vertebrador de la actividad asistencial de la iglesia desde la Edad Media; tanto a título individual como virtud religiosa como a título colectivo en las instituciones promovidas a modo de hospicios, hospitales etc. Estas instituciones asistenciales se multiplicarán durante la Edad Moderna. En la historia del arte podemos encontrar numerosas obras que ha difundido esta virtud religiosa reina del catolicismo.



Ilustración nº 15: *San Carlos Borromeo repartiendo limosna al pueblo*. José Salomé Pina, 1853. Museo Nacional de Arte-INBA. Ciudad de Mexico.



Ilustración nº 16: *La dama de caridad*. Jean-Baptiste Greuze, 1775. Musée des Beaux Arts de Lyon, Francia.

Durante el Renacimiento asistimos a un nuevo tipo de articulación respecto a lo político, lo económico y lo social protagonizada por la burguesía, basada en la aparición de una nueva ética: la exaltación del trabajo y del individuo. La reforma protestante o el humanismo representado por Luis Vives, Erasmo de Rotterdam o Tomás Moro reforzarán la idea de trabajo como clave para la rehabilitación y recuperación de sectores sociales depauperados, en contraposición con la ociosidad originadora de malos hábitos y vicios. Tomás Moró, en su obra *Utopía*, realiza un elogio al trabajo que no sólo refleja su posición sino que también es expresión de una actitud generalizada: el trabajo se transforma en un derecho fundamental de un hombre que lucha para poder dirigir su propio destino y conquistar la riqueza (Geremek, 1989).

Tres serán los hitos fundamentales para la acción social según Vázquez (1999): la reforma de la Beneficencia, las leyes de pobres inglesas y la figura de Juan Luis Vives. La reforma de la Beneficencia en el siglo XV tendrá un carácter

urbano y municipal y se desarrollará en algunas ciudades de la Europa Occidental en las que se intentó desarrollar un sistema que coordinaba la limosna con funciones de control. Se centralizan los fondos en instituciones de beneficencia como la Aumône Générale (Lyon) y la oficina ciudadana de los pobres en Rúan, o en Inglaterra las Leyes de Pobres⁷⁰. En numerosas ciudades, se elaboraron listas donde se anotaban cuidadosamente el nombre, la dirección y, las circunstancias de cada persona que era tomada en consideración por la caridad pública. Se demostraba un interés por la pobreza y se ponían las primeras bases del principio de responsabilidad pública frente al socorro de pobres pero también la criminalización de los mendigos. Durante las épocas de expansión económica, la asistencia se negaba a los pobres a fin de promover que tuvieran que trabajar, de manera que se proveyera rápidamente el mercado de trabajo de la mano de obra necesaria, evitándose así el ascenso de los salarios (Geremek, 1989).

Las leyes de pobres inglesas resultan ser un punto de referencia a la hora de comprender la genealogía del discurso liberal sobre el gobierno de los pobres. Fueron un intento de organización y control por parte de la administración pública de la asistencia a los pobres. Se observa la puesta en marcha de diferentes tipos de medidas: unas de carácter laboral y económico dirigidas a la promoción de la ocupación de los llamados “pobres aptos”, otras policiales, de control de la población y represivas. El bloque central del derecho de pobres isabelino se desarrolla en el siglo XVI y parte del XVII y en el mismo se refleja la intensificación del proceso de criminalización de los vagabundos como se recoge en la *Poor Law Act* de 1601, oficialmente la 43 Elizabeth c.2. En esta misma la codificación se incorpora el llamado principio de responsabilidades de los parientes, según el cual, aquellas personas incapacitadas que tuvieran familiares o parientes que pudieran mantenerlos no serían admitidos en el registro local de distribución de la asistencia. Es una época de gran inestabilidad social en Inglaterra con tumultos de las masas populares como describe Polanyi en su obra *La Gran Transformación*⁷¹. Este diseño

⁷⁰Tienen precedentes desde el siglo XIV con el Statute of Labourers de 1349 y el bloque central de normas se desarrolla en el siglo XVI y XVII.

⁷¹Véase Polanyi. *La Gran Transformación*. Crítica del Liberalismo económico. Madrid 1989 pp 69-82, donde se describe el desgarró social que, a costa de un cierto desarrollo económico, se produjo en Inglaterra en el siglo XVI.

legislativo se completó con la *Act for the Better Relief of the Poor* que en 1662 culminó el socorro de pobres en Inglaterra hasta la aparición del “nuevo derecho de pobres” ya citado de 1884 con la *Poor Law Amendment Act*.

Juan Luis Vives y su obra más conocida como precursora de la asistencia social organizada *De subentione Pauperum, sive de humana necessitate (Del Socorro de los Pobres)*, escrita en 1526, resulta un tratado sobre los pobres y la atención que deberían dispensarles los poderes públicos. Su obra compuesta de dos libros comienza con una dedicatoria a los burgomaestres de la ciudad de Brujas exhortando a los gobernantes para que cuiden de los más débiles. En la misma califica la pobreza de problema social y diseña un plan de actuación para ponerlo en práctica en la ciudad de Brujas. Considera de vital importancia la intervención de los poderes públicos, siendo la municipalidad la encargada de la vigilancia. En el libro primero, plantea una fundamentación filosófico-teológico de la necesidad de socorrer a los pobres, buscando las raíces de la miseria humana (Ander Egg, 1978). En el libro segundo, hace del cuidado de los pobres tarea y responsabilidad de los administradores públicos insistiendo en la necesidad de atajar la pobreza por razones morales: por un lado, porque ésta es origen de enfermedades, latrocinios y prostitución, y por otro, porque los pobres necesitan ser atendidos, evitando así que una parte de la población sufra un grave daño social. Propugna una política social preventiva y estable (Garcés Ferrer, 1996: 67-69). En los capítulos segundo y cuarto propone medidas concretas: es necesario examinar y conocer la situación de la pobreza, elaborar un censo en el que se recojan datos de filiación, por qué razón mendigan, si viven en hospitales o en sus casas, si ejercen la mendicidad profesional....y como recomienda a las autoridades ciudadanas un rígido control sobre los hospitales y sobre todas las fundaciones. Tanto las leyes de pobres como las propuestas de Vives implican una politización y desacralización de la pobreza que deja de ser un asunto moral para pasar a tratarse de un asunto público. Encontramos en el siglo XVI la novedad de un discurso crítico sobre el tratamiento que se venía realizando con los pobres y la pobreza. Es un estado intelectual nuevo que surge de este siglo y que se prolonga hasta la Ilustración, en el que también se

defiende la necesidad de adoptar medidas legales contra aquellos vagabundos y mendigos que estén en condiciones de trabajar⁷² (Susín, 2000)

Durante los siglos XVII y XVIII se impulsan iniciativas privadas religiosas. Entre los principales hitos que podemos señalar para la acción social encontramos el trabajo desarrollado por San Vicente de Paúl, con el impulso de instituciones para la atención a los más necesitados y la creación en 1617 de las Damas de La Caridad. A estas, a las que San Vicente de Paúl instruyó ante la necesidad de clasificar a los pobres según sus condiciones y según su capacidad de auto-mantenimiento, evitando el auxilio indiscriminado. Las Damas de la Caridad congregaban a señoras adineradas que se ocupaban de los pobres de la localidad visitándolos en sus casas y cuidando a los enfermos⁷³. En el año 1633 San Vicente de Paúl, junto con Luisa de Marillac, fundaron las Hijas de la Caridad, congregación religiosa que se fue extendiendo por distintos países para socorrer a los pobres, asistir a los presos, cuidar a enfermos y atender a niños.

Durante los siglos XIX y el XX se desarrollarán acontecimientos cuya relación con el Trabajo Social es más directa ya que los antecedentes de la profesión se localizan a finales del siglo XIX. Un ejemplo es el empleo de los “visitadores amistosos” por parte de la sociedad de San Vicente de Paúl, creada por Frederick Ozanam como precedente del Trabajo Social profesionalizado y, ya a finales del siglo XIX, el inicio de la profesionalización con las aportaciones primero en Inglaterra de la Sociedad de Organización de la Caridad (COS) y el desarrollo del método de caso liderado por la norteamericana Mary Richmond.

⁷²En Geremek, *La piedad y la horca*. Madrid 1999, pp 135-195, recoge diversas reformas asistenciales tanto a nivel local como a nivel estatal que tuvieron lugar en Europa.

⁷³ Véase F. Álvarez Uría (1986). “Los visitadores del pobre. Caridad, economía social y asistencia en la España del siglo XIX”, en AA.VV, *Cuatro siglos de Acción social. De la beneficencia al bienestar social*, Madrid: Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales, siglo XXI, p. 144.

3.3 El Reformismo Social: la Beneficencia y la caridad en la etapa de la Restauración y reinado de Alfonso XIII.

En España la asistencia liberal nació de la desintegración del sistema benéfico del Antiguo Régimen y no supuso una ruptura en la historia de la acción social. Por el contrario, con ella pervivieron criterios de intervención sobre la cuestión social fundamentalmente benéficos. Aunque en España las primeras medidas sociales⁷⁴ se iniciaron en el siglo XVI, será solo a partir del XIX cuando podamos decir que el Estado comienza a regular aspectos relativos a la pobreza, la caridad o la ayuda social. Bajo el liberalismo se configuró un sistema residual de protección de iniciativa pública y privada que se mantendrá casi invariable hasta la etapa de dictador Primo de Rivera (1923-1930).

La revolución liberal iniciada por la Constitución de 1812 y reiteradamente sofocada por las fuerzas absolutistas trajo consigo nuevas formas de representación de los pobres y un cambio de actitud respecto a su posición y papel dentro del sistema. Este cambio de mentalidad conllevó que la beneficencia estuviera directamente ligada a la economía política y, por tanto, pasara a ser concebida como instrumento de estabilidad. Con la secularización de la vida social y la asistencia se aplican sucesivas reglamentaciones razonadas. Es importante comprender que esta legislación social, a diferencia de los absolutistas, la defienden los revolucionarios liberales que intentan responder a una nueva sociedad en la que se promueve una economía capitalista que va poco a poco surgiendo en el siglo XIX, con cierto retraso respecto a otros países europeos como Inglaterra, Francia, Rusia o Alemania⁷⁵. El liberalismo español es, en ese momento, la ideología de una incipiente burguesía revolucionaria que se pone a la cabeza de las luchas populares contra la sociedad tradicional. La primera ley general de

⁷⁴En el año 1540, una comisión presidida por el Cardenal Tavera estableció una serie de medidas para controlar la mendicidad en Castilla, prohibiendo, por primera vez, que los pobres salieran de sus tierras para pedir limosna y estableciendo la necesidad de vigilar si cumplían con los preceptos cristianos para permitirles mendigar. La tendencia que se impuso fue la que abogaba por la gestión pública de la pobreza, comenzándose a dictar algunas normas de policía de vagos durante los siglos XVI y XVII. Los distintos concejos, a través de sus ordenanzas municipales, dictaban las normas.

⁷⁵ Bismarck plantea en Alemania en 1883 la primera legislación de seguros sociales y más tarde leyes sobre el seguro de enfermedad, accidentes de trabajo, invalidez y vejez.

beneficencia fue aprobada en 1822, en pleno trienio liberal o trienio constitucional. Este periodo revolucionario constitucional implantado contra la voluntad del monarca crea armonía social. Una naciente fuerza de trabajo se abre paso en las ciudades a fin de facilitar la organización de un nuevo modo de producción, basado en el trabajo asalariado urbano en fábricas y talleres. Se promueve así el orden social y la distribución entre válidos e inválidos para el trabajo de las masas campesinas expulsadas del campo y atraídas por las oportunidades que van abriendo las ciudades del primer tercio del siglo XIX.

La nueva gestión social a través de la beneficencia pública como aportación de las revoluciones burguesas liberales de principios del siglo XIX se traslada a ley de beneficencia de 1822. Esta ley no pudo aplicarse en la práctica por la vuelta al absolutismo. Durante todo el siglo XIX los principios de la asistencia social en España van a variar constantemente, fruto de la alternancia de los sucesivos gobiernos y sus ideas liberales (Morell, 2002). Durante el reinado de Isabel II (1833-1868) caracterizado por las alternancias políticas, se adoptan varias medidas; en 1849 se promulga una nueva “Ley General de Beneficencia”, en 1855 la “Ley Orgánica de Sanidad” y en 1883 se crea la Comisión de Reformas Sociales⁷⁶. La historiadora Lacalzada afirma que “esta Comisión, pese a sus limitaciones iniciales, resultó ser la clave del arranque para las posteriores políticas sociales (2015: 155).

La consolidación de la reforma liberal y la transformación de las distintas formas de caridad en beneficencia supusieron que las entidades municipales, principalmente, asumieran el socorro de los pobres mediante la movilización de un débil sistema de salud y de pensiones dirigido preferentemente a la protección de la vejez y la maternidad. El problema social acabó identificándose casi exclusivamente como el problema obrero, ya que el conflicto entre patronos y trabajadores constituía el fenómeno más importante de promoción de inestabilidad social. El hecho de que el sector obrero de estas clases dispusiera de organizaciones propias y permanentes, de un programa estable de demandas y de un protocolo de acciones de protesta hizo que la cuestión social deviniera en el

⁷⁶ La creación de la Comisión de Reformas Sociales a instancia de Segismundo Moret, ministro de gobernación de Alfonso XII, perseguía presencia institucional, en un periodo en el que despuntaba un movimiento obrero en España.

problema obrero por antonomasia. Como sostiene el político liberal José Canalejas no se trataba de ceder ante la amenaza del movimiento obrero, sino de admitir que la cerrazón represiva frente a él ya no era suficiente y que es preciso realizar reformas que den respuesta al malestar de los trabajadores⁷⁷. La formulación de este diagnóstico sobre las causas de la agitación obrera, y la consiguiente convicción de que era preciso promulgar reformas sociales, llevaron al liberalismo reformista a considerar necesario disponer de un mayor conocimiento sobre la situación social de la clase obrera. De ahí el papel destacado que los reformistas sociales comenzaron a otorgar a la Sociología como disciplina auxiliar del Estado en la realización de esta tarea. Como afirmaba Canalejas, una de las dificultades para legislar en materia social es que el Estado carece de información segura, directa e imparcial y para subsanar esta carencia se requiere el concurso de las ciencias sociales⁷⁸.

La conexión con las ideas de la modernidad europea se plasmó en una serie de proyectos culturales y educativos dentro del llamado regeneracionismo de finales del siglo XIX y principios del XX y se caracterizó por reformas de las ideas, con un ideal de modernidad y de justicia social. La figura de Francisco Giner de los Ríos, el fundador de la Institución Libre Enseñanza, es emblemática de esta tendencia, que tuvo un fuerte impacto en la renovación de la educación secundaria y superior de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Planteaba propuestas de acción que combinara un racionalismo armónico con programas que auspiciaban una coexistencia simbiótica de las clases sociales y económicas. Estas propuestas estaban inspiradas por el conservadurismo católico y el colectivismo revolucionario ya que se identificaba como causa de la pobreza el atraso económico y cultural de España, el subdesarrollo industrial así como el deficitario sistema de instrucción escolar. La respuesta consistía en transitar hacia un sistema de previsión y seguridad social, lo que, en un primer momento, no se proponía que fuese necesariamente una responsabilidad del Estado. Los católicos sociales

⁷⁷ José Canalejas y Méndez, Discurso leído en la sesión inaugural del curso 1894 a 95 de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, celebrada el 10 de diciembre de 1894, Madrid, 1894, p. 13

⁷⁸ José Canalejas y Méndez, "La cuestión obrera", Revista General de Legislación y Jurisprudencia, 105 (1903), p. 510.

defendían las ideas de los democristianos belgas y franceses, con una fuerte aspiración para alcanzar una mayor justicia social basada en la creencia de que no todas las desigualdades poseían un origen natural. También se enfatizaba la regeneración moral de los pobres por medio de la piedad, ya que el Estado debería promover la armonía y conformidad social. Debía aplicarse la disciplina, el trabajo duro y el ahorro como única forma de progresar y superar las dotes de miseria, los conflictos de clase y la pobreza, que no eran sino suposiciones o consecuencias de ideologías erróneas y morales inadecuadas.

A partir de los años 80 del siglo XIX se establecen las primeras iniciativas de políticas fiscales y la hacienda pública. La cuestión social se difunde y va adquiriendo centralidad a través de los diferentes discursos y textos teóricos de los pensadores de la época. Las clases dominantes influirán en la vida política estimulando acciones gubernamentales concretas que irán conformando un estado paulatinamente intervencionista, no sin resistencias de otros grupos de clase dominantes más cerrados al estado liberal clásico.

Una parte de la oligarquía de principios del siglo XX llega a la convicción de que hay que ceder para prevenir males mayores. Los liberales aportan ideas como las del krausismo, las de los católicos sociales inspirados en León XIII y otros grupos que reclaman las ideas republicanas provenientes de la primera República (1873). Estos grupos irán consiguiendo protagonismo, llegándose a instaurar una alianza con parte del movimiento obrero en la etapa de la II República que tendrá su proyección en la acción social pública y será la base del profesionalismo de lo social en las sociedades europeas.

A finales del siglo XIX la acción social pública se diversifica en dos corrientes: una jurídico- institucional y otra político-social. Estas dos corrientes presentan sus zonas de interacción y de confusión, con realizaciones práctico- profesionales, unas por la vía de la beneficencia pública y, en otros casos, por la vía de la previsión social. Los trabajos de Pedro Carasa y Fernando Díez (1992) coinciden en señalar que es en esta fase, entre 1880 hasta los años treinta del siglo XX, cuando se observa un aumento del gasto social público al que se suma el incremento del gasto social privado, protagonizado por las organizaciones de ayuda mutua, sindicatos, asociaciones caritativas, cooperativas, fundaciones y, en el caso de España, la

Iglesia.

Por tanto, hasta la segunda mitad del siglo XIX, el bienestar o la pobreza eran condiciones que dependían de la representación de la laboriosidad y la capacidad de previsión individual. Predominaba una concepción individualista y moralizante de la existencia humana que no tenía en cuenta la organización social. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XIX se abre paso la idea de que la existencia de los individuos dependía, en algún grado, de factores ajenos a ellos y de circunstancias sociales que trascendían y escapaban a su control, con lo que conlleva en la atribución de la responsabilidad frente a su situación. Además, la concepción de la sociedad cambió y pasó de una forma puramente individualista hacia una concepción de la sociedad como organismo que trasciende a los propios individuos. Esta nueva concepción fortalece la idea de sociedad y se manifestó en distintos países con el auge del socialismo alemán, el liberalismo británico, el socialismo francés, el movimiento progresista norteamericano y el reformismo social español, entre otros. La crisis del individualismo decimonónico y la expansión de la noción de sociedad trajeron consigo una nueva forma de subjetividad y de identidad, el sujeto social, que atribuye la causa de su situación vital no ya a sus cualidades personales o a su conducta, sino también a los defectos de la organización social de la que forma parte (Cabrera, 2013: 13). De este modo se legitiman voces que reclaman que la sociedad garantice el derecho a una existencia digna. Las medidas de reforma social, que comenzaron tímidamente a promoverse a partir del último tercio del siglo XIX, no tenían el propósito de garantizar derechos sociales sino el de corregir los desajustes de la sociedad liberal y apaciguar la conflictividad social, en particular la protagonizada por el movimiento obrero. En esa época la noción de derechos sociales no existía, y surgirá con posterioridad (Cabrera, 2013).

El reformismo social en España es un movimiento ideológico-político que comenzó a fraguarse a partir de 1870, tras el sexenio revolucionario, por la preocupación y el temor ante el auge del movimiento obrero y que posibilitó la adopción de medidas de reforma social en las décadas siguientes. El reformismo social es un fenómeno transnacional y no exclusivamente español y la especificidad española es de orden cronológico puesto que la crisis del liberalismo clásico se

inició en España más tarde que en otros países. Los trabajos de indagación sobre la génesis del reformismo social en España de Miguel Ángel Cabrera sostienen que el reformismo social tiene su origen en la crisis del liberalismo clásico, cuestión que explica que los reformistas sociales tengan una procedencia y adscripción ideológica muy diversa: desde el liberalismo crítico al conservadurismo (como Cánovas, Dato y Canalejas). En los que se refiere a la puesta en práctica de los principios liberales, el reformismo social asume que el régimen económico de libre concurrencia es un orden natural, pero a la vez considera que han de adoptarse medidas complementarias que minimicen los efectos imprevistos y apacigüen el descontento social. El reformismo social entiende por problema social la existencia de marcadas desigualdades socioeconómicas entre la población y los conflictos sociales asociados a ellas. Lo que constituye un problema social es la existencia de miseria, la pobreza y la incultura y su amplia extensión entre los trabajadores. El institucionalista y político krausista Gumersindo De Azcárate enumera como componentes del problema social el hambre, el pauperismo, los salarios insuficientes, las crisis comerciales y los sufrimientos de los obreros⁷⁹. Azcárate defendía la idea de que el primer paso para abordar la cuestión social era asumir el reconocimiento de su existencia.

El movimiento obrero durante la etapa de la Restauración adopta una postura heterogénea frente a la política social y la convivencia solidaria. Existen claras diferencias en cuanto a las dos vertientes ideológicas a la hora de abordar la cuestión social; la transformación de las estructuras sociales o la armonía y paternalismo.

Ya hemos citado con anterioridad lo relevante de la creación de la Comisión de Reformas Sociales (CRS). Con su creación se reconocía la gravedad e intensidad del pauperismo entre la clase obrera y la necesidad de darle solución. Como subrayaba Moret, en el preámbulo del Real Decreto de 1903,⁸⁰ resultaba

⁷⁹Véase De Azcárate, *Estudio sobre el objeto y carácter de la ciencia económica y su relación con la del Derecho*. Madrid, 1871, p.40.

⁸⁰ Las razones que llevaron a la constitución de la CRS y los cometidos que se le asignaron aparecen detallados en la exposición de motivos que sirve de preámbulo del Real Decreto de 23 de abril de 1903 firmado por Segismundo Moret, ministro de Gobernación.

imposible sostener la situación “sin menoscabo de la paz pública (...) Numerosos síntomas – continua – revelan que las clases obreras sienten el vivo estímulo de necesidades que importa remediar, o aliviar, cuando menos, a la vez que siente el capital inquietudes injustificadas por hondas y continuas perturbaciones”. La CRS supuso un nuevo marco institucional desde donde desarrollar las políticas sociales bajo la intervención tutelar del Estado y bajo una lógica moralizadora de la economía; actuando sobre los patronos pero también sobre los obreros. Sostenía Azcárate (1871) que para resolver el problema social es preciso acometer la regeneración moral de los trabajadores, erradicando de ellos conductas viciosas, fomentando el ahorro y la previsión y proporcionándoles instrucción⁸¹.

La intervención del Estado aparece como la respuesta lógica a la incapacidad del régimen de libre concurrencia para resolver el problema y estabilizar la sociedad atendiendo a las peticiones de reglamentar el trabajo de los niños, el trabajo de las mujeres de protección como menores de edad, el descanso dominical, la organización en gremios y en cámaras sindicales, entre otros. El reformismo social establece una distinción entre la intervención estatal en el trabajo infantil y femenino y en el de los varones adultos. Como argumenta Azcárate, en el caso de los niños, el Estado actúa a título de tutor, como lo hace también al declarar la enseñanza obligatoria. Lo mismo ocurre con las mujeres, que necesitan ser tuteladas en razón de su sexo. El estado ejercerá su función tutelar mediante la promulgación de leyes protectoras de los trabajadores. Esta concepción subyace a los proyectos de reforma promovidos que comenzaron a convertirse en leyes a partir de 1900

En el caso de la legislación laboral protectora para las mujeres que tendrá su mayor desarrollo durante la dictadura de Primo de Rivera, se esgrimen explícitamente motivos derivados de las categorías de género partiendo de una división sexual según la cual las diferencias entre hombres y mujeres son irreductibles y determinan su función social. Por lo tanto, el que las mujeres realicen un trabajo asalariado y no doméstico constituye una transgresión a su naturaleza y un obstáculo que les impide desarrollar sus funciones naturales. Como sostenía

⁸¹ Gumersindo de Azcárate, resumen de un debate sobre el problema social, Madrid, 1881, pp 74-75.

Azcárate, “cuando las mujeres trabajan en condiciones tales que se hace del todo imposible para ellas el cumplimiento de los deberes que su misión en la vida les impone ante todo en el seno del hogar, y cuya falta refluye en primer término sobre la educación de los hijos, la ley puede también poner límite a las horas de trabajo”⁸². El trabajo femenino no doméstico entraña una perturbación moral como dice Pérez Pujol, el “abandono de la vida doméstica por parte de las mujeres supone una perturbación moral y un malestar no menos funesto acaso que la miseria misma, pues supone el descuido de los niños y empuja a los hombres al vicio”⁸³.

La concepción reformista de la intervención del Estado no permaneció estática, sino que fue evolucionando en las primeras décadas del siglo XX, bajo el reinado de Alfonso XIII. Este se extiende desde 1902 hasta la irrupción de la segunda República en 1931, con un intermedio en el que Alfonso XIII avala la suspensión de las garantías constitucionales por el general Primo de Rivera, e instaura una dictadura con el beneplácito del rey (1923-1930). Durante este amplio período de relativa estabilidad político constitucional se va consolidando poco a poco, en paralelo al resto de países europeos, la idea de la reforma social. Esta cuaja de la mano de las clases dominantes, temerosas de un movimiento obrero urbano pero también rural cada vez más presente en la vida nacional y de planeamientos radicales y revolucionarios en el núcleo de sus organizaciones partidos y sindicatos. Se otorgó a la intervención estatal un carácter regulador como ponen de manifiesto las medidas que se fueron adoptando, entre otras, la jornada máxima de ocho horas,⁸⁴ el establecimiento del seguro obrero obligatorio del retiro obrero⁸⁵. ó la creación del Ministerio de Trabajo en 1920.⁸⁶

El desenfrenado desarrollo industrial y sus consecuencias aceleraron la puesta en cuestión del análisis individualista y estático que entendía la pobreza y sus manifestaciones como fenómeno natural e individual, susceptible de poder

⁸²Gumersindo de Azcárate, Resumen de un debate sobre el problema social, p. 103.

⁸³Véase Pérez Pujol, *La cuestión social en Valencia*. Año 1872, pp.140-141.

⁸⁴El “decreto de la jornada de ocho horas” fue aprobado el 3 de abril de 1919.

⁸⁵Establecido por el Real Decreto-Ley de 11 de marzo de 1919.

⁸⁶ Real Decreto del 8 de Mayo de 1920.

solucionarse por voluntarios y/o por los propios individuos o predicadores. La pobreza comienza a considerarse, por una parte de la sociedad como un grave problema colectivo que interpela a toda la sociedad. La progresiva conciencia y discurso sobre la sociedad explotada y opresora a partir de la realidad cotidiana y del empobrecimiento con trabajos asalariados alienados genera reflexiones teóricas en favor de las reformas sociales. A la vez la existencia cada vez mayor de trabajadores que no asumían de una forma resignada su condición de víctima del destino y que las clases dominantes sienten como una amenaza, especialmente la clase burguesa, contribuyen a esta situación. Es en ese momento cuando realmente el obrerismo problematiza la cuestión social y las clases dominantes intentarán por todos los medios exorcizarla desde la reforma social, es decir, desde la intervención del Estado moderno, más o menos democrático.

3.4 La posición ambivalente del trabajo asalariado de las mujeres a finales del siglo XIX y principios del XX: entre el proteccionismo y la hostilidad

El prototipo de mujer española en la segunda parte del siglo XIX se encuadra dentro del esquema tradicional de la mujer ideal “doméstica”, cuya función primordial en la vida es la de ser esposa sumisa y madre perfecta. El ideal de fray Luis de León recogido en la obra escrita en el siglo XVI *La perfecta casada* seguía vigente en el imaginario. No obstante, coexistían, tal y como hemos planteado en líneas anteriores, voces discordantes que abogaban por una ampliación de los horizontes vitales como las de Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán, entre otras. Además, la realidad era que las mujeres procedentes de capas populares urbanas y rurales participaban tanto en el trabajo asalariado como en el doméstico.

En la década de 1860, apareció una nueva reivindicación de los trabajadores varones asociados: la limitación o la regulación del trabajo femenino. Las asociaciones obreras querían que las mujeres dejaran de trabajar y se dedicaran a las tareas domésticas del cuidado del hogar y de los hijos. Marugán y Miranda indican que “después de la II Internacional también el movimiento obrero apostó por el confinamiento de las mujeres en el hogar” (2018: 225-226) El movimiento obrero no se desvía del modelo de familia que defendían el resto de las fuerzas

sociales como la Iglesia. La demanda del movimiento obrero se sitúa en un contexto marcado por el inicio de la feminización de la mano de obra en sectores profesionales. Un ejemplo ilustrativo es el del tisaje algodonero en el que predominaban los obreros varones hasta la década de 1860 y 1870⁸⁷. Explica Jesús de Felipe Redondo⁸⁸ como, en el caso del tisaje, los fabricantes catalanes empezaron a contratar a más tejedoras debido a que el tisaje empezó a concebirse como una ocupación “apta para mujeres”. Esto se debía a que no requería de un gran esfuerzo físico y a que el grado de especialización laboral nunca había sido muy elevado con la aparición de los telares mecánicos a mediados del siglo XIX. En consecuencia, muchos propietarios comenzaron a reducir los salarios de los tejedores para ajustarlos a los que pensaban que era una labor femenina. Los tejedores varones argumentaban frente a los propietarios la supuesta desorganización de las familias obreras por el trabajo de las mujeres así como la puesta en cuestión de la autoridad del “padre de familia” que no podía cumplir con la obligación de mantener a sus familias. Exponían como justificación que la sustitución de las tejedoras producía la desorganización de sus familias ya que las mujeres que trabajaban no podían ejercer su función “natural” de cuidar y educar a los hijos.

Esta oposición al trabajo de las mujeres coincide en el tiempo con la hegemonía de la figura del ama de casa. Sostiene Laura Nuño:

A finales del siglo XIX la oposición al trabajo asalariado de las mujeres se irá radicalizando, pero será bajo el último tercio del siglo cuando bajo el auspicio de la Conferencia de Berlín de 1890 esta hostilidad se materializará en una legislación que, bajo la coartada de un aparente proteccionismo, expulsó a las mujeres de los trabajos mejor remunerados. La hostilidad hacia el trabajo remunerado de las mujeres determinó su preparación y formación y convirtió el matrimonio en casi la única vía de supervivencia económica y social (citado por Marugán y Miranda, 2018: 255).

En esta segunda mitad del siglo XIX se produce también un cambio en el debate de la cuestión social. Hasta la fecha, argumentos de los higienistas y los

⁸⁷Smith, 2003, p. 84.

⁸⁸ De Felipe Redondo, J (2012). *Trabajadores. Lenguaje y experiencia en la formación del movimiento obrero español*. Geneueve ediciones.

economistas sociales de las décadas de 1830 y 1850 se basaban en la idea de que la inmoralidad impedía a los trabajadores escapar de la pobreza. A principios de la década de 1840, el reformador social Ramón de la Sagra interpretó la feminización de la mano de obra industrial en Europa como una ruptura de la organización familiar obrera. El economista partía de la idea de que el varón tenía el deber de trabajar para mantener a su familia, mientras que la mujer tenía la responsabilidad de cuidar a los hijos y del ámbito doméstico. Para de la Sagra, la contratación de mujeres en las fábricas alteraba dramáticamente los principios del orden moral sobre los que se basaba esta organización “natural”, pues la mujer que trabajaba no solo dejaba sin trabajo al hombre, sino que, además, estaba expuesta a los peligros morales derivados de estar en contacto con y bajo la supervisión de otros hombres que no eran de su familia⁸⁹.

En 1855, el humanista Pedro Felipe Monlau escribió que el exceso de trabajo, la falta de higiene y la mezcla de hombres y mujeres en los talleres potenciaban en los hombres la embriaguez, la gula, la pasión por el juego, el libertinaje y la pereza, y en las mujeres la estafa y la prostitución⁹⁰.

Sostiene Jesús de Felipe Redondo que no fue hasta la década de 1860 cuando la cuestión del trabajo femenino encauzó el debate sobre la cuestión social. Se plantea la idea de que el trabajo de la mujer constituía una amenaza a la salud pública y a la reproducción de la sociedad, haciéndose hincapié en la “misión natural” de la mujer en la sociedad, en tanto que “madre” y educadora de las jóvenes generaciones. A partir de entonces, la mujer se constituyó en el objeto de las reformas por el papel que a ella se le atribuía en la educación de los hijos así como el papel que podría desempeñar para frenar la corrupción moral de las masas (De Felipe Redondo, 2012: 311). El trabajo a domicilio se consideraba lícito pues la mujer estaba a salvo de los supuestos peligros del entorno fabril para su naturaleza sexual.

⁸⁹ De la Sagra, Ramón (1840. *Lecciones de Economía social*, Madrid, Imprenta de Ferrer y Compañía, pp. 118-125.

⁹⁰ Monlau 1856, pp. 68-70.

Estos cambios en la matriz discursiva de las asociaciones obreras ponen hincapié en la idea de que el trabajador varón era el mantenedor de la economía familiar, exigiendo a las asociaciones que los salarios de los obreros varones fueran lo suficientemente elevados para que sus familiares (mujeres e hijos) pudieran permanecer en sus casas. Surge así una nueva reivindicación, la idea del “salario familiar”, objetivo de las luchas sindicales a finales del siglo XIX⁹¹. Las asociaciones obreras y pensadores conservadores admitían la necesidad de regular el trabajo de las mujeres y que trabajaran en determinadas circunstancias, ante necesidades perentorias.

Frente a esta concepción predominante, la reformadora social Concepción Arenal defendía en 1891 la igualdad salarial como solución a la “cuestión del trabajo femenino”. Argumentaba que las necesidades de las mujeres eran mayores que las reconocidas por los economistas liberales porque el ser “madres” las convertía en responsables de sus familias, en especial cuando el “padre de la familia” no existía o no ganaba un salario diferente. Para Arenal, la “madre” de familia tenía funciones distintas a las del “padre”, relacionadas con la educación de los hijos y cuidado del hogar, pero en momentos de necesidad arriesgaba sus “virtudes naturales” trabajando fuera del hogar⁹².

Algunos pensadores liberales, como Francos Rodríguez, defendían el derecho de la mujer como ser humano al trabajo y su acceso al mismo no tiene que justificarse por la miseria económica. En 1910, el Congreso Fundacional de la Confederación Nacional del Trabajo planteó la cuestión del trabajo femenino en términos parecidos⁹³. En 1920, Francos Rodríguez ratifica nuevamente este derecho de la mujer al trabajo con el fin de “atender dignamente el sustento propio, para lograr una independencia decorosa o contribuir al alivio de un hogar pobre”⁹⁴.

⁹¹Enrech 2007, pp. 127-62.

⁹² Arenal, 1891

⁹³ “Dictamen sobre el trabajo de la mujer”. Reproducido en Bueno, A., Cómo fundamos la CNT. Congreso Fundacional de la CNT (Congreso de Bellas Artes, Barcelona, 30-31 de octubre y 1 de noviembre de 1910), Barcelona, Ed. Avance, 1976: 73-75.

⁹⁴ Francos Rodríguez, J, La mujer y la política españolas, Madrid, Ed. Pueyos, 1920, pp.256-257.

Sin embargo, no es hasta principios del siglo XX cuando se puede observar una incorporación de mujeres procedentes de capas sociales no obreras al ámbito laboral. Para Nash este cambio se puede atribuir, sobre todo, a las transformaciones en las estructuras económicas y no tanto a que hubiera voces discrepantes que cuestionaban el prototipo de mujer perfecta y que abogan por la incorporación de las mujeres a la esfera pública como ocurrió en el último cuarto del siglo XIX en los Estados Unidos y Gran Bretaña con el movimiento sufragista.

En 1883 la Comisión de Reformas Sociales indagó sobre el trabajo de las mujeres en España⁹⁵. Una de las preguntas formuladas en el cuestionario fue precisamente la siguiente: “¿Busca la mujer trabajo fuera del hogar por absoluta necesidad o por el deseo de aumentar el haber de la familia?”. Tras esta cuestión el legislador se interroga acerca de la existencia de razones legítimas para trabajar. En sus respuestas, Alejandro San Martín confirmó que la gran mayoría de mujeres asalariadas trabajan por absoluta necesidad, emigrando incluso en búsqueda de un trabajo que les permitiera sostenerse⁹⁶.

En España, el debate en torno al acceso femenino al trabajo asalariado sufre pocos cambios en la primera parte del siglo XX. Seguirá vigente la postura conservadora de considerar la incursión de la mujer en el ámbito laboral como antinatural y una desvirtuación de su sublime misión de madre y “ángel del hogar”. A medida que avanza el siglo XX, y frente al hecho real de una mano de obra femenina creciente, esta actitud intransigente se flexibiliza, adaptándose a las circunstancias. Se introduce un elemento nuevo en el debate: la aceptación del trabajo extra-doméstico en determinadas circunstancias, cuando tenga necesidad perentoria o como complementario del masculino.

La salida, forzada, por la necesidad, de la mujer (casada) de su espacio natural, el del hogar y la familia, para participar en el mundo del trabajo remunerado se vio acompañada de un tratamiento laboral discriminatorio en relación con el que recibían los hombres, que, como se sabe, tampoco era muy boyante que digamos.

⁹⁵ El sociólogo Carlos Prieto (2007) hace referencia a esta encuesta en el texto *De la perfecta casada a la “conciliación de la vida familiar y laboral” o la querelle des sexes en la modernidad española* y a la existencia de una publicación del Ministerio de Trabajo, en edición facsímil (1985), sobre este tema.

⁹⁶ Nash, Mary (1983). *Mujer, familia y trabajo en España, 1875-1936*. Barcelona: Ed. Anthropos, p. 48.

Su trabajo, por necesario que fuera, sólo era considerado como complementario del de su esposo (Prieto, C. 2007: 37).

La mujer que desempeña una carrera propia constituye una figura excepcional y con poca aceptación social. No ocurre lo mismo con las mujeres que comienzan a desarrollar una presencia pública en entidades benéficas, entre ellas visitadoras de pobres que irrumpen en el espacio social. Son damas protectoras de clase que cuidan y a la vez controlan a las mujeres pobres y obreras, a través de las obras benéficas privadas. Margarita Nelken criticará este sentido tan presente en la beneficencia existente en España a lo largo del siglo XIX y principios del XX:

Existe un campo de actividad, cuyo privilegio no ha sido nunca regateado a la mujer; es la beneficencia. Aquí mismo, los más intransigentes antifeministas creen justo que la mujer ocupe obras benéficas, y hasta que las regente a su antojo. Así vemos por todas partes comidas de señoras, Juntas de Damas, Patronatos femeninos. La beneficencia es, por consiguiente, la mejor piedra de toque para la capacidad del feminismo. Hay muchas posibilidades de que una mujer, sabiendo organizar y administrar una gran obra benéfica, sepa también intervenir siquiera sea en asuntos municipales; y aunque en detalles sean distintas entre sí, las obras benéficas de un país dan con bastante justeza la norma del espíritu general que anima socialmente a las mujeres de ese país. (...) ¿Cuál es el espíritu general que se desprende de la beneficencia en España?. La respuesta se presenta clara y rotunda: el espíritu más antisocial que pueda darse. Las obras benéficas en España no sólo carecen de cuanto requiere el sentido social moderno, sino que le son contrarias en absoluto. (...). (Nelken, 1918: 150-155).

Rastrear la génesis del estado social que va poco a poco emergiendo en España a finales del siglo XIX puede permitir explicarnos no sólo la reciente historia de la política social española sino ofrecer una necesaria perspectiva diacrónica del nacimiento disciplinar y profesional del Trabajo Social, que es lo que hemos intentado explicar con la erupción en España de la llamada cuestión social y su gestión. Si el incipiente Estado social que se configurará ya en el siglo XX nace a partir del reconocimiento de derechos a la clase obrera, el Trabajo Social nace a finales del siglo XIX con la finalidad de contribuir a mejorar las condiciones de vida de la misma pero sin cuestionar la lógica que generaba las situaciones de enorme desigualdad: “el objetivo era intervenir con medidas de previsión y protección social en el seno de la clase trabajadora, y ello no tanto en nombre del sacrosanto principio de la igualdad cuanto en nombre de la solidaridad, es decir, sin conceder a los asistidos derechos sobre el espacio político, espacio de soberanía” (Álvarez Uría,

1995: 10-11). Si la clase obrera recibió bien el desarrollo de los primeros seguros sociales, recelaba frente a las primeras visitadoras sociales y damas de la caridad que eran percibidas como agentes de control social.

De la misma manera, los médicos (varones) hacen de las mujeres sus aliadas en la lucha por la higiene, que es también un modo de moralizar la miseria que se oculta tras la mugre. Muchas mujeres encontraban ahí un exutorio a sus energías y a la mala conciencia que los valores de utilidad y trabajo, crecientes en la sociedad, transmitían a su ociosidad (Hierro y Vázquez, 1999).

A lo largo del siglo XX las mujeres se incorporan a trabajos asalariados designados como femeninos por las aptitudes que se consideraba poseían de forma natural como la enfermería, la medicina social, la educación. Estos campos se van a constituir en espacios privilegiados para el trabajo asalariado de las mujeres y también para la profesionalización de lo social y desarrollo del Trabajo Social ya en el siglo XX.

En el contexto internacional podemos resaltar como la necesidad de formación para el ejercicio de la Asistencia Social se manifiesta unos años antes. En EEUU, país pionero, Mary Richmond contribuyó en 1898 a la creación de *la New York School of Applied Philantropie*, considerada la primera escuela de Trabajo Social (Bouquet, 2011). En la actualidad "Columbia University School of Social Work". En Europa, en Alemania, Alice Salomon dirige en 1899 el primer curso de formación de asistentes sociales y en Holanda se fundaba el Instituto de Formación para el Trabajo Social en la ciudad de Amsterdam. En poco tiempo se fundaron escuelas en Francia (1903), en el Reino Unido y Alemania (1904). A partir de estos precedentes, la expansión fue rápida en Europa.

En España el impulso a la formación para las personas ocupadas en tareas de asistencia lo encontramos en el Primer Congreso Católico de Beneficencia Nacional que se celebró en el marco de la II Exposición Internacional de Barcelona de 1929. A este congreso asistieron las mujeres del Comité Femenino de Mejoras Sociales y se puso de manifiesto las necesidades de crear una escuela para la capacitación técnica y humana de las personas que trabajaban con la infancia desvalida, las mujeres y los pobres (Estruch, J.; Güell, A., 1976). Hasta la fecha, la

vía de formación es el acceso a los primeros manuales publicados como el de Concepción Arenal, la primera visitadora general de prisiones de mujeres y que entre las obras publicadas podemos resaltar “*Manual del visitador del pobre*” y “*Manual del visitador del preso*”. Es en 1932 cuando se crea primera escuela de Asistencia Social para la Mujer, en Barcelona (Molina, 1994).

3.5 La Segunda República y la Guerra Civil

La vigencia de la Segunda República se caracterizó por la inestabilidad política y su corta vida con tres gobiernos políticamente diferentes; como el social-azarista de 1931 a 1933, radical-cedista de 1934 a 1936 y el Frente Popular de 1936 a 1939. Durante el primero y tercero se emprendieron medidas político-sociales que los conservadores consideraron que lesionaban sus derechos históricos⁹⁷. La constitución republicana de 1931 se caracterizó por incorporar en su texto la constitucionalización de la cuestión social incorporando la responsabilidad del Estado frente a los problemas sociales. El programa básico de la segunda República se sustanciaba en el artículo 46 que garantiza “a todo trabajador las condiciones necesarias para una existencia digna” y ofrece garantías sobre la vejez, enfermedad o paro forzoso en un intento de materializar un estado benefactor⁹⁸. Ilustrativo de lo convulso de este periodo es como durante el segundo de los gobiernos, el denominado radical-cedista, se promulgaron leyes contrarias a la orientación social del Estado como la ley de vagos y maleantes de 25 de abril de 1934, orientada a la represión y el control de la mendicidad, poniéndose en práctica los carnés de pobre y fichas policiales (De la Red y Brezmes, 2003).

⁹⁷ Como la limitación en la contratación de braceros en la reforma agraria, la exigencia de impuestos al clero o la promulgación del Estatuto de Cataluña, entre otras.

⁹⁸ Otros artículos que se promulgan para garantizar los derechos sociales y libertades fundamentales son: art. 34: sobre libertad de expresión, art. 41: Reconocimiento del matrimonio civil, art. 43: igualdad de sexos, asistencia y protección de enfermos, ancianos, protección a la maternidad e infancia, art 46 y 47: derechos laborales y de previsión, y art. 48: enseñanza obligatoria y gratuita en primer nivel, libertad de cátedra y carácter laico

En cuanto a la cuestión femenina, el feminismo español de primeros del siglo XX estaba reservado a las mujeres con formación y era un feminismo minoritario⁹⁹. En 1918 había nacido la primera asociación protofeminista en España, asociación nacional de mujeres españolas (ANIME) y sus objetivos estaban centrados en dos causas; el acceso a la educación por parte de las mujeres y el voto femenino. Contaba entre sus sociales a la abogada Clara Campoamor y a la pedagoga María de Maeztu. El voto¹⁰⁰ será una de las primeras reivindicaciones y sin embargo de las últimas en obtenerse porque los partidos de izquierdas manifestaban temor al conservadurismo femenino, los de derechas a los cambios en la jerarquía familiar y ambos fuertes resistencias al reconocimiento de la capacitación de las mujeres. En 1926 se funda la que es considerada la primera asociación feminista, el Lyceum Club Femenino. Según la hispanista Shirley Mangini (2006) el Lyceum era un centro de sociabilidad en el que participaban ilustres mujeres pertenecientes a la clase media burguesa, un refugio de mujeres. La primera presidenta del Lyceum fue la pedagoga María de Maeztu quien también dirigió la Residencia de Señoritas,¹⁰¹ el grupo femenino de la Residencia de Estudiantes. Como vicepresidentas en la primera junta estuvieron la diplomática Isabel Oyarzabal y la abogada Victoria Kent. Se trataba de mujeres modernas que expresaba nuevos modos de entender la feminidad, tal y como retrata la pintora Ángeles Santos en su obra “La Tertulia”, cuatro mujeres jóvenes en una salita leyendo y fumando. La obra estuvo expuesta en 1930 en los salones del Lyceum¹⁰².

⁹⁹ Para un estudio exhaustivo del feminismo español de la época véanse obras como: Geraldine M. Scanlon, *La polémica feminista en la España contemporánea, 1868-1974*, 2ª edición., Madrid, Akal, 1986, ed. org. 1976; Concha Fagoaga, *La voz y el voto de las mujeres, 1877-1931*, Barcelona, Icaria, 1985; los artículos incluidos en Pilar Folguera (ed.), *El feminismo en España: dos siglos de historia*, Madrid, Pablo Iglesias, 1988; Rosa María Capel, *El sufragio femenino en la segunda República Española*, 2ª Ed., Madrid, Horas y horas, 1992; y los volúmenes de documentación de Mary Nash (ed.), *Mujer, familia y trabajo en España, 1875-1936*, Barcelona, Anthropos, 1983.

¹⁰⁰ Las dos primeras veces que se pide el voto para las mujeres en España fueron en el año 1877 y 1907/8, coincidiendo con que se estaba debatiendo también en el parlamento inglés.

¹⁰¹ Véase a este respecto el trabajo de Elena Roldán, *Pioneras del siglo XX. Un relato singular*, publicado en el año 2018. A través del género epistolar de una alumna de la Residencia de Señoritas, María Paz García del Valle, podemos conocer la vida de mujeres de la vanguardia española del primer cuarto de siglo.

¹⁰² El Lyceum Club de Madrid en el año 1939 se convirtió en el Club Medina al ser confiscado por la Falange y la Sección Femenina. Muchas de sus socias tuvieron que exiliarse.



Ilustración nº 17, *Tertulia*: Ángeles Santos, 1929. Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. Madrid

La Constitución de 1931 reconoce, por primera vez, el principio de igualdad, estableciendo en su artículo 25 que “no podrán ser fundamento de privilegio jurídico, el nacimiento, el sexo, la clase social, la riqueza, las ideas políticas y las creencias religiosas”. Y en el Art. 34 del proyecto de Constitución dirá “Los ciudadanos de uno y otro sexo, mayores de veintiún años, tendrán los mismos derechos electorales conforme determinen las leyes”. Será esta condición de igualdad con los hombres lo que dividirá al Parlamento y mostrará la fuerza de la diputada Clara Campoamor en la defensa del derecho al voto de las mujeres enfrentándose a la diputada Victoria Kent, contraria a la aprobación del mismo en los momentos iniciales de la República por considerar que entrañaba un peligro para los intereses inmediatos de la misma. El debate parlamentario sobre el voto femenino resultó muy revelador mostrándose discrepancias entre las mismas mujeres acerca de la validez política inmediata del sufragio femenino (Fagoaga, 1985).

Durante el periodo republicano hay un intento de creación de una red de servicios sociales públicos que no dará tiempo a desarrollar. Las responsabilidades del Estado en la política social pivotaban en este momento hacia una concepción más centrada en las corrientes liberales y krausistas, intentando superar la concepción caritativo-benéfica propia de la postura oficial de la Iglesia y el tecnicismo profesional frente al voluntarismo altruista. Es un periodo en el que se producen pugnas de poder en torno a la articulación del sector público y el eclesiástico al vislumbrarse los cambios que se producen ideológicamente en la acción social. Un ejemplo ilustrativo es la iniciativa de Victoria Kent, directora general de prisiones, que llevará a cabo un proceso de “sustitución de las órdenes religiosas” (las de “las Hijas de la Caridad” en el ámbito de las prisiones de mujeres) responsables de la intervención de las presas, poniendo en su lugar funcionarias. Estas medidas formarán parte del intento de secularizar la sociedad a través de la inclusión de unos nuevos intermediarios sociales, de carácter profesional. En términos globales, durante el período de la Segunda República se pretende impulsar un avanzado programa de modernización y de justicia social que fracasa con el golpe de estado del general Franco y la guerra civil. El ensayo llevado a cabo en la Segunda República de instaurar políticas sociales convergentes en lo que después se llamará estado de bienestar no se consolidó social y políticamente, y acabo siendo barrido como una consecuencia más de la guerra civil y la dictadura del régimen franquista¹⁰³.

Es en los tiempos reformadores de la II República cuando aparece en España la primera Escuela de formación de Asistencia Social, en Barcelona, año 1932. Surge en la región más industrializada y con una amplia burguesía, en Cataluña, un hecho nada casual. El centro nace con el nombre de Escuela de Asistencia Social para la Mujer y es filial de la Escuela Católica de Bélgica¹⁰⁴, que había sido creada en 1920 bajo los auspicios del Cardenal Mercier. La idea de creación de

¹⁰³ Durante la Guerra Civil se articulan otros sistemas de protección para tiempos de guerra. En el bando republicano se organizó el llamado “Socorro Rojo” mientras en la zona rebelde se crea el “Auxilio de Invierno”, que luego pasará a denominarse el “Auxilio Social”. También en el año 1938 se crea la Organización Nacional de Ciegos Españoles (ONCE).

¹⁰⁴ De esta forma la primera aproximación al Trabajo Social en España estuvo inspirada por el modelo belga muy relacionado con el Trabajo Social en las empresas que ofrecían atención social a sus trabajadores, y muy unido a la tradición católica de dar ayuda a los necesitados

una Escuela de Servicio Social, semejante a las que empezaban a funcionar en el extranjero, surgió de la necesidad de formar un personal competente para dirigir las obras fundadas por el Comité Femenino de Mejoras Sociales, que desde 1926 venían trabajando por la promoción de la mujer y de la infancia. Fueron promotores de esta Escuela el médico Raúl Roviralta¹⁰⁵, consejero de asistencia social de Barcelona en tiempo de la Segunda República y Antonia Ferreras, secretaria del Comité Femenino de Mejoras Sociales. Se pone de manifiesto en la figura de Roviralta, filántropo conservador, la relación inicial de la medicina (de corte higienista) con la asistencia social.

La Escuela de Asistencia Social para la Mujer perseguía una doble finalidad según su programa de estudios:

En el primer curso ofrece a las jóvenes que han terminado sus estudios secundarios una cultura femenina general orientada hacia los deberes cívicos y morales y un complemento de instrucción desde el punto de vista económico y social que le haga comprender y les permita ocupar el lugar que les corresponde en la familia y en la sociedad. En el segundo curso y último deberán elegir ya una especialidad y al terminar, estarán en condiciones de dirigir obras benéficas o sociales, según la especialidad elegida entre las de Asistencia Social benéficas o sociales, infancia, industria y laboratorios, en cuyo caso podrán ser visitadoras sociales para encuestas, Delegadas de Tribunales Tutelares, Protección a la Infancia, Subintendentes de Fábricas, Directoras Maternales, Casas Cuna, etc. (Plan de estudios del curso 1935-36", citado en Situación del Servicio social en España, 1971).

Su pretensión era la de impartir formación a las personas ocupadas en temas sociales¹⁰⁶:

Las trabajadoras o auxiliares sociales, las asistentes sociales, las superintendentes de fábrica, las delegadas del Juez de menores, reciben una formación teórica y práctica en las escuelas de servicio social (...) A esta tarea tal vez se habrían dedicado hasta ahora sólo llenas de buena voluntad y dotadas de gran abnegación; hoy pueden hacerlo de un modo más científico para evitar la dispersión de energías que sistematizadas pueden dar un máximo rendimiento. Tan necesario para socorrer las miserias humanas es tratar de evitarlas y prevenirlas, y en este sentido vemos la asistencia y previsión sociales modernas, practicadas desde el punto de vista de la higiene y de la salud de protección a la

¹⁰⁵ Roviralta también mostraba interés en atraer a las clases trabajadoras para ejercer influencia según él mismo relata en una experiencia de instrucción a base de charlas realizadas en 1934 en Sant Martí de Provensals (Barcelona), destinadas a obreras sobre temas religiosos, sociales y economía doméstica (Barbero y Feu, 2016: 12).

¹⁰⁶ Necesidad ya anunciada durante la celebración del Primer Congreso Católico de Beneficencia Nacional en el marco de la II Exposición Internacional de Barcelona de 1929

madre y al niño, a la familia por medio materiales, gotas de leche, lucha antituberculosa, antivenérea, así como la acción preventiva por medio de la superintendencia de fábricas o grandes almacenes o por medio de agrupaciones deportivas, etc. y desde el punto de vista económico la asistencia preventiva social se extiende en las agrupaciones obreras, bolsas de trabajo, sindicatos, seguros obreros, etc. Vemos pues que no solo se trata de socorrer las necesidades económicas y sociales de los núcleos más débiles para que sean cada día más aptos para valerse normal y plenamente en la vida.¹⁰⁷

El plan de estudios era similar al de otras escuelas europeas y la formación constaba de dos cursos, siendo el segundo año de especialidad, sanitaria o de industrias. La primera etapa de la Escuela duró hasta julio de 1936 y tras el paréntesis de la Guerra Civil, en octubre de 1939 se reanudan las actividades con un cambio de nombre de la Escuela que se denominará “Escuela de Formación para el Hogar y Obras Sociales Femeninas” y que dependerá de la Junta Diocesana de Mujeres de Acción Católica Femenina¹⁰⁸. Recuerda una alumna “en octubre de 1939 se reorganizaron las clases, pero en aquel tiempo se hizo cargo de la Escuela la Acción Católica y la dirigieron unas señoras que en materia de religión aún más en problemática social, su mentalidad parecía situada en el siglo pasado” (Ferrer, 1982: 13). En 1944 volverá a cambiar de nombre a “Escuela Católica de Enseñanza Social”¹⁰⁹ (Molina, 1994). El promotor de la Escuela, Raúl Roviralta, publicará en 1937 el ensayo “Los problemas de Asistencia Social en la Nueva España”¹¹⁰ que resulta revelador para conocer su pensamiento ideológico. En el capítulo IV del libro titulado Escuelas de Asistencia Social expone:

En 1933 ante el tono de desorden que el régimen republicano había impreso en la vida social de España y con propósito de reducir en los posibles sus daños, tuve

¹⁰⁷ Citado por el Instituto de Sociología Aplicada (1971): Situación del Servicio Social en España.

¹⁰⁸ Acción Católica de la Mujer nació en 1919 pero fue durante la República cuando intensificaron su movilización política con un discurso con concepciones de género decimonónicas en las que atribuían a las mujeres una mayor predisposición para conservar el modelo familiar tradicional. Tenía un carácter apostólico-religioso haciendo hincapié en la recatolización y moralización de la sociedad española. Durante la dictadura mantendrá relaciones conflictivas con la Sección Femenina por el control de la asistencia. Las visitadoras de caridad realizaban una labor similar a las visitadoras sociales de la Sección Femenina; visitar a las familias mas pobres.

¹⁰⁹ En el curso 1982/83 la Escuela se transforma en la Escuela Universitaria de Trabajo Social por Real Decreto de 26 de octubre de 1982 y queda adscrita a la Universidad Central de Barcelona.

¹¹⁰El libro cuenta con la siguiente dedicatoria “A su excelencia Don Francisco Franco Bahamonte, jefe del Estado, genuino representante de la Nueva España”.

la satisfacción, junto con la benemérita y abnegada precursora de tantas obras sociales Antonia Ferreras, de fundar en Barcelona una escuela de este tipo, la primera en su género en nuestro país. Se trataba de una institución que de año en año tomaba mayores vuelos y que empezaba a ser conocida dentro y fuera de España. En tres años de vida, pudo formar dos excelentes promociones de asistentes sociales en Cataluña y algunos patrones inteligentes y comprensivos, se habían dirigido a nosotros en solicitud de personal. En la paz de la victoria, la Escuela de Asistencia Social de Barcelona, podría ser uno de los jalones de una vasta obra pedagógica-social. Médicos y sociólogos encuentran en la escuela de este tipo un campo fácil donde colaborar. Cultura moral y religiosa, cultura política, cultura sanitaria, son los grupos de disciplinas que deben practicarse intensamente en la Escuela. Así lo entendimos y realizamos nosotros. Tanta importancia dábamos a la enseñanza de las Encíclicas sociales como a las de los conocimientos de anatomía, fisiología e higiene. (Roviralta, 1937: 71-72).

La Guerra Civil acabó con toda la dinámica reformista de la Segunda República y combatió de manera radical distintos planteamientos políticos, modelos culturales y hábitos de vida. Los insurrectos franquistas y sus apoyos sociales prometían restaurar en la Nueva España un nuevo orden, cancelando el programa igualitario de la República y revocando procesos de transformación en las relaciones de género que hundían sus raíces en el último tercio del siglo XIX. Ya durante la Guerra Civil se promulgaron en la zona de los insurrectos reformas educativas para impedir y prohibir la coeducación ya que la escuela republicana era un reflejo de los cambios introducidos. Algunas de estas fueron:

- Órdenes de 19 de agosto y 4 de septiembre de 1936; se ocupaban de la expurgación de libros y depuración de profesores.

- Orden de 4 de septiembre de 1936 que establece la supresión de la coeducación en los centros de secundaria y similares. Para ello se estableció que si hubiera varios institutos se dividiría a la población escolar, y en caso de haber sólo uno se haría una división de horario para que no concurrieran al centro al mismo tiempo.

- Ley de 20 de septiembre de 1938, reforma la Segunda Enseñanza, establecía para las chicas el estudio obligatorio de asignaturas como Formación Político-Social, Música, Labores, Cocina, Economía doméstica y educación física.

Las razones por las que se impedía y prohibía la coeducación eran por considerarla antimoral y antipedagógica y se pretendía que en las escuelas de las niñas “brille la feminidad más rotunda” (Ballarín, 2001: 117-118).

Sobre la mujer española recaerá su principal misión patriótica; el hogar y la familia. Para ello se va a articular todo el sistema educativo franquista socializador en el rol teleológico de madres y esposas, teniendo como sustrato la construcción corporativa católica de la sociedad. El franquismo, con apoyo de la iglesia y los principios del nacionalcatolicismo¹¹¹, articuló toda una red de dominio sobre todos los sectores de la sociedad, especialmente sobre las mujeres para su control. El enfoque de la mujer de ideología nacional-católica franquista responde al de una madre hacendosa, abnegada y servicial, adornada de todos los valores que el patriarcado creó para ella a lo largo de los siglos (Gallego, 1983: 107). Para la Iglesia Católica la existencia de diferencias sexuales entre hombres y mujeres tenían un origen divino, y estas diferencias conformaban la unidad armónica que debía ser la familia en la que ambos poseen papeles netamente diferenciados. En 1939 comenzaba el pontificado de Pío XII y el mensaje que este Papa difundió en el conjunto de la Iglesia era el de que la familia se constituía en la comunidad natural anterior a la sociedad civil, en la unidad que garantizaba la cohesión interna de la sociedad y la supervivencia y refugio frente a un mundo externo en continua amenaza. Coincidiendo con los presupuestos doctrinales del Pontífice la jerarquía eclesiástica en España afirmaba que la familia debía de construirse jerárquicamente en una sociedad jerárquica. El padre poseía la autoridad directamente asignada por Dios y la familia en su conjunto le debía obediencia.

La Sección Femenina, sección de mujeres y para las mujeres de Falange Española, inició su actividad política durante la Segunda República en 1934. Se había creado como organización de mujeres con una estructura independiente pero similar a la sección masculina. Su fin era el de contribuir a configurar un nuevo modelo de Estado en el que las mujeres retornaran a su espacio natural y asumieran las funciones tradicionales, tanto en el hogar como en la sociedad que,

¹¹¹ Los autores más representativos del pensamiento nacionalcatolicismo fueron: José Antonio Primo de Rivera, Jaime Balmes, Marcelino Menéndez y Pelayo, Ramiro de Maeztu, Juan Vázquez de Mella y Victor Pradera, entre otros.

a su entender, la República estaba amenazando. Para cumplir con este cometido, se organizó una estructura de mandos con ramificaciones en todo el país que fue creciendo con el paso de los años, en especial entre 1934 y 1939. En este periodo se pudo consolidar esta estructura independiente, con la activa participación de la Sección Femenina en la Guerra Civil, mediante la creación de delegaciones en casi la totalidad de provincias españolas. Un grupo selecto de “afiliadas de élite” asumieron los mandos de la institución y se encargarían de extender las redes y captar nuevas afiliadas y colaboradoras. Durante los primeros años de actividad de la Falange las adhesiones fueron de marcado carácter antirrevolucionario y contra las reformas republicanas.

En el proyecto político inicial, ni la Falange ni José Antonio Primo de Rivera contaban con incorporar a las mujeres a la política¹¹². Sin embargo, siete mujeres vinculadas al clan Primo de Rivera asistieron desde las primeras reuniones de la Falange en 1933, manifestando abiertamente su deseo de ser miembros activos por derecho propio. José Antonio Primo de Rivera negó expresamente la entrada de las mujeres en la Falange por su percepción de la mujer como “un ser débil y frágil al que hay que proteger de los peligros de la vida y de los inherentes de la actividad política” (Sánchez López, 1990: 19). Esta negativa a la participación de las mujeres se mantuvo solo unos meses, pues como afirma Teresa Gallego Méndez “en aquellas circunstancias en que los hombres se mataban entre sí en las calles, y en que el nuevo movimiento fluctuaba a un lado y otro de la legalidad, la ayuda entusiasta de las mujeres no podía por menos ser tenida en cuenta y hasta bien recibida” (Gallego, 1983: 26).

La ilegalización de la Falange en febrero de 1936 produjo el aumento de las detenciones y el encarcelamiento de los líderes falangistas, lo que incrementó los encargos a las mujeres en la provisión de fondos, el apoyo a los presos en las cárceles y el cuidado de las necesidades de las familias de los caídos. José Antonio Primo de Rivera fue ejecutado en una cárcel de Alicante el 20 de noviembre de

¹¹² Uno de los pocos discursos en los que José Antonio Primo de Rivera aborda el papel de la mujer dentro del Movimiento es el pronunciado en San Benito, Badajoz, el 28 de octubre de 1935. En su discurso desvela en qué consiste lo existencial femenino: la abnegación (Rosón, 2016). Este discurso de San Benito se publicó en las *Obras completas* (Primo de Rivera, 182)

1936 y a partir de ese momento la Sección Femenina sintió que “tendría que encontrar el camino por sí misma porque carecía de la fuente a la que hasta entonces había recurrido” (Suarez, 1993: 53).

El inicio de la guerra civil hizo que la Sección Femenina se volcara en la acción social, su papel consistió inicialmente en trabajos voluntarios de apoyo al frente de batalla, pero a medida que avanzaba los meses fue creándose una red territorial de mandos femeninos con la función de “establecer un control político y social sobre la población femenina” (Richmond, 2004: 26). Mercedes Sanz- Bachiller Izquierdo, jefe provincial de la Sección Femenina de Valladolid, impulsó la creación en noviembre de 1936 del Auxilio de Invierno, posteriormente Auxilio Social, a imitación de la *Winterhilfe nazi* (Cenarro, 2006). Su objetivo fundamental era atender las necesidades de comida, ropa, etc... de combatientes, también de niños y mujeres. Su actividad se desarrollaba en comedores infantiles, guarderías, cocinas etc...



Ilustración nº 18: cartel del Auxilio Social, año 1937. C. Sáenz de Tejada. Imprenta litográfica Afrodisio Agudo.

En Enero de 1937 se celebró el Primer Consejo Nacional de Sección Femenina y en ese mismo año realizaron los primeros viajes de intercambio con Alemania e Italia. Las similitudes, al menos estéticas, entre las secciones femeninas de los partidos fascistas europeos, alemán, italiano, español y portugués han sido señaladas en los trabajos de María Teresa Gallego Méndez (1981), Rosario Sánchez López (1990) y Rosa María Ballesteros García (2001).

En Enero de 1937 se incorporó oficialmente el Auxilio Social a la Falange (y dos años después a la Sección Femenina). En abril de 1937 Franco promovió el Decreto de Unificación de los partidos con el Movimiento Nacional, que se convirtió en el partido oficial y único del Estado, dentro del que quedaría englobada también la Sección Femenina. Pilar Primo de Rivera fue ratificada en su puesto de jefe nacional, ahora dentro del Movimiento Nacional. Hasta final de la Guerra Civil, la Sección Femenina contaba con un número importante de servicios en funcionamiento y una cifra cercana a las seiscientas mil afiliadas. De un grupo inicial minoritario de 2.000 afiliadas en 1936 se pasó en 1937 a 250.000 filiaciones, “cifra quizá exagerada por su propia propaganda pero que sí refleja su rápida evolución” (Gallego Méndez, 1983: 52). Durante la guerra las afiliadas fueron 580.000; 200.000 en el Auxilio Social (Palacios, 2014).

Pilar Primo de Rivera y Sáez de Heredia¹¹³, Delegada Nacional a lo largo de los cuarenta y tres años de existencia, describía su labor “callada, continua, que nos traerá más compensaciones que el pensar cómo gracias a la Falange las mujeres van a ser más limpias, los niños más sanos, los pueblos más alegres y las casas más claras”¹¹⁴. La Sección Femenina, que tomaba su inspiración de las figuras de Isabel la Católica y Santa Teresa, ya que ambas representaron los “valores de la raza hispánica” (Di Febo, 1988), manifestó su voluntad de servicio a una España entendida como “unidad de destino en lo universal”. La Falange se difuminó con el nuevo Movimiento Nacional y la ideología revolucionaria falangista fue debilitándose, todo lo contrario que la Sección Femenina que gestionaría un

¹¹³Pilar Primo de Rivera era hermana de José Antonio, ambos hijos de Miguel Primo de Rivera, presidente de la dictadura militar entre 1923 y 1930.

¹¹⁴Primo de Rivera, Pilar: Circular nº129 (1939).

ámbito cada vez mayor de servicios e hizo de bisagra entre el partido único y el Estado contribuyendo a los objetivos del dictador.

El reconocimiento de la labor realizada por la Sección Femenina durante la guerra por la “altísima misión que espontáneamente asumió en los tiempos heroicos”¹¹⁵ es explicitado y puesto de manifiesto públicamente por parte de Franco en el homenaje que diez mil mujeres de esta institución le rindieron en Medina del Campo en el Castillo de la Mota¹¹⁶ una vez proclamado vencedor el bando sublevado, el 30 de mayo de 1939¹¹⁷. Pilar Primo de Rivera dirigió a Franco el siguiente discurso:

Solo para festejar vuestra victoria y honrar a nuestros soldados saca la Sección Femenina de sus casas a sus afiliadas. Porque la única misión que tienen asignadas las mujeres en las tareas de la Patria es el hogar (...). Por eso ahora, con la paz, ampliaremos la labor iniciada en nuestras escuelas de formación para hacerles a los hombres tan agradable la vida de familia que dentro de la casa encuentren todo aquello que antes les faltaba y así no tendrán que ir a buscar en la taberna o en el casino los ratos de expansión. Les enseñaremos a las mujeres el cuidado de los hijos, porque no tienen perdón que se mueran por ignorancia tantos niños que son siervos de Dios y futuros soldados de España. Les enseñaremos también el arreglo de la casa y gusto por las labores artesanas y por la música. (...).

El dictador Franco era consciente de las enormes ventajas que reportaba el apoyo de las mujeres y el control ideológico que éstas ejercían sobre otras mujeres, quienes tenían en sus manos la formación de las futuras generaciones. El encuentro de Medina del Campo sirvió de constatación de la institucionalización de

¹¹⁵ Decreto de la Jefatura del Estado, 28 de diciembre de 1939. Ese mismo decreto otorgaba la coordinación del Servicio Social para la mujer.

¹¹⁶ En el Castillo de la Mota, ubicado en Medina del Campo (Valladolid) se estableció la Escuela Mayor de Mandos “José Antonio”, lugar de formación de la jerarquía de la Sección Femenina. El castillo perteneció a Isabel La Católica y fue un referente en la identidad de la Sección Femenina

¹¹⁷ Este acto fue cubierto por la agencia EFE y difundidas por el NO-DO. La elección del lugar, el Castillo de la Mota, donde murió Isabel La Católica en 1504, les sirvió para recordar su figura y solicitar sus ruinas con el fin de convertirlas en la Escuela de Mandos más importante de la organización. Reclamaban como reconocimiento unas ruinas arquitectónicas que en poco tiempo se convirtieron en el ejemplo de la recuperación y regeneración del país.

la Sección Femenina que ya contaba con la gestión del Servicio Social, creado por decreto en 1937.¹¹⁸.

El Servicio Social otorgó a la institución falangista rango de identidad propia y consistía en el desempeño de funciones de administración y/o ayuda en las instituciones establecidas por el Auxilio Social. En su artículo 1 establece como deber nacional de todas las mujeres españolas comprendidas en edad de 17 a 35 años la prestación del “Servicio Social”. Consistirá éste en el desempeño de las varias funciones mecánicas, administrativas o técnicas precisas para el funcionamiento y progresivo desarrollo de las instituciones sociales establecidas por la Delegación Nacional de “Auxilio Social” de FET de las JONS o articulados en ella. El Servicio Social estaba directamente vinculado a las instituciones del Auxilio Social, y buscaba dar soporte a dichas instituciones a coste bajísimo. Solo estaban exentas según el artículo dos del decreto de prestar el servicio las mujeres con alguna minusvalía que las impidiera prestarlo, las mujeres casadas o las viudas con uno o más hijos, la que ya prestaron servicios en hospitales de sangre o asistencia al frente o similares, y la que estuvieran desempeñado ya servicios en entidades públicas o particulares. En el artículo se establecía que la prestación del servicio será obligatoria para obtener el título que acreditase haber cursado cualquier carrera o profesión, para poder opositar como funcionaria, poder trabajar en empresas concesionarias de servicios públicos, y el ejercicio de cualquier cargo de función pública o responsabilidad política. Y según el artículo cuatro se establecía que la duración sería de 6 meses, ininterrumpidamente o por fracciones espaciadas a lo largo del plazo máximo de 3 años (Valles, 2016).

¹¹⁸ Decreto nº378, de 7 de octubre de 1937 (BOE nº356, de 11 de octubre).



Ilustración nº 19: Mercedes Sanz Bachiller en la inauguración de un centro maternal de Auxilio Social en Segovia. Fotografía de Pérez de Rozas, hacia 1940

La atribución del Servicio Social a la Sección Femenina buscaba que las mujeres tuvieran en la asistencia social y sanitaria un espacio propio de acción.

La Asistencia Sanitaria y Social resultará un campo muy valioso legitimador de la existencia de la Sección Femenina durante la dictadura y que tendrá entre sus objetivos la realización de una ingente labor de resignificación social de la mujer, por oposición al canon de la mujer de la década de los treinta (también del modelo de la miliciana de Mujeres Libres¹¹⁹).

¹¹⁹ Organización feminista, anarquista y libertaria. Existió desde 1936 hasta el final de la guerra civil.

España puede considerarse un caso específico de reforma social bloqueada políticamente como consecuencia de una guerra civil, que consolida una vía capitalista de crecimiento manu militari, que retoma su curso a partir de los años 60 mediante la contradictoria articulación entre un crecimiento económico semifordista subordinado y el desarrollo de la Seguridad Social, en un marco institucional de dictadura política bajo la cual se establecen parte de los fundamentos materiales de la reforma social sobre los que se edificará la reforma social democrática de finales de los años 70 del siglo XX.

(Rodríguez Cabrero, G. 2004: 72).

Capítulo 4.

La intervención benéfico-asistencial en la dictadura franquista: de la acción benéfica a la profesionalización del Trabajo Social

4.1 Introducción

Este capítulo tiene como objeto reconstruir la genealogía del contexto de la acción social bajo la dictadura franquista. El marco histórico de la dictadura constituye un caldo de cultivo excepcional para analizar los mecanismos de subalternidad hacia la mujer. El estado franquista emitió una llamada explícita a las mujeres para que se implicaran en la construcción del mismo. Para ello apeló a una misma identidad nacional, homogénea, monolítica y basada en la noción de servicio a la patria y a la religión, articulando una visión en cuanto a identidad para las mujeres: su servicio a la patria y a la religión había de desplegarse, no en el trabajo extra-doméstico, ni en la participación política, sino en su destino de maternidad y socialización familiar, terrenos que se habían convertido en ámbitos de interés público y de intervención estatal por las consecuencias de la guerra civil (Blasco, 2005).

El resultado fue un modelo de esferas sociales separadas, con una política de género del nuevo estado autoritario dirigida a restaurar un nuevo canon femenino franquista vinculado al “ideal católico femenino”, y con organizaciones ad hoc como la Sección Femenina encargada de ajustar el orden de géneros. Cuestión aparte para el estudio es la identidad de los mandos de la Sección Femenina ya que está construida sobre un cúmulo de contradicciones al alejarse de la feminidad que predicaban. Este aspecto no vamos a tratarlo en la investigación pero si mencionar que existen investigaciones que lo ponen de manifiesto¹²⁰. Los mandos de la Sección Femenina se representaban como algo que no eran, madres y esposas sumisas¹²¹, de hecho fueron prácticamente las únicas mujeres durante el franquismo que estuvieron en los entresijos del poder. El mensaje ideológico al grueso de la población de mujeres españolas era el de situarlas en una posición inferior a los hombres, “enclaustrándolas en el hogar y dándoles por norma la sumisión doméstica” (Tavera, 2011: 228).

En este contexto histórico tiene su origen el primer germen del Trabajo Social en España y el desarrollo de políticas asistenciales que serán la génesis de los servicios sociales en España. En el presente capítulo, abordaremos estas cuestiones desde una perspectiva de carácter histórico-analítica, que permita entender el contexto y el proceso de intervención benéfico-asistencial bajo el franquismo así como la estructura en la que inicia la andadura el Trabajo Social en España.

La sociedad de los años cuarenta restauraba los viejos valores que la Segunda República había intentado transformar. La familia se articula en torno al matrimonio y a su función procreadora. De esta forma, el matrimonio constituía la única salida para millones de mujeres que, en muchos casos, habían conocido la independencia económica y personal durante la segunda República y la guerra. La política de género del franquismo abolió el programa igualitario de la República

¹²⁰ Véanse estudios: Graham (1995); Blasco Herranz (2000); Ofer (2009), y Tavera (2011).

¹²¹ El 24 de junio de 1938 Pilar Primo de Rivera publicó la “Circular número 99 a las casadas” en la que decretaba que los puestos de mando de la Sección Femenina, de delegada provincial hacia arriba, solo podrían ser ocupados por mujeres solteras o viudas sin hijos (Ofer, 2009: 45)

promoviendo “mujeres nuevas” en consonancia con la ideología nacional católica de la “esposa y madre perfecta”. El catolicismo fue uno de los soportes fundamentales del régimen y tuvo así mismo un papel determinante en la política de la Sección Femenina, gestora de la nueva feminidad. La doctrina eclesiástica feminizadora fue definiéndose a través de diversas Encíclicas Papales, como la *Casti Connubii* (1930), que marcó la sumisión de las mujeres a la jerarquía familiar, a Dios y al marido. En junio de 1941 Franco firmó con la Santa Sede un acuerdo por el que cualquier legislación a aprobar por el nuevo gobierno, especialmente en materia de familia, educación y moralidad, requería contar con el acuerdo previo de la Santa Sede. La exaltación del modelo de feminidad de la iglesia católica estaba acompañada de prototipos donde las figuras ejemplares de madres, sanas y reinas sustituirán a las defensoras de la libertad y autonomía de las mujeres. Al mismo tiempo, se exaltará el pasado glorioso del Imperio que proveerá de nuevos iconos como Agustina de Aragón, Isabel la Católica y Teresa de Ávila.

La mujer vuelve a ser educada únicamente con el propósito de convertirla en buena esposa y madre como da cuenta la revista femenina “Consigna”¹²², vehículo propagador de los discursos educativos transmitidos por la Sección Femenina: “*La mujer, por cuanto tiene encomendada una formación inicial en la vida del niño, por madre, necesita, para desempeñarla, de una preparación justa.*” (Consigna, 1941: 17).

La expresión *El ángel del hogar*¹²³ condensa los valores femeninos que se querían promulgar a través de un proceso de educación e instrucción al que debían

¹²² La publicación periódica “Consigna” es una de las representaciones ideológicas que tuvo la Sección Femenina durante casi 40 años de vigencia, desde 1940 hasta 1977. La Revista se compone de diversas secciones, que responden a un interés por desarrollar el mensaje doctrinal de la Sección Femenina. Se inicia con un primer apartado de carácter religioso y con una serie de consignas dirigidas a la práctica escolar que debían seguir las maestras. Le suceden secciones de formación política (Historia de la Falange, discursos de Pilar Primo de Rivera, de José Antonio Primo de Rivera, De Frentes de Juventudes, etc.), de orientación pedagógica (formación pedagógica de las maestras y orientación educativa a las madres), de cultura (historia y literatura), de hogar (economía doméstica...), música, relatos y obras teatrales, labores, ciudad y campo, actualidad, decoración, divulgación sanitaria, educación física o consultorio del hogar, entre otras, aunque sufren variaciones en la década de los sesenta y setenta.

¹²³ En España encontramos una revista con el título *El ángel del hogar*, bajo el reinado isabelino, entre 1864 y 1869. En el contenido de la revista se incluían reseñas de moda, secciones pedagógicas o moralizadoras, manuales de urbanidad y crítica literaria (Sánchez, 2014, p. 36).

someterse las mujeres para que fueran “aceptables” y asumieran el discurso natalista en busca de la “recuperación del núcleo familiar” (Folguera, 1999). El nuevo modelo de feminidad obligaba a las mujeres a volcar su atención exclusivamente en la familia, en el espacio doméstico y en la función de esposa y madre, esta vez como transmisora del nuevo orden patriótico. Se buscaba lo defendido anteriormente por Fray Luis de León cuando señalaba que la mujer debía estar sujeta a la autoridad del marido y se la excluía de todos los mecanismos de participación social (León, 1584/1963). La familia será el baluarte del aparato franquista, el modelo básico del régimen y motivo de una temprana legislación. El Fuero del Trabajo de 9 de marzo de 1938¹²⁴ reconoce a la familia como una comunidad natural, dotada de derecho inalienable y superior a toda ley positiva. Estas ideas van a quedar expresadas en el Fuero de los Españoles de 1945¹²⁵ y la Ley de Principios Fundamentales del Movimiento de 1958, (Collantes de Terán de la Hera, 2009).

A través del matrimonio católico se fijó el modelo familiar patriarcal que estaba estructurado con la figura del varón como “cabeza de familia” y la mujer como la “cédula esencial” para educar y transmitir los valores del régimen a los hijos. La historiadora María Rosón da cuenta de la transmisión del modelo familiar a través de los retratos fotográficos de las familias:

La relevancia de la familia franquista como núcleo de actuación ideológica y agente privilegiado de socialización repercutió enormemente en la práctica fotográfica de aquellos años, teniendo en cuenta, como observa Bourdieu (2003), la imbricación que tiene el medio en la vida y la estructura del grupo: fotografiar es un ritual que a su vez reproduce rituales. (Rosón, 2016: 261).

Desde el hogar la mujer será la guardiana del orden moral y la maternidad será considerada en la década de los cuarenta como un servicio a la patria por la

¹²⁴ El capítulo XII.3 del Fuero del Trabajo dice “El estado reconoce a la familia como célula primaria natural y fundamento de la sociedad, y al mismo tiempo como institución moral dotada de derecho inalienable y superior a toda ley positiva”.

¹²⁵ El capítulo II, artículo 22 dice “El estado reconoce y ampara a la familia como institución natural y fundamento de la sociedad como derechos y deberes anteriores y superiores a toda ley humana positiva. El matrimonio será uno e indisoluble. El estado protegerá especialmente a las familias numerosas”.

necesidad de promover el aumento demográfico tras la guerra civil. La política social familiar ya había empezado a implementarse a final de la guerra con la ley de subsidios familiares de 18 de julio de 1938.

La sociedad franquista estaba fuertemente estructurada y segregada espacialmente, y el arquetipo ideal de mujer estaba definido a partir de la radical separación de papeles y ámbitos de actuación. El papel de la Sección Femenina es clave por la movilización y formación de miles de mujeres, con un discurso dirigido a exaltar el papel de las mujeres como esposas y madres. Pilar Primo de Rivera y Sáez afirmaba:

Para la mujer la tierra es la familia. Por eso la Falange, además de darles a las afiliadas la mística que las eleva, queremos apegarlas con nuestras enseñanzas de una manera más directa a la labor diaria, al hijo, a la cocina, al ajuar, a la huerta, y darle al mismo tiempo una formación cultural suficiente para que sepa entender al hombre y acompañarlo en todos los problemas de la vida. (Folguera, 1993: 535).

De esta forma transcurrirán las décadas de los años cuarenta y cincuenta. A finales de los años cincuenta, tras el fin de la autarquía económica en 1959, se inicia una nueva etapa y la sociedad española sufre mutaciones trascendentales: desarrollo económico, procesos de urbanización, transformaciones en la educación e incremento del sector turístico, entre otras, que generan cambios en la vida cotidiana de hombres y mujeres. A lo largo de todo el periodo franquista encontraremos servicios asistenciales del Estado pero también una administración paralela a veces confundida con la del estado, el movimiento y la organización sindical. También en este aspecto habrá que diferenciar dos grandes etapas, hasta el año 1959 y la etapa del tardofranquismo.

Podemos afirmar que el peculiar contexto de España en estos años imprimió unos rasgos particulares al nacimiento y desarrollo inicial del Trabajo Social¹²⁶. La guerra civil había paralizado el proceso de creación de la profesión que se había

¹²⁶ España comparte con el resto de países europeos la feminización de la profesión. La primera conferencia internacional de Servicio Social, se celebra en París en 1928. Hay que aclarar que se utilizó el término Servicio Social en vez de Trabajo Social porque era la expresión utilizada en Francia para la profesión. Siguiendo a Bouquet (2000), en la Conferencia se reconoció el Servicio Social como un dominio femenino aunque los hombres si tenían presencia como profesores en las Escuelas de Formación.

iniciado en 1932 de forma similar a lo ocurrido en otros países europeos. El carácter religioso inicial se vio reforzado por el nacional-catolicismo, por lo que el contenido confesional de la profesión perduró mucho más que en otros países y la asistencia social, como forma de caridad organizada, tuvo un papel importante en el proceso de legitimación del régimen franquista y de re-cristianización de la sociedad española.

Los avatares del Trabajo Social en este tiempo en cuanto a los marcos ideológicos en los que mueve y su evolución lenta transitan desde una concepción prioritariamente religiosa y moral a la toma de conciencia de la necesidad de mejorar la formación y las prácticas. La pretensión era mutar de la caridad a la lucha por la justicia social y los avatares ya se ven reflejados en los dos primeros congresos nacionales de la profesión que se celebrarán en el tardofranquismo.

4.2 Canon del arquetipo femenino franquista: el “ideal católico femenino” y el modelo de domesticidad de la Sección Femenina

Los fascismos europeos en los años treinta instituyeron discursos, modelos de género y prácticas culturales contrarios a los nuevos modelos referenciales de feminidad que emergieron en las primeras décadas del siglo XX. En Portugal, el golpe militar de 1926 liquidó de manera paulatina el constitucionalismo republicano liberal, el movimiento obrero y el movimiento feminista. El giro político definitivo se produjo a partir de 1933 tras la subida al poder de Salazar. Los partidos, sindicatos y organizaciones feministas desaparecieron durante cuatro décadas y el Estado Nuevo propició un asociacionismo femenino de otra índole. La educación nacional fue un instrumento para adoctrinar tanto a las portuguesas como a las españolas en los roles tradicionales de esposa y madre así como re-cristianizar la familia y la sociedad de acuerdo con la encíclica de Pío XI, *Casti Connubi* del 31 de diciembre de 1930 sobre el matrimonio cristiano. Esta encíclica sirvió para legitimar las políticas de género de Salazar, Franco, Mussolini y Hitler. Las dos organizaciones en España de adoctrinamiento orientadas a socializar a la población femenina en unos ideales de feminidad acordes con la ideología nacional-católica del franquismo fueron Acción Católica y la Sección Femenina, dándose la paradoja, a la que se ha

aludido en un momento anterior, de que el régimen franquista se oponía a la implicación pública de las mujeres, pero tanto las dirigentes de Sección Femenina y como de las ramas femeninas de Acción Católica fueron muy activas durante la etapa de implantación del régimen, ya que sirvieron para canalizar, dentro de los cauces oficiales y bajo patrones de conducta de género tradicionales, la movilización pública femenina y “reajustar” el orden de géneros en el marco de un Estado autoritario (Blasco, 1999). Un ejemplo del activismo lo constituyó la llamada a las mujeres para transformar la realidad social potenciando la maternidad y así contribuir a la renovación de la nueva España, ya que el contexto bélico de la Guerra Civil provocó un descenso de la población y una importante mortalidad infantil. Dentro del trabajo de construcción identitaria resulta relevante la revista “Teresa, Revista para todas la mujeres”, publicación mensual de la Sección Femenina que funcionó en el periodo 1954-1977 y divulgaba el ideal de una mujer joven falangista¹²⁷.

La imagen de un Franco victorioso y bajo palio en el año 1939, con las mujeres veladas inclinadas a su paso, constituía la síntesis de los modelos culturales de género que iban a ser hegemónicos a partir de esa fecha.

4.2.1. Política de género franquista

La política de género franquista comenzó por abolir las leyes republicanas que contenían una propuesta igualitaria y democratizadora para la población femenina, relegando a las mujeres a una situación subalterna respecto de los hombres. De este modo, se reimplantó el código civil de 1889¹²⁸, el código penal de 1870, que

¹²⁷ La prensa femenina falangista va a contribuir a la redefinición de la feminidad según el discurso de género de la Sección Femenina. Antes de la publicación de la revista “Teresa” hubo otras; la revista para la mujer nacionalsindicalista de 1938 a 1946 y la revista “Medina”, de 1941 hasta 1945.

¹²⁸ El Código civil de 1889 se reformará mediante la ley de 24 de abril de 1958 para adecuar la legislación española al concordato firmado con la Santa Sede en el año 1953. La reforma en la relación a la situación jurídica de la mujer será menor y se llevará a cabo por el ímpetu de Mercedes Fornica, abogada madrileña y miembro de la dirección de la Falange. El mandato social se reiteraba en la exposición de motivos. “Por exigencias de la unidad matrimonial, existe una potestad de dirección que la naturaleza, la razón y la historia atribuyen al marido dentro de un régimen en el que se recoge fielmente la tradición católica que ha inspirado siempre y debe inspirar en lo sucesivo las

castigaba el adulterio y recuperaba el concepto de honra además de anular el matrimonio civil y el divorcio¹²⁹, y el Código de Comercio de 1885. También se puso freno al acceso al trabajo extra-doméstico femenino como a la participación activa de las mujeres en la vida social y política. Resultado de esta política de género es la aceptación y/o adaptación a este modelo de domesticidad impuesto. La escritora Carmen Martín Gaité así lo refleja en su libro *Usos amorosos de la postguerra española* en el que expresa el sentir social de su tiempo de juventud acerca de la aceptación del papel subalterno que corresponderá a las esposas. Este queda reflejado en el ejemplo de Cornelia, modelo de madre romana: “Las mujeres nunca descubren nada....Les falta el talento creador, reservado por Dios para inteligencias varoniles”... “El gozo de ser madre por el dolor y sacrificio es tarea inexcusablemente femenina”¹³⁰

En lo referido a la política de género en el ámbito educativo, el acceso a la enseñanza media y superior era inalcanzable para la gran mayoría de las mujeres en los años cuarenta y cincuenta. Para un reducido sector femenino si se les ofertaban como adecuadas algunas profesiones como: puericultoras, maestras, enfermeras y también asistentes sociales, etc. Los estudios de Asistencia Social se consideraban adecuados para incrementar la formación general de las mujeres de clase media pero también se constituyeron en un nicho profesional, permitiendo la entrada en el espacio público de algunas mujeres (sin que su feminidad generara sospechas).

Otra opción respetable que si se ofrecía a la mujer joven, aparte del matrimonio, consistía en ingresar en un convento. Las monjas desempeñaron un papel importante en la prestación de asistencia y trabajaron codo con codo con otras mujeres, mayoritariamente de Acción Católica o de la Sección Femenina. La labor que realizaban se ajustaba bien a la simbiótica unión de la Iglesia y el Estado

elaciones entre los cónyuges.”. El principio de autoridad paterna, obediencia y sumisión al cabeza de familia se mantiene sobre la esposa y los hijos.

¹²⁹ La ley de 12 de marzo de 1938 anuló los matrimonios civiles y la ley de 23 de septiembre de 1939 declaró ilegal el divorcio.

¹³⁰ Carmen Martín Gaité, (1987: 77-78; 168-173).

a lo largo de toda la etapa franquista. Las religiosas fueron colaboradoras desde un primer momento de los organismos de atención social. El régimen les confió instituciones asistenciales desde los que podían ejercer una maternidad espiritual y legitimadora en la Nueva España. Un ejemplo lo encontramos en la labor de colaboración en la repatriación forzosa de niños al finalizar la guerra y que estaban exiliados en Francia. Protección Tutelar de Menores¹³¹ a través de la Junta de Repatriación derivaban a los niños a los centros de atención social que estaban en manos de órdenes religiosas o del Auxilio Social.¹³² Las monjas reeducaban a los niños antes de que fuesen enviados con sus familias residentes en España o a familias designadas:

Solo la Junta de Repatriación lleva integrados a España 24.000 niños. De ellos, Más de 100 no han sido reclamados por nadie. (...) Dificultad de unos primeros tiempos con criaturas que traen aún chispitas de veneno en su imaginación y paisajes diversos, y muy diversos climas en su espíritu...No han oído nunca hablar de Dios. La tarea es árida y espinosa. Vienen díscolos y mal aconsejados....(Y. Revista de la Mujer, VII-1940)¹³³

Las tareas de apostolado social que realizaron estaban llamadas a ejercer un impacto decisivo en la sociedad, contribuyendo a dar forma a la identidad de la auténtica femineidad católica oficial con el modelo de Mujer-Madre. La historiografía feminista ha tratado de forma extensa el tema el empeño del régimen dictatorial por reforzar el rol maternal de las mujeres. Podemos citar los trabajos pioneros de M^a Ángeles Durán (1972) y el de Lourdes Benería (1977). Posteriormente trabajos como los de Teresa Gallego Méndez (1983), Carme Molinero (1999) o Gloria Niefra (2003), entre otros, nos han posibilitado conocer con mayor detalle el empeño del régimen franquista en la resignificación social de la mujer como mecanismo de disciplinamiento social.

¹³¹ En 1940 se aprueba la Ley de tribunales tutelares de menores que estará vigente hasta 1949. Eran tribunales colegiados no profesionales, excepto el de Madrid.

¹³² Véase Cenarro, Ángela (2009). *Los niños del Auxilio Social*, p. 41.

¹³³ Publicado en la Revista Y: Esos niños que nadie sabe que son. La revista Y comenzó a publicarse en 1938 por la Sección Femenina. El título de la Revista según se explica en su primer número se remitía a la inicial de Isabel La Católica en grafía griega.

El emergente modelo de “mujeres nuevas” de la Nueva Patria se basaba en los valores de la obediencia y la disciplina¹³⁴. La familia, por ende la mujer, es la cédula esencial de este tipo de sociedad, porque se le asigna la misión de educar y transmitir unos valores tradicionales y conservadores destinados a perpetuar el orden social preestablecido. Los argumentos que se esgrimen a favor de la defensa del espacio privado son de vital importancia para formar a las nuevas generaciones que han de responder a las necesidades del nuevo régimen político. Este modelo de feminidad se convierte en un rasgo distintivo de esa época. Las dictaduras se han servido siempre del reforzamiento de la generización como mecanismo de control social, utilizando a la mujer como trasmisora del discurso patriarcal. Desde la familia se encomienda a la mujer reafirmar la estabilidad de la nación, por lo que se convierta esta en objetivo de legisladores, moralistas, medios de comunicación y educadoras (Campos y González, 1996). Las relaciones de género que difundió el régimen franquista patriarcal y autoritario tuvieron como eje central la transmisión de nuevos valores morales basados en el enaltecimiento de la maternidad para las mujeres. La maternidad como cimiento de la identidad femenina con la complicidad no sólo de la religión católica, también del discurso médico y pedagógico. El modelo de mujer-madre es el que se instruye a las niñas, dentro del matrimonio cristiano. Después de la guerra, Francisco Franco expuso los objetivos sociales y políticos que se proponía alcanzar al periodista Manuel Aznar¹³⁵. El dictador esperaba que los españoles consiguieran una de sus nuevas tareas patrióticas: la de elevar la población española a los “cuarenta millones de españoles”. El crecimiento demográfico se convertía en señal de potencia de la nación, según una concepción típica de los regímenes fascistas y enriquecidos con significados espirituales. Se hace portavoz la revista médica *Ser*: “No existe imperio sin elevar, espiritualizándolo, el índice demográfico nacional” (Clavería, 1958: 79). El editorial

¹³⁴ Los libros de Emilio Enciso Viana durante los años cuarenta son un referente para conocer los preceptos que guiaban la formación moral de las jóvenes para que fueran buenas madres católicas. Algunas de las obras de Emilio Enciso Viana son: *¡Muchacha!*, Madrid, 1943 y *Las muchachas en el noviazgo* y *La Muchacha en el hogar*, 1945. Este autor era sacerdote especializado en formar la moral de las jóvenes y se seguían en revistas para mujeres como *Y* y *Medina*.

¹³⁵ “Los grandes problemas de España. Declaraciones de Franco a don Manuel Aznar. 1 de enero de 1939”, en María Carmen García-Nieto y Javier M. Donezar, *La España de Franco 1939-1975. Bases documentales de la España contemporánea*, vol. XI, Madrid, Guadiana publicaciones, 1975, pp. 50-51.

“Raza” de la misma revista expresa el deseo de “un incremento formidable de la natalidad” y se equipara la maternidad a la “misión” patriótica del soldado en la guerra. En dicha coyuntura, el deber nacional de las mujeres pasaba por la maternidad y tener el máximo número de hijos posible a fin de nutrir demográficamente la patria. El perfil político de las mujeres quedaba definido por su destino biológico: la maternidad y se imponen todo un conjunto de medidas favorables a la familia. El nuevo modelo de relaciones de género se propaga en todas las direcciones y los mecanismos utilizados fueron muy diversos: las ya citadas leyes pro-natalistas (prohibición del aborto e incentivos para la natalidad), medidas protectoras de la familia (subsidios familiares y pluses de cargas familiares), los programas educativos y la política laboral fundada en el Fuero del Trabajo, entre otras. El noticiario cinematográfico el NO-DO¹³⁶ daba cuenta de la propaganda del modelo de relaciones de género que define el biopoder franquista. Un ejemplo ilustrativo es la relevancia que se le otorga a la puericultura y la crianza de los hijos¹³⁷.

El cuerpo político místico del franquismo entra de lleno en la categoría foucaultiana del poder pastoral (Morcillo, 2015: 110-111). Para las relaciones de género esto habría de significar la imposición de todo un conjunto de “deberes nacionales” que definen una femineidad circunscrita al matrimonio y a la maternidad. Mediante el cumplimiento de estos deberes, las mujeres vendrán a participar en la génesis de la democracia orgánica.

4.2.2. Socialización de las mujeres en el deber patriótico: buenas madres y esposas

El escritor estadounidense Richard Wright dedica un capítulo en su libro *La España pagana* (1957) a la naturaleza de las mujeres españolas y capta las

¹³⁶ Creado el 17 de diciembre de 1942 y tuvo la exclusividad en la producción de documentales hasta 1976.

¹³⁷ Véase el trabajo de Polo Blanco (2006) sobre la intromisión del franquismo en los cuerpos de las mujeres a través de la puericultura y la crianza de los hijos.

múltiples paradojas de la situación española bajo la mirada de un observador extranjero. Wright creía que los hombres españoles habían edificado un Estado, pero que, en España, el pilar de la sociedad se hallaba afianzado “en el corazón, la mente y las costumbres de amor y entrega de sus mujeres”¹³⁸.

Vamos a examinar de forma un poco más detallada cómo se articula en la etapa del primer franquismo la esfera doméstica y la familia como uno de los baluartes del aparato franquista así como el papel al que se evoca el ámbito laboral y la cuestión educativa. Con posterioridad, a finales de los años 50 surgirán nuevas identidades femeninas que se desarrollaran en la etapa final denominada etapa tardofranquismo. A partir de los años sesenta, con el despegue económico, se producirán multiplicadas contradicciones conceptuales y la diversidad de las feminidades de las mujeres españolas entrará en conflicto con la femineidad católica impulsada por la dictadura.

En la regulación y el control de la familia y del cuerpo de la esposa se incide en la intersección del género con los ámbitos político y cultural, dando continuidad histórica al siglo XIX. La ideología nacional católica en el nuevo régimen concebía el cuerpo de la esposa “perfecta” en función de los valores ya esgrimidos en los siglos XVII y XVIII del modelo Mujer-Madre. Es decir, el franquismo no inventó la idea de inferioridad de la mujer, sino que la perfeccionó y modernizó en nombre de Dios y de la Patria. El régimen definía la figura política de la mujer de acuerdo con las directrices del nacionalcatolicismo como sustrato ideológico y el discurso religioso santificaba el determinismo biológico. En su condición de madres, la relación que unía a las mujeres con el cuerpo radicaba en su capacidad de promover un hogar armónico. Dado que la familia era el reflejo del conjunto de la sociedad franquista, el mantenimiento del orden en el ámbito familiar constituía una metáfora del orden que el régimen aspiraba también imponer en el ámbito político. Los preceptos cristianos que promulgaba la iglesia católica en relación con el

¹³⁸ Richard Wright, *Pagan Spain*, pp.220 (ed. cast.: España pagana, Madrid, Editorial Orígenes, 1988). El texto original es del año 1957, publicado en Nueva York por la editorial John Hawkins and Associates Inc.

matrimonio quedaron transcritos en formas de diversas leyes¹³⁹. La normativa restaurada dejaba a la mujer en el matrimonio en inferioridad legal pero este blindaje normativo se realizó bajo el argumento de que el matrimonio religioso era lo mejor salvaguardia para la familia y la mejor garantía para poder cumplir con la sagrada misión maternal. En la época franquista “encontrar marido” era una responsabilidad nacional y se penalizaba socialmente el hecho de que una mujer quedara soltera, lo que terminaba convirtiéndose en una tragedia personal y motivo de bochorno social¹⁴⁰.

Con la “nacionalización” de la familia y del cuerpo femenino, el régimen nacionalizaría el matrimonio y la maternidad, estableciendo que uno y otro eran las vías de acceso a la plena ciudadanía. El Estado franquista seguía las directrices del Papa Pío XII que había reiterado públicamente en 1951 que la procreación era el único propósito del matrimonio cristiano:

La verdad es que el matrimonio, como institución natural, en virtud de la voluntad del Creador, no tiene como fin primario e íntimo el perfeccionamiento personal de los esposos (...). Es una de las exigencias fundamentales del recto orden moral que al uso de los derechos conyugales corresponda la sincera aceptación interna del oficio y del deber de la maternidad.¹⁴¹

En ese mismo discurso del Papa pronunciado ante una asamblea de comadronas católicas y en el que el pontífice se pronuncia sobre la naturaleza de la profesión que ejercen estas mujeres, Pío XII examina los dilemas médicos y

¹³⁹ Un ejemplo es la promulgación de la Ley de 28 de diciembre de 1939, la Sección Femenina de la Falange asume la responsabilidad de convertir a las mujeres españolas en amas de casa artífices de hogares patrióticos. También la Ley de 12 de marzo de 1938 que re-establece el Código Civil de 1889 en el cual se definía el estatuto legal de las mujeres afirmando que el rol que les correspondía era el de amas de casa. Y en el mismo año, 1938, el Fuero del Trabajo ya había expuesto explícitamente que el estado tenía la intención de “liberar” a las mujeres casadas de la carga del trabajo fabril, estableciendo al mismo tiempo que su deber nacional consistía en atender a su papel de esposas y madres.

¹⁴⁰Un retrato de esta realidad opresiva lo refleja la película *Calle Mayor* de 1965, dirigida por Juan Antonio Bardem. Se trata de un retrato de la vida en una ciudad de provincia y lo opresivo que resulta este ambiente para Isabel, una mujer soltera de 35 años que se siente fracasada por no haberse casado.

¹⁴¹Pío XII, Discurso del santo padre Pío XII al Congreso de la Unión católica italiana de obstétricas con la colaboración de la federación nacional de colegios de comadronas católicas. Puede consultarse la traducción castellana en: http://w2.vatican.va/content/pius-xii/es/speeches/1951/documents/hf_p-xii_spe_19511029-ostetriche.html

morales que presenta la maternidad para este grupo de profesionales de la salud. El Papa comienza recordando a las especialistas en obstetricia el carácter inviolable de la vida, aun en el caso de que la preservación de la existencia del niño pueda conllevar el sacrificio de la madre. Destacará, en ese mismo discurso, la autoridad del padre en todo el proceso reproductivo al indicar a las comadronas que han de poner inmediatamente al recién nacido en brazos del padre. Y les recuerda que si ellas mismas no llegan a tener nunca hijos propios, lo que han de hacer es entregarse en cuerpo y alma a una vida de servicio a los demás. Por todo ello, el fundamento de la obstetricia consiste, según palabras del Papa, en trabajar por mantener, despertar y estimular el sentido y el amor del deber de la maternidad:

Aquí vuestro apostolado debe ejercitarse de una manera efectiva y eficaz: ante todo, negativamente, rehusando toda cooperación inmoral; y positivamente, dirigiendo vuestros delicados cuidados a disipar los prejuicios, las varias aprensiones o los pretextos pusilánimes, a alejar, cuanto os sea posible, los obstáculos, incluso exteriores, que puedan hacer penosa la aceptación de la maternidad.¹⁴²

En España, para atender la prioridad nacional de crecimiento demográfico del régimen franquista, la Sección Femenina será la organización encargada de potenciar la maternidad y socializar a las mujeres en el deber patriótico de cumplir con su destino de madres y esposas. Para ello se integra la Sección Femenina como institución del Estado y se le confía “la formación política y social de las mujeres españolas en orden a los fines propios de la Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.” (Artículo 1º, 1939)¹⁴³ y se le otorgará a través de las órdenes ministeriales de 30 de junio y 16 de octubre de 1941 competencias educativas en los planes de enseñanza primaria y bachiller con la responsabilidad de las materias obligatorias de hogar, política y educación física. Los objetivos de estas materias eran capacitar a toda la ciudadanía femenina del país para el cumplimiento de su rol: “capacitarla para infundir valor al marido, disciplina a los hijos, para los rezos e incluso para practicar gimnasia sueca en el camino de la

¹⁴²*Ibid*

¹⁴³ Artículo primero del Decreto de 28 de diciembre de 1939 de la Jefatura del Estado (Boletín de 29 de diciembre) en el que se recogen las funciones de la Sección Femenina y la adscripción del Servicio Social a la misma.

cocina al dormitorio” (Gallego Méndez, 1983: 78), es decir, convertirla en el “ángel del hogar” y en la “perfecta casada”. En el año 1945 el departamento de Formación de la Sección Femenina se crea para las provincias y tiene entre sus competencias la vigilancia del desarrollo de los programas de Enseñanzas en todos los niveles: Escuelas Primarias, Bachiller, Magisterio, etc., con su asesoramiento bajo las normas disciplinarias de la Delegada Nacional y con visitas de ayuda e inspección educativa.

Ya hemos señalado que, durante la guerra civil, el bando sublevado había prohibido la coeducación por considerarse como antimoral y antipedagógica y se pretendía que en las escuelas de las niñas “Brille la feminidad más rotunda” (Ballarín, 2001: 118). En 1945 se re-confirma por Ley una estricta separación de sexos por razones de orden moral y la formación diferenciada para niños y niñas (Martin-Gayte, 1992). A partir de una estricta separación entre los dos sexos, la política educativa se orientó en la dirección de propiciar a las niñas una serie de conocimientos. La ley establece que se “les preparará para la vida del hogar, la artesanía e industrias domésticas” (Ley de 17 de julio de 1945, título I, capítulo 11, art. 11) y de este modo, se podría educar a las niñas como futuras madres y educadoras. Los objetivos de su educación se dirigían, en primer lugar, al desarrollo de los sentimientos y la formación de la voluntad, y finalmente el cultivo de la mente: “se impone una vuelta a la santa tradición que veía en la mujer, la hija, la esposa y la madre, y no la “intelectual” pedantesca que intenta en vano igualar al varón en los dominios de la ciencia” (Gallego, 1983, cit., Ballarín, 2001: 118). En la década de los cuarenta se elaboraron un amplísimo número de manuales para la formación de la mujer. La Sección Femenina se valió de distintas instituciones, centros y programas educativos para cumplir su función formativa. El profesorado y los libros de texto son utilizados en la tarea patriótica de infiltrar y socializar en los nuevos valores a la población joven de la postguerra.

Cuadro nº1: Instituciones y Centros propios de la Sección Femenina

Escuelas de Formación de Mandos
Escuelas de Formación y Capacitación del Profesorado
Escuelas de Formación de Profesionales en distintos niveles
Centros Docentes Formativos
Colegios Mayores, Menores y Residencias
Instituciones Formativas, Culturales y Recreativas
Servicios e Instituciones de Ayuda a la Familia y a la Mujer Rural y Trabajadora

Fuente: Fondos de la Asociación Nueva Andadura (A.N.A). Documento nº4. Instituciones y centros de la Delegación Nacional de la Sección Femenina, folios 1º-6º

Los años cincuenta significaron la continuidad del modelo y se consolida la feminización de la secundaria con la obligatoriedad de cursar materias de Escuela de Hogar. En 1953 se promulga la Ley de Ordenación de la Enseñanza Media y en 1957 la progresiva incorporación de las mujeres a la educación secundaria y al mundo laboral llevará a la creación del Bachillerato Laboral Femenino en 1957, adaptación del Bachillerato Laboral creado en la ley de 1950 como alternativa al Bachillerato universitario. Las mujeres son educadas con escasas ayudas al terreno teórico aunque de manera lenta iban produciéndose incorporaciones cuantitativas en el número de mujeres cursando estudios formales, también en la universidad, que producirán los grandes cambios de los años sesenta.

La Sección Femenina se adapta a los nuevos tiempos evolucionando hacia el reconocimiento del derecho de las mujeres solteras a realizar trabajos pagados y la reivindicación del valor del trabajo de las casadas. Las “nuevas mujeres” que desea la Sección Femenina están representadas en la educación en los años sesenta por las universitarias del Sindicato Español Universitario (SEU).



Ilustración nº 20: Universitas Miguel Hernández. Fotografía de Agripino Carmín. Años sesenta, Madrid. Fuente: Cátedra Pedro Ibarra

En la esfera familiar el estado franquista ofrecerá a las familias incentivos económicos y recompensas simbólicas. Se crearán dos tipos de prestaciones: el subsidio familiar creado en 1938, y los pluses familiares que se pusieron en marcha con el nombre de cargas familiares, en 1945. Estos pluses salariales se concedían de manera casi exclusiva al varón cabeza de familia y no incluían, por ejemplo, trabajos del sector servicios como el de empleadas de hogar. Y en la esfera laboral la política de construcción de asimetrías entre hombres y mujeres es explícita, especialmente en el primer franquismo, utilizando el artificio de la legislación. Un ejemplo era: el Fuero del Trabajo (1938), copiado de la *Carta del lavoro* de Mussolini, una de las primeras leyes destinadas a configurar el nuevo estado en la retórica del estado nacional-sindicalista y corporativo. El propósito del estado era relegar a las mujeres a las tareas domésticas. Por el Fuero del Trabajo se apartaba a la mujer del trabajo fuera de casa. Otra de las medidas fue la pérdida del empleo de la mujer casada cuyo marido rebasara una cifra determinada de ingresos. Según

el régimen: “El estado libertará a la mujer casada del taller y de la fábrica promoviendo la vuelta al hogar para las mujeres”¹⁴⁴.

Otras múltiples leyes como la Ley de ayuda familiar de marzo de 1946 refuerzan la penalización del trabajo de la mujer casada con la pérdida del plus familiar a todos los hombres cuyas mujeres trabajasen, considerando que ésta debía dedicarse plenamente a sus tareas como madre. El nuevo Estado también se preocupó de “liberar a la mujer educada” de trabajos de prestigio al prohibir el ejercicio de puestos como: abogado del estado, médico del cuerpo facultativo de prisiones, juez, magistrado, y también la exclusión de las oposiciones al cuerpo diplomático, cuerpo de registradores de la propiedad y cuerpo de notarios (Falcon, 1969).

Se hizo necesario crear “condiciones legales” ideológicas y culturales que tendían por una parte a limitar el acceso de la mujer al trabajo, y por otra, a dirigirla hacia sectores tradicionalmente considerados “femeninos” (servicios, fábricas textiles, de calzado, tabacalera, escuela elemental y maternal. (Di Febo, 1979: 130).

De esta forma podemos comprender que el matrimonio constituía la única salida para millones de mujeres, que, en muchos casos, habían conocido la independencia económica y personal durante la segunda República y la guerra. La autonomía de la mujer (el salario que percibían las asalariadas, sacarse el carné de conducir, pasaporte o poder abrir una cuenta bancaria) en el franquismo estaba ligada a la autorización del marido. Esta situación que exigía autorización marital en actos jurídicos o económicos se mantuvo hasta la ley de relaciones laborales de 1976 (Folguera, 1997). Las profesiones femeninas, que habían comenzado a asomar a la luz durante la segunda República, se repliegan. Se relegaba a las pocas mujeres que tenían trabajo remunerado a profesiones consideradas femeninas: maestra, enfermera, criada, entre otras. Además la discriminación salarial estaba presente y las españolas cobraban hasta un 30% menos respecto al salario masculino (Centro Feminista de Estudios y Documentación, 1985: 196). La Sección Femenina será el andamio central en la socialización educativa y en la

¹⁴⁴Sobre la legislación laboral para las mujeres en comparación con otros regímenes, ver C. Valiente Fernández, *Políticas Públicas de género con perspectiva comparada*, Madrid, 1997.

formación del nuevo discurso ideológico de las mujeres españolas, reafirmando en la educación la posición de subordinación respecto al varón.

Por tanto, el franquismo colaboró activamente en la política educativa y natalista mediante la difusión de principios básicos de higiene y puericultura, junto con las orientaciones pedagógicas y enseñanzas femeninas necesarias. Su labor formativa fuera de la educación formal se divulgó a través de sus Escuelas de Hogar, Cátedras Ambulantes etc. Pero como ya hemos mencionado en el capítulo previo, lo que le otorgó identidad propia sería la organización del Servicio Social para las mujeres. Con el decreto de 31 de mayo de 1940 que modificaba el Servicio Social para adaptarlo a las condiciones de paz se le da una nueva orientación al Servicio Social, potenciando los contenidos de formación para “proporcionar a toda mujer los conocimientos indispensables para el perfecto conocimiento de sus deberes sociales y desempeño de su misión en el seno del hogar (...) preparándola como futura madre de familia” (Gallego, 1982: 64). Para “motivar” a las mujeres a realizar el Servicio Social, desde 1941 pasó a ser imprescindible su realización para obtener un título académico o profesional, acceder a cualquier puesto de trabajo en la administración pública o para ejercer un cargo de responsabilidad política. El Servicio Social fue otro de los instrumentos utilizados para llevar a cabo la política feminizadora del Régimen: premiaba a las casadas y madres de familia con la exención. Se trataba de una estrategia más del Régimen para evitar que aumentara el número de solteras, hecho que entraba en contradicción con la práctica ya señalada ejercida por los mandos y profesionales de la Sección Femenina, que eran, en su mayoría, solteras (Gallego, 1983). Recalca la historiadora Inmaculada Blasco esta contradicción entre vida y discurso:

El franquismo movilizó a un grupo de mujeres para convencer a la mayoría de la población femenina de que su misión residía en la maternidad, el hogar y la sumisión a la autoridad masculina, en la familia y en la sociedad. Al hacerlo, generó la contradicción de hacer posible la aparición de un modelo femenino que difería de aquel único y homogéneo molde en que todas las españolas debían encajar. (Blasco, 2014: 64-65).

El Decreto de 1940 reguló el periodo de cumplimiento del Servicio Social, organizándolo en dos etapas: la primera de formación, de tres meses de duración, donde la mujer recibía una formación completa en materias domésticas e ideología

moral y social, la segunda etapa de asistencia, de otros tres meses, consistía en la colaboración en instituciones benéficas. El 9 de febrero de 1944 se publicó un nuevo Decreto que incidía en la obligatoriedad del Servicio Social de la Mujer y ponía más difícil el acceso de las mujeres al empleo. Posteriormente, en 1946, un nuevo decreto suprimirá el periodo de prestación social para las trabajadoras, a cambio ampliaba los meses de formación a seis. El Servicio Social se prolongó tras la disolución del Movimiento Nacional hasta noviembre de 1978 en que fue derogado por el Real Decreto 1914/1978, de 19 de noviembre.



Ilustración nº 21: Extracto de una cartilla del Servicio Social

4.3 El Franquismo Social

Pese a ser una etapa larga y diversa, una característica constante del franquismo fue la necesidad perenne de asistencia social; en la primera etapa por miseria excepcional y, en la segunda, por los desequilibrios sociales subsistentes a pesar del crecimiento económico.

Desde un punto de vista estructural, en la primera etapa del franquismo se superponen tres subsistemas: los Seguros Sociales, la Acción Social benéfico-paternalista del Estado y la Beneficencia de las entidades locales. Los Seguros Sociales forman parte de la herencia del pasado y de la llamada política Bismarckiana: son un ejemplo el régimen de subsidios familiares de 1938, la reorganización del subsidio de ancianidad de 1939, la ley de Mutualidades

Laborales de 1941, y la reorganización del seguro de accidente de trabajo de 1956. En 1942 se había publicado el Informe Beveridge y a lo largo de los años cuarenta encontramos además de las leyes ya citadas la promulgación de la ley de Seguro Obligatorio de Enfermedad (SOE) y en 1944 de la ley de bases de Sanidad Nacional. Ambos son intentos de construir un embrionario estado de asistencia sanitaria para atender a las necesidades vitales de una parte de la población. Autoras como Cerdeira identifican a esta etapa entre 1939-1959 como una forma de Beneficencia de Estado (Cerdeira, 1987).

La acción social benéfica del régimen franquista supone modelo de acción social caracterizada por una concepción paternalista, con una oferta residual y una estructuración centralizada en el Ministerio de la Gobernación. A nivel periférico, las Juntas Provinciales de Beneficencia y las unidades administrativas de Beneficencia representan al Estado, enmarcadas dentro de los Gobiernos Civiles. La Beneficencia en el plano de la Administración Local es administrada por las diputaciones y los ayuntamientos. La concepción benéfica inspira la legislación, como el texto refundido de 24 de junio de 1955 de las leyes de bases de régimen local de 1945 y 1953. Dicha filosofía puede verse expresada en el artículo 101.2 que expone las competencias municipales que se concretan en: “beneficencia; protección de menores; prevención y represión de la mendicidad; mejora de costumbres, atenciones de índole social, cotos de previsión y albergues de transeúntes”. La misma filosofía la encontramos en las diputaciones. Los usuarios y las usuarias de las corporaciones locales son los pobres, los menores, los mendigos, las personas de conducta “amoral”, los dementes y los transeúntes; todos ellos reciben prestaciones gratias. El único servicio de naturaleza social previsto como obligatorio es la asistencia médico farmacéutica para familias desvalidas inscritas en el padrón anual de beneficencia. Como muestra paradigmática del franquismo social, podrían destacarse algunas normativas de la primera etapa como la de 1937, de creación del Servicio Social obligatorio de la mujer; 1941, establecimiento de los permisos de natalidad y 1944, medidas de protección a familias numerosas. El Fuero del Trabajo (1938) como ley fundamental asentó los principios generales del desarrollo de la previsión social en los años posteriores.

Durante los cuarenta años del franquismo se observa una evolución en la concepción de la asistencia social, que puede contemplarse a través del estudio de los textos legales. El texto ya referido del año 1940 del decreto que regulaba el Auxilio Social, que había surgido en la guerra civil, será protagonista central de la asistencia social hasta los años 50. En su artículo 2 del decreto se establecen las funciones asistenciales que debían de ser llevadas a cabo por las corporaciones que forman el Estado (Cerdeira, 1987: 135):

- Prestar asistencias benéficas en favor de los indigentes con el fin de prestarles los medios indispensables de vida.
- Proporcionar iguales auxilios a las personas que por circunstancias excepcionales se hallen en situación de indigencia.
- Fundar establecimientos donde se atiende la subsistencia y formación de los huérfanos pobres.
- Prestar a los niños cuidados asistenciales no estrictamente sanitarios.
- Conceder ayudas y servicios a los convalecientes y a las personas en estado de debilidad o agotamiento orgánico con los fines de restablecerse, reincorporarse, reincorporarse y evitar ulteriores enfermedades.
- Cooperar con las autoridades públicas en la elaboración de los censos de personas asistibles, recaudación de recursos benéficos...
- Atender otras necesidades benéficas que el Estado le encomiende..."

Podemos considerar el Auxilio Social como el inicio de la política social franquista y su decadencia llega en los años del desarrollismo, momento de expansión de Cáritas Española (García Padilla, 1990). A principios de los años 60 el Auxilio Social contaba con 616 instituciones

Cuadro nº 2: Instituciones de Auxilio Social. Año 1964

Instituciones	Número de Instituciones
Hogares Cuna	2
Hogares Infantiles	10
Hogares Escolares	53
Hogar Recuperación Subnormales	1
Hogares de Aprendizaje	12
Hogares de Iniciación Profesional	2
Residencia de Estudios	3
Residencias de Obreros Jóvenes	2
Residencia de Ancianos	1
Instituto Laboral	1
Casas de la Madre	4
Guarderías y Jardines	83
Centros de Alimentación Infantil	161
Albergues Escolares Profesionales	14
Comedores Madres Gestantes y Lactantes	10
Centros de Maternología	5
Centros de Orientación Diagnóstica	2
Dispensario	1
Comedores Infantiles	63
Cocinas de Hermandad	38
Comedores Escolares	29
Comedores Especiales	17
Comedores y Cocinas	97
Auxilios Especiales	5

Fuente: Archivo General de la Administración del Estado (AGA)

El jefe del servicio médico de Auxilio Social, Justino Rodríguez Alarcón, manifestaba en 1960 en una ponencia presentada en el X Congreso de Pediatría¹⁴⁵ la diversidad de competencias sociales del Auxilio Social y la falta de medios para abordar los problemas:

No puede una organización sola hacerse cargo de todo un sector de la vida nacional y de los problemas múltiples que plantea tanto mayores cuanto más precarios son sus medios de vida, como en este caso de la población que revierte a nuestra jurisdicción. Nuestros beneficiarios son la resultante de las catástrofes, los refugiados, los desplazados, los abandonados, los huérfanos, los hijos manceres, heredolueticos, alcohólicos, etcétera. Ninguno está incluido en padrones de pobreza, no tienen subsidios y no tienen seguros sociales.

¹⁴⁵ Delegación Nacional de Auxilio Social: Puericultura y Pediatría Social en la Obra. X Congreso de Pediatría, 1960, 5.

A continuación vamos a citar la normativa más significativa en el itinerario de lo que será la construcción del Estado de Bienestar español. En este itinerario se pasa de garantizar amparo sólo a los trabajadores y únicamente en situación de necesidad excepcional a plantear que todos los españoles tienen derecho a los beneficios de la asistencia y seguridad sociales y a una equitativa distribución de la renta nacional y de las cargas fiscales bajo el ideal cristiano de la justicia social.

Al inicio de la dictadura franquista, el Fuero de los Españoles (1945), es una de las ocho leyes españolas que organizaban los poderes del Estado y el Estado garantizaba la seguridad del amparo sólo a los trabajadores y únicamente en situación de necesidad excepcional. Será a partir de mediados de los cincuenta cuando se produce un conjunto de fenómenos de naturaleza económica y social que justifican un cambio en la política de la dictadura, hacia una política aperturista con la firma de acuerdos con EEUU en 1953 y el concordato con el Vaticano en 1954. Se promulga en mayo de 1958 la Ley de Principios del Movimiento Nacional¹⁴⁶ creando un nuevo marco político-ideológico. En el principio IX recogerá, entre otros, que todos los españoles tienen derecho a los beneficios de la asistencia y seguridad sociales y a una equitativa distribución de la renta nacional y de las cargas fiscales. Sobre esta nueva cosmología social y política impuesta por la dictadura el historiador Tussell (2001: 405) afirma que su voluntad era la de “considerar que no solo el catolicismo español era el mejor sino que debía impregnar la totalidad de la vida, incluida la política” (2001: 405).

Se pasa a finales de la década de los cincuenta de una etapa totalitaria a otra autoritaria-tecnocrática que se corresponde con la transformación económica y el fin de la etapa autárquica así como una apertura hacia el exterior que significa también avances futuros para la legislación social. En este marco se vislumbra una incipiente preocupación por la cuestión social dando lugar al modelo de Asistencia Social que coexistirá con la Beneficencia. En el año 1960 se aprueba el Fondo Nacional de Asistencia Social (FONAS), adscrito al Ministerio de Gobernación bajo

¹⁴⁶ Los principios, como la Ley Fundamental que define a España como “Una, Grande y Libre” y propone en su Principio Segundo que “*La nación española considera como timbre de honor el acatamiento a la ley de Dios, según la doctrina de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, única verdadera y fe inseparable de la conciencia nacional, que inspirará su legislación*”.

la Dirección General de Asistencia Social, que materializa la institucionalización de la asistencia social tratando de superar las prestaciones benéficas. Esto supone un giro en el paradigma de intervención. De las Heras y Cortajarena dan las siguientes definiciones distintivas:

Beneficencia pública, modo de acción social dirigido sólo a indigentes. Su fundamento es la caridad. Su objeto es la mera subsistencia. No comporta derechos jurídicos. Asistencia Social, modo social dirigido no sólo a indigentes, sino también a toda persona en situación económica débil. Su fundamento es el principio de subsidiaridad. Su objeto es cubrir las necesidades básicas para cada circunstancia y etapa de la vida. Comporta exigencias jurídicamente fundadas. (De las Heras y Cortajarena, 1979: 84).

La asistencia social resultará ser un principio regulador que amplía el concepto de necesidad aunque siga viéndose como servicios para pobres y marginados. En los años sesenta se extiende el marco de protección y se amplía la responsabilidad estatal, pero la situación jurídica apenas sufre cambios porque la asistencia social seguirá siendo potestativa. Es en el año 1966 cuando el gobierno español remite por primera vez información al Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas sobre la asistencia social a partir del informe sobre los servicios sociales y la asistencia social en España (Ministerio de Trabajo, 1966).

Es importante destacar que el modelo que se traza de bienestar social franquista estará caracterizado por la puesta en marcha de un plan de Seguridad Social. Junto con la institucionalización de la asistencia social con los Fondos Nacionales como el ya nombrado Fondo Nacional de Asistencia Social; el Fondo Nacional para el Fomento del Principio de Igualdad de Oportunidades, (adscrito al Ministerio de Educación y Ciencia); el Fondo Nacional de Protección al Trabajo, (adscrito al Ministerio de Trabajo) y el Fondo de Crédito para la Difusión de la Propiedad Mobiliaria (adscrito al Ministerio de Vivienda) se dará forma al modelo de bienestar franquista. De todos estos fondos, el núcleo fuerte lo constituye el Fondo Nacional de Asistencia Social (FONAS) ya que se aplicará para la protección de aquellas personas en estado de necesidad que se encuentren excluidas del campo de la Seguridad Social¹⁴⁷. Al lado de las actividades del FONAS

¹⁴⁷ Concretamente la acción del Fondo Nacional de Asistencia Social se extenderá a los siguientes ámbitos: a) La concesión de prestaciones económicas a ancianos, enfermos o

permanecerá la actividad benéfica prestada por el Auxilio Social, que en 1968 se convierte en organismo autónomo bajo el nombre de Instituto Nacional de Auxilio Social. En 1974 este Instituto se transforma en el Instituto Nacional de Asistencia Social (I.N.A.S.) dependiente del Ministerio de Gobernación a través de la Dirección de Asistencia Social. Más allá del cambio de nombre del Instituto, podemos considerar esta dependencia orgánica como un triunfo de la Asistencia Social sobre la Acción Social benéfico-paternalista del Auxilio Social y como una respuesta a la demanda de modernización de la sociedad española, a procesos migratorios internos con una nueva distribución espacial de la sociedad española, y externos a Europa a partir de 1958, el turismo, cambios en la vida familiar, incremento en el acceso a la educación etc...¹⁴⁸ El I.N.A.S. se mantendrá en la etapa democrática hasta que la mayoría de sus funciones e instituciones sean transferidas y asumidas por las Comunidades Autónomas¹⁴⁹.

La Ley 193/1963 de 28 de diciembre de Bases de la Seguridad Social y sus posteriores articulaciones legales¹⁵⁰, supone la promoción de un plan de Seguridad Social y, por tanto, un cambio en el dispositivo incoherente de los Seguros Sociales existentes con anterioridad a fin de articular todos estos seguros sociales en una Seguridad Social más racional y sistematizada. Con el sistema de la Seguridad Social aparece por primera vez en España, a nivel legal, el término de Servicios Sociales, como un conjunto específico de prestaciones diferenciado de la Asistencia Social (capítulo V y VI de la Ley General de la Seguridad Social). La

disminuidos desamparados, carentes de medios económicos y no receptores de ninguna otra pensión del estado, provincia o municipio ni prestación de la Seguridad Social; b) ayuda a la infancia desvalida y a subnormales para completar el coste de estancia en centros públicos o privados.

¹⁴⁸ De acuerdo con las cifras macroeconómicas de los informes del Banco Mundial de la época, España avanza en términos económicos por el incremento de intercambios comerciales y una importante emigración de trabajadores a Europa junto con la llegada de turistas a España (Pérez Díaz, 1994).

¹⁴⁹ El Real Decreto 2346/1981, de 2 de octubre, señalaba en su artículo 5º que las funciones y competencias del INAS se mantendrían hasta el desarrollo de las transferencias del Estado a las Comunidades Autónomas. El Real Decreto 530/1985, de 8 de abril, atribuyó las funciones asistenciales no transferidas al Instituto Nacional de Servicios Sociales (INSERSO).

¹⁵⁰ Los soportes legales de la Seguridad Social son además de la ley 193/1963, de 28 de diciembre; el texto articulado de 21 de abril de 1966; la Ley de Financiación y Perfeccionamiento de la Seguridad Social, de 21 de junio de 1972; el texto refundido de la Ley General de la Seguridad Social, de 30 de mayo de 1974; y la publicación del Libro Blanco de la Seguridad Social en 1977.

asistencia social y los servicios sociales se conforman como dos sistemas de prestaciones, dentro de la Seguridad Social. La integración, junto al nivel básico de la Acción Protectora, de unos niveles complementarios obedece en alguna medida a la deficiencia técnica o jurídica del nivel central básico de prestaciones. Los servicios sociales aparecen así como un mecanismo básico en la integración de la acción protectora de la Seguridad Social en las situaciones de necesidad (Álvarez Miranda, 1984). La asistencia social se dirige a situaciones de especial necesidad no reglamentadas y es potestativa, limitada a los presupuestos, además de no exigible administrativamente ni judicialmente y los servicios sociales son un conjunto de prestaciones de derechos.

El concepto cristiano de caridad va a dominar la legislación franquista a través del triángulo Seguridad Social, Sanidad y Asistencia-Beneficencia. La asistencia social está en la lógica de ser una prestación discrecional proporcionada por Estado y sobre la que los usuarios no podían alegar existencia de derechos jurídicos subjetivos. Para ser beneficiarios de estos servicios asistenciales se necesitaban dos requisitos: que el usuario careciera de recursos suficientes y que lo pudiera acreditar, y que el sector público tuviera posibilidades económicas para atender la demanda.

En cuanto a los marcos institucionales, durante los cuarenta años transcurridos bajo el régimen franquista, puede decirse que la “Beneficencia” o “Asistencia Social” dependió fundamentalmente del Ministerio de la Gobernación¹⁵¹ y, en menor grado de la Administración Local, que había sido lo tradicional en España. El peso de la gestión recaía sobre el Ministerio de Gobernación al que pertenecía el Consejo Superior de Beneficencia, creado por Decreto del 28 de mayo de 1938 y posteriormente regido por Decreto del 20 de mayo de 1958.

Rodríguez Cabrero (1989: 184) señala que la construcción del Estado de Bienestar español comienza a finales de los años 50 y la década de los 60, y lo denomina el “Estado Autoritario de Bienestar en España”

¹⁵¹ La dictadura Franquista mantuvo el Ministerio de Gobernación casi con las mismas funciones desde 1939 a 1975. Durante la Transición se creó en 1977 el Ministerio de Interior, desapareciendo el de Gobernación.

Cuadro nº3: Resumen normativo del Estado Autoritario de Bienestar

Año	Normativa
1941	Ley de 6 de diciembre de Mutualidades Laborales.
1942	Ley de 14 de diciembre de 1942 de Seguro Obligatorio de Enfermedad.
1943	Ley de 14 de febrero de Colocación Obrera.
1944	Ley de 25 de noviembre de Bases de Sanidad Nacional.
1945	Ley de 18 de julio, El Fuero de los españoles.
1955	Decreto de 24 de junio. Texto refundido de las leyes de bases de régimen local de 1945 y 1953.
1958	Ley fundamental de 17 de mayo por la que se promulgan los Principios del Movimiento Nacional.
1963	Ley de 28 de diciembre de Bases de la Seguridad Social.

Fuente: Elaboración propia

Este conjunto normativo configura la denominada política social del franquismo, de orientación benéfico-paliativa y dispersa. Encontramos hasta 18 organismos y diferentes servicios asistenciales que tendrán competencia en materia social (Casado y Guillén, 1986:9). Los servicios asistenciales son tanto dependientes del Estado como de administraciones paralelas, a veces confundida con la del Estado, como el Movimiento y la Organización Sindical. El Movimiento tiene un papel central tanto en el ámbito educativo, con el monopolio de la educación física y la formación política, como en el ámbito de la asistencia, con programas llevados a cabo por la Sección Femenina. En las obras de la Organización Sindical se inscriben varios servicios de Asistencia Social, como son la obra sindical de Educación y Descanso o los Centros Sindicales-Asistenciales para la labor asistencial de la clase trabajadora. También están las grandes organizaciones privadas con un régimen de tutela por parte del Estado: la Cruz Roja, la Organización Nacional de Ciegos y la Asociación de Inválidos Civiles, todas ellas con cobertura nacional y gestión de servicios y centros. El pluralismo orgánico e institucional en el periodo franquista no respondía a una política de descentralización institucional sino a fuerzas institucionales y sociales dirigidas a apoyar el régimen de Franco y que supone que la acción asistencial cumple una función legitimadora de posiciones dominantes (Casado: 1979). A partir de 1975 no

será fácil establecer un orden en lo que había sido una mezcla de modos dispersos de acción social.

En cuanto a la legislación específica sobre la situación de las mujeres encontramos cambios en la nueva coyuntura socio-política desarrollista con los pactos económico-militares con EEUU, el ingreso de España en la ONU en 1955 y la entrada en el gobierno de tecnócratas en la remodelación de gobierno de 1957. Los planes de estabilización de 1959 y los de desarrollo desde 1963 van a requerir la modificación del Fuero del Trabajo. En esta coyuntura se proclama la Ley de derechos políticos, profesionales y de trabajo de la mujer de 24 de julio de 1961, que supone un reajuste ideológico donde se reconoce a las mujeres algunos derechos políticos, profesionales y laborales, aunque se seguía manteniendo el veto a algunas titulaciones. La situación de la mujer trabajadora tampoco mejoró en exceso con la promulgación de esta ley sobre derechos políticos profesionales y de trabajo de la mujer. En esta norma, aunque se establece el principio de igualdad de derechos con el hombre, lo cierto es que su artículo 5 permite que, por ley, “se exija la autorización marital para el ejercicio de los derechos reconocidos en la presente” ley. Teniendo en cuenta lo que establecía la Ley del Contrato de Trabajo sobre la necesidad de autorización marital para que la mujer pudiera firmar contrato de trabajo, dicho artículo 5 quedaba, de facto, vacío de contenido. Los cambios que se pudieron dar a favor de la mujer se debieron a la necesidad de la incorporación más o menos masiva de la mujer al mercado laboral, en un momento expansivo y de especialización hacia el sector terciario de la economía española. Mediante el trabajo asalariado las mujeres comenzaron a cuestionar en el imaginario colectivo la rígida división del trabajo así como a aumentar su independencia económica. Hasta el año 1976, año en el que se aprueba la ley de 8 de abril sobre relaciones laborales, el permiso del marido seguirá siendo un requisito legal necesario para que la esposa pudiera trabajar.

4.4 Nacimiento y consolidación de Cáritas Española

Acabada la segunda guerra mundial, surge Cáritas Española¹⁵² con la denominación de Secretariado Nacional de Caridad, cuyo origen es la Acción Católica¹⁵³, gestándose a partir del año 1942 como una prolongación de la acción caritativa específica del apostolado de los seglares. Las coincidencias entre la Iglesia y el Estado eran apreciables y la Acción Católica toma parte activa en el grupo dirigente del estado franquista. El cardenal Ángel Herrera Oria expresa en 1945 la necesidad de Cáritas y recomienda al mismo tiempo la práctica de la caridad y la justicia para impedir cualquier excusa que justificara los ataques a España. Pío XII es el pontífice que en la encíclica *Quadragesimo Anno* hace mención al principio de subsidiaridad, que constituye uno de los fundamentos de Cáritas. El marco socio-político y eclesial hace que Cáritas tenga una personalidad pública y privada. Cáritas apuesta por el discurso “social” de la Iglesia y se va institucionalizando e introduciendo en la estructura estatal encargada de la asistencia social. En 1946 se celebra la I Asamblea Nacional que puede considerarse como fundacional y en 1947 nacen los dispensarios parroquiales que serán la base de su funcionamiento. Una de sus primeras acciones será en el año 1949 hacerse cargo del cuidado y distribución de 6000 niños de Centro-Europa que habían sufrido las consecuencias de la segunda guerra mundial, expediciones que se repetirán en los siguientes años. En el año 1951 se constituye Cáritas Internacional como resultado del impulso del Vaticano y en 1955 a Cáritas Española¹⁵⁴ le será encomendada la actividad de organizar la distribución de la Ayuda Social Americana (ASA) en España¹⁵⁵, lo que dará contenido durante años

¹⁵²Jesús García Valcárcel será nombrado el 25 de abril de 1946 director nacional de un Secretariado de Caridad de la Junta Técnica de la Acción Católica Española y presidirá Cáritas durante veinte años.

¹⁵³ El 31 de octubre de 1926 se publicaban por el cardenal Reig los principios y bases de la Acción Católica Española. Con anterioridad, Pío XI con la publicación de la *encíclica Ubi arcano* Dei el 23 de diciembre de 1922, define la Acción Católica.

¹⁵⁴En el año 1953 se había adoptado ya el nombre de Cáritas en la Conferencia Internacional de la Caridad. Con anterioridad se denominaba Secretariado Nacional de Caridad.

¹⁵⁵El número estimado de beneficiarios de la ayuda social americana a través de los servicios escolares de alimentación y las colonias infantiles fue de tres millones de personas. La ayuda americana consistía en envíos de toneladas de alimentos, calzado, ropa, medicinas, etc.

a la existencia de la organización y permitirá incentivar su estructura organizativa en todas las diócesis y su separación de Acción Católica.

En el año 1956 inicia los cursillos de formación para “Visitadoras de Caridad” en distintas diócesis en su preocupación por la formación y también por un abordaje más técnico de las problemáticas sociales, contexto en el que comienza a tenerse en cuenta la necesidad de formar asistentes sociales.

En 1957 se crea la Sección Social de Cáritas¹⁵⁶ con los objetivos de realizar estudios de planificación a través del Centro de Estudios de Sociología Aplicada (CESA) y formar al personal, para lo que se promueve la creación de Escuelas de Asistentes Sociales, y por último, la creación de centros sociales en los que se concentren los servicios y actividades de la organización. Se prevén los “centros sociales” de barrio o suburbio y se utiliza la denominación de servicios sociales para denotar un conjunto diverso de medios destinados a poblaciones de clases populares y no específicamente a individuos pobres o desvalidos (Casado, 2014: 61). Entre noviembre de 1961 y noviembre de 1964 Cáritas Española elaboró el Plan de Promoción social, Asistencia Social y Beneficencia de la Iglesia conocido como Plan CCB (Comunicación Cristiana de Bienes), (Casado, 2014: 62).

La creación de la revista Documentación Social en 1957, la primera revista de ámbito nacional para abordar todo lo referente a la práctica, formación y reflexión de la acción, se enmarca en la nueva identidad de la organización. Las palabras de su primer director nacional expresan este giro “es necesario derivar nuestra acción benéfica hacia lo social” (Doucastella, 1958: 5). Hay una intención de ir introduciendo cambios en el abordaje de las problemáticas sociales. Jurídicamente se avala el nuevo estatus en el régimen con la entrada en 1958 de Cáritas a formar parte del Consejo Nacional y de las Juntas Provinciales de Beneficencia, organismos tutelados por el Ministerio de Gobernación. Cáritas se enmarca en el complejo contexto de Iglesia, Sociedad, Estado y Santa Sede.

¹⁵⁶ La dirección de la sección social de Cáritas fue desempeñada por el sacerdote y sociólogo Rogelio Duocastella.

Podemos concluir que a principio de los años sesenta ya se ha producido el giro desde una acción benéfica hacia la denominada acción social en Cáritas y tratará de librarse de las limitaciones caritativas y benéficas. La personalidad jurídica de Cáritas ya es reconocida a efectos civiles como entidad benéfico-social de la Iglesia Española, con personalidad jurídica propia¹⁵⁷. En la etapa de 1964 a 1974, Cáritas se desarrolla ampliamente con la potenciación de las Cáritas Diocesanas y Parroquiales siendo la promoción social comunitaria una de sus principales señas de identidad.

En 1965 Cáritas impulsa la constitución de la Fundación FOESSA (Fomento de Estudios Sociales y Sociología Aplicada), hito inaugural de la sociología empírica para la realización de informes que analicen la realidad social. En el sector público se produce un fenómeno parecido con el desarrollo del Plan de Desarrollo Económico y Social que incorporó estudios sociológicos y algunos órganos de la Administración Pública crearon gabinetes de Sociología y Planificación como el Instituto de la Juventud o el Programa Nacional de Promoción Profesional Obrera. En la presentación del I Informe FOESSA sobre la situación social de España (1966)¹⁵⁸ se exponía la necesidad de ir más allá de fotografiar la realidad, siendo necesario conocer las causas de dicha realidad así como sus efectos. Los informes FOESSA están en esta etapa destinados a ser el soporte del Plan de Asistencia Social, Promoción Social y Beneficencia de la Iglesia (Pan CCB) que elabora Cáritas. En 1969 la Fundación FOESSA encargó al Instituto de Sociología Aplicada de Madrid una investigación sociológica sobre la problemática del Servicio Social en España que se publicará en 1970. En el mismo se señala la existencia de un gran desconocimiento sobre el contenido y la función de la profesión de Asistente Social.

Durante los años setenta, Cáritas irá adquiriendo un creciente grado de compromiso y de implicación en la lucha contra la pobreza y la marginación y

¹⁵⁷Cáritas fue reconocida a efectos civiles por certificación de la Dirección General de Asuntos Eclesiásticos del Ministerio de Justicia de 21 de septiembre de 1963.

¹⁵⁸Los dos primeros informes sociológicos sobre la situación social de España correspondientes a los años 1966 y 1970 fueron realizados bajo la dirección del sociólogo Amando de Miguel.

aparece ya desmarcada del régimen franquista asumiendo tareas de denuncia social.

4.5 Desarrollo y contenidos curriculares del Trabajo Social

Abordar el desarrollo del curriculum del Trabajo Social significa dar cuenta del proceso de consolidación de la técnica profesional para la obtención de un título académico que avale un lugar en el espacio de las profesiones. En España la primera escuela de Asistentes Sociales fue fundada en Barcelona en 1932 como ya ha sido mencionado en el capítulo primero¹⁵⁹. El propósito era el de “*dotar de nociones y entrenamiento técnico a quienes decidieran intervenir en la obra de mejora de la sociedad*” (Llovet y Usieto, 1990: 51). La iniciativa de la creación de esta escuela fue de Antonia Farreras, secretaria del Comité Femenino de Mejoras Sociales¹⁶⁰ y de Raúl Roviralta. Esta primera institución formativa se inspiraba en los planteamientos del catolicismo social (Sabater, 2002) y tomaba como modelo la formación que realizaban en la Escuela Católica de Servicio Social de Bruselas y en la Escuela Social de Suiza. A ambos centros formativos acudió la primera directora, Anna Marial Llatas a formarse. Esta Escuela fue miembro desde su fundación de la Unión Católica Internacional de Servicio Social (U.C.I.S.S.), la primera organización internacional que agrupaba escuelas de asistentes sociales, fundada en el año 1925 y con sede en Bruselas. La Escuela de Barcelona manifestaba perseguir una doble finalidad en su tarea docente:

En el primer curso ofrece a las jóvenes que han terminado sus estudios secundarios una cultura femenina general orientada hacia los deberes cívicos y morales y un complemento de instrucción desde el punto de vista económico y social que les haga comprender y les permita ocupar el lugar que les corresponde en la familia y en la sociedad. En el segundo curso y último deberían elegir una especialidad y al terminar, estarán en condiciones de dirigir obras benéficas o sociales, según la especialidad elegida (...) en cuyo caso podrán ser Visitadoras

¹⁵⁹ La razón de reiterar en este epígrafe el origen de esta primera institución formativa es trazar un recorrido cronológico en el desarrollo y enseñanzas del Trabajo Social.

¹⁶⁰ Organización constituida en 1926.

Sociales para encuestas, Delegadas de Tribunales Tutelares, Protección a la Infancia, Subintendentes de Fábricas, Directoras Maternales, Casas Cuna, etc.¹⁶¹

En la misma línea del resto de escuelas y corrientes europeas de profesionalización de la asistencia caritativa, se trataba de centros formativos de asistencia social exclusivamente dirigidos a las mujeres. En el año 1934 las primeras tituladas asistentes sociales comenzaron a trabajar para la Conselleria de Sanitat i Asistencia Social de la Generalitat en una campaña de prevención y lucha contra la tuberculosis, dentro del higienismo social de la época. En el plan de estudios correspondiente al curso 1935-1936 de esta primera escuela de Asistencia Social se detallaban las tareas a desarrollar de la nueva profesión:

Las trabajadoras o auxiliares sociales, las asistentes sociales, las superintendentes de fábrica, las delegadas de Juez de menores, reciben una formación teórica y práctica en las escuelas de servicio social (...) A esta tarea tal vez se habrían dedicado hasta ahora personas sólo llenas de buena voluntad y dotadas de abnegación; hoy pueden hacerlo de un modo más científico para evitar la dispersión de energías que sistematizadas pueden dar un máximo rendimiento. Tan necesario para socorrer las miserias humanas es tratar de evitarlas y prevenirlas, y en este sentido vemos la asistencia y previsión sociales modernas, practicadas desde el punto de vista de la higiene y de la salud de protección a la madre y al niño, a la familia por medio de maternales, gotas de leche, lucha antituberculosis, antivenérea, así como la acción preventiva por medio de la superintendencia de fábricas o grandes almacenes o por medio de agrupaciones deportivas, etc y desde el punto de vista económico la asistencia preventiva social se extiende en las agrupaciones obreras, bolsas de trabajo, sindicatos, seguros obreros, etc. (citado en: Vázquez, J.M (1971).

La duración de la escuela fue muy corta por el estallido de la guerra civil. Por tanto, los inicios del Trabajo Social en España se verán truncados con la guerra y el periodo dictatorial interrumpirá de golpe los avances que en el ámbito teórico se desarrollarán en otros países, orientándose los futuros estudios como eminentemente prácticos y bajo los principios del nacional-catolicismo que va a impregnar la asistencia social. En el año 1939 se reanudan las actividades de la escuela de Barcelona, con una nueva denominación, *Escuela Católica de Enseñanza Social*. Y el mismo año comienza a funcionar en Madrid una segunda escuela, con el nombre de *Escuela de Formación Familiar y Social*. Unos años

¹⁶¹ Citado por: Vázquez, J.M (dir); Instituto de Sociología Aplicada, 1971.

antes, un grupo de mujeres dirigentes católicas se habían trasladado a Bélgica para adquirir los conocimientos y métodos necesarios para realizar obras de asistencia social y así de vuelta a España crear un centro de enseñanza social en Madrid. (Vázquez, 1971).

Los objetivos de esta segunda institución formativa, la Escuela de Formación Familiar y Social de Madrid se resumían diciendo que “*se trata de una carrera femenina cuyas finalidades son, ya una preparación de la mujer para un servicio a la sociedad, ya una ampliación de su cultura con vistas a convertirse en una buena –y cristiana- madre de familia*” (Estuch y Güell, 1976: 237). Y se reitera el doble objetivo de la formación extraprofesional y profesional:

La Escuela de Formación Familiar y Social persigue un doble objetivo:

Extraprofesional: completar la formación familiar y social de las muchachas que salen de los colegios iniciándolas para que en su día puedan constituir con perfecta capacidad y responsabilidad un hogar cristiano.

Profesional: La Escuela pretende abrir el camino de las “llamadas carreras sociales” femeninas, hasta ahora poco conocidas en España, aunque de gran utilidad social y claro porvenir profesional” (Escuela de Formación Familiar y Social de Madrid, 1946).

En 1953 se crea en Barcelona el tercer centro de formación por iniciativa del Dr. Ramón Sarró, en la cátedra de psiquiatría de la facultad de medicina, la *Escuela de Visitadoras Sociales Psiquiátricas*. Cuenta con la dirección de la Sección Femenina que se asimila más tarde a una escuela de asistentes sociales. La apertura del primer curso 1952-53 es anunciada en los diarios La Vanguardia y Solidaridad Nacional de la siguiente manera:

La complejidad y trascendencia social creciente de la labor que debe realizar la Psiquiatría moderna ha hecho ver a la Cátedra de Psiquiatría de Barcelona la necesidad de crear un Cuerpo auxiliar femenino debidamente preparado, que será realidad gracias a la colaboración que ha prestado la Sección Femenina de FET y de las JONS. A dicho efecto, queda abierta la matrícula en las oficinas de la Regiduría Provincial de Divulgación y Asistencia Sanitario-Social.

En el año 1955 se pone en marcha la *primera Escuela de Enseñanza Social Masculina*, promovida por una organización católica de orientación profesional

(O.C.P.D.) y dirigida por Enric Solé. La revista de la OCPD “Radar Social” recogía en 1957 las intenciones formativas de la escuela:

La Escuela ofrece a los hombres y jóvenes con vocación social los medios para llegar a ser los primeros profesionales del trabajo social (...) La Escuela está abierta a todos, con el deseo de facilitar a las obras sociales de Barcelona y singularmente a las de la Iglesia el medio de tener hombres aptos técnicamente para dirigir las y administrarlas y al propio tiempo proporcionar a las empresas, singularmente a los patronos católicos atentos a un perfeccionamiento de su empresa, los asistentes sociales que necesitan. Respecto a los primeros hay que prever que muy pronto, igual que ha ocurrido en otros campos, se exigirá a las personas consagradas a la asistencia a la infancia deficiente o inadaptada, a los ancianos, a los inválidos, etc. unos estudios adecuados. Las órdenes femeninas han tenido esta visión y son ya bastantes las religiosas que asisten a los cursos de la escuela femenina.

Este centro fue la primera y única escuela masculina de Trabajo Social y ofrecía dos especialidades: una de obras y otra de empresas. El centro dejó de funcionar aproximadamente en el curso 1963-64, fecha en que la Escuela de Asistencia Social para la Mujer de Barcelona comenzó a admitir varones (Molina, 1994: 93-94). En relación con este centro es interesante el análisis de la formación que se impartía a los asistentes sociales varones que estudiaban en ella. No se les formaba, como a las mujeres, para la atención directa de personas necesitadas, sino para gestionar y administrar obras sociales, entidades. Esta ha sido una constante en la presencia masculina en la profesión, los hombres se dedican en mayor proporción a las tareas y funciones de tipo directivo. Es decir, la incorporación de los hombres a la profesión de Trabajo Social se ha realizado reproduciendo los estereotipos sociales de género.

Rogelio Duocastella cifraba a finales del año 1953 que había aproximadamente quinientos asistentes sociales en España y su trabajo se desarrollaba principalmente en empresas, algún centro de educación especial, centros sanitarios, parroquias, mutuas médicas y protección de menores, siendo mayoritariamente un trabajo de carácter privado. El servicio de asistencia social apenas tiene importancia cuantitativamente antes de 1950 pero la década de los sesenta será la del “boom” en relación a la creación de instituciones formativas (Instituto de Sociología Aplicada, 1971). El periodo que va de 1958 a 1964 se

conoce como el de la expansión de las escuelas, se abren alrededor de cuarenta instituciones formativas en las provincias siendo la mayoría creadas y gestionadas por la Iglesia Católica. La Sección Femenina será titular de cinco y el resto, muy minoritario, serán patrocinadas por organismos paraestatales como Diputaciones, Hermandades del Trabajo o la Cruz Roja.

La Sección Femenina promoverá la creación de Escuelas de Asistentes Sociales en la década de los cincuenta, tras el Consejo Nacional de 1956, en el que se adoptó el eslogan *renovarse o morir*. En este Consejo, la Sección Femenina hace explícito el potencial que ofrecían las profesiones sociales tal como se reflejan en las conclusiones: “debemos actuar renovadamente en tres campos que están íntimamente conectados entre sí: el de la educación, el de la asistencia social y el de las enfermeras visitadoras” (Suarez, 1993: 300). Ante este “despertar” ante los problemas sociales, la Sección Femenina impulsó la creación de cinco Escuelas de Formación de Asistentes Sociales: las Escuelas de Barcelona (1953), de Madrid (1957), Granada (1962), Córdoba (1962) y Salamanca (1963).

DO PUEDO CONTINUAR, EN LA MISMA MANERA Y EN EL MISMO AMBIENTE SOCIAL

PARA EL PORVENIR DE SUS HIJAS

Recuerde las ESCUELAS PROFESIONALES DE LA SECCION FEMENINA

Con Bachillerato Superior
PROFESORAS DE EDUCACION FISICA—Cuatro Cursos. Escuela "Julio Ruiz de Aida", Madrid.
ASISTENTES SOCIALES—Tres Cursos. Escuelas "Santa Teresa", en Madrid, Barcelona, Salamanca, Granada.
MAGISTERIO—Dos Cursos académicos y un tercero de prácticas remuneradas. Escuela "Isabel la Católica", Las Navas del Marqués (Ávila). Sólo en régimen de internado.

Con el título de Magisterio
DIRIGENTES DE JUVENTUDES Y PROFESORAS DE POLITICA—Un Curso académico en régimen de internado y uno más de prácticas remuneradas. Escuela "Isabel la Católica", Las Navas del Marqués (Ávila).

Con licenciatura en Filosofía y Letras, Derecho, Ciencias Políticas o Ciencias Económicas
DIRIGENTES DE JUVENTUDES Y FORMACION POLITICA—Un Curso académico en régimen de internado. Escuela "Hermanos Amos", La Quinta, El Pardo (Madrid).

Con Bachillerato Elemental
PROFESORAS DE HOGAR—Tres Cursos. Escuelas "Julio Ruiz de Aida" (Madrid), "Roger de Lauria" (Barcelona), "Joaquín Sorolla" (Valencia).
AYUDANTES TECNICOS SANITARIOS—Tres Cursos. Escuelas "Julio Ruiz de Aida" (Madrid), "Roger de Lauria" (Barcelona), Facultad de Medicina (Valencia).
INSTRUCTORES RURALES—Tres Cursos. El primero, preparatorio, se convoca a las Bachilleras Superiores. Escuela "Onesimo Redondo", Aranjuez (Madrid). Sólo en régimen de internado.
PROFESORAS DE MUSICA—Dos Cursos de exigencia, además, tener aprobados oficialmente cuatro cursos de Solfeo y cinco de Piano. Escuela "Roger de Lauria", Barcelona.

Con certificado de Estudios Primarios
AYAS FUERICULTORAS—Once meses en dos periodos, uno de formación y otro de prácticas. Escuela de Ayas Fuericultoras, Málaga.
MAXIMA GARANTIA DE PREPARACION
EXCELENTES SALIDAS PROFESIONALES
 Informes e inscripciones en las Delegaciones Provinciales de la Sección Femenina del Movimiento y en la Delegación Nacional, Departamento de Personal.
 ALMAGRO, 35 - MADRID-4

Ilustración nº 22: Anuncio de la Sección Femenina. Publicado en el periódico ABC, edición de la mañana del 22 de agosto de 1969, pag. 23

La Sección Femenina consideraba que esta nueva profesión encajaba perfectamente dentro de la labor que venían realizando en el Auxilio Social. Las Escuelas estuvieron en funcionamiento hasta que la organización fue suprimida por el Real Decreto Ley 23/1977 y como curiosidad se puede destacar que, a partir de 1965, todas las Escuelas reciben el nombre de la Patrona de la Sección Femenina, *Santa Teresa*, distinguiéndose por la ciudad donde estaban ubicadas.

La ayuda individual, junto con una concepción paternalista de la acción benéfica del Estado y la doctrina de la Iglesia, configuran la formación de las primeras instituciones formativas de asistencia social y esta concepción de la acción social y la asistencia social se mantendrá en vigor durante la mayor parte del período franquista, hasta los años sesenta. Estas señas de identidad han sido retratadas en la publicación realizada en el año 2010 por el Departamento de Trabajo Social y Servicios Sociales de la Universidad Complutense de Madrid, un trabajo de análisis de las tesinas de fin de estudios realizadas entre el periodo de 1938 a 1983¹⁶². A través de estos trabajos podemos identificar los marcos ideológicos en los que se mueve inicialmente la profesión en España. La publicación recoge testimonios de asistentes sociales y en los mismos se describen las problemáticas sociales de intervención. El siguiente extracto es de una de las tesinas analizadas en el libro que ejemplariza el espíritu que impregnaba la asistencia social de los años cincuenta y la preeminencia del aspecto moral y espiritual:

Entre la asistencia al pobre y la verdadera caridad media un abismo: un simple donativo o una subvención alivia la pobreza, pero no el corazón del pobre: la caridad, en cambio, cuando se practica como es debido, alivia y consuela al pobre, aun cuando no cubra su pobreza (...). El ideal es el contacto del rico y el pobre para que brote la chispa de la auténtica caridad. (T. 1954)

En la siguiente cita de finales de la década de los cincuenta observamos ya un cierto inicio de evolución entre la caridad y la asistencia social, de naturaleza

¹⁶² Las tesinas eran presentadas para la convalidación del título académico y proceden de la Escuela Oficial de Asistentes Sociales creada en 1967.

más técnica dentro del espíritu cristiano, lo que permite apreciar un cambio paradigmático:

Estamos viviendo una época de evolución práctica de la Caridad: existen, como siempre los defensores de una caridad espontánea y generosa, basada en la práctica del precepto Evangélico de dar a los pobres cuanto necesitan, sin preocuparse demasiado en buscar soluciones más duraderas. Otra posición es la que podríamos llamar social que es la que pretende excluir los métodos y formas hasta ahora empleados y establece un orden nuevo en que sólo lo social tiene realizaciones eficaces: no debe hablarse de Caridad, sino única y exclusivamente de acción social.

La expansión de la formación de Asistente Social se produce en la etapa del desarrollismo de la mano de la Formación Profesional (De la Red y Brezmes, 2003). Las escuelas de Trabajo Social se van a ir creando en las zonas más industrializadas del país, de mayor desarrollo económico y también de pobreza urbana. El papel predominante lo tendrá la iglesia católica motivo por el que impulsa en el año 1959 la creación de la Confederación Española de Escuelas de la Iglesia de Servicio Social (C.E.E.I.S.S.) que más tarde pasaría a ser la Federación (F.E.E.I.S.S.), con el objetivo de dar unidad a los estudios de asistente social que se impartían en los centros dependientes de la iglesia.

Hasta el año 1958 la duración de la carrera no se unificó, predominando el periodo de dos años, y se aumentará a un ciclo de tres años, permitiendo obtener la titulación de Asistente Social, aunque aún sin carácter de título oficial. Las materias que se cursan en los estudios son psiquiatría, higiene de la mujer, puericultura, medicina, pedagogía, sociología, psicología, derecho, economía doméstica, servicio social junto a materias confesionales tales como doctrina social de la Iglesia y formación religiosa. Los planes de estudio están condicionados por el carácter confesional de la profesión aunque se observa ya un cierto inicio de evolución entre la caridad y la asistencia social de carácter más técnico, dentro del espíritu cristiano. Esta situación es ilustrada en la siguiente cita de 1959 extraída del estudio referido de las tesinas:

No faltan los que aspiran a un ejercicio de la Caridad en el sentido de perfecta armonía entre lo benéfico y social. Caridad practicada con perfecto espíritu Evangélico, siempre asesorada y valorizada por la técnica, buscando ayudar al necesitado, con soluciones definitivas, respetando y elevando su dignidad

personal y no faltando nunca a la virtud de la justicia. La Caridad que recomienda hoy la Iglesia es la que podríamos llamar hoy caridad intelectual, caridad que descubre la injusticia, que pone remedio a las necesidades más diversas, que procura crear nuevas estructuras, que usa de medios técnicos para despertar las energías del cliente. (T.1959).

Será en la década de los sesenta cuando la profesión se dé a conocer¹⁶³. En 1964 se aprueba el Plan de Estudios¹⁶⁴ que mantiene el carácter confesional con asignaturas como formación religiosa y formación del espíritu nacional. Este plan se articula en un conjunto de asignaturas básicas: sociología, psicología y metodología del Trabajo Social y asignaturas complementarias, entre otras puericultura, higiene de la mujer, medicina...Y en cuanto al equilibrio teoría y práctica, el programa tenía un enfoque eminentemente práctico al representar las prácticas más de un 50% de la carga lectiva. Para Estruch y Güell “detrás de las materias se ve la finalidad que por entonces se daba a la carrera de asistente social, pues al tratarse de una carrera femenina, se pretendía preparar a la mujer para un servicio a la sociedad y una ampliación de su cultura” (1976: 237). En este Plan se define al asistente social como aquel profesional que con una base teórica y práctica, aplicando unas técnicas fundadas en su actitud interna, trata a través y en el seno de una institución, de hacer promocionar al hombre en todos y cada uno de sus aspectos. En el decreto de reglamentación de las Escuelas para la formación de asistentes sociales de 30 de abril de 1964 se hace referencia a la nueva realidad social española en la que el profesional debe formarse, ya que las personas tienen que adaptarse a los nuevos cambios de una sociedad más compleja.

La inserción de los individuos en la sociedad da lugar con frecuencia a estados de inadaptación, provocados unas veces por circunstancias particulares del sujeto (instrucción deficiente, enfermedad, hábitos antisociales, emigración a un medio extraño) y consecutivos en otros casos a la especial complejidad de la vida social

¹⁶³ Coincide en el tiempo con la aprobación del Plan de Desarrollo Económico y Social para el periodo 1964/1967, aprobado por la Ley 194/1963. El Informe Final sobre las necesidades de los sectores de sanidad y asistencia social de julio de 1963, citado en el I Informe FOESSA (1966), consideraba preciso quinientos nuevos asistentes sociales para el periodo 1964-67.

¹⁶⁴ Orden ministerial de 31 de julio de 1964 por la que se aprueba el Plan de estudios y cuadro horario de las enseñanzas de Asistencia Social, BOE de 12 de agosto. Con anterioridad, en el Decreto 1403/1964 de 30 de abril, BOE de 15 de abril, se había reglamentado las Escuelas de Formación.

en sí misma y al ritmo de su evolución (...) han ido perfilando en las modernas sociedades una forma específica de “asistencia social” (...).

En 1966 los estudios pasan a ser reconocidos por el Ministerio de Educación y Ciencia y se insertan en la oferta educativa del estado como Título de Nivel Técnico de Grado Medio de Asistencia Social. El nuevo estatus de la profesión lo encontramos en la presentación de los estudios que en el año 1966 hace la Escuela Diocesana de Asistentes Sociales de Vitoria:

La Escuela de Asistentes Sociales es un grupo formativo superior que conjuga en sus enseñanzas cíclicas directrices morales y técnicas modernas sobre la persona y la sociedad, un afán de atender sus diversas necesidades y de favorecer la mutua convivencia y el disfrute de un amplio bienestar creando para ello promociones de muchachas tituladas que con una recia personalidad van a llevar en estos momentos de intensa evolución, su espíritu cristiano, femenino y social a campos los más diversos de la Sociedad.

Una vez reconocida oficialmente la formación se crea en el año 1967 la primera Escuela Oficial de Asistentes Sociales en Madrid¹⁶⁵, con la que se conquista un mayor reconocimiento social de la profesión, siendo una novedad la exigencia al alumnado del Bachillerato Superior para acceder a estos estudios así como el inicio de la secularización de la formación. Perdura sin embargo el menor reconocimiento de los estudios de Asistente Social frente al resto de países. La clasificación de los profesionales como técnicos de grado medio no responde a los deseos de los profesionales, cuestión que provocará movilizaciones para exigir el reconocimiento de estudios universitarios de la profesión (Molina, 1994: 89-91). La Escuela Oficial, además de impartir la formación a su alumnado, debe encargarse de los tribunales de reválida y las convalidaciones de toda España.¹⁶⁶

¹⁶⁵Ver Decreto 986 de 20 de abril de 1967 publicado en el BOE de 17 de mayo.

¹⁶⁶ No será hasta el año 1983 cuando se integre la formación del título de Trabajo Social en la Universidad y la Escuela Oficial de Madrid se integrará en la Universidad Complutense de Madrid.

Cuadro nº4: Escuelas de Formación de Asistencia Social

DENOMINACIÓN ESCUELA	APERTURA	CIUDAD
Escuela de Asistencia Social para la Mujer	1932	Barcelona
Escuela de Formación Familiar y Social	1939	Madrid
Escuela de Visitadoras Sociales Psiquiátricas (S.F.) ¹⁶⁷	1953	Barcelona
Escuela de Enseñanza Social Masculina	1955	Barcelona
Escuela de Asistentes Sociales "San Vicente de Paúl"	1957	Madrid
Escuela de Asistentes Sociales "Julio Ruiz de Alda"	1957	Madrid
Escuela de Asistentes Sociales de San Fructuoso	1958	Tarragona
Escuela "San Vicente de Paúl"	1958	Sevilla
Escuela "San Vicente de Paul"	1958	Bilbao
Escuela Diocesana de Asistentes Sociales	1958	San Sebastián
Instituto Social Femenino. Escuela Diocesana de Asistentes Sociales.	1958	Valencia
Escuela de Enseñanza Social de Galicia	1958	Santiago de Compostela
Escuela de Asistentes Sociales "San Pablo"	1958	Santa Cruz de Tenerife
Escuela Diocesana "San Vicente de Paul"	1959	Zaragoza
Escuela "San Vicente de Paul"	1959	Málaga
Escuelas de Asistentes Sociales de Gijón	1959	Oviedo
Escuela de Asistentes Sociales	1959	Palma de Mallorca
Escuela Superior de Servicio Social	1960	León
Escuela de Formación Social	1960	Valladolid
Escuela de Asistentes Sociales "San Vicente de Paul"	1960	Pamplona
Escuela de Asistentes Sociales "Dolores Sopeña"	1960	Toledo
Escuela "Santa Luisa de Marillac"	1962	Cádiz
Escuela "San Vicente de Paúl"	1962	Granada
Escuela de Asistentes Sociales "Santa María" (S.F.)	1962	Córdoba
Escuela de Asistentes Sociales "Isabel La Católica"	1962	Granada
Escuela de Asistentes Sociales "Virgen del Remedio"	1962	Alicante
Escuela de Asistentes Sociales de la Cruz Roja	1963	Lérida
Escuela Diocesana de Asistentes Sociales "Nuestra Señora del Pino"	1963	Palma de Gran Canaria
Escuela de Asistentes Sociales de Salamanca (S.F.)	1963	Salamanca
Escuela de Asistentes Sociales	1964	Burgos
Escuela de Asistentes Sociales. Universidad de Navarra	1964	Pamplona
Escuela Diocesana de Asistentes Sociales	1964	Vitoria
Escuela de Asistentes Sociales	1965	Oviedo
Escuela de Asistentes Sociales "Pío XII"	1966	Santander
Escuela de Asistentes Sociales	1966	Huelva
Escuela de Asistentes Sociales. Universidad Laboral de Zaragoza	1967	Zaragoza
Escuela Oficial de Asistentes Sociales	1967	Madrid

Fuente: Elaboración propia a partir de Molina Sánchez (1994)

¹⁶⁷ La Sección Femenina (S.F.) fue promotora de cinco escuelas en el periodo 1957-1963. A partir de 1965 todas las Escuelas de Asistentes Sociales de la S.F. reciben el nombre de "Santa Teresa" y la ciudad de localización.

En consonancia con el avance en el proceso de profesionalización, durante la década de los sesenta cobra especial relevancia la preocupación por el desarrollo de la técnica de intervención y la adquisición de habilidades profesionales que requieren de formación. De ello da cuenta la aparición de publicaciones especializadas como la ya mencionada revista Documentación Social de Cáritas así como la publicación de textos y estudios centrados en visibilizar diversas temáticas como las condiciones de la vivienda (Otero, 1960), las características del servicio social de ancianos (García Mauriño, 1963), la identidad de las cooperativas para una reforma de la sociedad (Ciurana, 1961), la diferenciación y la necesidad de desarrollo comunitario y la planificación social (Couceiro, 1963), trabajos citados en la tesis de Martín Estalayo, 2012.¹⁶⁸

Con el reconocimiento oficial de los estudios y el avance en la profesionalización se va a celebrar el I Congreso de Asistentes Sociales en 1968, en Barcelona. En el mismo estará presente la búsqueda de los criterios definitorios de la disciplina y la construcción de una ética profesional específica. La cuestión deontológica es abordada en la ponencia de la asistente social Montserrat Colomer, quien argumentará la necesidad de acordar una ética del trabajo social¹⁶⁹ como elemento clave en la construcción de la profesión (1969: 65):

Para que una actividad se defina como profesión, es preciso que posea una teoría y un cuerpo de conocimientos adecuados, transmisibles para formar nuevos profesionales, y una metodología y técnicas propias en el ejercicio. Y para que la sociedad le conceda un status, es decir, le asigne una función social y espere de ella una determinada acción, debe existir un grupo organizado que posea una actitud y una ética propias, en la aplicación de las técnicas y de los métodos de trabajo profesionales. (Colomer, 1969: 65).

¹⁶⁸ Tesis sobre la construcción de la identidad en Trabajo Social. Martín Estalayo, Maribel (2012). *La construcción de la identidad en Trabajo Social: análisis de una trama hilvanada por sus personajes*, 2012. Universidad Complutense de Madrid, España.

¹⁶⁹ El primer código de deontología se elaborará en el año 1983 sobre el esquema que propuso la propia Montserrat Colomer.

Montserrat Colomer va a publicar un texto en 1973 que será un referente para la formación, el “Método básico y trabajo social” al plantear una metodología básica de intervención. El texto es una de las primeras publicaciones de la Federación Española de Escuelas de la Iglesia de Trabajo Social (FEDASS) y la misma Colomer expresa en la presentación del texto:

La puesta en común de experiencias en seminarios, reuniones y encuentros y su recopilación en este libro pequeño, pero único en España, es un punto de partida para todos los que siguen con interés dónde y cómo se fraguan unos profesionales cuyo ejercicio es cada día más necesario en una sociedad en vías de desarrollo. Mucho se ha escrito de Trabajo Social y sobre su metodología, pero disponíamos del material que evidenciara y aunara sus resultados en España. No crea el lector que este trabajo es una meta, todo lo contrario. Repetimos, es un punto de partida donde arranquen nuevos y extensos estudios, y que en ellos quedan implicados las Escuelas y hasta los mismos profesionales.

También encontramos que en este periodo de avance de la profesión existe una preocupación por los aspectos técnicos relativos a la organización de ficheros de recursos y necesidades de racionalización burocrática. El empirismo positivista es incorporado en los estudios de la Asistencia Social, en un intento de afirmar aparente ausencia de ideología:

El empirismo positivista entra con fuerza en los estudios de Asistencia Social en 1964-65. Las tesinas son dirigidas por profesores reconocidos de la Universidad que recomiendan hacer estudios puramente cuantitativos sin ideología alguna que pueda descubrirse en sus contenidos. De sobra es sabido que el empirismo positivista es una corriente de la sociología muy fructífera en España que abarca un largo periodo del siglo XX, promovida fundamentalmente por Cáritas española. (Zamanillo y Estalayo, 2010: 29).

Es también a finales de los años sesenta cuando comienza a despertarse nuevas conciencias y producirse cierta contestación a la jerarquía de la iglesia por parte de las escuelas en complicidad con las organizaciones de base cristiana, reflejo de una sociedad más porosa y de nuevos posicionamientos que constituyeron el leitmotiv de cambios en posturas profesionales (Zamanillo y Estalayo, 2010). Para el historiador Rafael Abella muchos sentían que la religión se manifestaba más en el culto externo que en una fe auténtica y una parte del clero más joven denunciaba una realidad social en donde se incrementaban las desigualdades sociales, con un crecimiento urbano incontrolado y grandes masas

de españoles emigrados que huían de la miseria de sus pueblos a la gran ciudad (Abella, 1994). El Concilio Vaticano II (1962-1965) insuflará nuevos aires al catolicismo e influirá también en la evolución de la asistencia social en España (Brezmes, 2010). El Concilio junto con la figura en España del obispo monseñor Tarancón ayudaron a que se produjera un nuevo escenario por parte de grupos cristianos en su actitud contestataria frente a las relaciones Iglesia-Estado y al apoyo que la Iglesia prestaba a la dictadura.

Para finalizar este capítulo es importante indicar que la cuestión de género, o la reflexión sobre el papel de la mujer en la evolución del Trabajo Social, apenas ocupan ningún espacio en los encuentros profesionales analizados en la etapa del tardofranquismo. Es revelador que en el trabajo de análisis de las tesinas de fin de estudios al que nos hemos referido (1938-1983) se dedica un capítulo al análisis de trabajos que tratan aspectos relativos a la mujer. Los temas sobre los que versan son: formación y promoción social de la mujer, trabajo de la mujer, protección de la mujer, mujer soltera, feminismo, madres solteras y universitarias (García y Roldán, 2010). Bajo el punto de vista del contenido, las autoras señalan que las tesinas responden a la doctrina del nacional-catolicismo del franquismo y que todos los trabajos analizados, a excepción de uno, poseen contenidos puramente ideológicos en donde prevalecen la visión de la mujer como madre y una perspectiva religiosa y moralizante. Además la función del asistente social que se desprende de los contenidos es, con muy pocas excepciones, la de una actuación controladora y “normalizadora” (García y Roldán, 2010). Las autoras concluyen que:

Las tesinas analizadas sobre el tema de la mujer responden, sin duda, a un contexto y constituyen un antecedente de lo que había sido la formación en las Escuelas de Trabajo Social. El espacio de su desarrollo ya indicado responde al oscuro legado franquista y a las influencias de la Iglesia católica, que coincidieron en apuntalar y dirigir un pensamiento único del que era difícil desprenderse y que muestra una falta de creatividad y análisis crítico por parte de las alumnas que cursaban los estudios de Asistencia Social.

(...) El análisis de las tesinas sobre el tema de la mujer evidencia que las Escuelas de Asistencia Social no participaron ni colaboraron con los movimientos sociales y políticos críticos con el régimen franquista, antes bien se observa que predomina su función de transmisoras y defensoras de la ideología dominante. En este sentido hay que considerarlas deudoras de su tiempo, aun así, hubo profesionales que desarrollaron un interesante trabajo y a finales de los años sesenta ya se va a desarrollar un movimiento crítico en el ámbito de la profesión que cuestiona la existencia de la dependencia moral y política de la asistencia social y replantea una perspectiva laica e independiente. (García y Roldán, 2010: 137).

“La feminidad formativa forma parte del esquema de percepciones, de un orden simbólico totalmente interiorizado que implica que las categorías asociadas a la mujer y a las mujeres construidas bajo criterios patriarcales, se asuman sin embargo, como naturales y objetivas, siendo las mujeres parte del proceso de reproducción. Esto supone cierta dificultad para desprenderse de ella (la feminidad normativa), incluso cuando se persigue objetivos de igualdad”

(Mateos-Silveira, Rosana, 2013: 300).

Capítulo 5.

La Transición del Trabajo Social en España

5.1 Introducción

En este capítulo y el siguiente se analizan las construcciones simbólicas en torno al Trabajo Social vigentes desde finales de la década de los sesenta hasta los años noventa. Este ejercicio reflexivo sobre el campo de estudio se hace siguiendo los pasos que exige toda investigación genealógica, esto es, la problematización, la revisión documental y la narración.¹⁷⁰ Para ello, hemos obtenido un corpus discursivo de informantes clave. En el seno de estos discursos, nos ha interesado detenernos en las acepciones de las palabras con las que los actores construyen las explicaciones sobre las singularidades del Trabajo Social en España en el periodo que va desde la Transición hasta 1990, indagando, más particularmente, sobre la condición de profesión feminizada. Además de la dimensión semántica, nos ha interesado contrastar los discursos con la documentación escrita y los datos secundarios para poder entender y profundizar

¹⁷⁰ Edgar Morin (2004) se refería a la narración como la capacidad del sujeto de tratarse como objeto y reflexionar sobre sí mismo. Y es el sujeto el encargado de construir la narrativa a partir de la disposición de sus experiencias más significantes (Dubar, 2002).

en la lógica que envuelve los relatos oficiales del Trabajo Social en relación a la cuestión de la incorporación de la perspectiva de género en su reflexividad y práctica.

Adentrándonos en el tema de la transición democrática y su relevancia para el Trabajo Social, este no puede explicarse sin los cambios acontecidos en la década de los sesenta y setenta de los que da cuenta los informes FOESSA¹⁷¹ sobre la realidad social española. La evolución del Trabajo Social no puede estudiarse sin esta contextualización social, atrapado entre altas dosis de incertidumbres y a la par de deseos de conquista de un nuevo estatus vinculado al desarrollo democrático y social de España.

En los años setenta España mantiene su política de crecimiento según el tercer plan de desarrollo (1972-1975) pero la crisis mundial de 1973 le afecta y el país entra en un periodo de contracción económica que coincide con la crisis política tras la muerte del dictador en 1975. Desde el punto de vista social encontramos los efectos negativos del desarrollismo manifestado en el éxodo masivo del campo a las ciudades en el triángulo industrial de Madrid, Barcelona¹⁷² y País Vasco que va a generar bolsas masivas de pobreza y guetos chabolistas. Paralelamente se observa un agotamiento de algunas de las instituciones que habían organizado la asistencia social durante el franquismo. De ahí la transformación de instituciones como el Instituto Nacional de Auxilio Social (extensión asistencial de la Sección Femenina de la Falange), que pasa a ser el

¹⁷¹ Los Informes FOESSA son considerados el hito inaugural de la sociología empírica en España. Son una secuencia periódica de informes sociológicos que dan cuenta de la situación social y el cambio social en España. Los primeros informes que radiografían la realidad española son: I informe (1967), II informe (1970), III informe (1975) y IV informe (publicado en dos partes 1981-83). El informe de 1981 coordinado por Juan Linz se denomina Informe sociológico sobre el cambio político en España 1975-1981 y analiza por primera vez el proceso de transición política. El segundo volumen denominado Informe sociológico sobre el cambio económico en España 1975-1983 tiene como tema central la desigualdad social como coste del desarrollo.

¹⁷² La trabajadora social Montserrat Colomer recoge en su libro *El trabajo social que yo he vivido* el nacimiento del barrio de la Mina en la zona de Barcelona en 1969 como un proyecto piloto para suprimir el barranquismo y en el que se contrató asistentes sociales para realizar trabajo social familiar y atender la problemática infantil, desarrollándose posteriormente trabajo comunitario. En el libro la autora explica las acciones comunitarias que se impulsaron para restaurar la imagen del barrio tras filmarse en la Mina la película *Perros Callejeros* que imputaba al barrio un problema de delincuencia general

Instituto Nacional de Asistencia Social (INAS) en 1974, entre otros, con el objeto de reorientar la política social.

Tal y como se ha destacado en líneas anteriores, la historia y genealogía del Trabajo Social en España no ha constituido un ámbito de investigación docente o profesional de gran interés hasta fechas recientes, aunque en las dos últimas décadas se han producido importantes contribuciones en forma de artículos, libros, proyectos de investigación y tesis doctorales. La juventud del área de conocimiento de Trabajo Social y Servicios Sociales, que se crea en el año 1990¹⁷³, así como el retraso en la creación de estudios de tercer ciclo vinculados a este área de conocimiento, en el año 2010, ha podido ralentizar este proceso de reflexión sobre la disciplina, así como sobre el tema central de esta investigación, el Trabajo Social desde una perspectiva de género.

No ocurre lo mismo con el tema de los Servicios Sociales. Se trata de un área de estudio que cuenta con un amplio desarrollo en forma de producción académica y literatura especializada, así como contribuciones teórico-prácticas de encuentros y publicaciones profesionales, con una participación importante desde las Administraciones Públicas, Universidades y Organizaciones de Profesionales, entre otros organismos. La década de los ochenta constituye la década “prodigiosa” del desarrollo del Sistema Público de Servicios Sociales en España y en la que se aprueban las primeras leyes autonómicas. Los congresos profesionales que se celebran durante el periodo 1975-1990 girarán en torno a la política social y los servicios sociales. En España, el modelo de Bienestar Social instaurado en la etapa de Transición se materializa a través del denominado Sistema Público de Servicios Sociales, que se desarrolla en base a tres ejes: los derechos sociales reconocidos en la Constitución de 1978, la reordenación de competencias entre las Administraciones Públicas y las leyes autonómicas de Servicios Sociales en las Comunidades Autónomas (CCAA).

Durante esta etapa, también la actividad colegial está ligada a este proceso de desarrollo y consolidación de la profesión en el marco del nuevo sistema de

¹⁷³ Los estudios de Trabajo Social se incorporan a la Universidad a partir de la aprobación del Real Decreto 1850/1981, de 20 de agosto.

protección. Por este motivo utilizamos los materiales de los congresos, encuentros y jornadas en esta investigación como fuentes sobre la profesionalización del Trabajo Social, la relación entre el Trabajo Social y los Servicios Sociales y el estado de la cuestión del género. Consideramos que todo foro profesional ejerce una función socializadora además de ser espacios de difusión del conocimiento, ideología o intercambio para un colectivo como el de Trabajo Social que se muestra en este periodo muy necesitado de encontrar su espacio profesional. Paradójicamente la década de los ochenta se asocia a la crisis de la profesión en términos identitarios cuando desde una perspectiva de las profesiones son los años de mayores logros en las reivindicaciones profesionales, en la organización profesional, el reconocimiento de la formación universitaria y el desarrollo del sistema público de Servicios Sociales.

En el presente capítulo abordaremos desde una perspectiva cronológica, histórica y analítica como la interdependencia entre el Trabajo Social y los Servicios Sociales en este periodo provocará relaciones de tensión, que se mueven entre confluencias y diferencias, y que se traducen en dificultades para poder independizarse debido a esta historia de co-evolución del Trabajo Social y de los Servicios Sociales. Para esta etapa son muy escasos los trabajos elaborados en torno a la cuestión de género en el Trabajo Social, no comenzando a ser objeto de estudio e investigación hasta fechas muy recientes, esto es, a partir de la segunda mitad de la década de los noventa. Dar cuenta de las razones sobre la tardía incorporación de la perspectiva de género al Trabajo Social es objeto de análisis de la presente investigación. Avanzamos que durante la etapa de la transición y consolidación del Trabajo Social en España la imagen feminizada de la profesión se mantendrá inalterable. Si en cambio se modifica la identificación de los contenidos del quehacer profesional del Trabajo Social en etapas anteriores con tareas de apostolado y/o beneficencia hacia el Trabajo Social como una actividad técnica que se dedica al ámbito de la intervención social.

5.2 La organización colegial y los primeros congresos

Aprobados como oficiales los estudios en el año 1964, el procedimiento para la convalidación del título a partir del año 1965 y la creación en el año 1967 de la primera institución formativa oficial de Asistentes Sociales de España¹⁷⁴, en el año 1967 surge la organización colegial de Asistentes Sociales. Se crea la Federación Española de Asociaciones de Asistentes Sociales (FEDASS)¹⁷⁵ a partir de la transformación de las asociaciones de antiguas alumnas de las escuelas de Asistentes Sociales de España. La FEDASS organizará en mayo de 1968 el primer Congreso Nacional de Asistentes Sociales en Barcelona. Este congreso iniciático constituye un importante hito ya que establece las bases identitarias de la profesión definiendo las funciones profesionales, campos de actividad profesional y la formación. Se considera la presentación pública de la profesión y de ahí el sentido que tiene una de las primeras decisiones acordadas, cambiar la nomenclatura de Asistencia Social por la de Trabajo Social con el objetivo de reformular el espacio simbólico al que estaba asociado esta profesión y superar la etapa benéfico-asistencia que estaba presente en el imaginario social¹⁷⁶. Se trataba de conformar una nueva identidad profesional basada en una perspectiva más técnico-profesional. Entre los logros de este primer congreso está el de aglutinar a las asociaciones profesionales con el fin de impulsar la creación de un estatus profesional. Esto se constituye a tenor de la resolución 67/16 del comité de ministros del Consejo de Europa sobre funciones, formación y estatuto de los Asistentes Sociales y en la que se reconoce al Trabajo Social como profesión.

¹⁷⁴ Hasta el año 1967, los estudios de Asistente Social se habían venido realizado en el ámbito privado desde 1932, año de creación de la primera escuela en España.

¹⁷⁵ En mayo de 1967 se constituyó la FEDASS con sede en Madrid y agrupaba a un total de dieciocho asociaciones profesionales ubicadas en distintas provincias españolas y se consolida como organización colegial en la década de los ochenta.

¹⁷⁶ En este I Congreso se acuerda el cambio de la nomenclatura pero el cambio de denominación de las y los profesionales estaba asociado al cambio del título académico que se producirá con el acceso a la formación universitaria en el año 1981 (Real Decreto 1850/1981).

Este primer congreso nacional es promovido por la Asociación de Asistentes Sociales de Barcelona¹⁷⁷ bajo el título “*Funciones, formación Superior, estatuto y deontología*”. Se estructuró en cuatro ponencias que versaron sobre: terminología profesional, definición de funciones, la formación superior del Asistente social en el contexto de la evolución de las necesidades de la sociedad española, y el estatus profesional y deontología. A lo largo de las intervenciones encontramos la preocupación por sentar las bases que articulen los pilares identitarios, que se va a formalizar en la definición y reivindicación de la profesionalización tanto en sus campos de actividad profesional como de su formación.

La conferencia inaugural titulada “*Sociología y Trabajo Social*” será impartida por el sociólogo Salvador Giner. Es muy significativo que sea un varón y un sociólogo el que interprete el Trabajo Social. Dice en su intervención:

El Trabajo Social padece en España de un mal (que lo agobia también algo en el extranjero): el de la falta de profesionalidad suficiente. Pero en nuestro caso el problema es de suma gravedad. Ni las autoridades ni el público saben exactamente cuál es la función del trabajo social y de sus practicantes, aunque hay que reconocer que esta situación va paliándose muy lentamente año tras año. Por añadidura, aquí, como en otros países, el trabajo social padece de un complejo de inferioridad. Como afirma Peter Leonard, en muchos lugares los trabajadores sociales muestran una excesiva deferencia por médicos, antropólogos, economistas, psicólogos y hasta por sociólogos, al tiempo que tiene una actitud reticente ante administradores, burócratas y autoridades. Ello es, en gran manera, prueba de su inseguridad, de su status indudablemente poco claro. Además, si el trabajador social tuviera un status enteramente profesional, como lo tienen los médicos, letrados, ingenieros o economistas no sería, por lo pronto una “profesión femenina”. He aquí un dato harto sintomático del verdadero status de la profesión. En un país como el nuestro en que la promoción social de la mujer está aún por hacer, ésta ha comenzado a emanciparse en el terreno ocupacional a través de profesiones subordinadas como la de secretaria, enfermera y, digámoslo, con rudeza, trabajadora social. Y sin embargo, no somos pocos los que creemos que el trabajo social puede, sin grandes ni tremendas dificultades, llegar a ser una profesión considerable tanto para hombres como para mujeres. Es decir, dejar de ser, en las palabras mismas de algunos trabajadores sociales, una mera semiprofesión. (1969: 33).

¹⁷⁷En 1963 se celebraron en Barcelona unas Jornadas de Trabajo Social en las que se manifestaba la necesidad percibida de muchas asistentes sociales de reunirse en un foro nacional para plantear los problemas de la profesión y resolverlos con un criterio de unidad (Colomer, 2009).

En esta intervención podrían destacarse dos cuestiones nucleares, que van a acompañar al desarrollo de la conquista de la identidad de la disciplina: por un lado, su posición subalterna respecto tanto a otras disciplinas científicas como a la administración pública y en segundo lugar, se sugiere que esta situación es el resultado, en parte, de su adscripción a un imaginario femenino. Salvador Giner también trata de conectar el momento expansivo de España con la necesidad de incorporar a las trabajadoras sociales¹⁷⁸ como técnicos adecuados para la gestión de los efectos perversos del desarrollismo. En la misma intervención advierte del riesgo de burocratización de la profesión, anticipándose a lo que ocurrirá en parte en la década dorada de los años ochenta con el desarrollo del sistema de Servicios Sociales:

Al tiempo que nos debemos esforzar por la conversión del trabajo social en una disciplina de enseñanza superior, debemos ejercitar presión ante el público y las demás profesiones para se reconozca la sustantividad del trabajo social. Hay que evitar, para ello, que se convierta en un mero servicio social burocrático, excesivamente jerarquizado. El verdadero profesional podrá estar o no integrado en instituciones, pero siempre posee una independencia y una responsabilidad propia (...) deben rehuir su conversión en meros útiles de la administración local y de los servicios públicos asistenciales, por mucho que tengan con ellos las normales relaciones de cooperación. (1969: 33)

En otras intervenciones en el seno del Congreso encontramos la preocupación por sentar las bases sobre los pilares identitarios, que se van a articular en torno a tres ejes: la reivindicación de profesionalización de la disciplina, los espacios de despliegue de la actividad profesional y la formación. En la elección de estos tres ejes se busca poder obtener la legitimación social apelando a la ciencia y la lógica vigente de racionalización masculina. De hecho en las conclusiones del Congreso se aboga por la acepción del término “Trabajo Social” y la supresión definitiva de la de “Servicio Social”¹⁷⁹ para referirse al trabajo del Asistente Social. El uso del término trabajo como referente de la sociedad salarial

¹⁷⁸ Se utiliza el femenino para visibilizar el mayor porcentaje de mujeres ya que con la utilización del masculino se sigue invisibilizando a las mujeres en el Trabajo Social.

¹⁷⁹ Servicio Social era el término utilizado en Francia, también en América Latina pero en el caso de España se confundía con el servicio social de la Sección Femenina.

no parece ser aleatorio, es un claro referencial masculino y se distancia de nociones líquidas como “asistencia” o “cuidado”, referenciales femeninos.

Tras la celebración de este primer Congreso resulta relevante la publicación en 1971 de un estudio sobre la situación del Servicio Social en España, del Instituto de Sociología Aplicada de Madrid, dirigido por Jesús María Vázquez. En él se describen algunas de las características de la profesión en la década de los sesenta así como los campos ocupados que irán mutando hacia la institucionalización en las siguientes décadas. El campo de la sanidad, las empresas¹⁸⁰ y las parroquias (en su sección de Cáritas) destacan en 1970¹⁸¹ por ser los espacios profesionales donde se incorporaron las primeras tituladas, no sin experimentar grandes dificultades en cuanto a la identidad profesional referida sobre quiénes eran, para qué servían y cómo explicar el beneficio de su acción y dónde desarrollarla (Martín Estalayo, 2012).

En la década de los setenta se habla ya explícitamente de la crisis en la profesión a la vez que hay un esfuerzo por definir las bases de la profesión en sintonía con la realidad de un país en transición política. Explica Montserrat Colomer en su libro *El trabajo social que yo he vivido* que esta crisis coincide con el momento de movilizaciones contra la dictadura y las propuestas del movimiento teórico de reconceptualización de la profesión en América Latina. Ambas circunstancias pudieron inducir una crisis de la profesión en España de carácter ideológico que afectaba diversos ámbitos, como son la identidad profesional, los contenidos profesionales, el objeto de intervención y los modos de intervención (Colomer, 1990: 8).

Con esta preocupación se va a celebrar en Madrid en el año 1972 el segundo Congreso Nacional de Asistentes Sociales con el lema “*El Asistente Social y la evolución del Trabajo Social*”. En la apertura del Ministro de Trabajo, Licinio de la Fuente, su discurso oficial sigue reforzando el imaginario de una profesión “propia

¹⁸⁰ Las empresas industriales desarrollaban una obra social con los trabajadores y sus familias y contrataban asistentes sociales. Estas empresas merecían el calificativo de empresas modelo y se les premiaba con algunas ventajas sociales.

¹⁸¹ Según este estudio sobre la situación del Servicio Social dirigido por Jesús María Vázquez en Mayo de 1970 el número de titulados en Trabajo Social era ya de 4991 asistentes sociales.

de las mujeres” aludiendo a la existencia de unas cualidades genuinas de la mujer que “través de la profesión de asistente social, serán un medio más para lograr su plena integración en la sociedad, a través de una tarea tan noble y útil como ésta” (Congreso Nacional 1972: 29).

En la conferencia de apertura la presidenta de FEDASS, la trabajadora social Benita Llopis, se va a referir explícitamente a la crisis interna de la profesión en términos de división entre las corrientes “tradicionales” en la asistencia social heredada del franquismo e impregnadas de paternalismo y religiosidad, y la emergencia de otro tipo de ejercicio profesional de la “base”, inserto en las problemáticas asociadas al desarrollismo:

Hemos de ser conscientes de este momento de la profesión, con sus dudas y la diversidad de mentalidades en los grupos que la componen. La realidad la tenemos muy presente. Contamos con una gran riqueza de grupos que están desde hace unos años planteándose el futuro de la profesión. En las dos últimas Jornadas de Levante se han discutido los principios y valores de la misma. Quienes en el momento actual están dirigiendo, tanto Escuelas como grupos profesionales, no pueden olvidar las inquietudes de la base. (...) ¿Hemos de ahogar los sentimientos de quienes “sienten” en su propia carne muchas veces la inutilidad de la profesión? En modo alguno. Precisamente cuando algo se pone en crisis es que vive y se da cuenta de que “siente” y tiene problemas. Sabemos que hay malestar en muchos colegas. Sabemos que todavía no se ha desterrado la idea paternalista de nuestro trabajo y lo grave no es que los demás nos vean como paternalistas, sino que la realidad se “sea” y se actúe con mentalidad paternalista y esto...¿podríamos afirmar todos que no existe? Desgraciadamente no. Sabemos que todavía hay profesionales que intentan “adaptar” al individuo a una sociedad determinada. No es raro escuchar frases en las que se diga que el Trabajo Social ayuda a “integrar” al hombre en la Empresa (si se trata de dicho campo de actuación), cuando de sobra sabemos que para que exista verdadera integración entre dos partes debe haber “consensos” de objetivos. Es pues, alentador para todos pensar que por amor a una profesión y por amor a una sociedad hay asistentes sociales que se plantean de manera crítica su propia actitud y la de los profesionales en general. Porque quizá han llegado a entender la auténtica actitud y la conciencia crítica como la define Freire “es aquella caracterizada por estar abierta a lo nuevo, ser participativa, profunda en la interpretación de los problemas, comprometida con el hoy y el aquí, investigadora, responsable de sus actos, desprejuiciada y libre. (Llopis, 1972).

En estas palabras de apertura del congreso se justifica la elección de los temas a tratar por la necesidad de re-elaboración de nuevos sentidos que fortalezca el sentido y la identidad de la profesión. Los objetivos del congreso van a versar en torno a la toma de conciencia del contenido de la profesión y la de

descubrir la eficacia de la profesión a las personas ajenas al Trabajo Social, esa ardua tarea permanente en el devenir del Trabajo Social:

Los temas concretos elegidos no lo han sido al azar. A ninguno de nosotros se nos puede escapar la necesidad vital de profundizar en nuestro trabajo. ¿Qué hemos hecho? ¿En dónde estamos? ¿Para qué lo hacemos? ¿Cómo lo hacemos? ¿Hemos visto los resultados? ¿Son válidos hoy?”. (LLopis, B: 1972)

Se presentaron cuatro ponencias que giran en torno a los ejes articuladores de la crisis de la profesión: la situación actual del Trabajo Social, el Trabajo Social en el proceso administrativo, la investigación en el Trabajo Social y la formación.”. En este Congreso se hace explícita la idea del profesional del Trabajo Social como agente de cambio, promotor de cambios estructurales a partir de las reflexiones importadas del movimiento de reconceptualización latinoamericano. La ponencia denominada “*Situación actual del Trabajo Social*” de Elena Urrestarazu alude expresamente a la “reconceptualización latinoamericana” y a convertirse en “agente de cambio” como principios que orienten el hacer profesional.

E.11 (TS): “Recuerdo muy bien una ponencia en el Congreso que expresaba la necesidad de que los trabajadores sociales no debíamos contribuir a disimular la situación social en la que vivía parte de la población española. Se reivindicaba un nuevo rol del asistente social como agente de cambio”.

En las conclusiones del Congreso es recogida la referencia del profesional de Trabajo Social como agente de cambio y se evoca con el uso del término “concienciar” (FEDASS, 1972: 163-166). La ponencia “*Consideraciones sobre el Trabajo Social*” expresa en esa misma línea la necesidad de que los trabajadores sociales¹⁸² no contribuyan a disimular la irracionalidad de la situación social en la que viven las personas asistidas sino desvelar las injusticias. Para ello se apoya en el documento de Manresa (1971) y el Seminario Social de Milán (1971). En ambos se dice que el papel del Asistente Social debe orientarse con planteamientos de una educación para la libertad y el ejercicio de la crítica (Zamanillo, 1987). Se hace hincapié en la necesidad de ir a la causas de los problemas a través de la

¹⁸² Se cita en masculino ya que así se recoge en la ponencia.

investigación que nos sitúe en la realidad. También encontramos en las actas del congreso referencias a la necesidad de realizar un esfuerzo por definir mejor las actividades de los trabajadores sociales, diferenciándolos de otros profesionales de campos como la psiquiatría, el educativo, el sanitario, las mutualidades laborales, etcétera.

En las actas de estos dos primeros Congresos Nacionales se reiteran dos temas centrales; por un lado, el deseo de una re-construcción y de la identificación de una nueva identidad profesional y, por otro lado, se reivindica la necesidad de mejorar el estatus de la formación académica del Trabajo Social que posibilite una mayor proyección de la profesión hacia el futuro. El carácter reivindicativo está presente:

E.16 (TS/U): “Yo recuerdo que los primeros congresos fueron muy de tipo reivindicativo y de enfrentamientos, por así decirlo, de las que entonces éramos más jóvenes a las asistentes sociales tradicionales, con una perspectiva más de reivindicaciones o de participación, de lo comunitario y de ruptura con el trabajo tan individualizado y demás”.

Ya en la etapa democrática, en 1976, se celebra en Sevilla el tercer Congreso Nacional bajo el lema “*Acción Social y Trabajo Social*”. La cuestión de la identidad no es uno de los temas centrales y si lo es, por el momento socio-político, el despliegue de la acción social en distintos campos y colectivos de trabajo: educación, salud, familia, mayores, comunidad, administración, empresa, etcétera. Se aborda la relación a establecer entre la acción social y el Trabajo Social y se propone la necesidad de una revisión metodológica y técnica de la disciplina. Se había producido in-formalmente el cambio de la denominación de asistente social por la de trabajador social en la búsqueda de un nombre propio, aunque no oficialmente. Uno de los ponentes, González de Seara, de nuevo un varón y sociólogo como discurso de autoridad, es el que se encarga de contextualizar esta necesidad sentida y manifestada de una mayor profesionalización: “Los trabajadores sociales son unos profesionales que la sociedad industrial ha hecho necesarios, pero sólo lo serán en la medida en que sean profesionales capacitados para resolver los problemas que se le asignan” (Seara, 1976: 29).

Podemos afirmar que encontramos aquí similitudes con lo que fue el periodo de creación de las primeras escuelas de asistencia social y de la primera formación profesional a finales del siglo XIX y principios del XX, coincidente con el desarrollo de la sociedad industrial y la modernidad organizada (Wagner, 1997). En este periodo se otorga al Trabajo Social un lugar intermedio entre las demandas económicas y la ayuda social entendida en un doble sentido, se intenta ayudar y proteger a los excluidos a la vez que la sociedad industrial se protege disciplinando su malestar.

En este tercer congreso aparece insistentemente la demanda de cambio en el quehacer profesional y el necesario apoyo a la reforma social estando muy presente los ecos de la reconceptualización latinoamericana que no dejaba de interpelar fuertemente a la profesión¹⁸³. Esta reinvención política de la disciplina va a suponer hacer explícito un distanciamiento respecto a los referenciales religiosos tan importantes en la construcción de la profesión en el caso español y la defensa de una perspectiva más secular en la formación de Trabajo Social.

E.16 (TS/U): “El tema de la religión tenía mucho peso en ese momento en las escuelas de Trabajo Social y en las profesionales del Trabajo Social y entonces, por así decirlo, el enfrentamiento era entre lo religioso y lo político, entre la impronta católica que aquello tenía y los que defendíamos una perspectiva secular y una perspectiva con otro planteamiento político totalmente distinto, incluso marxista, en algunos momentos, fuerte, era una confrontación fuerte”.

En las actas del congreso encontramos críticas sobre la formación impartida en las escuelas de asistentes sociales y sobre la falta de iniciativa de las asociaciones profesionales. Muchas de las asociaciones de asistentes sociales estaban configuradas por antiguas alumnas y se fueron produciendo conflictos de poder entre posicionamientos más conservadores y posiciones reivindicativas acordes con los tiempos de cambio y de reforma que acompañaban a la transición política española.

¹⁸³ Para N. Aylwin (1986) en los años 60 y los primeros 70 se produjo un intenso proceso de reflexión y de transformación de la profesión del Servicio social tanto en Chile (país en el que se creó en 1925 la primera escuela de América Latina) como en toda América Latina, por las reformas estructurales que se desarrollaban y la influencia del marxismo. Desde la profesión se denunciaban las injusticias sociales producto de las políticas económicas, los servicios sociales arcaicos y las agonizantes vías de conocimiento para posibilitar un cambio social. En muchos países estas voces fueron apagadas por las dictaduras militares.

E.16 (TS/U): “En las asociaciones generales de asistentes sociales hubo golpes de manos fuertes, de los grupos por así decirlo que reivindicábamos una perspectiva distinta y que queríamos tomar la presidencia del ámbito profesional, o sea, cuestiones reivindicativas para intentar modificar la herencia ligada a la beneficencia...sí, sí, más bien se perdieron”

La presidenta de la FEDASS, Purificación Trigo Chacón, expresa en su discurso de clausura la inquietud por los desencuentros existentes en la profesión y termina su discurso haciendo un alegato a favor de la organización colegial donde se trabaje de forma conjunta por un interés común y se configure un espíritu de cuerpo profesional:

Las discrepancias siempre son deseables si hay armonía, interés y respeto, y aquí esto no se ha dado en ocasiones (...). Precisamente el quehacer democrático, que tanto ansiamos y buscamos, se basa precisamente en esto: libertad de opinión, sí, pero siempre con respeto al que discrepa, con tolerancia con quien no piensa igual. Sólo así se alcanza el verdadero diálogo, el diálogo fructífero del que dimanarán las soluciones.¹⁸⁴

La situación laboral de los profesionales es otro de los temas que aparece de forma reiterada al analizar las actas por la precariedad¹⁸⁵ en distintos sectores de trabajo como en Cáritas o la Administración Pública¹⁸⁶. No es casual que un año después de este congreso, en 1977, se crea por ley el cuerpo especial de asistentes sociales del estado¹⁸⁷ con una plantilla inicial de 113 plazas y con cometidos de ejecución de actividades de Trabajo Social en los puestos de servicios centrales y

¹⁸⁴ *Ibid*, pp. 380-382

¹⁸⁵ En las actas se menciona como tema pero en cuanto a datos es la investigación de Jesús M. Vázquez (1971) sobre la situación del Trabajo Social en España en 1970-71 la que nos aporta cifras. El porcentaje de profesionales que no disponía de contrato en 1970 los sitúa alrededor de un 53 por ciento, porcentaje que da cuenta de la debilidad de la profesión. Además un 30 por ciento de las personas que trabajaban sin contrato no lo habían solicitado y había trabajadoras que declaraban no haberlo solicitado (Vázquez, 1971: 187-188). No son muchos los estudios realizados para conocer la profesión en relación a la situación laboral en el siglo XX (Vázquez, 1971; Pardavila y Esnal, 1985), la mayoría tienen una dimensión territorial y son recientes (La Rioja 2007; Cataluña 2007; Araba, Bizkaia y Gipuzkoa 2006 y Castilla y León, 2008).

¹⁸⁶ En las parroquias la situación laboral era sumamente precaria, pues en muchos casos se carecía de contrato y en la Administración Pública, muchos de los contratos son de tiempo reducido.

¹⁸⁷ Ley 3/1977, de 4 de enero, de creación del Cuerpo Especial de Asistentes Sociales (BOE nº7, de 8 de enero de 1977. Aún se mantiene la denominación de Asistentes Sociales, se modificará con la incorporación de los estudios al ámbito universitario en la década de los ochenta.

provinciales del Ministerio de Gobernación¹⁸⁸. Con esta ley, el Trabajo Social comienza a ocupar un espacio propio en la función pública¹⁸⁹. En la década de los ochenta crecerá exponencialmente la contratación de trabajadores sociales en las administraciones públicas, lo que hará crecer la presencia de alumnado en las escuelas al obtenerse también el reconocimiento de diplomatura universitaria.¹⁹⁰

E.6 (TS/P): “Entre las funciones del cuerpo nacional estaban la de la gestión de las diversas ayudas y subvenciones del Fondo Nacional de Asistencia Social: ayudas individualizadas periódicas y no periódicas, ayudas de emergencia, ayudas a instituciones sin fin de lucro...Lo relevante fue que los informes se fueron implantando como informes preceptivos en la concesión de ayudas”.

Paradójicamente, el tercer congreso estatal tendrá una menor repercusión en la prensa que las Jornadas celebradas en Levante un año atrás,¹⁹¹ en 1975, en la ciudad de Valencia bajo el título *El Trabajo Social en el proceso de cambio*. Estas jornadas trascendieron por su énfasis en reivindicar e impulsar la figura profesional del asistente social como agente de cambio y así poder superar la imagen del trabajo benéfico y paternalista que estaba vigente en el imaginario social. En las actas de estas jornadas también se manifiestan voces contradictorias, ya que convivían sensibilidades y posiciones divergentes, entre reivindicaciones de un

¹⁸⁸ Antes de la creación del cuerpo como antecedentes la primera convocatoria a niveles oficiales de plazas de asistentes sociales la realiza el Patronato Nacional de Asistencia Social Psiquiátrica en 1960.

¹⁸⁹ Surgirá de la fusión de otros cuerpos como el de Instructores Visitadores de Asistencia Pública (1947), que tenían las funciones de los antiguos cuerpos de Inspectores Visitadores e Instructores Visitadores de Asistencia Pública.

¹⁹⁰ Según fuentes del MECD (2017); en el curso 1985-86 el alumnado egresado en Trabajo Social en la UCM fue de 181 (146 mujeres y 35 hombres) y en el siguiente curso 1986-1987 el número pasa a ser de 474 (411 mujeres y 63 hombres). Son años de despegue tras la conquista del reconocimiento universitario de la titulación en 1983.

¹⁹¹ Las Jornadas de la zona de Levante dan nombre a varias Jornadas que entre 1967 hasta 1975 celebraron conjuntamente las asociaciones de asistentes sociales de Baleares, Cataluña y Valencia. La documentación sobre estas jornadas es amplia. Durante los últimos años de la dictadura franquista fueron un lugar importante de debate entre las profesionales. Las primeras fueron convocadas por la Asociación de Visitadoras Sociales Psicólogas con el nombre de I Reunión de Profesionales de la Zona de Levante en el año 1967 en Barcelona (resulta llamativo que empieza a calificarse como profesional cuando aparece la psicología). Las segundas jornadas convocadas por la misma asociación se celebraron en Tarragona en octubre de 1968 con el tema “*Aspectos reales del Trabajo Social actual en la zona de Levante*”. Las terceras jornadas se realizaron en Palma de Mallorca en el año 1970 con el título “*Problemática actual del Asistente Social en el ejercicio de la profesión*”. En el año 1971 el lema de las jornadas fue “*El Trabajo Social ahora y aquí*” y no se volvieron a convocar hasta abril de 1975.

Trabajo Social con dimensión política y aquellas que opinaban que la intervención del Trabajo Social en el proceso de cambio político era una opción personal, sin que tuviera que darse un posicionamiento político (Colomer, 2009).

En septiembre de 1977 se celebran las III Jornadas de Asistentes Sociales en Pamplona que van a resultar muy relevantes para el despegue de la profesión en la década de los ochenta así como un importante punto de inflexión en la consolidación de la profesión en España y el desarrollo de una episteme del Trabajo Social. Se debate aquí acerca del objeto de la profesión, y se busca la objetivación del campo donde opera el Trabajo Social a través de métodos y técnicas propias (Martin Estalayo, 2012). Suponen un punto de inflexión porque de estas Jornadas nacerá una nueva definición de la necesidad social y de los recursos a movilizar, a partir de una desvinculación de la relación exclusiva del Trabajo Social con la marginación y con una apuesta por el municipio como institución fundamental para el desarrollo de una política de integración social. Estas jornadas presentan un modelo de articulación del nuevo Sistema Público de Servicios Sociales en España que se seguirá como hoja de ruta en los años ochenta durante el gobierno socialista de Felipe González. Se manifiesta una clara conciencia de participación en el proceso de cambio político y en la construcción del desarrollo de la política social en España. En la presentación de las Jornadas se afirma:

La nueva situación socio-política que se ha iniciado en el país, caracterizada por la exigencia de transformaciones democráticas a todos los niveles, sitúa la celebración de estas Jornadas en la apertura de una nueva etapa para el Trabajo Social, cuya trayectoria dependerá fundamentalmente de la actitud científica y el grado de cohesión que logremos, en base a todos los presupuestos que nos unen; lo que posibilitará planificar y ejecutar la actividad profesional con realismo y eficacia, contribuyendo en el marco de las Ciencias Sociales al progreso y bienestar social (Gil Parejo, 2004: 46).¹⁹²

Hay consenso en reconocer que las jornadas de Pamplona significaron un hito en la reconceptualización de la disciplina (a la española) por el deseo mostrado por el colectivo profesional de distanciarse de la actitud paternalista y reforzar una

¹⁹² Manuel Gil Parejo recoge y analiza materiales de las III Jornadas Nacionales de Asistentes Sociales, popularmente conocidas como las Jornadas de Pamplona y que se celebraron del 26 al 28 de septiembre de 1977.

identidad profesional¹⁹³. En palabras de Patrocinio de las Heras¹⁹⁴, se pretendía aunar esfuerzos y estrategias profesionales y sociales, teniendo en cuenta los principios, metodología y ética del Trabajo Social heredados, y a la vez planteando la reformulación de nuestro quehacer profesional a la luz de las ciencias sociales y ante la oportunidad de la construcción del Bienestar Social en España (Las Heras, 2000: 45-46). El contenido teórico del Trabajo Social se concreta de la siguiente forma: “El campo de intervención profesional- Acción Social-; su objeto, las necesidades sociales en su relación con los recursos aplicables a las mismas; su objetivo –Bienestar Social-; su marco operativo- Servicios Sociales” (De las Heras y Cortajarena, 1979: 174).

Este esquema supuso para los asistentes sociales españoles un marco conceptual mucho más definido dando un carácter técnico a la profesión y pudiéndose así distanciarse de la etapa paternalista y asistencial. Además introducía a las profesionales en un marco interdisciplinar para el tratamiento de las necesidades sociales en su contexto socio-político, compartiendo la intervención con otros profesionales y rompiendo el aislamiento del asistente social. Se sitúa a la disciplina en la dinámica del cambio planificado desde una perspectiva de aplicación práctica. Se reconoce en la Jornada una clara voluntad de conquistar espacios del bienestar social que proporcionen a los asistentes sociales una identidad profesional (Zamanillo, 1987).

Producto de las Jornadas de Pamplona de 1977 es la publicación en el año 1979 del libro *Introducción al Bienestar Social* de Patrocinio de Las Heras y Elvira Cortajarena que será un referente en las instituciones formativas casi a modo de

¹⁹³ Las Jornadas tuvieron presencia en los medios de comunicación. Uno de los titulares que hemos encontrado en el periódico El Norte Exprés, el 5 de octubre de 1977 en un artículo firmado por M.A.F. tiene como titular. “Las Asistentes sociales buscan su identidad en una sociedad en cambio”.

¹⁹⁴ Patrocinio de las Heras es un referente histórico de los servicios sociales en España. Fue directora General de Acción Social en la década de los ochenta y fue nombrada cuando ocupaba la presidencia del Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales. En 1987 se aprobó el Plan Concertado de prestaciones básicas como vía de financiación de los servicios sociales en España a través de las Comunidades Autónomas, Diputaciones y Ayuntamientos. Muchas de las iniciativas que se irán implantando durante toda la década en materia de Servicios Sociales en el gobierno de la nación y en la mayoría de las Comunidades Autónomas tiene su base en las propuestas que se venían formulando en la Comisión de Servicios Sociales del PSC-PSOE que se constituyó en el verano de 1978 con la participación de asistentes sociales.

“catecismo”. El contenido de este libro gira en torno a tres grandes áreas: la primera, destinada a desarrollar y analizar el concepto de acción social, sus formas históricas, el concepto de bienestar social y la política social recién instaurada. La segunda planteaba una primera definición y clasificación de los servicios sociales, así como un análisis del trabajo social como disciplina y de los asistentes sociales como profesionales de los servicios sociales. La última área analiza el municipio como referente fundamental en el desarrollo de la acción social y el bienestar social. Este texto se convierte en una referencia básica también para los profesionales. La valoración de la relación necesidades sociales/recursos sociales exige la intervención del profesional del Trabajo Social como profesional de referencia en el marco de los servicios sociales, que es el campo donde se objetiva la acción social. Se considera necesario reconvertir las instituciones y recursos heredados de la beneficencia pública en un nuevo sistema que habría que crear; los servicios sociales como marco operativo propio de los asistentes sociales.

E.6 (TS/P): “Este libro, llamado en la profesión “*libro de las casitas*” por su portada, tuvo una influencia real, no sólo para los profesionales del Trabajo Social, sino también para políticos, funcionarios y profesionales que a lo largo de la década de los 80 tomaron este texto como referencia para la puesta en marcha”.

Cuadro 5: Congresos y encuentros de Trabajo Social en el periodo 1968-1977.

Congreso/Jornada	Título	Principales ejes temáticos	Organización
I Congreso (1968) Barcelona	<i>Definición de funciones, formación superior, estatuto y deontología</i>	-Terminología -Definición de funciones -Formación superior -Status e ideología	Ponencias (4)
II Congreso (1972) Madrid	<i>El asistente social y la evolución del Trabajo Social</i>	-Situación del Trabajo Social -El Trabajo Social en el proceso administrativo -Investigación en Trabajo Social -Formación para el desempeño eficaz	Ponencias (4)

Jornadas (1975) Valencia	<i>El Trabajo Social dentro del proceso de cambio</i>	-Objetivos del Trabajo Social -El Trabajo Social dentro del proceso de cambio	A partir de cuestionarios de las Asociaciones provinciales
III Congreso (1976) Sevilla	Acción Social y Trabajo Social	-Pautas y directrices teóricas de la Acción Social.	Mesas Redondas (8)
Jornadas (1977) Pamplona	Del paternalismo a la identidad profesional	-Realidad del Trabajo Social y perspectivas generales -Política Social pública sujeta a derecho -Reformulación ideológica	A partir de cuestionarios de las Asociaciones provinciales

Además de los Congresos y Jornadas que hemos mencionado a lo largo de esta década se van desarrollando diversos seminarios y encuentros profesionales de carácter formativo en los que se reiteran dos cuestiones: la demanda de inclusión de los estudios de trabajo social en la universidad y la preocupación por los métodos de trabajo a modo de instrumentos para la intervención social. La publicación unos años antes del texto de Montserrat Colomer titulado el “*Método básico y trabajo social*” (1973) ya daba cuenta de dicha preocupación y representa otro texto de referencia para la profesión al plantear una metodología básica de intervención. El texto se convierte en otro de los libros de texto clave en las instituciones formativas.

Por tanto, asistimos en los años setenta a una renovación teórica motivada por las ganas de superar la voluntariedad e informalidad que había estado y aún estaba muy presente en el ejercicio profesional. También se produce en esta década la legitimización de la joven organización colegial de trabajadores sociales que se da a conocer y se sustenta, además de en la organización de los congresos, en la demanda de mayor reconocimiento a través de la intervención vía parlamentaria. En esta estrategia se orientaron distintas acciones, la primera fue la batalla por la eliminación del término beneficencia pública del texto definitivo de la Constitución de 1978 apareciendo en su lugar el término asistencia social¹⁹⁵ y,

¹⁹⁵ Aunque el contenido ya estaba aprobado en el Congreso de los diputados, quedaba el trámite en el Senado. El texto remitido a la prensa por la FEDASS y dirigido a los grupos parlamentarios, a diversas instituciones así como a personalidades relevantes será atendido y visibilizado por el

después, durante la primera legislatura democrática con la búsqueda de diputados aliados¹⁹⁶ para lograr un mayor reconocimiento de la profesión y la incorporación de los estudios de Asistente Social a la Universidad.

Analizando la situación del momento de los estudios de asistente social y de las escuelas de asistentes sociales, éste parlamentario denuncia la posición de asimetría de poder ante la que se enfrenta la disciplina. Plantea que los asistentes sociales pueden aparecer como una profesión claramente marginada, no solamente por la falta de un reconocimiento profesional, sino además por la falta de medios para canalizar y enfocar las soluciones que las necesidades sociales diariamente les demanda. (Mendizabal y Uriarte, 1978: 3.296)¹⁹⁷.

Encontramos en el discurso de este diputado una idea fuerza que se incorporará en parte en la búsqueda de identidad de los servicios sociales, la de la aplicación de soluciones a las necesidades sociales a través de la figura de los asistentes sociales que se constituyen así en intermediarios entre la pobreza y el orden social. En el año 1979 es el grupo parlamentario socialista del Congreso el que presenta también una proposición no de ley sobre la transformación y clasificación como universitarios de los estudios de Trabajo Social, la creación del título de diplomado en Trabajo Social y la transformación de las escuelas de asistentes sociales¹⁹⁸. Esta proposición del grupo socialista es un claro reforzamiento de la posición del Trabajo Social que tendrá continuidad en la década posterior. En los años ochenta se produce el desarrollo del mapa de los servicios sociales, la aprobación de las leyes autonómicas de servicios sociales y la puesta en marcha del plan concertado de servicios sociales en 1988.

Senador Martín-Retortillo Baquer, quien presentará una enmienda que será aceptada para hacer desaparecer el término beneficencia pública. En su lugar apareció el término asistencia social y será una competencia propia a desarrollar por las comunidades autónomas. La organización profesional trabajará, a partir de alianzas con el grupo parlamentario del PSOE, hacia la búsqueda de un espacio profesional que se identifique como propio del Trabajo Social: los Servicios Sociales

¹⁹⁶ Este fue el caso del diputado Pedro de Mendizábal y Uriarte, del grupo parlamentario de Alianza Popular, que expone ante el Congreso de los Diputados la defensa de la incorporación de los estudios de Asistente Social a la Universidad. Boletín de las Cortes, núm. 152, de 25 de septiembre de 1978

¹⁹⁷ Boletín de las Cortes, núm. 152, de 25 de septiembre de 1978

¹⁹⁸ Boletín Oficial de las Cortes Generales Congreso de los Diputados. Serie D: interpelaciones, mociones y proposiciones no de ley, núm. 161-I, de 18 de octubre de 1979, 389-391.

Este trasvase del debate promovido por la organización colegial acerca de la re-definición de la profesión al ámbito parlamentario es expresión de un proceso que anuncia un nuevo espacio profesional, los Servicios Sociales, y que reclama un nuevo espacio académico. El nuevo espacio que se dibuja, los Servicios Sociales, paradójicamente será uno de los mayores logros de las reivindicaciones profesionales del Trabajo Social y a la vez causa de crisis en la profesión. Así es recogido en publicaciones que hacen referencia a esta etapa (Barbero, 2002 y Brezmes, 2008).

En referencia a la presencia de la cuestión de género en los encuentros profesionales analizados, esta presente y no encontramos confluencias entre el Trabajo Social del momento y el movimiento feminista. Una excepción es la ponencia que Patrocino de las Heras, presidenta de la FEDASS, presentó en 1979 en las II Jornadas de la Mujer de Granada en la que vinculaba la liberación de la mujer con la existencia de un Estado de bienestar. Sobre este desencuentro Patrocino de las Heras manifestará su valoración:

Cuesta mucho hacer entender esto, porque el movimiento feminista en España ha estado viendo a los Servicios Sociales como aquello que se dedica a lo marginal, no como aquello que resuelve algo que es vital para la liberación de la mujer, que es la convivencia, es decir; que ella es el agente social básico de la convivencia familiar, que todas las necesidades sociales las ha cubierto ella. Le ha costado mucho entender al movimiento feminista que el sistema sanitario le liberó de la atención a los enfermos; el sistema educativo, de la capacitación y formación de sus hijos y éste sistema nuevo que nosotras veníamos reivindicando desde el año 1972, le iba a liberar de las atenciones sociales a los niños, a los mayores, a los minusválidos. (Citado por Bravo Sueskun, 2012: 280).

El problema de “entendimiento” entre el Trabajo Social y el Feminismo se mantendrá hasta finales del siglo XX. El ámbito de los Servicios Sociales no ha tenido alta relevancia política para el feminismo hasta la década de los noventa. Y será en esa misma década cuando encontremos en el seno del Trabajo Social las primeras manifestaciones de la necesidad de iniciar una tarea reflexiva sobre la incorporación de la perspectiva de género, momento en el que se institucionalizan las políticas de igualdad en España.

5.3 La Transición de las Instituciones Formativas: de Escuelas de Asistentes Sociales a Escuelas Universitarias de Trabajadoras Sociales

El desarrollo de las instituciones formativas del Trabajo Social transcurre de forma simultánea al proceso de profesionalización del mismo. Coincidimos con Santos (2012: 38) en que para comprender la transición del Trabajo Social español es necesario analizar el desarrollo de las instituciones formativas y su evolución.

Será a partir de los años sesenta, en la época del desarrollismo que provocará el surgimiento de problemas sociales derivados de la industrialización¹⁹⁹, cuando se pongan en marcha nuevas estrategias de tratamiento de los problemas sociales desde las administraciones públicas. Entre otras consecuencias, tendrán lugar las primeras incorporaciones de asistentes sociales a las administraciones públicas y un mayor desarrollo de los estudios de asistencia social, siendo un hito el reconocimiento oficial de los estudios en 1964²⁰⁰ y la creación de la primera Escuela Oficial de Asistentes Sociales en Madrid quedando todas las escuelas del país supeditadas a ésta para la obtención del título oficial²⁰¹. El reconocimiento viene tras el boom del nacimiento de escuelas de asistentes sociales: entre 1955 y 1964 se crearon cuarenta (Gómez y De Castro 1981: 6). Según Vilas (1963: 104) existen realmente treinta y tres y de ellas veintitrés pertenecen a la Confederación Católica de Escuelas de la Iglesia de Servicio Social (CEEISS)²⁰², cinco a la Sección Femenina, dos a la Congregación de las Hermanas Hospitalarias, una a la Hermandad de Trabajo y otra al Instituto de Estudios Sociales del Opus Dei. Es una característica del sistema educativo español de la época la presencia de la Iglesia en la educación formal y en el caso de los estudios de Trabajo Social resulta muy patente la fuerte vinculación con el catolicismo. Un ejemplo es la Escuela de

¹⁹⁹ Según manifiesta *Guijarro et al.* (1968, 18-20) cuatro son los grandes grupos de problemas que suelen describir los sociólogos: problemas de subsistencia, problemas de anomia social, problemas de inadaptación social y problemas de integración social, que están en relación con los planes de desarrollo implementados.

²⁰⁰ A partir de la promulgación del Decreto 1403/1964, la posesión del título será indispensable para el ejercicio de la profesión de asistente social.

²⁰¹ Una vez cursados los estudios para la obtención del título era obligatorio superar una prueba final de carrera.

²⁰² Posteriormente se llamará FEISS (Federación de Escuelas de la Iglesia de Servicio Social).

Asistentes Sociales “San Vicente de Paul” de Pamplona, y fundada en 1960. El centro depende del Arzobispado de Pamplona y según testimonio de una alumna de su primera promoción “(...) se creó a demanda de los párrocos de los barrios de Pamplona que estaban desbordados por la problemática social que les llegaba aparejada a la población inmigrante que se fue asentando en los barrios” (Citado por Bravo Sueskun, 2012: 277). En un artículo publicado en el Diario de Navarra en 1963 presenta una radiografía sobre las características de una Escuela de Asistentes Sociales:

“En la escuela, un grupo nutrido de jóvenes (sobre la base de una cultura previa, y dirigida por manos expertas) amueblan sus mentes y realizan una intensa práctica social, durante tres años, con la mejor ilusión de “hacer Iglesia” entre quienes más necesitados andan en su amparo. La escuela no se propone la formación universitaria de sus alumnas; resultaría innecesaria. Se trata de una técnica aplicada y, por ello, de asimilar los conocimientos básicos, de índole sanitaria y laboral, para moverse, con acierto, por el complejo campo de las relaciones humanas” (Diario de Navarra, 09/08/1963).

Esta tónica confesional ha marcado durante muchos años el contenido de los estudios y el desarrollo de las instituciones formativas y, sobre todo, la orientación dada a las actividades profesionales (Banda, 2017: 145). La figura profesional de asistente social cumplía un importante papel paliativo dirigido a suavizar las contradicciones del desarrollismo favorables a las clases dominantes. Esta orientación estaba apoyada por la Iglesia, aunque paralelamente sectores progresistas de la propia Iglesia manifestarán la gravedad de las profundas diferencias estructurales en el país, lo que explica que sea la propia Iglesia y las propias mujeres asistentes sociales la que hablen de la “cuestión social”.

Para atender el reverso del desarrollismo se demandan soluciones técnicas ante los problemas emergentes, como el crecimiento caótico de las ciudades y las oleadas de emigración, lo que hace que vaya dándose un cierto reconocimiento oficial al Trabajo Social por el Estado aunque haya quedado al margen de su reconocimiento como estudios universitarios. A finales de la década de los sesenta, las profesionales comenzaron a encontrarse con la problemática de los barrios en las periferias de las grandes ciudades y la necesidad de intervenir en los mismos. Esto significará también un cambio en el perfil social de las alumnas; ya no era la

búsqueda de un título para no ejercer. Va surgiendo otro tipo de Trabajo Social que se distancia del que se venía ejerciendo bajo un fuerte paternalismo y religiosidad, profesionales activistas, con compromiso en los barrios difíciles y que querían generar una mayor implicación de la administración pública. Según Colomer (2009: 68-69), en los años sesenta, los asistentes sociales son los únicos profesionales que trabajaban en los barrios apoyando a los vecinos en sus reivindicaciones, insertándose la profesión en la problemática social del momento, especialmente en los núcleos barriales que sufrían graves carencias. En cambio, según Roldán y García (2010: 138)²⁰³, las escuelas de asistentes sociales de la época no participaron ni colaboraron en movimientos sociales y políticos críticos con el régimen franquista, sino, más bien, consideraban que predominaba su función de transmisora y defensoras de la ideología dominante.

Este nuevo perfil de alumnado y de profesionales manifestará una preocupación por la formación recibida y el reconocimiento universitario. Encontramos que son dos los temas recurrentes en todos los encuentros profesionales que se celebran y que había sido ya mencionado en la conferencia inaugural del I Congreso Nacional de Asistentes Sociales de 1968:

La profesión ha sido oficialmente reconocida. Las actuales escuelas mejoran poco a poco sus niveles de enseñanza, se forman grupos de educación postescolar, se pone en marcha este primer Congreso Nacional. Pero hay que ir más lejos. Hay que ir a la enseñanza superior, o bien elevamos nuestras escuelas de trabajo social a nivel de escuelas técnicas superiores, o bien integramos el trabajo social en unas futuras Facultades de Ciencias Sociales. Quizás la segunda idea, que no me limito a lanzar escuetamente sea la más sensata. En tales facultades, los trabajadores sociales de mañana estudiarán sus cursos comunes con psicólogos, sociólogos, economistas y antropólogos, para pasar luego a especializarse en sus departamentos especiales. La escuela de trabajo social más famosa de los Estados Unidos es parte de una Universidad, la de Chicago, conocida por su dedicación casi exclusiva a estudios superiores y de investigación. (Giner, 1969: 33).

Las profesionales manifiestan su descontento con la formación recibida en las escuelas tal y como encontramos en el III Congreso celebrado en 1976. Un grupo

²⁰³ Basándose en el análisis de las tesinas de fin de estudios (1938-1983) que se hicieron en la Escuela de Asistentes Sociales de Madrid.

de asistentes sociales de Madrid presenta una comunicación²⁰⁴ muy crítica con la marcha del Trabajo Social en España, contra la “deficiente” formación impartida en las escuelas de Asistentes Sociales y contra la propia FEDAAS.

Y es también en este momento cuando se empieza a generar nuevas actividades formativas como ocurre en Barcelona con el Grupo de Investigación destinado a la formación permanente de asistentes sociales (G.I.T.S.), que se crea en 1973 convirtiéndose en un referente. También forma parte de este impulso formador el contacto con profesionales extranjeros que vienen a España con la ayuda de Naciones Unidas para impartir seminarios sobre Trabajo Social individualizado, grupal y comunitario²⁰⁵.

Hacia finales de los años setenta se contabilizaban un total de treinta tres escuelas y un alumnado total de 3164²⁰⁶. Según las Bases del Proyecto de Decreto, por el que las escuelas de asistentes sociales se integran en la universidad como escuelas universitarias, la distribución es la siguiente: una escuela estatal situada en Madrid; 32 escuelas privadas, de las cuales 23 pertenecen a la Iglesia y están agrupadas en la FEISS; cuatro dependientes de distintos organismos²⁰⁷; cuatro dependientes de la extinguida Secretaria General de Movimiento y una dependiente de la Universidad Laboral de Zaragoza²⁰⁸ (Simó,1978). Algunas escuelas no pudieron abordar los cambios que tenían que acometer cuando se reconocieron oficialmente los estudios y desaparecieron y para otras será la oportunidad de llevar a la práctica una concepción transformadora, dotándose de fuentes bibliográficas provenientes mayoritariamente de autores latinoamericanos²⁰⁹.

²⁰⁴ Recogida en Memoria del III Congreso Nacional de Asistentes Sociales, 1976: 378-379.

²⁰⁵ Profesionales como Ana Giambruno, Helen Cassidy o Marco Marchioni.

²⁰⁶ Informe sobre la transformación de las escuelas. Punto 6: centros existentes (Simó 1978, 17-18).

²⁰⁷ Son conocidas como escuelas independientes: la de Oviedo (Diputación Provincial), la de Santander (Academia Politécnica), las de Lérida y Logroño (Cruz Roja Española).

²⁰⁸ La escuela de Zaragoza pertenece a la Universidad Laboral desde 1972,

²⁰⁹ Uno de las obras más estudiadas será la de *Pedagogía de los oprimidos* (1970) de Paulo Freire. También serán estudiados autores como Natalio Kisnerman y Ezequiel Ander-Egg.

El reconocimiento del nivel universitario de los estudios se logrará después de años de reivindicaciones. La promulgación de la Ley General de Educación de 1970 dejó a los estudios de Asistente Social sin clasificar, quedando éstos en un vacío legislativo. Pero en el contenido de la ley se recogían tres posibilidades de clasificación futura: integrar a las escuelas como Escuelas de Enseñanza Profesional, como Escuelas de Enseñanza Especializada o como Escuelas Universitarias. Los colectivos vinculados al Trabajo Social optaron por luchar por esta última, como ya había ocurrido con los estudios de magisterio y las escuelas de ayudantes técnicos sanitarios. Se llevaron a cabo diversas protestas; encierros, paros académicos, escritos (Porcel, 1980). Finalmente en agosto de 1981 se reconoce el nivel universitario para los estudios de Trabajo Social con la aprobación del Real Decreto 1850/1981. Años después comenzará la lucha por la consecución de la Licenciatura ya que no sería posible contribuir al crecimiento de la profesión sin alcanzar el segundo y tercer ciclo universitario.

Con la incorporación a la universidad, se gana legitimidad y reconocimiento para lograr el desmarque con las “marcas” de la etapa franquista. Zamanillo explica que los asistentes sociales españoles vivían aún en este periodo entre la impotencia ante una demanda educada en los principios de la beneficencia y su falta de formación para combatir los problemas sociales con mayor grado de tecnificación (Zamanillo, 1987). A lo largo de los años ochenta se va a producir la transformación de las instituciones formativas. Se produce la incorporación de la disciplina a las universidades públicas y privadas, lo que favorecerá la secularización en el Trabajo Social. Esta incorporación supone un paso importante en la construcción de un territorio identitario que pasaba necesariamente por el distanciamiento de su lugar de origen. Induce también nuevos retos como abordar el déficit en investigación que se manifestaba claramente en la carencia de bibliografía en las materias de la profesión (Banda, 2017: 151). Entre 1975 y 1981 sigue siendo una constante la pobreza bibliográfica y la única revista propia es la revista catalana *Treball Social* que comienza a publicarse en 1969.

5.4 El Trabajo Social en la reorientación de la Política Social: de la Asistencia Social al Sistema Público de Servicios Sociales

El franquismo había legado un sistema de bienestar raquítico e inspirado en principios corporativistas, conservadores y subsidiario de la familia. En el periodo de la Transición Política, la primera reforma importante se produce en el año 1977 cuando las competencias en materia de Asistencia Social son transferidas desde el Ministerio de Gobernación al de Trabajo²¹⁰. Se crea también la Dirección General de Asistencia y Servicios Sociales que va a integrar las anteriores de Asistencia Social, en el Ministerio de Gobernación, y de Servicios Sociales, en el Ministerio de Trabajo. Posteriormente, al crearse el Ministerio de Sanidad y Seguridad Social, pasa a depender de éste con el nombre de Dirección General de Servicios Sociales. Este cambio es muy importante porque supone la unificación de una duplicidad administrativa, pero, sobre todo y a nivel simbólico, porque se desligan las funciones de Acción Social del Ministerio de Gobernación (denominado posteriormente de Interior), lo que supone una ruptura entre el vínculo de la ayuda con el control social propio de la cartera de interior. Además en el plano de la semántica se pasa formalmente de la denominación Asistencia Social a la de Servicios Sociales con lo que implica no solo un cambio de categorías conceptuales sino sobre todo de representaciones acerca de los modelos de intervención social hegemónicos.

La segunda reforma, de fuerte significado político, tiene como objeto la desaparición de las administraciones paralelas, como eran el Movimiento y la Organización Sindical, dando lugar a la disolución de las instituciones benéfico-asistenciales y medidas de reubicación administrativa de las mismas. Las instituciones procedentes del Movimiento pasan a la administración pública por Real Decreto Ley 23/1977, de 1 de abril, quedando integradas en el Ministerio de Cultura, nucleando los antecedentes del Instituto de la Juventud e Instituto de la Mujer. Las instituciones procedentes de la Organización Sindical se integran en la Administración a través del organismo autónomo Administración Institucional de

²¹⁰ Por el Real Decreto de 15 de abril de 1977. El 4 de julio del mismo año se re-adscriben al recién creado Ministerio de Sanidad y Seguridad Social.

Servicios Socio-profesionales, que fue creado por el Real Decreto 906/1978, de 14 de abril, y se transfieren a diversos departamentos ministeriales por criterios de afinidad funcional: los Centros Asistenciales Sindicales a la Dirección General de Servicios Sociales del Ministerio de Sanidad y Seguridad Social, Colocación al Servicio de Empleo y Acción Formativa al Ministerio de Trabajo, a través del organismo autónomo Instituto Social de Tiempo Libre, ya suprimido.

La tercera reforma está relacionada con los acuerdos económicos y políticos de 1977, conocidos como los Pactos de la Moncloa, que fijan la participación del Estado en el Presupuesto de la Seguridad Social en un 20% para el año 1983 y el Real Decreto Ley 36/1978, de 16 de noviembre, de Gestión Institucional de la Seguridad Social, la Salud y el Empleo, viene a dar cobertura legal a los acuerdos. En la exposición de motivos se indica que:

El Estado se reintegra de funciones que había asumido la Seguridad Social y que no son propias de la misma, tales como las referidas a empleo, educación y servicios sociales más propias de un concepto de servicio público que no del delimitado acotamiento de prestaciones de la Seguridad Social.

Esto va a suponer la adopción de medidas como la creación del Instituto Nacional de Servicios Sociales en 1978 que nace para gestionar los servicios complementarios de las prestaciones de la Seguridad Social y se convierte en otro hito en el desarrollo de los servicios sociales por el carácter de público y universal de dicho Instituto. Estas reformas están orientadas al desarrollo de los servicios sociales en España e ilustran la dificultad de definir el concepto de servicios sociales al estar éstos insertos en distintos programas y políticas de desarrollo social. Como dice Demetrio Casado:

Los servicios sociales, como todo lo social, no son elementos reales estables, ni siquiera en una determinada cultura o civilización. En un supuesto de estabilidad estructural, una misma demanda social puede generar respuestas alternativas. Pero a mayores, es el caso que la realidad social es inestable hasta en sus estructuras básicas, y con ellas cambian las necesidades humanas y las respuestas culturales a las mismas, incluidos los servicios sociales que viene experimentando no pocas transformaciones. (Casado, 1985: 91).

El concepto de servicios sociales desde los años cincuenta del siglo XX se refiere a factores como el de integración, bienestar social o desarrollo de los individuos y ha sido definido desde perspectivas ideológicas y conceptuales

diversas. En 1961, la Carta Social Europea²¹¹ en su articulado contempla los servicios sociales como "...servicios que, utilizando los métodos de un servicio social, contribuyen al bienestar y al desarrollo de los individuos y de los grupos en la comunidad, así como a su adaptación o entorno social". Las Naciones Unidas definen los servicios sociales en 1963 como "aquellas actividades organizadas cuyo objetivo es ayudar a la adaptación recíproca entre los individuos y su ambiente social" (Naciones Unidas, 1963: 2). Posteriormente en el año 1980 el Consejo de Europa define los servicios sociales como:

(...) todos los organismos que tienen por misión aportar una ayuda y una asistencia personal a individuos, a grupos o a comunidades al objeto de facilitarles la integración a la comunidad; se excluyen los servicios que se ocupan únicamente de asegurar cierto nivel de vida por medio de la atribución de prestaciones en dinero o en especie. (Consejo de Europa, 1980: 11).

De estas definiciones podemos concluir que se van vertebrando los servicios sociales como elemento fundamental de las políticas sociales. Un principio de universalidad va a caracterizar a los servicios sociales que se transforman en servicios públicos y prestaciones que se dirigen potencialmente a toda la ciudadanía. A su vez, se produce una ampliación de los niveles de intervención, desde lo individual a lo comunitario, como instrumentos de adaptación e integración. En España, tras la aprobación de la Constitución de 1978, se produce un importante salto cuantitativo y cualitativo respecto al modelo benéfico de la etapa de la dictadura y un cambio de modelo desde lo asistencial a la configuración de un nuevo marco legal de los servicios sociales. Se entra en una nueva fase político-económica que en la configuración del modelo legal estará definido por los Estatutos de Autonomía, las leyes regionales de servicios sociales y la ley 7/1987 de 2 de Abril, reguladora de las bases del régimen local.

²¹¹La Carta Social Europea fue hecha en Turín en el seno del Consejo de Europa el 18 de octubre de 1961 y fue ratificada por España el 29 de abril de 1980, constituyéndose en la declaración de derechos sociales más completa en el ámbito europeo. Posteriormente a su aprobación en 1961, fue enriquecida por tres protocolos de 1988, 1991 y 1995. España ratificó los protocolos de 1998 y de 1991 pero no el de 1995. En el año 1996 se produce una profunda revisión de la Carta Social Europea dando lugar a la Carta Social Europea revisada.

Son escasas las referencias de la Constitución Española de 1978 a los servicios sociales²¹² debido a la poca visibilidad conceptual de los servicios sociales en el momento de elaborarse el texto constitucional. Pero si hubo un hecho durante la redacción del texto constitucional que otorgó reconocimiento y legitimidad a la profesión a través de la FEDASS: la ya citada batalla por la eliminación del término beneficencia pública del texto definitivo, y en su lugar, que apareciera el término asistencia social.

Tras las elecciones municipales de 1979, uno de los retos de los ayuntamientos democráticos fue hacerse cargo de los escasos servicios del pasado, siendo uno de los primeros retos reformarlos para crear y desarrollar un nuevo sistema de servicios sociales. Se optó por una vía intermedia entre el pragmatismo reformista y el voluntarismo idealista. Los centros de servicios sociales de barrio serán el referente de los nuevos diseños definidos como centros polivalentes y orientados a la promoción y desarrollo del bienestar social de todos los ciudadanos, pero con escasez de recursos. Los trabajadores sociales viven este proceso con entusiasmo, dedicación y protagonismo según se recoge en los testimonios de las y los protagonistas. Desde el ámbito profesional se definen ámbitos competenciales propios y se prima la atención al usuario en el despacho y las prestaciones económicas y técnicas. La prestación de atención social por parte de los trabajadores sociales será una de las más importantes que contempla el nuevo sistema. En este proceso se busca la inspiración en otros países europeos y se sigue una definición técnica de los servicios sociales:

La rama de actividades denominadas servicios sociales tiene como objetivo el bienestar individual y social, para el presente y para el futuro, que procura sobre todo mediante la ayuda personal polivalente, al servicio de la cual provee prestaciones individuales y otras actividades, ambas de carácter técnico (no monetarias desvinculadas), formalizadas en algún grado y producidas y dispensadas mediante diversos regímenes institucionales. (Casado, 2007:36).

²¹²La única referencia explícita es la que aparece literalmente en el artículo 50, con una utilización en sentido amplio: “Los poderes públicos garantizarán, mediante pensiones adecuadas y periódicamente actualizadas, la suficiencia económica a los ciudadanos durante la tercera edad. Asimismo, y con independencia de las obligaciones familiares, promoverán su bienestar mediante un sistema de servicios sociales que atenderán sus problemas específicos de salud, vivienda, cultura y ocio” (Constitución Española, 1978).

Esta definición propuesta abarca los servicios sociales provistos por el sector público, junto a los que se producen y distribuyen por parte del sector privado. Todo el desarrollo de los servicios sociales quedó pendiente para las administraciones regionales y locales, justificado por la descentralización administrativa. Este factor afectará de forma relevante al desarrollo de los mismos, tanto a nivel de elaboración como de implementación. El marco de protección se ampliará en una corriente de cambio en los servicios públicos. El modelo de los servicios sociales en España es un modelo técnico-político gestado a partir de la observación de otros modelos europeos de organización de la red pública de servicios sociales (Rubiol, 1979) y del modelo de atención primaria en salud definido en la conferencia de Alma-Ata (URSS) en 1978. La creación de la red pública se estructura en torno a una dirección de acción social, consejerías autonómicas, departamentos municipales de servicios sociales y centros de servicios sociales de barrio como espacio referencial²¹³. Y esta configuración convertirá a la profesión de Trabajo Social en un referente como expresa Montserrat Colomer:

El proceso democrático sitúa el Trabajo Social en una perspectiva estructural nueva. La mayoría de asistentes sociales comenzaban a trabajar desde la Administración en lugar de hacerlo desde entidades de carácter privado. Fue, pues, una especie de desafío participar en la creación del Área de Servicios Sociales. (Colomer, M. 1987).

Durante el desarrollo y expansión del Estado del Bienestar, la administración pública se convierte en el espacio natural para la inserción laboral de los profesionales, por lo que las y los trabajadores sociales jugaran un papel importante en la elaboración de las leyes autonómicas de servicios sociales. Una de las preocupaciones en la transición y primeros años de la década de los ochenta, manifestadas desde la profesión a través de las asociaciones profesionales, será superar todo lo que se aproxime a los modelos franquistas de acción social paternalista y benéfica, dirigidos exclusivamente a pobres y marginados con fuerte carácter estigmatizador. Se introducirán los conceptos de responsabilidad pública, universalidad, igualdad, integración, participación, coordinación y

²¹³ Y cuenta en su diseño y extensión con una serie de principios comunes: conocimiento de la realidad, planificación y coordinación, responsabilidad pública, descentralización, participación, normalización, universalidad, prevención, igualdad, solidaridad, integración.

descentralización, es decir, un modelo de intervención que se construye por oposición al modelo franquista. Este proceso de desarrollo del modelo de servicios sociales y de la intervención social, basado principalmente en la prestación de servicios, se culmina a finales de los ochenta. En solo una década, los trabajadores sociales acaban convirtiéndose en los profesionales referentes del nuevo sistema, gestores de una red de centros y expendedores de servicios que, en la mayoría de los casos, ofrecen recursos muy escasos, previa comprobación de medios y demostración de la necesidad. Esta obligación de comprobar permanentemente la necesidad de los y las usuarias tiene el riesgo de convertir al profesional del Trabajo Social en un trabajador burocratizado que ejerce procesos de control social, y, por tanto, muy lejos de los procesos socio-educativos imaginados. Este reduccionismo del Trabajo Social, centrado casi exclusivamente en la gestión de prestaciones y del merecimiento de sus usuarios, es en parte el resultado del modelo de planificación social desarrollado, pero también del mayor prestigio que puede tener la gestión frente a la intervención psicosocial, más difícil de llevar a cabo y de resultados más inciertos²¹⁴. Este reduccionismo es advertido como el peligro que puede llegar a cuestionar la legitimación social de esta profesión, pudiendo ser desplazados por otros profesionales que acaban asumiendo los contenidos de intervención psicosocial propios del Trabajo Social (Bañez, 1995) como ocurrirá en los noventa con la disciplina de la Educación Social.

En España, el modelo de Bienestar Social instaurado en la etapa de Transición se materializa a través del denominado Sistema Público de Servicios Sociales, que se desarrolla en base a tres ejes: los derechos sociales reconocidos en la Constitución de 1978, la reordenación de competencias entre las Administraciones Públicas y las leyes autonómicas de servicios sociales en las Comunidades Autónomas (CCAA) y en concurrencia con el proceso de institucionalización en clave federal de la organización territorial del Estado español. Desde principios de los años ochenta y hasta mediados de los noventa, las CCAA reclamarán servicios y competencias de política social, incluyendo en sus estatutos

²¹⁴En VI Congreso de Trabajadores Sociales celebrado en Oviedo en junio de 1988, se realizó una importante reflexión sobre el peligroso camino que estaba recorriendo hoy el trabajo social en España, al identificarse con los Servicios Sociales, y aceptar así la pérdida de su identidad como profesión (Ituarte, A. 1988).

de autonomía un gran número de cometidos y funciones de asistencia social, servicios sociales, bienestar social, desarrollo comunitario y promoción social. Esto no se producirá sin una batalla política mediante la cual las Comunidades Autónomas lucharon y lograron que los servicios sociales fueran competencia “exclusiva suya”²¹⁵. Para garantizar una mínima uniformidad en las prestaciones en 1988 se produce un acuerdo entre el gobierno central, los autonómicos y locales, a modo de un pacto de estado, bajo la denominación de Plan Concertado para el Desarrollo de Prestaciones Básicas de Servicios Sociales de las Corporaciones Locales²¹⁶. El Plan Concertado²¹⁷ funciona a través de una colaboración económica y técnica, y articulará desde entonces la cooperación administrativa y las relaciones intergubernamentales en la provisión de la red de servicios de asistencia social en España²¹⁸. El heterogéneo desarrollo que han tenido los servicios sociales, debido a la ambigüedad constitucional que resultó de la inexistencia de una ley estatal básica de servicios sociales que garantizara el principio de igualdad, provocará a la vez un desigual desarrollo de las prestaciones y recursos (con diferentes contenidos y requisitos de acceso), y la extensión residual y desigual de los servicios sociales según los territorios, generándose grandes diferencias en la atención profesional. Al contrario de lo que ocurre en los sistemas de acceso universal, los servicios sociales se caracterizaron durante esta primera etapa por estar destinados a personas con escasos recursos económicos, dada la baja intensidad protectora. A su vez, un segundo rasgo que los caracteriza es la

²¹⁵ En 1986, el Tribunal constitucional (146/1986) estableció que, a pesar de los poderes “exclusivos” de las Comunidades Autónomas en este campo, el gobierno central podría también desarrollar programas de asistencia social más allá del marco autonómico destinados a garantizar la igualdad para todas las CCAA.

²¹⁶ En 1988 se firma con 16 de las 17 CCAA. El País Vasco quedó al margen de la financiación de este plan por su sistema específico de financiación vía “cupo” y posteriormente fue excluida Navarra por la misma razón.

²¹⁷ Las prestaciones básicas provistas por la Red Básica de Servicios Sociales de atención Primaria atañen a cuatro ámbitos principales: (1) *Información y orientación*, cuyos servicios se desarrollan en las Unidades de Trabajo Social y que constituyen la “puerta de acceso” de la ciudadanía al sistema público de servicios sociales; (2) *Apoyo a la unidad convivencial*; (3) *Alojamiento alternativo*; y (4) *Actuaciones específicas de Prevención e Inserción*. Desde entonces el Plan ha posibilitado la financiación conjunta de una red de atención de servicios sociales municipales con el objetivo de garantizar prestaciones básicas a los ciudadanos en situación de necesidad.

²¹⁸ En el año 2018, treinta años después, la red que financia este plan está implantada en 5610 municipios

continuidad de la ayuda mujer-mujer, mujeres trabajadoras sociales atendiendo a mujeres, con demandas propias o sintiéndose responsables de las necesidades de los miembros de su familia.

El Trabajo Social se va a insertar en este entramado en el mismo centro de las políticas de servicios sociales. Una mayoría de los profesionales del Trabajo Social trabajarán a diario en la traducción de la política social en el marco de los servicios sociales ya que una de las prestaciones básicas definidas en el nuevo sistema es el de las Unidades de Trabajo Social (UTS). Por tanto, se va a producir una relación de fuerte interdependencia entre el Trabajo Social y la implementación de los servicios sociales, de modo que el despegue y consolidación profesional se corresponde directamente con la etapa de desarrollo del Estado de Bienestar.

“La historia del Trabajo Social está escrita en femenino. El argumento o la variable de género es imprescindible en un análisis sobre las relaciones de poder y desigualdad, y lejos de ser un argumento emocional invalidante –como en ocasiones se escucha- es una evidencia científica.”

(M. Estalayo, 2018: 304)

Capítulo 6.

El Trabajo Social (en crisis permanente): una profesión permanentemente interpelada

6.1 Introducción

Este capítulo da continuidad al trabajo de los capítulos anteriores de comprensión de las construcciones simbólicas en torno al Trabajo Social y que siguen vigentes durante la década de los ochenta. Pretende desvelar los motivos de la continuidad histórica de la impronta femenina en la profesión así como conocer los motivos por los que, paradójicamente, la incorporación de la perspectiva de género ha sido más tardía que en otros ámbitos en el quehacer profesional.

Coincidimos con Milagros Brezmes (2008) en señalar que tres de los actores claves en la profesionalización del Trabajo Social en España son: el acceso a la

universidad, el desarrollo de los servicios sociales y los colegios profesionales. Estos actores ya han sido abordados en el capítulo anterior y en el presente se continúa con el orden cronológico. A la par que la argumentación temática, se utilizan fuentes de datos primarios junto con entrevistas a informantes clave protagonistas del periodo 1975-1990. Se da sentido y continuidad a la investigación genealógica que se realiza a lo largo de todo el trabajo.

En el presente capítulo se siguen analizando, por un lado, a los actores claves que son los colegios profesionales a través de la consideración de los encuentros profesionales más relevantes celebrados a lo largo de la década de los ochenta, por tener un papel clave en la consolidación de la profesión. Por otro lado, se estudia otro actor clave que emerge en la etapa democrática, los servicios sociales, analizando los vínculos que se producen con el Trabajo Social en el proceso de institucionalización de ambos. Se trataría de poder comprender los motivos que explican la fuerte interdependencia que se genera y las consecuencias que tendrá para el Trabajo Social en términos de identidad y de búsqueda de un lugar propio. Serán relaciones paradójicas y tortuosas a las que, de forma permanente, va a estar sometido el Trabajo Social, teniendo que atender la reconstrucción constante de sus fronteras con los servicios sociales con el objetivo de diferenciarse y, articular así, una identidad propia. Se prestará una particular atención al análisis de las relaciones entre el Trabajo Social y el Feminismo, a fin de analizar los motivos de la posición marginal que ha ocupado la cuestión del género hasta los años noventa del siglo XX y cuánto tiene que ver con las singularidades por las que ha transitado el Trabajo Social en España.

Por tanto, en los primeros epígrafes damos continuidad al capítulo anterior en el que hemos abordado la década de los setenta y su relevancia para el devenir del Trabajo Social. Se trata de un período de búsqueda tanto de la autodefinición como del reconocimiento profesional, impulsado desde los encuentros profesionales que también servirían de acicate para el desarrollo de un sistema de protección social inspirado en un modelo de bienestar en España. En la década de los ochenta, la conquista de un espacio profesional e identitario propio aparece explícitamente como condición *sine qua non* para el avance de la disciplina, que, hasta el momento, había sido auxiliar y rehén de un fuerte carácter asistencialista por sus

vinculaciones con la Iglesia Católica y la Sección Femenina de Falange Española. De ahí la explicación del cambio del nombre, pasar de asistentes sociales a trabajadores sociales para acabar con las viejas prácticas y el asistencialismo (Miranda, 2008). Por ello, la disciplina es interpelada desde principios de la década de los setenta, dando paso a que se produjera un proceso auto-reflexivo, por el cual, la interrogación acerca de su lugar permitió poder cuestionar evidencias inerciales que llevaba arrastrándose desde sus comienzos.

Para la reconstrucción del devenir del Trabajo Social de la etapa democrática, además de las fuentes primarias y el análisis de las entrevistas a informantes claves, hemos consultado numerosa documentación entre la que se encuentra dos de los estudios sociológicos más relevantes realizados en España sobre la profesión de Trabajo Social para el periodo de 1975 a 1990; los de Estruch y Güell (1976) y Llovet y Usieto (1990). En ambos se re-confirma la interpelación constante que sufre la profesión respecto a la cuestión nuclear de su identidad profesional y del espacio profesional con que se le designa. Por ello, podemos afirmar, como dice el título de este capítulo, que el Trabajo Social es una profesión permanentemente interpelada²¹⁹, en búsqueda de una habitación propia, parafraseando a Virginia Woolf, que sea, a la vez, reconocible por los otros: ²²⁰:

La crisis de la profesión es ante todo una crisis de identidad social. Ante este hecho, la asistente social tiende a preguntarse quién es ella, y como la ven los demás. Pero de los datos de nuestra encuesta se desprende, o así nos lo parece, que normalmente no atina a formularse aquellas preguntas que mejor podrían, en definitiva, favorecer la comprensión de la crisis, no suele preguntarse, en efecto, por qué es quien es, ni por qué los demás la ven como la ven. Paralelamente, la asistente social tiende sobre todo a preguntarse –ante la crisis de identidad provocada por, y manifestada en, la indeterminación del rol que quiere hacer, y en nombre de qué quiere hacerlo. Surgen de ahí los diversos intentos de

²¹⁹ La interpelación constante no es exclusiva del caso español. En el año 1962, Helen Harris Perlman, trabajadora social norteamericana con reconocimiento internacional comienza su libro *El trabajo social individualizado* con la pregunta ¿Quiénes son los asistentes sociales?. El libro de Perlman intenta dar respuestas, entre otras, a las siguientes preguntas: ¿qué hace le asistente social?, ¿dónde trabajan los asistentes sociales?, ¿cómo se llega a ser asistente social?.

²²⁰ Ver la Tesis doctoral de José Vicente Pérez Cosin *El Trabajo social, sus imágenes y su público. La construcción de una identidad colectiva* (2006). Se investiga sobre cuál es el lugar del Trabajo Social desde un orden simbólico a través del análisis de los capítulos de la serie de TV española “Raquel busca si sitio” que tiene a una trabajadora social como protagonista en un centro de Servicios Sociales y que fue emitida en el año 2000 con éxito de audiencia para ver las representaciones del Trabajo Social, a través de sus imágenes y de la influencia social de su audiencia.

reconceptualización, de redefinición de nuevos marcos ideológicos, etc. Pero faltan en cambio, a nuestro modo de ver, los análisis serenos de aquello que se hace concretamente, así como del contexto histórico que explica cuáles han sido los marcos ideológicos de la profesión vigentes hasta un pasado muy reciente. (Struch y Güell, 1976: 225).

Como en cualquier proceso de construcción y/o revisión del *ethos* profesional, encontramos que se ponen en juego cuestiones de renovación disciplinar y de institucionalización de la profesión en el puzzle de las nuevas políticas sociales y de las profesiones de lo social. Sin embargo, este cuestionamiento no llegó a problematizar en la década de los ochenta el papel que el Trabajo Social podía tener como instrumento de reproducción de relaciones desiguales entre hombres y mujeres. Tampoco el ejercicio de búsqueda de un espacio profesional propio pasó tanto por impugnar la posible instrumentalización política del Trabajo Social, sino que se centró en identificar un espacio de visibilización propio que le otorgara reconocimiento profesional en la institucionalización de los Servicios Sociales, produciéndose una relación indisociable entre la búsqueda de un espacio profesional propio y la identificación de un territorio identitario como propio, en el ámbito de los Servicios Sociales. Este proceso se gesta a lo largo de la década de los años ochenta y se refuerza por la validación que tienen los servicios sociales como el empleador por excelencia, lo que será de gran impulso en el desarrollo profesional, pero también en el desarrollo académico. En la década de los ochenta, el desarrollo de los servicios sociales provocará que en las Escuelas Universitarias se enfatizen los contenidos vinculados a los servicios sociales y, al crearse en 1990 el área nueva de conocimiento específico, su denominación sea la de Trabajo Social y Servicios Sociales.

La interpelación permanente a la que es sometida la profesión es una constante a lo largo de este período, conduciendo a lo que Pelegrí re-nombra como “el síndrome de cenicienta” en referencia a la continuidad del problema de la infravaloración de las trabajadoras sociales. Para ilustrarlo cita tres ejemplos: la debilidad del colectivo en la defensa de la exclusividad del dictamen profesional, la dependencia del quehacer profesional con respecto al criterio político y la débil legitimidad social de la profesión. Para este último aspecto, el autor argumenta que el reconocimiento de la utilidad de un servicio como el que prestan las trabajadoras y trabajadores sociales necesita de una ciudadanía que dé valor a este trabajo

profesional (Pelegrí, 1995:31). Podemos completar que “el síndrome de cenicienta” tiene mucho que ver con el hecho de ser una profesión feminizada que no ha reflexionado sobre su identidad en clave de género hasta fechas muy recientes, nacida lejos de la universidad y que trabaja con población vulnerable. Además, este síndrome podría tener también que ver con su lugar en el Estado de Bienestar, que en el caso español nace de un pacto de rentas que se sostiene a través de las familias (principalmente de las mujeres de las familias) y no de las personas.

6.2 Los congresos y encuentros profesionales en los ochenta: la búsqueda de un territorio identitario

Para analizar la interpelación a la que se somete al Trabajo Social en la década de los ochenta en relación a la cuestión de la identidad y la reivindicación de un espacio profesional “propio” y no prestado, seguimos analizando los congresos y encuentros más relevantes que celebra la profesión y en los que es constante la reclamación de un espacio propio para el Trabajo Social.

Cuadro nº 6: Congresos y encuentros de Trabajo Social (1980-1992)

Congreso/Jornada	Título	Principales ejes temáticos	Organización
IV Congreso (1980) Valladolid ²²¹	Por unos Servicios Sociales para todos	-Servicios Sociales en Ayuntamientos y Comunidades Autónomas -Política Social y Servicios Sociales -Especialidad Sectorial	Ponencias (23)
V Congreso (1984) Vizcaya	Bienestar Social, ¿una utopía?	-Política Social y Económica	Ponencias (12)

²²¹ El Congreso de Valladolid se denomina por primera vez como “Estatál” frente a las anteriores denominaciones con el término “Nacional” con la intención de poner distancia con la etapa de la dictadura.

		-Legislación (primeras leyes de Servicios Sociales).	
VI Congreso (1988) Oviedo	Trabajo Social, reto hoy	-Sistema público de Servicios Sociales -La intervención profesional -Formación	Ponencias (3) y Comunicaciones (14)
VII Congreso (1992) Barcelona	La intervención profesional en la Europa sin fronteras	Europa en el discurso profesional Intervención profesional y teoría en la intervención .La formación en Trabajo Social	Ponencias (3) y Comunicaciones

Fuente: Elaboración propia

A través del estudio de las actas y de los discursos elaborados en el seno de la profesión se percibe claramente la necesidad de marcar distancia con el pasado como vía de obtención de reconocimiento de la profesión. En el seno de la profesión se percibe que:

La caída del franquismo suponía muchas esperanzas para los trabajadores sociales. Por fin, en materia de bienestar social podríamos parecernos a Europa, al Reino Unido, tal vez, un lugar del que teníamos noticia y en el que la nuestra era una profesión conocida e incluso reconocida. (Miranda, 2008: 13-14)

En 1980 se celebra el cuarto Congreso Estatal de Trabajo Social en Valladolid bajo el título significativo de “Por unos *Servicios Sociales para todos*”. Este Congreso sirve de indicador de lo que estaba ocurriendo en la profesión, un esfuerzo hacia los marcos organizativos de los servicios sociales nacientes y en la construcción de nuevas respuestas a las situaciones carenciales. Se cuestiona también la menor presencia de ámbitos de reflexión hasta llegar a darse la confusión, explícita o implícita, entre Trabajo Social y Servicios Sociales. El tema central de este encuentro parece que no podía ser otro por el momento político: el

de la política de acción social, los servicios sociales y el papel a representar del Trabajo Social. En las actas del congreso se recogen mayoritariamente aspectos y contenidos sobre la necesidad de aprovechar el momento político para garantizar unos servicios sociales universales y se publicará un manifiesto final del congreso que será presentado a los grupos parlamentarios en el Congreso y en los Parlamentos Autonómicos:

Se considera anticonstitucional la actual política de servicios sociales por estar basada todavía en la práctica de la beneficencia y el paternalismo y financiada en gran parte al margen de los presupuestos generales del estado y del control de los poderes públicos. (FEDASS, 1980).

En el año 1981, la Organización Internacional de Trabajo Social, con la cooperación de las Asociaciones profesionales y en el caso español de la FEDASS, va a establecer una clasificación específica de funciones del Trabajo Social según los campos de trabajo y una nueva definición general del Trabajo Social acorde con lo manifestado en el cuarto congreso y que servirá de argumentación para el trabajo a desarrollar en los servicios sociales municipales:

El Trabajo Social es una profesión dedicada y comprometida a efectuar cambios sociales en la sociedad en general, y en las formas individuales de su desarrollo. Los trabajadores sociales se ocupan de planificar, proyectar, aplicar, evaluar y modificar los servicios y políticas sociales preventivas, asistenciales y de promoción social para los individuos, familias, grupos y comunidades. (Revista de SS.SS y Política Social, núm. 4, 1985).

La victoria del partido socialista obrero español (P.S.O.E.) en el año 1982 acarreó el nombramiento de trabajadoras sociales en nuevos puestos en las administraciones del Estado para el desarrollo de los Servicios Sociales²²². Entre estos nombramientos resulta relevante el de la trabajadora social Patrocinio Las Heras Pinilla que, hasta esos momentos, había sido la presidenta del consejo

²²² A lo largo de toda la década de los ochenta, se producirá una importante incorporación de profesionales a las nuevas estructuras administrativas nuevas que se generan y la ocupación de trabajadoras sociales de cargos técnico-políticos para el diseño y desarrollo del sistema público de servicios sociales.

general de colegios oficiales de asistentes sociales²²³. Será nombrada directora general de acción social, cargo que ocupará durante toda la década de los ochenta. Durante esta etapa se producirá un avance importante en la cobertura de los Servicios Sociales a la par que una institucionalización del Trabajo Social como profesión de referencia de los servicios sociales. Se irá implantando el modelo formulado en las Jornadas de Pamplona en 1977 y que se presentó en el documento titulado *Introducción al análisis de la función básica de Trabajo Social* en el que se afirma que:

En la base de toda actuación profesional, ya sea a nivel individualizado, de grupo o comunitario, encontramos un denominador común que se concreta en la relación: NECESIDADES-RECURSOS al que podemos considerar como objetivación del campo donde opera el Asistente Social. Analizando como aparecen y operan, tanto las necesidades como los recursos observamos un desequilibrio en la relación, que exige una forma adecuada de tratamiento que ha venido denominándose históricamente ACCIÓN SOCIAL y que se concreta en el modo de aplicar y promover recursos sociales para las necesidades, a través de métodos y técnicas de Trabajo Social. Estos recursos se concretan en sus aspectos materiales, sociales, humanos e institucionales. La relación NECESIDADES-RECURSOS se manifiesta permanentemente en cambio por la propia dinámica de la vida, en la que constantemente van apareciendo nuevas necesidades que reclaman nuevos recursos a medida que el hombre y el mundo, y los hombres entre sí, se transforman en sus mutuas relaciones, llegando las necesidades a adquirir un carácter social por trascender su resolución de las posibilidades de la propia persona para su satisfacción. Esto hace de la profesión de Asistentes Sociales una actividad sumamente dinámica, viva y transformadora orientada a la consecución del Bienestar Social como resultado de la aplicación y promoción de recursos al servicio de las necesidades sociales (Actas, 1979: 9).

El binomio necesidades-recursos coincidirá con la propuesta socialista en materia de Servicios Sociales (P.S.O.E., 1984) y que el P.S.O.E. venía elaborando desde las II Jornadas Socialistas de Servicios Sociales, celebradas en Madrid en mayo de 1981, organizadas por el grupo socialista de servicios sociales de la Secretaría Federal de Política Sectorial²²⁴. Las coincidencias entre la organización

²²³ En 1982 se aprueba la Ley 10/1982 por la que se crean los Colegios Oficiales de Asistentes Sociales²²³, B.O.E. núm. 99, 26 de abril de 1982. Además de la creación de los colegios, en el artículo 2 de la Ley 10/1982, se establece un Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales y que produce la disolución de la FEDAAS a finales de 1982.

²²⁴ Las ponencias de las Jornadas se recogen en el nº8 de los Cuadernos de Política Sectorial "Cambio social y Servicios Sociales", publicado en 1981 por la Secretaría Federal de Política Sectorial del PSOE.

colegial, ya colegios oficiales con la Ley 10/1982²²⁵, y los planteamientos asumidos por el P.S.O.E. son claras y muy significativas como en el caso de Cataluña. Profesionales relevantes del Trabajo Social militaban en el Partit Socialista de Catalunya-Reagrupament (PSC-R) (Vila, 2003) y abogaban por el desarrollo de un sistema integrado de Servicios Sociales. El octubre de 1977, cuatro asistentes sociales y que también militaban en el PSC-R, Montserrat Colomer, Rosa Domenech, Francesca Masgoret y Gloria Rubiol, redactan una propuesta sobre la organización autonómica, que debe reunir las competencias que la Constitución otorga a las Comunidades Autónomas en materia de Asistencia Social. La entidad encargada de dar respuesta a esta materia se da el nombre de consejería de asuntos sociales o bienestar social y se hará efectiva en el Ayuntamiento de Barcelona en 1979 (Rubiol y Vila, 2003:59). Este movimiento de profesionales preocupados por los servicios sociales, lo que Demetrio Casado (1987) denominó “Escuela Catalana de Servicios Sociales”, estaba compuesto de mujeres²²⁶ que jugaron un papel clave en la resignificación y avance del Trabajo Social. Además, la mayoría de estas mujeres eran integrantes del GITS (Grup d’Investigació i Formació Permanente en Treball Social), que estaba adscrito a la división de formación permanente del Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona²²⁷. Este grupo tenía como objetivo la formación y puesta al día de los asistentes sociales del Estado Español (Domenech, 1991:29), promoviendo la actualización de competencias por medio de cursos y seminarios de especialización. Su enfoque estaba vinculado con lo que acontecería con los Servicios Sociales en los años ochenta (Pelegrí, 2004). Este ejemplo ilustra la implicación de las profesionales del Trabajo Social en la planificación y gestión del sistema de servicios sociales y será un referente en España para la puesta en

²²⁵ B.O.E. núm. 99, 26 de abril de 1982. La creación de los colegios profesionales produce la disolución de la FEDAAS a finales de 1982.

²²⁶ Estruch y Güell (1976) en su investigación sobre la profesión en Cataluña afirman que a principio de los años setenta el 99,6% de profesionales eran mujeres. Estas cifras son similares a la de otros países europeos como Italia (88,4%) y Francia (99,5%), cifras recogidas en la misma investigación.

²²⁷ El GITS funcionó entre 1973-1979.

marcha de un modelo integrado de servicios sociales alejado de la acción benéfica y paternalista que regía en las instituciones municipales (Colomer, 2006).

La aprobación de las leyes de servicios sociales en las distintas autonomías comenzará en 1982, con la publicación de la primera ley del País Vasco, seguidas por Navarra y Madrid, proceso que terminará diez años después con la publicación de la ley de servicios sociales de Cantabria en 1992 (Perdomo, 1990).

Un hito importante en esta década es la nueva publicación en 1984 del Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social²²⁸, de la “Revista de Servicios Sociales y Política Social”, resultando paradójico que siendo una publicación de la profesión no incorpore la denominación de Trabajo Social. Esta década, verá el nacimiento de publicaciones que se convertirán en referentes de la profesión como la ya citada del Consejo, Cuadernos de Trabajo Social de la Universidad Complutense (1987) y Trabajo Social y Salud (1987).

Retomando el hilo de los congresos estatales de trabajadoras sociales en 1984, se celebra en Leioa (Vizcaya) el quinto congreso cuyo lema es “*Bienestar Social ¿una utopía?*”. En las actas encontramos un giro en las reflexiones hacia el propio Trabajo Social manifestándose el riesgo de ser fagotizado por los nacientes servicios sociales y que analizaremos en el siguiente epígrafe. Esta preocupación se mantiene en el sexto congreso celebrado en Oviedo en 1988 bajo el lema: “*Trabajo Social: reto de hoy*”. La identificación del Trabajo Social con los servicios sociales, que se configura a lo largo de toda la década de los ochenta, parece poner en peligro a uno de los dos por un efecto de asimilación por parte del más fuerte, en este caso el sistema público de servicios sociales en plena consolidación institucional. En las actas analizadas se evidencia esta preocupación y la necesidad de diferenciar a ambos en un momento en que los servicios sociales ofrecen grandes oportunidades laborales y la profesión cuenta con una altísima tasa de inserción profesional.

²²⁸ B.O.E. núm. 99, 26 de abril de 1982. En el artículo 2 de la Ley 10/1982, se establece un Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales.

Los servicios sociales consolidan, a lo largo de la década de los ochenta, un espacio profesional para el colectivo de trabajadores social y un reconocimiento de su actividad (Santos, 2000) pero algunas autoras (Zamanillo, 2000; Maurandi, 2001) señalarán los riesgos del escoramiento profesional hacia los servicios sociales y la confusión de éstos con el propio Trabajo Social. Esto hizo que su distintividad se difuminara para muchos profesionales, unido a que, en la formación recibida en las escuelas en la década de los ochenta, se primaba la integración en los servicios sociales, olvidando que éstos eran uno más y no el principal o exclusivo de los posibles campos de acción del Trabajo Social como disciplina.

6.3 Las relaciones tortuosas y paradójicas: el Trabajo Social fagocitado por los Servicios Sociales

Rodríguez Cabrero entiende que los conflictos sociales de los primeros años setenta, la presión democrática del período 1975-78, el propio impacto de la crisis económica y el auge de las clases medias urbanas van a transformar el Estado autoritario del bienestar en Estado democrático del bienestar. Durante el periodo que va de 1975 hasta 1980, se constitucionalizan los derechos sociales y se constituyen como pieza estratégica de legitimación política del nuevo sistema socioeconómico (Rodríguez Cabrero, 1995: 61-62). Una vez consolidado políticamente el nuevo estado democrático, a partir de 1982 y bajo gobiernos socialdemócratas se procederá a la universalización de los servicios educativos y sanitarios, desarrollo de prestaciones sociales de atención a las situaciones de desempleo y la aplicación de políticas protectoras encuadradas en los nacientes servicios sociales. Durante la época denominada “Transición”, se inició desde diferentes ámbitos de la administración la gestación de un sistema público de servicios sociales que hereda algunos servicios provenientes de la asistencia social franquista, “lo que llamamos servicios sociales son un híbrido, un campo en proceso de transformación desde el antiguo nivel de la beneficencia a la asistencia social hacia un nuevo pilar del Estado de bienestar” (Aguilar, 2014: 19). Este “nuevo sistema” seguirá las tendencias de los países europeos más avanzados, en la línea de una mayor descentralización y regionalización de los servicios sociales. Paradójicamente, la expansión de la provisión de servicios sociales y el gasto social

en España tuvo lugar en un momento en el que, en otros países del norte de Europa, el Estado de bienestar se veía atacado, en particular en el Reino Unido. Esta confluencia de situaciones debilitaría los fundamentos legitimadores de la expansión y consolidación de los servicios sociales en España.

El Trabajo Social, junto con otros actores e instituciones, van a contribuir a la planificación de la acción social y al impulso de las diversas leyes de servicios sociales. La creación del sistema de servicios sociales será un elemento clave para el desarrollo y visibilización del Trabajo Social a la par que se generaba un proceso de adiestramiento burocrático-administrativo centrado en la gestión de prestaciones sociales, el así llamado positivismo empirista (Zamanillo, 2000). A la par, el Trabajo Social, en el marco de los servicios sociales, va adquiriendo un relevante poder discrecional para juzgar, tal y como se ha planteado en líneas anteriores, las situaciones de necesidad del usuario o usuaria y por tanto para evaluar el merecimiento o no de las posibles ayudas, ya que las prestaciones no siempre están publicitadas en ordenanzas municipales. Por tanto, vemos como los profesionales adquieren mayor poder simbólico en el ejercicio de sus funciones, a la vez que tienen que mediar entre unas lógicas administrativas y las dinámicas de la vulnerabilidad de las personas que acuden a demandar ayuda. En esta etapa, las trabajadoras sociales encarnan la misión de concretizar y hacer realidad la política social y traducir la lógica que ésta entraña, alimentando las ambivalencias ante las que se ha enfrentado históricamente el Trabajo Social.

Todos estos aspectos se concretan, en los años sucesivos, con el desarrollo del mapa de los servicios sociales como competencia de las Comunidades Autónomas, en el marco de la Ley 7/1987 de 2 de Abril, reguladora de las bases del régimen local y con el pacto de estado que se plasma en el plan concertado de prestaciones básicas (1988). Por tanto, la propia Administración Pública hará suyos estos paradigmas organizativos y de gestión que se concretarán a lo largo de la década de los ochenta. Serán objeto de reflexión en la década de los noventa por su gran impacto en la identidad de la profesión y por su fuerte interdependencia, al darse conjuntamente el afianzamiento profesional y la institucionalización de los servicios sociales. Para ilustrar el tono del debate en el año 1991, Lourdes Gaitán, co-autora junto con Teresa Zamanillo de uno de los textos de referencia en las

Escuelas de Trabajo Social “*Para comprender el trabajo social*” reflexiona sobre la limitación que suponía definir entonces el objeto de la profesión y de la disciplina en los términos acordados en las Jornadas de Pamplona de 1977:

Situar al conocido binomio recurso-necesidad (compuesto por un elemento instrumental ligado a una orientación de valor) en el centro mismo del Trabajo Social trae consigo múltiples problemas teóricos (al no partirse de una definición de necesidad) y prácticos (al reducirse la actividad a una mecánica de ajuste necesidad-recurso). Los conceptos tanto de necesidad como de recursos no son, desde esta perspectiva, otra cosa que referentes empíricos y descriptivos, objetos reales y cuantificables, no analíticos ni teóricos; la noción sobre los mismos que se maneja desde el Trabajo Social no es significativamente distinta de la que se tiene en el lenguaje común. Al circunscribirse el objeto del Trabajo Social al binomio recursos, se excluyen problemas psicosociales derivados no de falta de recursos, sino de los conflictos originados por la propia situación. Por eso, someterse a los dictados de la planificación social de recursos económicos, culturales, políticos, organizativos, etcétera, representa una grave significación. Ello es así, puesto que quedan fuera otros aspectos individuales muy importantes, como son los impulsos y deseos legítimos de las personas (autoestima, identidad, auto-realización), cuya no satisfacción comporta numerosos desórdenes. (...). Consideramos que ceñirse a las nociones de recursos y necesidades, y ver en ellos el objeto del Trabajo Social, empobrece, en la teoría, así como en la práctica, el discurso del Trabajo Social, al tiempo que no facilita el establecimiento de las relaciones que existen entre la disciplina y el conjunto de los saberes que le son afines. (1991: 68).

El cuarto Congreso de Asistentes Sociales celebrado en 1980 nos confirma el rumbo hacia el marco organizativo de los servicios sociales y la necesidad de implicarse en la construcción del sistema público de servicios sociales. Esta orientación hacia los servicios sociales se puede ver en dípticos de jornadas y cursos de formación del momento. Los Servicios Sociales y el nuevo entramado de protección social suponen una importantísima fuente de trabajo para profesionales del Trabajo Social y se dejará en este camino de lado otros campos de actuación, más comunitarios, que terminarán en manos de otras profesiones y disciplinas. Recordamos que la apertura al sector público se había iniciado en 1977 con la institución del Cuerpo Especial de Asistentes Sociales y ya será imparable como ámbito de inserción laboral. A lo largo de la década de los años ochenta, la presencia mayoritaria de trabajadoras sociales en los departamentos de Servicios Sociales (que en muchos casos se quedan trabajando nada más finalizar las prácticas de la carrera) llevará a una identificación muy estrecha entre la profesión y la estructura de los servicios sociales. Incluso se podría afirmar que se produce

una visión mesiánica del Trabajo Social: el trabajador social como agente de cambio que puede acabar con las injusticias sociales del mundo (Raya, 2007). La realidad se orientaba más hacia la instrumentalización del Trabajo Social como profesión mediadora entre las necesidades y los recursos, añadiéndose el ocupar una posición subordinada dentro de los equipos multidisciplinares frente a perfiles provenientes de la psicología y sociología que se incorporan a los servicios sociales en cargos directivos y/o apoyo técnico.

La relación Trabajo Social-Servicios Sociales generará confusiones, entre otras, por el uso reduccionista que se realiza del concepto de “Trabajo Social”. Se obvia la consideración fundamental de que el Trabajo Social sea un ámbito de prácticas multiforme (Bachmann y Simonin, 1982) y los servicios sociales un entorno o estructura funcional de la administración para la organización de un conjunto de actividades (atenciones multidisciplinares, prestaciones, equipamientos, etc.) que operativizan un mandato relacionado con contenidos de la política social de las administraciones públicas aunque tengan en el Trabajo Social una de las actividades disciplinares (la más importante). Amaya Ituarte se encargó de denunciar esta confusión de forma muy crítica hacia la profesión en su artículo publicado en 1990 sobre la necesidad de clarificación:

En lugar de mirar hacia dentro de nosotros mismos, para tratar así de llegar a entender cuál era el problema, miramos hacia fuera, señalamos a la sociedad en crisis y negando el problema propio (y consiguientemente, todo cuanto estuviera relacionado con él), pensemos el problema fuera de nosotros, lo proyectamos en la sociedad (...) (Ituarte, 1990: 50).

En esta lectura crítica con la profesión se concluye que al primar el énfasis en los servicios sociales como vía de afianzamiento profesional frente a la razón de ser del Trabajo Social se ignoraba un espacio propio al Trabajo Social para tener como única fuente de identidad los servicios sociales. Consideramos que aquí cabe también una explicación a la ausencia de la perspectiva de género en el Trabajo Social ya que estaba también ausente de los servicios sociales.

Concluimos este epígrafe afirmando que son varias las causas que contribuyen a alimentar la indiferenciación entre Trabajo Social y servicios sociales y que, en este trabajo, podríamos sintetizar en tres. La primera es que los servicios

sociales, en sus inicios al menos, no pueden ser entendidos sin el Trabajo Social²²⁹ y el Trabajo Social ve en los servicios sociales una tabla de salvación para su visibilización. Al inicio de la Transición, la tarea que se propone al “nuevo” Trabajo Social²³⁰ como profesión según se recoge en los discursos analizados es la de contribuir a disminuir las desigualdades e injusticias sociales, dar a conocer las oportunidades que los grupos sociales tienen a su disposición, motivar a los individuos para acceder a esas oportunidades, y favorecer en las personas, familias y grupos sociales el desarrollo de las respuestas emocionales, intelectuales y sociales necesarias para que puedan aprovechar esas oportunidades sin que tengan que renunciar a sus peculiaridades personales, culturales y de origen (Zamanillo, 1996). Por su parte, los servicios sociales, como sistema de actividades de compensación de las necesidades básicas o de garantía de una mejor distribución de los bienes públicos, forman el sostén organizativo, técnico, asistencial y administrativo más importante para el logro de esos fines. Una segunda cuestión es la vinculación histórica del Trabajo Social en España con las fuerzas religiosas y la sección femenina, que hace que no sea hasta la instauración del régimen democrático cuando el Trabajo Social puede comenzar su proceso de

²²⁹ Como refrendo de las aportaciones del Trabajo Social al desarrollo e impulso de los Servicios Sociales en España, se pueden citar las siguientes Leyes de Servicios Sociales autonómicas:

- Canarias, en el artículo 6.6 de la Ley 9/1987, de Servicios Sociales se reconoce como equipamiento básico de los servicios sociales generales la aportación disciplinaria del Trabajo Social.

- Aragón, en la Ley 4/1987 de Ordenación de la Acción Social se reconoce como función de los servicios sociales de base la prestación de Trabajo Social por medio de profesionales especializados de éstos servicios.

-Castilla-La Mancha, la Ley 3/1986 de Servicios Sociales, en el artículo 10.1, se establece que los servicios sociales generales se llevarán a cabo prioritariamente por Asistentes Sociales y diplomados/as en Trabajo social.

- En Navarra, la Ley Foral 14/1983, sobre Servicios Sociales, en su artículo 7 al hablar de la iniciativa privada señala que se considerarán entidades asociadas aquellas que se adecuen a las normas de la Administración, sometiendo sus programas y presupuestos económicos y de calidad en el Trabajo Social, al control de los poderes públicos.

- Andalucía, la Ley 2/1988, de Servicios Sociales, en el artículo 9 establece que los servicios sociales comunitarios se desarrollarán en las zonas de Trabajo social.

- Murcia, en la Ley 8/1985, de Servicios Sociales, se establece en el artículo 93.a, la creación de una Escuela de Trabajo Social.

²³⁰ La referencia como “nuevo” Trabajo Social se realiza frente al mito de una profesión joven, una expresión que se repetía continuamente en la década de los ochenta y que compartiendo la posición de Miranda (2008) más bien parece que al querer resaltar la juventud se quería trasladar que el nacimiento de la profesión se había producido tras el franquismo.

emancipación de este imaginario y de ahí también la explicación del cambio de denominación de Asistencia Social a Trabajo Social (y de asistentes sociales a trabajadores sociales, en masculino). Y como tercera cuestión, que alimenta el peligro de la indiferenciación, es el papel de la administración pública como espacio natural para la inserción laboral de los trabajadores sociales, lo que ha facilitado que la imagen profesional se haya desfigurado y confundido con los Servicios Sociales²³¹. En la década de los 90, con la reestructuración del sector público, los escenarios profesionales se van a reformular, asumiendo el tercer sector un mayor protagonismo.

Todo este panorama de interdependencia del Trabajo Social con los servicios sociales lleva a generar un frecuente malestar entre los profesionales respecto a su labor. Por un lado, los requerimientos burocráticos dirigidos a los profesionales, en cuanto a tareas y prioridades políticas, generan importantes sentimientos de frustración, impotencia e inutilidad en muchos profesionales del Trabajo Social. Se añade la ambigüedad en el discurso social, transmitido desde los estratos jerárquicos de decisión política, y dirigido a los trabajadores sociales de base. Por la limitación de ascenso en la escala administrativa en los niveles del funcionariado, los trabajadores sociales (nivel B) no están presentes o tiene dificultades en el acceso a puestos de jefatura de servicios y/dirección de servicios lo que hace que sean otros profesionales los que estén en los estratos jerárquicos (profesionales de la sociología, psicología, derecho...). Esto provoca dificultades de negociación y genera desorientación respecto a los requerimientos y responsabilidades que se esperan de los profesionales del Trabajo Social. Este malestar comienza a escucharse ya a finales de la década de los ochenta y será un clamor en los noventa unido a la campaña a favor de la Licenciatura. Paradójicamente, aunque los profesionales del Trabajo Social constituyen el instrumento y recurso fundamental del desarrollo del sistema de servicios sociales, no se visibiliza la utilidad de su trabajo en el quehacer cotidiano para favorecer el bienestar social de las personas,

²³¹ El Libro Blanco de Trabajo Social, trabajo llevado a cabo para el diseño de un título de Grado adaptado al Espacio Europeo de Educación Superior (EEES), señala, dentro de los ámbitos de intervención de los trabajadores sociales, que es en el ámbito de los “Servicios de Bienestar Social” donde los/as trabajadores/as sociales tienen consolidada su presencia.

aunque si se escucha a una parte de los analistas que destacan la contribución del Trabajo Social en la consolidación del sistema de servicios sociales:

Por un lado, los trabajadores sociales aplican las políticas sociales a la realidad social al traducirlas en proyectos operativos, mientras que, por otro lado, proporcionan indicadores para la configuración y el cambio de esas políticas. En cuanto al primer punto, se reconoce al Trabajo Social “una notable aportación teórico-práctica, contribuyendo al avance de unos servicios sociales más abiertos, en interacción con el ambiente y más adecuados a las necesidades de las personas y grupos a los que ha de responder todo sistema de Bienestar Social. El segundo aspecto es cubierto porque los trabajadores sociales colaboran en la selección de criterios de bienestar y en la priorización y concreción de la política social, desde la sistematización de datos y estudios técnicamente fundamentados. (De la Red, N. 1992: 90).

Se considera a la década de los noventa como una nueva etapa en el desarrollo del Trabajo Social en España cuando se movilizará una inquietud por identificar el método y por re-definir el objeto del Trabajo Social, más allá de la construcción de una identidad profesional desde los malestares de sus profesionales. Van a aflorar numerosos trabajos reflexivos, en donde la profesión se interroga sobre la exigencia teórica, los elementos constitutivos del Trabajo Social, los espacios profesionales, etcétera.

Lo que permanece constante es que tampoco encontraremos en los años noventa análisis relevantes de la cuestión de género en la profesión, ni en la agenda de los colegios profesionales ni en las instituciones formativas ya incorporadas en las estructuras universitarias. No es un sentir en la profesión, como si lo será dos décadas después, en los inicios del siglo XXI.

6.4 La irrupción del Feminismo Institucional

Los primeros años de la Transición fueron muy activos para el movimiento feminista y así se recoge en una relevante producción bibliográfica (Falcón, 1977; Di Febo; 1977; Scanlon; 1990; Escario, Alberdi y López Accotto, 1996; Moreno, 1997; Asociación “Mujeres en la Transición Democrática”; 1999; Augustín; 2003; Larrumbe; 2004; Folgueras; 2007). Estos análisis plantean en su mayoría una perspectiva histórica. Hay consenso en establecer el año 1975 como re-fundacional

del movimiento feminista en España, año en el que se celebran en Madrid las primeras Jornadas Nacionales por la liberación de la mujer y que la ONU declaró Año Internacional de las Mujeres²³². Aunque no hablemos de un “movimiento feminista” hasta 1975, si encontramos presencia de las mujeres en las movilizaciones sociales durante los últimos años de la dictadura. De hecho, hubo un resurgir del asociacionismo femenino y feminista al amparo de la ley 191/1964 y un ejemplo ilustrativo son las movilizaciones lideradas por las asociaciones de amas de casa y de vecinos de los barrios de Madrid²³³.

En España, en 1975 se movilizaron energías enormes entre las mujeres que ya habían comenzado a organizarse en la universidad y entre mujeres que despertaban a la participación social en los barrios obreros²³⁴. En los barrios el nacimiento en 1965 del Movimiento Democrático de Mujeres (MDM)²³⁵ en ciudades como Madrid fue importante, junto con otras iniciativas de educación popular, que dinamizaron la movilización (Gahete, 2017). La universidad y los barrios fueron dos espacios en los que las mujeres fueron adquiriendo protagonismo, y muchas quisieron aprovechar la celebración internacional para poner de manifiesto el atraso y las discriminaciones que sufrían las mujeres en la sociedad española. Una de las

²³² El año 1975 fue proclamado Año Internacional de la Mujer por Naciones Unidas y en España fue la Sección Femenina la encargada de celebrarlo. Resulta relevante el cambio en el discurso de género de la Sección Femenina en este momento pues plantea la defensa de la incorporación de la mujer a la vida pública. En el Archivo General de la Administración (Sección Femenina) se conserva toda la información sobre los actos de celebración por parte de la Sección Femenina del Año Internacional. En 1970 ya se percibe un cambio en el discurso de la Sección Femenina que parece asumir los cambios de la España de los sesenta y así se comprueba con la organización de un Congreso Internacional con el objetivo de estudiar la situación de la mujer en España. La documentación también se encuentra en el Archivo General de la Administración.

²³³ En los barrios estaban muy presentes las vocalías de mujeres de las Asociaciones de Vecinos en las que tenían una importante presencia el Movimiento Democrático de Mujeres (MDM) creado en 1965 y vinculado al PCE.

²³⁴ Patricia Amigot (2005) analiza en su tesis doctoral los programas existentes en los barrios obreros para fomentar la participación social de las mujeres en los barrios. Resulta de gran interés ver cómo en estos programas que estaban enraizados genealógicamente en los Centros de Formación Familiar y Social y organizados por Acción Católica se produce un desplazamiento del discurso respecto al género; desde discursos tradicionales sobre el género a una militancia más política en los años setenta. Véase Amigot (2015). *Relaciones de poder, espacio subjetivo y prácticas de libertad: análisis genealógico de un proceso de transformación de género*. Universidad Autónoma de Barcelona.

²³⁵ Sobre la historia del MDM véase la publicación de la tesis doctoral de Arriero (2016): *El movimiento democrático de mujeres. De la lucha contra el franquismo al feminismo*, editado en catarata, Madrid.

vías más importantes de difusión de estas preocupaciones fueron los medios de comunicación, tanto en la prensa escrita como en la televisión, que transmitían comparaciones a partir de distintos indicadores sobre la situación de las mujeres con respecto al resto de los países. De esta manera, el Año Internacional de la Mujer aportó una dimensión mundial a todas las inquietudes que venían sintiendo estas jóvenes españolas. Supuso un punto de inflexión en su capacidad de romper con una invisibilidad milenaria, viviendo un gran impulso organizativo y proyección hacia el conjunto de la sociedad. Todo ello llevaría a la realización de las ya citadas primeras Jornadas Nacionales por la Liberación de la Mujer en Madrid, los días 6, 7 y 8 de diciembre de 1975, pocos días después de la muerte del dictador. Allí contribuyeron distintas corrientes organizativas, procedentes de Madrid, Cataluña, Galicia, Valladolid, Albacete, Valencia, Santander, Málaga, Sevilla, entre otras. En su preparación colaboraron diversas asociaciones, como las de Amas de Casa, Mujeres Universitarias, Amigos de la UNESCO etc... Las ponencias desarrolladas por las delegaciones procedían de diversos puntos del país: mujer y sociedad; mujer y educación; mujer y familia; mujer y barrios; movimientos feministas. Estas primeras Jornadas tuvieron un eco muy amplio entre los grupos feministas pero no hay evidencias de que hubiera confluencias entre el movimiento feminista, que se organizaba y establecía una agenda propia, y las asociaciones de asistentes sociales. Ambos movimientos organizacionales no se encontrarán, paradójicamente, hasta dos décadas después.



Ilustración nº 23: Fotografía de Chema Conesa. Manifestación feminista del Día de la Mujer de 1978 en Madrid.

En estos inicios, el movimiento feminista español surge fuertemente vinculado al contexto político de la Transición (Castells, 1999). La vinculación de muchas mujeres al feminismo se va a realizar en un primer momento a través de organizaciones de mujeres que se crean dentro de los partidos de izquierda y que llevará a partir de 1979 a ser uno de los temas de controversia y división del feminismo en los ochenta: la cuestión de la única o doble militancia. No podemos dejar de mencionar que el movimiento feminista también se va a insertar dentro de la realidad plurinacional que se perfila en la España de la Transición, con diferentes realidades según las dinámicas de los territorios. Esto hará que esta influencia de la estructura política del Estado esté también presente en la configuración del movimiento feminista, con características muy propias según territorios²³⁶.

La igualdad ante la ley va a canalizar una de las primeras exigencias de los movimientos feministas, conduciendo a movilizarse durante la Transición y reivindicar la derogación de la licencia marital, la supresión de todos los artículos en las leyes que tuvieran un carácter de subordinación de las mujeres respecto a los hombres, la patria potestad conjunta y la libertad religiosa en los centros públicos y privados. Posteriormente también se reclamarían los derechos en el ámbito laboral y educativo y progresivamente se añadiría el derecho a una sexualidad libre, el control de la natalidad y el aborto, la ley de matrimonio civil y la ley de divorcio. Estas manifiestas desigualdades legales serán motores movilizadores que llevarán, entre otras, a organizarse también en el ámbito universitario. Esta movilización estará protagonizada por mujeres jóvenes que comenzaban a participar en asambleas políticas. Estas asambleas acabarían cristalizando en organizaciones como la Asociación Universitaria para el Estudio de los Problemas de la Mujer (AUPEPM) creada en Madrid en 1975 y que se extendió a otras universidades españolas.

Durante el tardo franquismo ya se había producido un cambio en las mentalidades de las mujeres españolas y un resurgimiento del asociacionismo de

²³⁶ Sobre las características del movimiento feminista en España en ese periodo véase el libro colectivo *El movimiento feminista en España en los años 70* (2009), coordinado por Pilar González Ruiz, Carmen Martínez Ten y Purificación Gutiérrez y publicado en la colección *Feminismos* de Cátedra.

mujeres. Ejemplos notables fueron las mencionadas vocalías de mujeres en las asociaciones de vecinos, con participación sobre todo de mujeres casadas y con hijos/as, así como la creación, en el ámbito universitario, del Seminario de Estudios Sociológicos de la Mujer²³⁷. También en el tardofranquismo llegan a España y se traducen libros de feministas referentes como la norteamericana Betty Friedan y la francesa Simone de Beauvoir²³⁸. Dentro de los grupos católicos también surgen demandas para promocionar a las mujeres, en organizaciones como la Hermandad Obrera de Acción Católica Femenina o la Juventud Obrera Católica Femenina. Durante la etapa final de la transición, muchas mujeres realizarían el camino desde la participación en grupos políticos a la integración en grupos de mujeres feministas, a partir de problemas con los que se enfrentaron en las organizaciones políticas en las que se priorizaban otros temas de lucha frente a los problemas de las mujeres. Otras se nuclearon en torno al problema de la compatibilización del cuidado de los hijos y el trabajo remunerado, comenzando las primeras experiencias autogestionarias de guarderías y las reivindicaciones de su creación por parte del Estado. Ello implicaba una ruptura con un modelo tradicional que suponía que las mujeres debían dedicarse prioritariamente a la crianza de los hijos y, por tanto, la subversión de los modelos femeninos imperantes. A las mujeres, que siempre habían tenido que trabajar por necesidad, se sumaban ahora otras que, además de venirles bien el dinero, querían trabajar como una forma de controlar sus propias vidas, de preservar su autonomía personal dentro de la institución familiar. Entre las que se incorporaban a trabajos remunerados, poco a poco iban comprobando las diferencias de trato y las desigualdades imperantes, convirtiéndose en fuente de malestar y motivo de debates.

Por tanto, a la impronta política del movimiento en 1975 poco a poco se añade la iniciación en el movimiento feminista de grupos espontáneos de mujeres que comenzaron a reunirse para conversar entre ellas sobre el creciente malestar que sentían y que no conseguían explicar, lo que Betty Friedan denomina “el problema

²³⁷ Fue fundado en 1960 por María Laffitte y en 1967 publicará su primer trabajo bajo el título *Habla la Mujer* que es editado por Cuadernos para el Diálogo.

²³⁸ *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir fue incluido en 1956 en el índice de Libros Prohibidos (Marugan, B y Miranda, M.J., 2108: 2007).

que no tiene nombre”. En estos grupos, iniciados por amigas, se irían progresivamente incorporando temas de debate. Por su propia forma de constitución y por las preguntas de las que partían estas mujeres, una de las características que las diferenciaba de los grupos políticos tradicionales era la fuerte implicación personal y afectiva, y la producción de un espacio dedicado al debate de cuestiones de la vida cotidiana, de los sentimientos y las vivencias personales.

En el seno del movimiento feminista, desde los primeros debates comenzaron a marcarse diferencias entre la conceptualización y las prioridades de la agenda: unas ponían el acento en la lucha feminista centrada en los derechos de las mujeres; otras, más ligadas a organizaciones políticas concretas, planteaban que el feminismo debía ser un frente más en la lucha política por la democracia y las libertades que mantenía la clase trabajadora en su conjunto, aceptando las directrices de los partidos. Lo determinante de las desavenencias era la pertenencia o no a partidos políticos, lo que se expresó en términos de partidarios de la militancia única (feminista) versus partidarias de la doble militancia. En la resolución política de las primeras Jornadas Nacionales por la Liberación de la mujer se plasmaron denuncias y reivindicaciones relativas a las cuestiones más preocupantes a las mujeres, con especial hincapié en los temas laborales. Respecto al Movimiento Feminista se afirmaba lo siguiente:

La necesidad de un Movimiento Feminista revolucionario y autónomo en nuestro país, que defienda las reivindicaciones específicas de la mujer en todo momento, a fin de evitar su discriminación en cualquier aspecto: legal, laboral, familiar o sexual, conscientes de que la poca envergadura política que revista la situación de la mujer es la causa de la continua marginación de sus intereses en las esferas de decisión del país. Pensamos que siendo indispensable la autonomía del feminismo como organización reivindicativa, es sólo mediante la presencia activa y teórica de la mujer en las estructuras y programas encargados de encauzar las reivindicaciones sociales, como podrán lograrse sus objetivos. Nuestra lucha como mujeres no debe ser una lucha contra el sexo masculino, sino contra la situación que hace posible que nos oprima, contra las estructuras que mantienen el poder de decisión, configuración y actuación en manos exclusivamente masculinas.²³⁹

²³⁹ Primeras Jornadas Nacionales para la Liberación de la Mujer. Conclusiones. Madrid, 1976. Centro de Documentación del Instituto de la Mujer

Aunque la proliferación de grupos de mujeres de composición variopinta hace muy difícil realizar una clasificación exhaustiva por ideología o adscripción política, a partir de esas primeras jornadas es posible delimitar la existencia de tres grandes corrientes reconocidas en esa época: el feminismo socialista²⁴⁰, el feminismo radical²⁴¹ y feminismo liberal. En estas Jornadas participaron unas 500 mujeres, e hicieron su aparición las diferentes tendencias, abriendo el debate feminista en España cuando el término feminismo tenía connotaciones negativas para un importante sector de la población. No queremos dejar de reseñar la imagen que en ese periodo se proyectaba sobre la identidad de las feministas. En la prensa se las retrataba como personas fuera de lo normal, egoístas y divisionistas, claramente situadas fuera de los parámetros generales del consenso cultural. Carlota Bustelo²⁴², destacada feminista y una de las pocas diputadas de la asamblea constituyente, subrayó este hecho en un artículo de opinión titulado “*A favor del feminismo*” en mayo de 1978. Con él quería señalar la deuda que los recientes cambios en las leyes que favorecían la igualdad tenían con las feministas. Llamó la atención sobre la discrepancia entre la imagen popular de las feministas como lesbianas enloquecidas y sexualmente frustradas, y la aceptación general de las reivindicaciones feministas como algo justo. Bustelo destaca que aunque eran las feministas quienes introducían a la fuerza el debate sobre los derechos de las mujeres en las plataformas de discusión políticas y constitucionales, a la hora de atribuir el mérito por las nuevas leyes, los diputados rara vez mencionaban a las mujeres o a las feministas.

El feminismo español se fue organizando a través de la creación de distintas plataformas y coordinadoras, entre ellas, la Coordinadora Estatal de

²⁴⁰ Se identifica con los grupos y partidos políticos de izquierda y admitía la doble militancia, participando muchas en partidos y organizaciones políticas tradicionales. Entre los grupos que integraban esta corriente pueden mencionarse el Movimiento Democrático de Mujeres, vinculado al Partido Comunista; la Asociación Democrática de la Mujer, vinculada al Partido del Trabajo; y la Unión por la Liberación de la Mujer, relacionadas con la Organización Revolucionaria de Trabajadores.

²⁴¹ Configurado por grupos feministas independientes de los partidos políticos. Propugnaban la militancia única por considerar que el feminismo era una alternativa política global. Pueden mencionarse los Seminarios y Colectivos Feministas

²⁴² Carlota Bustelo fue también la primera directora del Instituto de la Mujer en el periodo 1983-1988.

Organizaciones Feministas. Es significativo que en un primer momento adoptará el nombre de Coordinadora de Mujeres por las connotaciones negativas del término feminista (Gahete, 2017). En el año 1976 aparecen nuevas organizaciones feministas como el Frente de Liberación de la Mujer (FLM), que representaba la tercera vía frente a la única o doble militancia. Desde el año 1976 los grupos y las asociaciones de mujeres se multiplicaron (Larrumbe, 2003: 160). En Mayo de 1976 tuvo lugar el segundo encuentro de mujeres de todo el Estado, las Jornadas Catalanas de la Dona que se celebran en el Paraninfo de la Universidad de Barcelona, con una participación de unas 4.000 mujeres y bajo los auspicios de la Asociación de los amigos de las Naciones Unidas. No fue sólo un espacio para el debate teórico; también, a través de las ponencias y discusiones, comenzaron a ponerse en común diversas experiencias de trabajo que iban desarrollándose en distintos lugares (Nuño, 1999).

Tras las Jornadas de Barcelona, acontecimientos políticos como el referéndum sobre la Ley de Reforma Política de 1976, las elecciones generales de 1977, el referéndum sobre la Constitución de 1978, entre otros, provocaron movilizaciones de las organizaciones feministas y posturas críticas ante la posición de los partidos políticos que desatendían poco a poco reivindicaciones del movimiento feminista como la ley del divorcio que no fue aprobado hasta 1981.

En las primeras elecciones democráticas de junio de 1977, consiguió la victoria la Unión de Centro Democrático (UCD) y veinticinco mujeres fueron elegidas diputadas (entre ellas solo tres eran feministas confesas). Dentro del Ministerio de Cultura se creó la Subdirección de la Condición Femenina que bajo el gobierno de UCD organizó las primeras Jornadas de la Condición Femenina en septiembre de 1978 en Madrid²⁴³ y a la que asistieron los grupos que tenían mayor ligazón con partidos políticos aunque también hubo numerosos grupos feministas que se oponían a su celebración bajo el eslogan de “*Condición Femenina igual a Sección Femenina*”. En 1979 se celebraron las Jornadas de Granada, las terceras

²⁴³ Los contenidos de las Jornadas serán recogidos en un libro que editará Condición Femenina. Las jornadas se organizaron alrededor de cinco temas: Mujer y Cultura, Mujer y Familia, La Mujer y el trabajo remunerado, La Mujer y su participación social y política y la quinta, Mujer y Feminismo que tuvo que disolverse.

grandes jornadas estatales que constituyeron un punto de inflexión al dar entrada al feminismo de la diferencia. Uno de los temas centrales de las jornadas giró en torno a la cuestión de la participación activa en las instituciones democráticas y los partidos políticos. En el fondo subyacía el debate teórico entre el feminismo de la igualdad y el feminismo de la diferencia y se traducían en posiciones divergentes respecto a la militancia única en el feminismo o la militancia doble, con participación en los partidos. En el encuentro de Granada, la tensión alcanzó su máxima expresión y se desencadenó una división en el movimiento feminista. Esto se traducirá en el desarrollo de un feminismo institucional por un lado y un feminismo autónomo por otro.

Del estudio del movimiento feminista en la coyuntura de la transición política se desvelan procesos de cambio y mejora de la situación y posición de las mujeres en la sociedad española, lográndose la materialización de algunas de sus reivindicaciones. En la agenda reivindicativa, encontramos que las propuestas giraron en torno a tres ejes principalmente: la abolición de la legislación discriminatoria, la reivindicación del cuerpo y la sexualidad, y la construcción de un nuevo marco de relaciones de igualdad entre mujeres y hombres. Aunque el movimiento feminista no mantuvo una estrategia unificada, sí exploró diferentes formas de acción que perseguían llamar la atención (acciones de choque, campañas, contra-imágenes de la mujer socialmente aceptable, autoinculpación, eslóganes llamativos....) y las principales campañas se centraron en la abolición de la legislación discriminatoria, en la despenalización del adulterio, de la venta y uso de anticonceptivos y del aborto, en la conquista de la ley de divorcio y en la denuncia de la violencia machista (Larrumbe, 2004). Las feministas conocían la importancia que símbolos y eslóganes tenían en la construcción de su identidad colectiva como fuentes de significación e incentivos para la movilización. Un ejemplo de la importancia que daban a este tema lo podemos ver en la revista *Vindicación Feminista*²⁴⁴, la publicación feminista más relevante en la década de

²⁴⁴ *Vindicación Feminista* (1976-1979) recoge en sus páginas los acontecimientos más importantes de la vida política del país, y de sus implicaciones en la lucha de las mujeres así como las campañas activas y los debates del movimiento feminista. Véase Larrumbre (2010): *Vindicación feminista: una voz colectiva, una historia propia*, editado por la Universidad de Zaragoza. El texto recoge textos publicados entre 1976 y 1979.

los setenta, que en 1977 promovió un concurso titulado “Mejor eslogan feminista”²⁴⁵.

Como hemos apuntado, las primeras vindicaciones feministas se dirigen a la necesidad de cambios legislativos urgentes dada la falta de derechos elementales de las mujeres y por ello se puso el énfasis en la creación de un feminismo de estado y/o institucional, a modo de entidad garante de tales derechos. El feminismo Institucional llegará en 1983 con la creación del Instituto de la Mujer con la aprobación de la ley 16/1983.

Con la creación del Instituto de la Mujer las nuevas prácticas igualitarias se institucionalizan. Las políticas públicas de género encuentran en este organismo continuidad y seguimiento. Con el Instituto de la Mujer se visibiliza la discriminación y se pone en marcha un tipo concreto de política pública contra la misma y por la igualdad de oportunidades (Marugán, B. y Miranda, M. J., 2108: 175-176).

Este organismo es el de mayor rango dentro de la Administración en materia de igualdad y es el resultado, en parte, de las presiones de un grupo de mujeres del PSOE, al transformarse la Subdirección de la Condición Femenina que había creado la UCD. Este organismo, y la creación posterior en cascada de organismos de igualdad en las Comunidades Autónomas y Ayuntamientos, van a configurar la oficialización del feminismo institucional y el desarrollo de las políticas públicas de género como políticas contra la discriminación por razón de sexo²⁴⁶. A partir de aquí se intensifica la institucionalización de las reivindicaciones feministas en la agenda política y el movimiento feminista sufre cierta paralización, en parte porque los nuevos organismos recogen en su agenda una parte de las demandas realizadas e insertan a un número importante de mujeres feministas en las nuevas instituciones de igualdad. Los primeros Ayuntamientos democráticos gobernados por partidos de izquierda comienzan a configurar los primeros espacios institucionales desde los que desarrollar políticas concretas de igualdad. Uno de los

²⁴⁵ Vindicación feminista, 1-11-1977.

²⁴⁶ Como señalan las sociólogas Begoña Marugán y M^a Jesús Izquierdo, las políticas públicas siempre han afectado a las mujeres, pero no siempre contribuyendo a reducir la discriminación. En los años setenta el movimiento de mujeres criticara muchas de las políticas públicas al entender que reproducían la desigualdad (2018: 70).

primeros espacios son los centros de planificación familiar que se crean por la demanda de la atención a la salud sexual y reproductiva y cuyos objetivos eran ayudar a las mujeres con menos recursos económicos, facilitar información y orientación para el acceso a métodos anticonceptivos y prevenir embarazos no deseados (Nogueiras, 2018). Las demandas relacionadas con una sexualidad libre, no vinculada a la maternidad, eran un tema central para el movimiento feminista²⁴⁷. Tal y como afirmaba Mary Nash se estaba cuestionando el tradicional discurso nacional-católico franquista, al tiempo que se redefinía una nueva feminidad que abogaba por el derecho al propio cuerpo y a la libre expresión de la sexualidad femenina desvinculándola de la maternidad (Nash, 2014: 194).

En Madrid el primer centro de información sexual y planificación fue el de la calle Federico Rubio, que abre el 8 de marzo de 1977 y que venía trabajando desde el año 1974 en el seno de la Asociación de Mujeres Universitarias en las que se formó un equipo de planificación familiar (Gahete, 2017). El gobierno de la UCD legalizó los centros por Decreto en 1978 y no es hasta la Ley 45/1978 cuando se despenalizó la venta de anticonceptivos. Al amparo de la nueva legislación, surgieron también en Madrid otros centros privados y semi-privados²⁴⁸. A finales de 1979 el Ayuntamiento de Madrid decidió incluir servicios de planificación familiar dentro de los centros de Promoción de la Salud y fueron inaugurados en 1980. Milagros Rodríguez, coordinadora del PSOE para los centros periféricos y psicóloga en el centro del Ayuntamiento de Fuenlabrada, explicaba la situación:

La mayoría de las mujeres de pueblo lo pasan muy mal, ocupadas todo el día con cuatro o cinco críos, sin descanso, sin ninguna distracción, sin poderse cuidar físicamente, incomunicadas con el marido, solas. Muy pocas trabajan fuera de casa, y de las que lo hacen, el 90% son empleadas del hogar, o sea, que tiene dos jornadas laborales. Así que en los centros no podemos limitarnos a recetar píldoras, sino que tenemos que asesorar y aconsejar a la mujer en todos los temas que inciden en su bienestar material y físico.²⁴⁹

²⁴⁷ En los grupos feministas comenzaron a desarrollarse talleres de autoconocimiento del propio cuerpo. La traducción y publicación en España en el año 1977 de *Nuestros cuerpos, nuestras vidas* del colectivo de mujeres de Boston (1970) se considera un hito.

²⁴⁸ El Instituto de Medicina Social de Lope de Rueda fue una iniciativa del PCE y las Mujeres Socialistas organizaron en 1978 el centro Pablo Iglesias.

²⁴⁹ Estas declaraciones se publicaron en la edición impresa del miércoles, 11 de abril de 1981.

En la plantilla de cada uno de los centros de Promoción de la Salud se incorporaba una asistente social. Esto es particularmente importante para nuestra reflexión porque va a jugar un papel central en la toma de conciencia feminista de las asistentes sociales que pasaron por esta experiencia de trabajo interdisciplinar. Estas trabajadoras se insertaran en algunos casos, posteriormente, en los Centros de Servicios Sociales como ocurrió en de la Comunidad de Madrid. Por ejemplo, del centro de planificación familiar del municipio de Fuenlabrada saldrá el equipo que forme en perspectiva de género a las profesionales de Servicios Sociales. Lo nombramos porque Fuenlabrada es uno de los municipios de referencia en la integralidad de la perspectiva de género en sus políticas públicas municipales desde los orígenes hasta el momento actual.

E.4 (TS/): “Ellas fueron la que impregnaron la cultura de la perspectiva de género en Servicios Sociales. Ellas fueron las que impregnaron la cultura de la proyección de género al Trabajo Social. No te creas que las trabajadoras sociales veían la violencia de género en principio, no lo veían, no lo veían, o sea, lo veían pero no lo veían como tú o como yo. Ellas no entendían que eran la última esperanza para las mujeres (...). No lo veían porque nos faltaba formación”.

En el caso estudiado de la Comunidad de Madrid, junto a los centros de planificación familiar que se abrieron ²⁵⁰ en algunos ayuntamientos encontramos también los primeros gabinetes de asesoría a la mujer en la zona Sur de la Comunidad y en el corredor del Henares, centros que surgen con entidad propia como áreas de la Mujer (como organismos de igualdad). Posteriormente, en otros ayuntamientos de la Comunidad se crearán departamentos y/o programas de Mujer que se insertan en los nacientes Servicios Sociales. En los primeros, en los que se crea un organismo de igualdad específico, se promoverá la figura profesional de Agente de Igualdad²⁵¹ y se incorporarán mujeres feministas como agentes de

²⁵⁰ Municipios en los que se habían abierto centros de planificación en el año 1981: Leganés, Móstoles, Alcobendas, Alcalá de Henares, Aranjuez, Coslada, San Fernando de Henares, Torrejón de Ardoz y Fuenlabrada.

²⁵¹ En el caso de los ayuntamientos de la Comunidad de Madrid, esta figura se implementará con el apoyo de la iniciativa comunitaria Empleo-Now. El proyecto Red Now 64, conducido por la Fundación Dolores Ibarruri y con la cofinanciación del Programa NOW, la Dirección General de la Mujer de la Comunidad de Madrid, la Escuela de Relaciones Laborales de la UCM y de los Aytos. de Barcelona, Córdoba y Valladolid, promovió la figura. En el año 1985, el CEDEFOP (Centro Europeo para la Formación Profesional) realizó el primer seminario sobre el perfil profesional.

igualdad. Estos centros, áreas de mujer, ofrecen servicios de información, atención psicológica y jurídica, y también orientación laboral. Las mujeres de los municipios acuden a las áreas en muchos de los casos buscando apoyo para salir de situaciones de malestares psicosociales (ansiedad, baja autoestima, sobrecarga emocional, separaciones, violencia...). Estas mujeres manifiestan malestares que en ocasiones no han sido atendidos en el sistema de servicios sociales. Los nuevos organismos municipales desarrollan también programas de actividades grupales para favorecer la participación social de las mujeres; promoción del bienestar personal, autoestima, autocuidado...

En el caso de la constitución de programas de igualdad en el marco de los Servicios Sociales, tienen un carácter más subsidiario de atención a las problemáticas familiares como por ejemplo, programas de cómo cuidar al cuidador, cómo mejorar las relaciones familiares etc., siendo el perfil de referencia el de Trabajadora Social sin formación específica en género. Sus dinámicas inducen marcos referenciales distintos desde los que se enfoca la intervención con mujeres.

E.4. (TS/P): Las políticas de género tenían que ser integrales y si estaban en Servicios Sociales se les cortaba las alas y ahí es cuando dije que las feministas tenían razón pero a mí me costaba mucho darles la razón porque yo tenía el alma dividida. Las feministas me decían que en Servicios Sociales se trata a las mujeres como un colectivo y somos la mitad de la población”.

En el caso de la Comunidad de Madrid, en los ayuntamientos con mayor población se crearán organismos propios de igualdad y en los de menos población las acciones de igualdad se ubican dentro de los Servicios Sociales. Esta situación intensificará la institucionalización de las reivindicaciones feministas en la agenda política. Estos nuevos servicios, en el marco de las políticas sociales, van a recoger una parte de las reclamaciones realizadas durante la transición de creación de recursos específicos de atención a las necesidades de las mujeres, y de políticas públicas de género que promuevan la igualdad entre mujeres y hombres. Y con los planes de igualdad de oportunidades el género pasa a la agenda pública (Marugán y Miranda, 2018: 177) siendo el referente para los primeros organismos de igualdad creados a finales de la década de los ochenta el I Plan Nacional para la Igualdad de Oportunidades de las mujeres (1988-1990).

Comprobamos, a través de las fuentes consultadas, como el movimiento feminista fue introduciendo nuevos temas en la agenda política municipal, a través de la incorporación de mujeres feministas en los nuevos organismos y la relación de las áreas de mujer con el movimiento asociativo del municipio. Sin embargo, no encontramos vínculos “oficiales” en el caso de la Comunidad de Madrid entre el Feminismo y el Trabajo Social que, en ese momento, parece estar lejos de reivindicarse en su identidad como feminista.

E .2 (TS/F): “En mi experiencia personal nunca percibí en esa etapa una conexión entre ambos campos. Recuerdo mi sensación de “voz que clama en el desierto” introduciendo lo que luego llamamos visión de género, que entonces yo consideraba perspectiva feminista, en relación a la intervención social”.

La paradoja es que las demandas y reivindicaciones tanto del movimiento feminista como de las organizaciones colegiales del Trabajo Social son protagonizadas por mujeres que ponían sobre la mesa asuntos importantes para el modelo de sociedad, como la del desarrollo del Estado del bienestar, pero discurren de forma paralela, sin confluir en un espacio reivindicativo compartido, más allá de encontrarnos con mujeres concretas comprometidas en ambas luchas.

E.2 (TS/F): “En esos años nunca percibí una interacción entre ambos mundos. A pesar de ser “mundos de mujeres” estuvieron de espaldas. Eran muy escasas las militantes feministas que se movían en el Trabajo Social y aún más escasa la presencia de los temas que correspondían a éste en el debate feminista”.

E.4 (TS/P): Desde el feminismo no había un acercamiento al quehacer del Trabajo Social (...). Las trabajadoras sociales íbamos de pobres y luego estaban la élite y las que sabían y nosotras hacíamos teoría todos los días. Su teoría tenía un toque de utopía que nosotras no sabíamos cómo se materializaba”.

Tanto desde el feminismo como desde el Trabajo Social se reivindicaban políticas sociales que cambiaran las relaciones políticas, pero el feminismo ponía el énfasis en la fuerte presencia de componentes familiares o informales en los programas a desarrollar en los servicios sociales, es decir, las mujeres. Cuestionaba el modelo de provisión de servicios de atención social a través de las mujeres de las familias y reclamaba que no se reforzara a las mujeres en su rol de sustento del sistema familiar. Esta perspectiva no la encontramos, sin embargo, en la etapa inicial de la institucionalización de los Servicios Sociales; ni en los

discursos recogidos en las actas de congresos profesionales ni en las publicaciones específicas de Trabajo Social.

E.2 (TS/F): “Pienso que hay un proceso, relativamente lento, en que la mujer como colectivo social pasa de ser percibida como transgresora que debe ser incorporada al sistema social (el trabajo con mujeres prostitutas, madres solteras, presas, etc..) a detectar que hay mujeres que se encuentran en situaciones que no les permite acceder a recursos o derechos que el sistema de protección social general debe garantizar a toda la población, así poco a poco, se percibe la necesidad de lo que luego serán las pensiones no contributivas u otros servicios o prestaciones. Las políticas europeas comienzan a tener en cuenta a las mujeres como objeto/sujeto de sus actuaciones y poco se va filtrando en el Trabajo Social en nuestro país”.

La década de los ochenta será la del desarrollo de un feminismo institucional que contará con el impulso de las políticas europeas y, coincide con la década prodigiosa del desarrollo de los Servicios Sociales. En esta década ya encontramos un legado importante de la investigación feminista para la comprensión de los problemas de las mujeres. De este modo, se saca a la luz aquello que permanecía oculto como los mencionados derechos sexuales y reproductivos, la violencia, el aborto, la falta de servicios de atención a la infancia etc...Sin embargo, en la literatura base para la intervención social, el análisis feminista de los problemas sociales está ausente y perviven modelos tradicionales. La perspectiva de género tampoco está en los proyectos de intervención dirigidos a las mujeres como colectivo objeto de intervención. Esto llegará con la gestión de programas europeos como la iniciativa comunitaria Empleo- NOW años aprobada en 1990. Las trabajadoras sociales tienen que atender los “problemas” de la mujer, mayoritariamente a través de intervenciones individuales, sin formación previa en cuestiones de género y sin poder incidir en los factores de desigualdad de origen estructural que retroalimentan la circularidad de los malestares. De este modo, en el mejor de los casos las intervenciones sirven de contención:

E.4. (TS/P): “A lo mejor otras disciplinas han tenido una sistemática metodología y han sabido escribirlo pero las trabajadoras sociales son las que primero han visto el sufrimiento de las mujeres, en vivo y en directo, todos los días, una, otra...y entonces yo creo que si se ha intentado ayudarlas pero a mí me parece muy difícil que no se trabaje con perspectiva de género. A mí me ha costado mucho tiempo que se dieran cuenta de las discriminaciones, ellas no identificaban. Pero las concejalas no apostaban por las acciones positivas (...). El feminismo ha sido el

motor, las trabajadoras sociales lo sienten pero no le están poniendo nombre a lo que les pasa a la mujer”.

En cuanto a los programas que se implementan en el marco de los servicios sociales encontramos que son proyectos que bajo la categorización de la “mujer”²⁵² mantienen a las mujeres como sujetos de segundo orden, colectivo, sin incidir en las causas de subordinación de las mujeres ni hacer una lectura política de su condición.

E.16 (TS/U): “La visión era muy de vulnerabilidad, no era de género. Como un colectivo más y desde mi punto de vista más negativo que positivo, porque entraba siempre a formar parte de los sectores vulnerables como si no hubiera mujeres que no fueran vulnerables (...). La mirada paternalista siempre ha estado presente, yo creo que esa es la que más no está costando en definitiva deshacernos de ella”.

El análisis feminista del Trabajo Social institucional ha centrado su crítica en la función de control social de la disciplina al perpetuar y no cuestionar la situación y posición de las mujeres en la esfera doméstica en los primeros programas desarrollados en el marco de los Servicios Sociales. En el análisis de los programas que se impulsaban desde los Servicios Sociales al colectivo de mujeres encontramos un impulso institucional dirigido a reconducir el sentimiento de debilidad, facilitando instrumentos para recuperar el impulso y mantenerse. La incuestionable división del trabajo doméstico y la plena delegación de los cuidados en el hogar es un poderoso obstáculo ya que hace a las mujeres responsables principales de procurar el bienestar que los servicios públicos no cubren.

²⁵² En el proceso de gestación del modelo de los Servicios Sociales fueron relevantes las II Jornadas Socialistas de Servicios Sociales, celebradas en Madrid en mayo de 1981, y organizadas por el grupo socialista de Servicios Sociales de la Secretaría Federal de Política Sectorial²⁵². En cuanto a la cuestión de género encontramos únicamente la referencia a la “mujer”, en singular, como sector objeto de intervención y será lo que encontraremos en los programas que se implementaran en la red de los servicios sociales. Las ponencias de las Jornadas se recogen en el nº8 de los Cuadernos de Política Sectorial “*Cambio social y Servicios Sociales*”, publicado en 1981 por la Secretaría Federal de Política Sectorial del PSOE

6.5 La ceguera del género en una profesión feminizada

En la historia del Trabajo Social en España, la feminización es una constante en todas sus dimensiones: en el protagonismo de estas en el ejercicio de la profesión, en el perfil de las personas atendidas y en las formadoras de las profesionales (Báñez, 1997; Dominelli y Mcleod, 1999; Fombuena, 2006; Morales, 2010 y Lorente, 2013). Sin embargo, paradójicamente, está casi ausente una vocación feminista. Al hablar de ceguera de género y ausencia de la vocación feminista nos estamos refiriendo a la parálisis en la lectura de género que hemos encontrado durante el periodo 1975-1990 tras analizar, tal y como hemos desarrollado en apartados anteriores, encuentros profesionales, discursos de las asociaciones/colegios profesionales, programas de las instituciones formativas, programas de servicios sociales y revistas de la profesión. Las entrevistas realizadas a informantes claves reafirman la ausencia de la perspectiva de género. Aunque no estaba presente, llegará más tarde, desde fuera de la profesión.

En este epígrafe nos adentramos en algunas de las características encontradas para argumentar las razones de la ausencia de la perspectiva de género y que son abordadas a lo largo de la investigación.

El legado histórico se nos muestra como una de las explicaciones para el caso español. La historia del Trabajo Social en España hasta la etapa democracia está muy vinculada, tal y como hemos explicado, a la Iglesia y a la Sección Femenina, tanto en relación a sus instituciones formativas y como a los espacios de ejercicio de la profesión. Son organizaciones inscritas en un orden ideológico patriarcal que invisibiliza y naturaliza las relaciones políticas asimétricas entre hombres y mujeres, y que refuerzan la asociación mujer-familia. En este legado histórico se inscriben también los mandatos de género que han acompañado al Trabajo Social desde sus orígenes, como sustento de la división sexual del trabajo y de la domesticación de los conflictos. La naturalización de las relaciones de poder y de dominio y la esencialización de las identidades de género explica su reproducción, de forma inconsciente y automática si la ausencia de acción reflexiva.

E.2 (TS/F): “Creo que los mandatos de género han sido muy fuertes en la profesión desde el principio de la profesión en el siglo XIX y a lo largo de su desarrollo, gran parte de la intervención del Trabajo Social en diferentes ámbitos estaba orientada a reconstruir modelos sociales que la pobreza, sobre todo, desarticulaba. Las propuestas estaban orientadas por una ideología muy conservadora en relación a la familia, muy influida posteriormente por la sociología funcionalista, se trataba de corregir disfunciones, no de transformar sociedades, independientemente de la influencia que en los años setenta tuvo el modelo de Trabajo Social latinoamericano, que no se correspondía con la sociedad española. Los cambios de perspectiva no han venido en mi opinión desde dentro del Trabajo Social sino desde fuera”.

La cuestión de la feminización de la profesión no es objeto de auto-reflexión en el seno de la profesión, ni la producción de las investigaciones feministas de los años ochenta se incorporan a los marcos teóricos. No hay conexiones teóricas entre el Trabajo Social y el Feminismo ni evidencias en la documentación analizada sobre confluencias entre el mundo feminista y el Trabajo Social organizado, más allá de sensibilidades particulares que confluyen e intervenciones puntuales²⁵³.

E.9. (TS): “No se era consciente de la feminización de la profesión, simplemente el planteamiento era que simplemente sucede, incluso yo que soy hombre no he sido consciente hasta años después. Y la reflexión tiene que ver con el asentamiento de planteamientos, no sé si está bien o no decir feministas porque parece que esa palabra está en desuso o tiene a veces unas connotaciones que no son, pero básicamente creo que fue a raíz de pensar más en clave de políticas igualitarias, te hablo de que casi hasta el año dos mil tampoco he pensado en esa clave de por qué estaba vinculado el Trabajo Social como profesión de ayuda. No era una reflexión, para nada que estuviera en los años setenta y ochenta. Curiosamente es el tiempo después el que pone las cosas en su sitio y esta reflexión es posterior. En mi caso me ayudó bastante tener que plantear el plan de igualdad de la ciudad en un momento profesional aquí. Eso me ayudó a escuchar y de la escucha coges ideas de distintos colectivos y demás, y claro desde una posición aunque técnica pero con compromiso político en la igualdad”.

En las actas de los congresos y jornadas profesionales que se celebran a lo largo de la década de los ochenta la cuestión del género²⁵⁴ no la encontramos, está ausente.

²⁵³ Como la ya citada de Patrocinio las Heras en las II Jornadas de la Mujer celebradas en Granada en 1979

²⁵⁴ Utilizamos el término cuestión de género para ir más allá de la cuestión de la feminización de la profesión, en el sentido de hacer una lectura en clave “femenina” de la cuestión social.

E.16 (TS/U): “La perspectiva de la mujer, más allá de una perspectiva de colectivo no estaba incorporada en los Congresos (...). Yo creo que tiene que ver con que la profesión, nuestra profesión es muy práctica, entonces, las partes, los elementos teóricos han tenido muy poco peso, con lo cual igual que han tenido poco peso desde el punto de vista de los modelos teóricos en la intervención social, pues exactamente lo mismo (...). La dimensión política, igual que la dimensión de género no ha estado presente. La dimensión política se perdió, no duró nada, de la reivindicación aquella de los primeros congresos...más allá de aquellas que entraron en política, no entraron en lo político sino desde un punto de vista partidista”.

En los encuentros profesionales se hablaba del Trabajo Social en clave de servicios sociales. Para el feminismo de los ochenta los servicios sociales, a diferencia del sistema de salud, no tenían alta relevancia. La lectura feminista de los servicios sociales era que la mujer era tratada en los programas de servicios sociales como objeto de intervención. Se interpretaba que el papel que desempeñaban las mujeres era importante como interlocutoras de las problemáticas sociales y se les otorgaba relevancia en las intervenciones como colectivo con problemáticas específicas y /o como mediadoras de los problemas de las familias.

E.9. (TS): “No, inicialmente en la configuración de los servicios sociales en la perspectiva inicial, cuando la primera generación de leyes de servicios sociales, la mujer era un colectivo más; mayores, mujeres y tal. No tenían un espacio específico ni unos contenidos determinados y además yo creo que los propios profesionales no lo acababan de encajar y no tenían esa perspectiva, sinceramente. Yo no recuerdo ninguna aportación en los Congresos. He estado a nivel de Consejo General de Trabajo social y trabajamos aspectos que tenían que ver con la búsqueda de la licenciatura. Y la verdad es que estoy intentando recordar pero la secuencia es que la mujer era un colectivo más, después mujer y violencia de género y yo sinceramente es en la década de los dos mil cuando se ha hablado de integralidad”

En la formación inicial en las Escuelas Universitarias o en la formación continua de los colegios profesionales u organismos públicos los temas de género no tienen cabida. La lectura de género llegará posteriormente con la implementación de las políticas y planes de igualdad.

E.16 (TS/U): “El tema de género no estaba presente, claramente (...) Realmente ha sido una cuestión muy, muy posterior y que ha tenido que ver, yo creo, que no con el Trabajo Social si no con la incidencia que desde el punto de vista, un poco más bien de los movimiento feministas o de las políticas...hasta que no hay una

incidencia de las políticas de igualdad europea, no era un tema que estuviera en la agenda”.

La revisión de los contenidos publicados en la cuatro revistas de Trabajo Social más relevantes en el periodo 1981-1990 confirman la ausencia de material escrito sobre la materia, más allá de artículos puntuales con experiencias de trabajo con mujeres como colectivo.

Cuadro nº 6: Revistas de Trabajo Social (1981-1990)

Nombre de la Revista	Año de creación	Organismo	Líneas de producción
RTS. Revista de Treball Social	1960	Col legi Oficial de Diplomats en Treball Social i Assistents Socials de Catalunya	Análisis de prácticas de Trabajo Social y Política Social, estudios, investigaciones, desarrollo de la profesión....
Revista de Política Social y Servicios Sociales	1984	Consejo General de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales	Monografías, investigaciones desarrollo de los servicios sociales, posicionamiento doctrinal...
CTS. Cuadernos de Trabajo Social	1987	Universidad Complutense	Estudios interdisciplinares, investigaciones, monografías, reseñas...
Trabajo Social y Salud	1987	Asociación española de Trabajo Social y Salud	Experiencias prácticas, investigaciones...relacionadas con el Trabajo Social y Salud.

Fuente: Elaboración propia

No es hasta el año 1999 cuando se publica el primer trabajo monográfico en la revista del Consejo General de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales, *Política Social y Servicios Sociales*, bajo el título “Nueva Perspectiva de Género” (Vol. 45, 1999). En el ámbito universitario la revista CTS, *Cuadernos de Trabajo Social*, publica un monográfico sobre “*Violencia contra las mujeres*” (Vol. 18, 2005). La publicación de esta monografía se produce al mismo tiempo que la promulgación de la ley orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de medidas de protección integral contra la violencia de género. La revista decana del Trabajo Social, RTS, un referente importante en el desarrollo de la profesión, publica su primer monográfico sobre género en el año 2012 “*Desigualtats a propòsit del gènere*” (RTS nº 195, 2012: 5). En el editorial explica que si bien es cierto que en la historia de la RTS se han publicado artículos sobre la discriminación por razones

de sexo, también lo es que era una cuestión pendiente el dedicar un monográfico al tema de la desigualdad con perspectiva de género. Y hacia el final del editorial se reconoce el carácter femenino de la profesión y el carácter social y políticamente construido de la profesión permite la reproducción de las relaciones de género (RTS nº 195, 2012: 5).

Las principales razones encontradas en esta investigación y que operan en la invisibilización de la cuestión de género en el Trabajo Social en España tienen que ver con: los mandatos de género implícitos por el nacimiento particular de la profesión, la feminización sin reflexión, la ausencia de contenidos formativos sobre género en los planes de formación y por extensión en las publicaciones propias del Trabajo Social, y finalmente, la extensión y el desarrollo de los servicios sociales huérfanos de feminismo.

El Trabajo Social es una profesión feminizada pero no feminista. Históricamente el Trabajo Social se ha pensado como una profesión adecuada para ser ejercida por las mujeres, articulada en torno a principios éticos asociados a lo femenino (empatía, protección, servicio, alteridad, etc), orientada a la acción directa con población pobre y que nace lejos de espacios de reflexividad como puede ser la universidad. La beneficencia, luego la filantropía, la asistencia social y ahora el Trabajo Social han estado mayoritariamente sostenidos por las mujeres. Las mujeres son tanto las prestadoras como sujetos de la intervención social pero las intervenciones y los problemas atendidos no han sido redefinidos desde una perspectiva feminista (Dominelli y Macleod, 1999). La falta de reconocimiento y valoración social de la profesión por su ubicación en el espacio de lo femenino ha sido objeto de ocultamiento y vergüenza más que de reivindicación de sus protagonistas, El ansiado reconocimiento y prestigio social se han buscado masculinizándose, resignificándose a partir de estrategias como el cambio de nombre o nombrarse siempre en masculino.

En el quehacer del Trabajo Social las mujeres han estado siempre presentes como “objeto” de intervención social, como colectivo con una problemática intrínseca asociada o por su papel en la familia. En la literatura profesional consultada

encontramos ejemplos que ilustran la estrategia metodológica de trabajar la intervención familiar a través de las mujeres. Un ejemplo es, cuando Cristina de Robertis, al hablar de la intervención social y, en concreto, de cómo transmitir a las familias saberes que necesitan para desarrollar un determinado rol social argumenta que las profesiones sociales encargadas de capacitar a los adultos para asumir roles sociales se dirigen particularmente a las mujeres en su rol de amas de casa y de madres. De este modo, puericultoras, enfermeras, trabajadoras familiares, consejeras en economía social y familiar se turnan en este tipo de intervención educativa de las mujeres. Son raras las prácticas que se dirigen a los hombres en sus roles de esposos y padres (Robertis, 1992).

La misma estrategia de buscar a las mujeres es seguida por las instituciones públicas cuando quieren hacer llegar a las familias los programas de sus políticas sociales. Las mujeres aparecen como cliente prioritario por la asociación entre familia-mujer, reforzándose así el papel de proveedoras principales de cuidado, ayuda... De ahí se derivan los problemas de desencuentro que se dan entre el Trabajo Social y el Feminismo en relación al modelo de desarrollo de los programas de servicios sociales y el vínculo familia-mujer. Las mujeres son las principales usuarias de los servicios sociales según los datos de los estudios anuales sobre el uso del sistema público de servicios sociales, éstos arrojan que entre el 70 y 80% de los demandantes de servicios sociales son mujeres²⁵⁵. Sabemos que generalmente llegan a los servicios sociales hablando como portavoces de (en nombre de) las necesidades ajenas, las de aquellos a los que cuidan, acudiendo a los servicios sociales cuando se sienten desbordadas. Se muestran como las únicas responsables y gestoras de la dinámica familiar. Cuidar inexorablemente a los demás ha funcionado y funciona como un componente básico en la construcción social del género, con consecuencias importantes para la identidad y las actividades de las mujeres (Comas, 2000). Una segunda explicación de que el perfil de usuario de los servicios sociales sea una mujer tiene que ver con su posición

²⁵⁵ En los datos estadísticos del SIUSS (Sistema de información de usuarios de servicios sociales) que el ministerio hace públicos anualmente, las mujeres siempre han estado sobre-representadas en cuanto a demandantes de las prestaciones, lo que no quiere decir que las demandas sean para ellas sino como intermediarias de problemáticas socio-familiares de las que se sienten responsables.

social de desigualdad de acceso a los regímenes de la seguridad social, dado su estatus en el mercado laboral, lo que las impele a tener utilizar los subsidios sociales, las rentas mínimas²⁵⁶ y otras formas de ayudas públicas de carácter discrecional. Como tercera razón de su mayor presencia como usuarias de los servicios sociales se explica porque sufren directamente problemas específicos por su condición de género. Nos referimos entre otras situaciones a las agresiones de las que son objeto por distintas violencias, la viudedad ligada a situaciones de pobreza, la monomarentalidad, la mayor presencia de estas en empleos marginales, que genera derechos a su vez marginales, mayor incidencia de la pobreza, violencia de género etc...Esta última razón es la justificación del desarrollo de programas en el ámbito municipal dirigidos a las mujeres con problemáticas específicas en el marco de políticas sociales de los servicios sociales.

Los programas de mujer que se desarrollan en el marco de los servicios sociales en la década de los ochenta no se caracterizan por intervenciones cuestionadoras del orden del género. Por el contrario, los programas y servicios que se desarrollan en las nuevas áreas de mujer como organismo de igualdad específico si problematizan el orden del género, nacen con vocación feminista. El Instituto de la Mujer estatal organizará las primeras jornadas “Mujer y Servicios Sociales” en septiembre de 1984, que tienen como objetivo principal ofrecer pautas para trabajar el tema del género desde la Administración pública, especialmente desde los Ayuntamientos, para la “nueva política” de mujer. Estas jornadas se consideran innovadoras porque comienzan a desarrollar un cierto *corpus teórico* del modelo de institucionalización de los programas de “mujer” y de la forma estructural que van tomando los departamentos de la mujer

En los programas municipales analizados en el contexto de la Comunidad de Madrid y en el estudio de las experiencias publicadas durante la década de los ochenta no hemos encontrado presencia de un paradigma feminista en el análisis

²⁵⁶ En febrero de 1989 aparece en España la primera regulación de rentas mínimas en el País Vasco. El estudio publicado en 1995 por la Fundación FOESSA sobre los salarios sociales “La caña y el pez” da cuenta de la mayor presencia de las mujeres como demandantes de las rentas mínimas que gestionan los servicios sociales.

de los problemas que “sufren” las mujeres por su posición subordinada como uno de los marcos teóricos de referencia para las intervenciones con mujeres desde los Servicios Sociales²⁵⁷. Esto será motivo, en algunos de los municipios, de desencuentros entre los dispositivos de atención a mujeres (servicios sociales vs áreas de mujer) al utilizar distintos marcos interpretativos sobre los malestares de las mujeres, generando tensiones entre las propias profesionales; servicios sociales vs áreas de mujer. Los organismos de igualdad van a aportar nuevas perspectivas para la redefinición de los problemas sociales al valorar los problemas en función de su implicación en la opresión de género que confrontan modelos de intervención socio-familiar. Se trataba de superar una perspectiva de intervención con mujeres inserta en una lógica que situaba a la mujer como el problema, e instauraba una perspectiva, en la que se insertan las áreas municipales de la mujer, que pretendía centrar a la mujer como protagonista y sujeto. En el caso estudiado de la Comunidad de Madrid las áreas de mujer como organismos específicos de igualdad experimentan un gradual crecimiento a partir de finales de la década de los ochenta fuera de las áreas de Servicios Sociales. En esta Comunidad el organismo autonómico de igualdad se crea en 1989 y proporcionará a las áreas municipales recursos y financiación, mayoritariamente vía iniciativas europeas, así como un nuevo perfil profesional, las agentes promotoras de igualdad

Será desde fuera del Trabajo Social desde donde llegue la incorporación de la perspectiva de género. El feminismo institucional transformado en organismos locales de igualdad junto con la herramienta de los planes de igualdad funcionarán como uno de los primeros alicientes facilitadores de la incorporación de la perspectiva de género en el Trabajo Social. Entre las numerosas iniciativas que se desarrollan la formación en género ocupa un lugar destacado y será para muchas trabajadoras sociales el inicio del proceso de formación en perspectiva de género

²⁵⁷ Durante los años 2001 y 2012 se llevó a cabo uno de los pocos estudios realizados por trabajadoras sociales: *Análisis de los servicios de bienestar municipal para la población femenina*, desarrollada en el marco de los proyectos de Investigación, Desarrollo e Innovación Tecnológica del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales e Instituto de la Mujer. La investigación contó con la dirección de Elena Roldán y la participación de profesoras de la entonces Escuela Universitaria de Trabajo Social de la UCM. Ya iniciado el siglo XXI en el trabajo publicado refieren que la intervención social del enfoque feminista aparece en pocos casos (2004: 177). Véase Roldán García (2004): *Género, políticas locales e intervención social*. Editorial Complutense, Madrid.

y de toma de contacto con la teoría feminista. En las instituciones formativas de Trabajo Social y en las organizaciones colegiales propias no será hasta finales de la década de los noventa, y especialmente con el desarrollo de las políticas europeas, la atención a la dependencia y la reivindicación desde el movimiento feminista de la atención integral a la violencia de género, cuando se incorpore la perspectiva de género en la agenda académica.

E-2 (TS/F): “En los Servicios Sociales no será hasta la llegada de las políticas europeas que obligarán a tener en cuenta a las mujeres como sujeto y poco a poco se irá filtrando en el Trabajo Social en nuestro país”.

E.9. (TS): “La cuestión de la violencia de género ha sido un punto de inflexión, que en cierto modo ha cambiado todos los temas de igualdad y de desigualdad.”.

Junto con la formación, el segundo elemento que ha actuado como aliciente facilitador en la incorporación de una perspectiva de género en el Trabajo Social vendrá del impulso de la Unión Europea, al promover el desarrollo de las políticas de igualdad de género en España y proporcionar recursos para financiar iniciativas con concreción en los territorios. Con los planes de igualdad como instrumentos de actuación, el género pasa a la agenda pública (Marugán y Miranda, 2018: 177).

Estos dos facilitadores identificados, entre otros²⁵⁸, posibilitarán que, desde dentro de la profesión los propios profesionales comiencen a interrogarse sobre la manera en que la dimensión de género impregna el ejercicio profesional e identificar las implicaciones del género en las personas usuarias (en su mayoría mujeres). Supone un cierto impulso para superar la invisibilización del género en el y del Trabajo Social.

²⁵⁸ Las políticas de atención a la dependencia así como las políticas de lucha contra la violencia de género son otros dos facilitadores ya a lo largo de la década de los noventa.

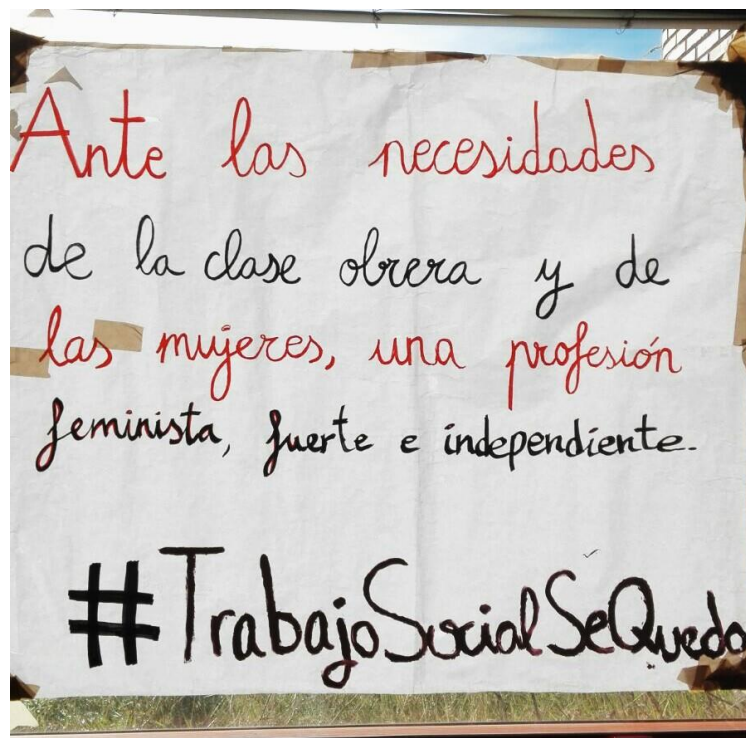


Ilustración nº 24: Pancarta desplegada en la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Complutense de Madrid. Curso 2017/2018

“Los cambios sociales introducidos por las feministas están suponiendo una verdadera revolución social (lenta, silenciosa, parcial, con todas las limitaciones que deseen adjudicarle), pero también los feminismos y la sociología del género y feminista están suponiendo una revolución epistemológica en las ciencias sociales”

(Marugán, B y Miranda, M. J., 2018)

7. CONCLUSIONES:

La crisis del género y el género de la crisis del Trabajo Social

El objeto de esta tesis ha sido la reconstrucción genealógica del Trabajo Social en España desde una perspectiva de género, entendiendo esta genealogía como un proceso analítico de identificación y comprensión de la concatenación de acontecimientos que fueron configurando el Trabajo Social como una profesión mayoritariamente femenina. Por el sesgo de género y la configuración de la profesión orientada a la práctica, comparte con todos aquellos trabajos relacionados con la asistencia y el cuidado a las personas, los dilemas y escollos vinculados a la valoración social de la profesión. En el caso del Trabajo Social en España, estos elementos han alimentado una perpetua crisis de identidad de la profesión y la disciplina. Consideramos que un elemento central de explicación de esta perpetua vivencia de crisis en la que se aloja la profesión está relacionado con el espacio de invención de la disciplina y de institucionalización de la profesión. Por

ello, el procedimiento de análisis ha consistido en identificar los procesos de construcción social e histórica del Trabajo Social como profesión femenina así como comprobar la relación con el feminismo en el periodo 1975-1990. La elección de estos años se basa en que es el momento en el que la profesión adquiere mayor rango y poder simbólico en el reconocimiento de sus tareas y de sus espacios profesionales en el marco de los Servicios Sociales. En este periodo se produce dos hitos importantes en los procesos de construcción de su identidad y negociación de reconocimiento público: la transformación de su nomenclatura, de Asistencia Social a Trabajo Social así como el reconocimiento en 1981 de sus estudios como universitarios. Es también durante estos años cuando se activa el movimiento feminista en España y se configura una agenda feminista. Paralelamente surge el feminismo de estado con la creación en 1983 del Instituto de la Mujer. En esta investigación hemos examinado de manera particular las relaciones entre las evoluciones del Trabajo Social y del feminismo institucional en el caso de la Comunidad de Madrid. La elección del territorio de Madrid se debe a dos razones fundamentalmente. Por un lado, porque se trata de uno de los principales centros de institucionalización del Trabajo Social. Por otro lado, Madrid constituye un referente nacional indiscutible en la creación de organismos de igualdad en el ámbito local. Se trata de uno de los enclaves territoriales más urbanizados del estado, con una gran extensión del área metropolitana, que justifica tanto el desarrollo de los servicios sociales como la creación de concejalías de mujer. Es también un territorio de grandes contrastes sociales y económicos.

Desde una perspectiva de reconstrucción genealógica, en esta tesis doctoral hemos necesitado comenzar con el estudio de la pre-historia del Trabajo Social. No se ha pretendido repensar las cronologías conocidas en la historia del Trabajo Social en España sino la producción de nuevas miradas sobre la profesión en clave de género, más allá de las narrativas oficiales. Nos ha interesado saber cómo ha sido la construcción social e histórica del Trabajo Social como profesión “propia” de la mujer por sus “habilidades inmanentes”. Más que repensar las cronologías conocidas en la historia del Trabajo Social en España se ha pretendido inducir y suscitar la producción de nuevas miradas sobre la profesión en clave de género. Por tanto, nuestro propósito es poder entender y aportar elementos para

comprender cómo ha operado la feminización de la profesión en la configuración y evolución del Trabajo Social y así poder desvelar las dinámicas de mantenimiento del Trabajo Social como profesión feminizada y subalterna asociada a un determinado imaginario femenino. El relato general de la historia de las mujeres nos muestra una ausencia de referentes femeninos en la historia, pero en el caso del Trabajo Social aún más. El riesgo que se incurre con esta lectura ahistórica es desconocer las contradicciones inherentes que ha acompañado al desarrollo de la profesión.

A pesar de la unánime constatación de la feminización de la profesión, es destacable, tal y como se pone de manifiesto a lo largo de la investigación, la interna paradoja que la ha caracterizado debido a la invisibilización perpetua de la cuestión de género en la configuración y evolución histórica de la disciplina. Se ha prestado un particular énfasis en esta investigación a la identificación de las barreras que han impedido hacer una lectura de género de la profesión hasta fechas muy recientes, a pesar de ser una profesión mayoritariamente ejercida por mujeres, vinculada a las actividades culturalmente adscritas a las mujeres (“el cuidado social”) y que atiende mayoritariamente a mujeres dado que estas se encuentran en posiciones de desventaja social estructural. Nos ha interesado entender por qué el Trabajo Social no ha sido permeable al análisis feminista hasta el siglo XXI. La ausencia de marcos femeninos de representación para reflexionar sobre el propio quehacer de la disciplina ha sido una constante en el periodo de inscripción del Trabajo Social en el sistema público de servicios sociales, momento en el que se busca con ahínco un reconocimiento de la profesión y la ocupación de un espacio en la acción social pública.

En esta investigación las preguntas de investigación que nos han acompañado han sido:

- ¿Cuál ha sido el papel de las mujeres en las prácticas formales e informales de ayuda y cuidado desde una perspectiva histórica?
- ¿Cómo ha operado la construcción social de la feminidad en la articulación de un espacio de trabajo de la ayuda y cuidado?

- ¿Cuál ha sido la relación entre la posición de las mujeres como operadoras de cuidado/ayuda y la génesis del Trabajo Social?
- ¿Qué vinculación existe entre la cultura profesional generizada del Trabajo Social y la crisis permanente de su identidad profesional?
- ¿Cómo ha operado la interdependencia sometida al Trabajo Social con el Sistema de Servicios Sociales con respecto a la ausencia de la perspectiva de género en la profesión?
- ¿Por qué se han producido dificultades y resistencias en la recepción del Feminismo en el Trabajo Social?

Para responder a estas preguntas, se han identificado, a lo largo de la investigación, *tres ejes de análisis* que han articulado de forma transversal el desarrollo argumental de esta investigación.

EJE 1	Los territorios políticos y códigos morales por los que ha ido transitando el Trabajo Social.
EJE 2	La evolución de los arquetipos profesionales bajo una representación androcéntrica y las normas de género.
EJE 3	La configuración de los distintos y, en ocasiones, contradictorios espacios de intervención: entre la ayuda y la reparación; desde la acción caritativa, la filantropía a la configuración de espacios de mediación entre el capital y el trabajo con la institucionalización de las políticas públicas.

La identidad y contenido del Trabajo Social en España han sido tallados por los acontecimientos socio-históricos en los que nace y se desarrolla bajo la dictadura y el nacional-catolicismo que le vinculan en los primeros años a proyectos benéficos-religiosos-institucionales. El nacional-catolicismo franquista y la iglesia institucionalizaron la profesión en los primeros años, periodo en el que las mujeres están sujetas a una posición y situación social de subordinación. La primera de las conclusiones centrales a las que nos ha conducido este trayecto analítico es la de señalar que en los pilares materiales y simbólicos sobre los que se configura el Trabajo Social en España encontramos una fuerte presencia de una ética religiosa como elemento constituyente, que se materializa en la formación inicial a través de las instituciones formativas de Trabajo Social. El perfil mayoritario que participa en estas instituciones es el de mujeres de clase media cuyo objetivo era, no tanto

ejercer una profesión sino obtener una formación complementaria acorde con sus expectativas de género. Las mujeres de clase obrera no llegarán al Trabajo Social hasta los años sesenta con la expansión de los estudios y el incremento de la presencia de las mujeres en la educación formal.

Como consecuencia de esta herencia moralizante catalizadora, se puede constatar, como segunda conclusión, que el Trabajo Social ha tenido que invertir en la etapa de la Transición enormes cantidades de energía dirigidas a su visibilización y a mostrar la ruptura con las representaciones sociales del sistema benéfico asistencial en el que se configuró durante el franquismo. Forma parte de este proceso de “purificación simbólica” con el que se pretendía ganar reconocimiento a la resemantización del nombre de la profesión. No solo se cambia de nombre a la profesión, sino que se observa una interesante lucha por ser “bien nombrada”. La búsqueda de una nueva identidad del Trabajo Social se articulará así en torno a su distanciamiento de periodos anteriores y a un fuerte compromiso con la construcción del nuevo sistema de servicios sociales. Sin embargo, paradójicamente, no se reclama ni visibilizaba su identidad como profesión feminizada reivindicando el valor y sentido de las tareas de ayuda y cuidado frente a las lógicas de reconocimiento androcéntricas. Esta ausencia de reconocimiento del género de Trabajo Social explica que se esté produciendo justamente lo contrario: la búsqueda del reconocimiento de la profesión conjurando sus raíces femeninas, y buscando una ubicación profesional en ámbitos vinculados simbólicamente con la masculinidad, esto es, a través de su profesionalización, del distanciamiento de una racionalidad ética, de su burocratización aséptica.

Como tercera conclusión general se constata en la investigación la ausencia de una vocación feminista como profesión (y disciplina) inspiradora de las éticas y principios del Trabajo Social, más allá de la existencia a título particular de mujeres trabajadoras sociales con vocación feminista. La búsqueda de lo “neutro” opera con fuerza en el periodo 1975-1990 como una estrategia de obtención del ansiado reconocimiento social y como vía para la acreditación de las habilidades profesionales. En este ámbito, la búsqueda de un espacio profesional y de reconocimiento propio, el Trabajo Social se ha enfrentado de forma permanente a

importantes obstáculos, al ser una disciplina vinculada con la práctica de intervención y distanciada, sin embargo, de la reflexión académica. La condición de subordinación de la disciplina actúa no solo como la causa de la falta de reflexividad teórica que caracteriza a la profesión, sino también resulta ser su consecuencia. La búsqueda de reconocimiento a través de la ocupación del espacio de lo “neutro” le aleja de un Feminismo que cuestiona la arquitectura de la nueva acción social pública por su ceguera al género y también le sitúa en una relación disputada con los nacientes organismos de igualdad. En la década de los ochenta el Trabajo Social encarna con entusiasmo la misión de tener que concretizar y hacer realidad la lógica de la política social. En esta etapa, adquiere estatus y se otorga a sus profesionales un relevante poder discrecional para juzgar el acceso a los recursos sociales de la población. Tal es el caso, por ejemplo, de la posibilidad de evaluar el merecimiento o no de ayudas sociales y protectoras en el espacio de mediación entre las lógicas administrativas y la población vulnerable objeto de intervención, mayoritariamente mujeres. La interpelación permanente de su identidad obtiene en esta fase una tregua.

En el recorrido que hemos desarrollado a lo largo de la investigación para entender cómo ha operado la feminización en la prehistoria de la Asistencia Social y en la configuración del Trabajo Social en España, hemos empleado el método genealógico de reconstrucción de la evolución de la disciplina para poder incursionarnos analíticamente más allá de las narrativas oficiales. Hemos utilizado fuentes empíricas y materiales de archivo y realizado entrevistas en profundidad a informantes clave que operaron en el periodo clave de institucionalización de la profesión. La propia investigadora es parte importante del proceso de investigación como observadora-participante ya que participa, desde sus experiencias profesionales, en el campo de investigación objeto de estudio. Se pretendía con ello analizar cómo se ha ido moldeando el monopolio femenino del Trabajo Social, que no feminista. Consideramos que la vía de análisis seguida en clave de género es útil para redefinir un nuevo orden simbólico referencial que nos reconcilie con la comprensión de nuestro pasado y reconstruir una nueva genealogía femenina no sesgada ni desvalorizada. Parafraseando a Foucault, toda profesión está “sujeta” a su entramado socio-histórico y así ocurre también en el caso del Trabajo Social.

Con el método genealógico no se pretende tanto repensar las cronologías conocidas sino la producción de nuevas miradas sobre la historia de la profesión en clave de género.

A continuación se presentan de forma más gráfica las conclusiones obtenidas en el trabajo de investigación. Para ello, en primer lugar, hemos identificado siete etapas que han sido construidas por la investigadora desde una perspectiva histórica según los tres ejes analíticos explicitados. En segundo lugar, se detallan los rasgos significativos que han caracterizado cada una de las etapas, para, finalmente, presentar una serie de conclusiones que permitan *iluminar* lo que hemos denominado la ceguera del género en el Trabajo Social.

Las etapas identificadas van desde la pre-historia del Trabajo Social hasta la 1990. Junto a cada una de las etapas identificadas, se enuncian las características que han sido elaboradas en el análisis a lo largo de la investigación. Se prestará un particular énfasis al análisis de los puntos de ruptura de cada una de las etapas nombradas, que suelen responder a cambios en el territorio de la política de lo social, a la evolución en los arquetipos profesionales y al desarrollo de nuevos espacios de intervención

ETAPAS		NOMBRE	CARACTERÍSTICAS
I	Siglo XVIII	Construcción de la “ <i>mujer social</i> ” en la Modernidad	<ul style="list-style-type: none"> - Construcción de la feminidad normativa en el imaginario ilustrado. - Desarrollo del ideal de domesticidad roussoniano en la institución familiar burguesa. - El ideal del “ángel del hogar” como representación del arquetipo femenino. - Hombres y mujeres asignados a proyectos morales diferenciados (la emoción política de la justicia frente a la moral del cuidado) - Periodo moralizador dirigido a la socialización y normalización de las personas más desfavorecidas - Negación de las mujeres como sujetos y despertar de una primera conciencia feminista. -Incorporación de mujeres burguesas bien “educadas” al espacio público a través de las prácticas de ayuda.
II	Siglo XIX	Prehistoria del Trabajo Social: las mujeres protagonistas de las prácticas de ayuda	<ul style="list-style-type: none"> -Proto-trabajadoras sociales: de damas de la caridad a visitadoras amistosas. - Presencia de registros moralizantes que dan sentido a las prácticas de ayuda. La frontera entre la moral y lo político se hace más borrosa. - Dominio del mercado y de la provisión privada. - Movilización femenina y adquisición de “saberes prácticos” y técnicas profesionales. Mujeres comprometidas con la reforma social -Riesgos de fractura en la sociedad por la cuestión social.
III	Inicios Siglo XX	De visitadoras de pobres a asistentes sociales en España.	<ul style="list-style-type: none"> - Erupción en España de la cuestión social a finales del siglo XIX. Desajustes de la sociedad liberal y conflictividad social. -Primeros intentos de transitar hacia un sistema de previsión que corrija los desajustes de la sociedad liberal y apacigüe la conflictividad social -Fuerte presencia del componente eclesiástico caritativo. - Participación de las mujeres en las tareas de asistencia a los pobres.

			<ul style="list-style-type: none"> - La moralidad como instrumento de poder y normalización social - Surgimiento en 1932 en Barcelona de la primera Escuela de formación de Asistencia Social para la Mujer como filiar de la Escuela Católica de Bélgica.
IV	1939-1959	El desarrollo de la Asistencia Social bajo el régimen del franquismo	<ul style="list-style-type: none"> -La ideología nacional-católica franquista articuladora de la profesionalización de lo social. - Políticas de género al cuidado de la Sección Femenina para restaurar el ideal católico feminista y del modelo de domesticidad. -Las mujeres encargadas de la transmisión de la ideología falangista en su papel sistémico asignado en la familia como “ángel del hogar”. - Surgimiento de nuevas iniciativas asistenciales y sociales en el marco de la Acción Católica: Cáritas española. - Fronteras difusas entre el apostolado y el Trabajo Social. - Retraso en la actividad laboral femenina en comparación con el entorno occidental.
V	1959-1975	El reconocimiento oficial de la profesión de Asistente Social	<ul style="list-style-type: none"> -Carácter feminizado de la profesión moldeado en las instituciones formativas con fuerte presencia de la Iglesia. - Percepción de las asistentes sociales como agentes de control social por el mandato de comprobación de las situaciones de necesidad - Surgimiento de la cuestión urbana y crecimiento de las desigualdades. - Lenta construcción del espacio profesional del Trabajo Social en los márgenes de la oficialidad de los estudios que llega en 1964. - Problemas con la nomenclatura de la profesión. - Movimiento de emancipación de la herencia franquista con el distanciamiento de las intervenciones benéfico-asistenciales del franquismo.
VI	1975-1985	La Transición del Trabajo Social: su inscripción en el estado social.	<ul style="list-style-type: none"> - Constitucionalización de la cuestión social. - Emancipación del Trabajo Social de la herencia franquista y su secularización - Asignación al Trabajo Social de un lugar propio en los Servicios Sociales.

			<ul style="list-style-type: none"> - Surgimiento del movimiento feminista español con un discurso de impugnación moral de la sujeción de las mujeres y su papel sistémico en la familia. - Transformación de las instituciones formativas del Trabajo Social con la conquista del espacio universitario. - Ausencia de discurso cuestionador en la profesión ante la desigualdad de género.
VII	1985-1990	El Trabajo Social atrapado y colonizado por los Servicios Sociales	<ul style="list-style-type: none"> - Identidad pendular alimentada por los lugares intermedios que ocupa entre la ciudadanía y los marcos organizacionales que gestionan lo social. - Fuerte interdependencia entre el Trabajo Social y los Servicios Sociales bajo el binomio de control-ayuda (adaptación social). - Permanente búsqueda de criterios definitorios de la profesión y de lucha por un mayor estatus académico-profesional. - Profesión colonizada en la formación por saberes afines con mayor poder en las instituciones académicas. - Surgimiento del feminismo de estado y de las políticas de igualdad.

Tras la identificación de las etapas y sus características presentamos a continuación una síntesis de los hallazgos obtenidos en el trabajo de análisis de cada una de las etapas identificadas con una perspectiva de género para presentar, finalmente, una serie de conclusiones en relación a la hipótesis sostenida y confirmada acerca de la ceguera de género en el Trabajo Social.

LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IDENTIDADES DE GÉNERO EN EL TRABAJO SOCIAL

Etapa 1. La construcción de la “mujer social en la Modernidad

La dimensión simbólica de la mujer “social” forma parte de las raíces identitarias del Trabajo Social y se nutre del imaginario ilustrado que se desarrolla a lo largo de los siglos XVIII y XIX en Occidente. Durante la modernidad se configura el arquetipo moderno de masculinidad y feminidad. Con la división sexual del trabajo se les asignan a las mujeres representaciones y expectativas sociales propias de lo considerado femenino, como las de atender las necesidades domésticas que le serían atribuidas por su naturaleza. Los discursos morales, religiosos y científicos van a reforzar el dictamen categórico de la complementariedad entre los sexos en el siglo XVIII. El amor maternal junto con la construcción social del instinto maternal nutren, a partir del siglo XVIII, la ideología de la maternidad, ideología científicamente estructurada y guiada para disciplinar a las mujeres y con el fin superior de servir a la patria. Hombres y Mujeres son asignados a proyectos morales distintos: lo político y lo emocional. La industrialización reforzará aún más la división del trabajo según el género y la feminidad normativa. Se configura un mundo social dividido de acuerdo al principio del género.

Etapa 2. Prehistoria del Trabajo Social: las mujeres protagonistas de las prácticas de ayuda

Las transformaciones económicas y sociales derivadas de la industrialización dieron lugar a graves desigualdades y al surgimiento de nuevos problemas sociales. Se desborda el sistema liberal de atención articulado sobre acciones caritativas. El desarrollo de nuevas acciones de atención a las necesidades posibilitará la inserción pública de las mujeres a quienes se les atribuye su disposición para hacer bien el cuidado. A través de la beneficencia y de la filantropía muchas mujeres se inician en las prácticas de ayuda. Se asiste a una movilización femenina orientada a la respuesta a estas necesidades sociales, pero las mujeres no debían esperar ningún tipo de retribución ni contraprestación por este trabajo de cuidado y ayuda. Surgirán figuras como las *friendly visitors* (visitadoras amistosas). También se irá configurando el proceso de construcción de un sistema de caridad pública que tiene su origen en Gran

Bretaña a mediados del siglo XIX. Encontramos en Inglaterra mujeres consideradas hoy precursoras del Trabajo Social, las proto-trabajadoras sociales. En Estados Unidos a finales del siglo XIX se desarrollará un movimiento práctico sostenido por mujeres de clase media comprometidas con la reforma social a partir del contacto directo con los pobres, perspectiva esta defendida por el *Settlement house movement*. Tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña la participación en actividades filantrópicas se muestra como un deber en las sociedades liberales. La filantropía no sería sino el reflejo de una sociedad de clases al basarse y a la vez actuar como instrumento de control social. Surgen también a finales del siglo XIX formulaciones teóricas alternativas al liberalismo donde el pobre deja de ser culpable de la miseria y la pobreza se transforma en una “cuestión social”. Este proceso de politización del riesgo reclama progresivamente una implicación del Estado. Estas nuevas lecturas de la pobreza van a ir acompañadas de la reclamación de una mayor capacitación de formación de las visitadoras amistosas, espacio que se perfila como “propio” de las mujeres, por sus capacidades innatas de servir a otros.

Etapas 3. De la visitadora domiciliaria a la asistente social en España

Los cambios en las formas de atención de la pobreza determinarán el surgimiento de la profesión en España con la apertura en Barcelona en 1932 de la primera escuela de asistencia social para la mujer. Esta se abre durante la II República, periodo en el que emergen discursos igualitarios y una presencia de mujeres en la esfera pública. La institución formativa nace con el nombre de Escuela de Asistencia Social para la Mujer y se abre en la región más industrializada que cuenta con una amplia burguesía. En sus inicios esta formación prescindió de ser confesional por las circunstancias políticas de la época y manifiesta una doble pretensión; la de ofrecer a las mujeres jóvenes una cultura femenina orientada hacia los deberes cívicos y morales e impartir formación a personas ocupadas en temas sociales. La Escuela cierra en 1936 y cuando se reabre en 1939 cambia de denominación, “Escuela de Formación para el Hogar y Obras Sociales Femeninas”. Este cambio responde ya a la lógica del nacional-catolicismo de cariz religioso. La socialización educativa franquista será un pilar de la construcción corporativa católica de la sociedad y la emergente profesión de asistente social se verá atrapada en la lógica caritativa-benéfica-asistencial de atención a la pobreza.

Etapas 4. Desarrollo de la Asistencia Social durante el periodo del franquismo

Aunque el proceso de creación de la profesión de asistente social en España se había iniciado de forma similar a lo ocurrido en otros países europeos, su desarrollo se verá condicionado por la dictadura franquista y el contenido confesional de sus instituciones formativas. El franquismo hará a las mujeres principales transmisoras de la ideología franquista y otorgará a la Sección Femenina el desarrollo de una feminidad circunscrita al matrimonio y a la maternidad, la mujer-madre. La Sección Femenina será el andamio de la socialización educativa y en relación a la Asistencia Social llegará a promover cinco escuelas de formación propias. La ayuda individual junto con una concepción paternalista de la acción benéfica del Estado bajo la doctrina social de la Iglesia van a configurar el mapa de la formación de las profesionales de la Asistencia Social en la etapa inicial de la profesión. La inserción de profesionales en servicios de asistencia social apenas tendrá cuantitativamente relevancia antes de 1950. El “boom” de la expansión de centros de formación de asistencia social llegará a finales de la década de los 50. En el periodo comprendido entre 1958 y 1964 se van a abrir alrededor de cuarenta instituciones formativas y la mayoría estarán gestionadas por la Iglesia Católica.

Etapas 5. El reconocimiento oficial de la profesión de Asistente Social

La expansión de la formación se produce en la etapa del desarrollismo del tardo-franquismo. Se crean nuevas escuelas en las zonas más industrializadas pero sus estudios no obtendrán carácter oficial hasta 1964. El alumnado es mayoritariamente femenino y las mujeres seguirán teniendo un significativo papel sistémico en el orden social. El año 1967 marca un punto de inflexión con la creación de la primera institución formativa oficial de Asistentes Sociales dependiente del Ministerio de Trabajo y el surgimiento de la organización colegial que organizará el primer congreso nacional de la profesión en 1968. Desde este marco analítico puede entenderse que una de las primeras decisiones acordadas fuera iniciar el cambio de la denominación de la profesión. Se trataba de reconstruir y reformular el espacio simbólico al que estaba asociado la profesión bajo el yugo del franquismo: de Asistencia Social a Trabajo Social.

Etapas 6. La Transición del Trabajo Social: su inscripción en el Estado social

El Trabajo Social se distancia de la Asistencia Social que se venía ejerciendo bajo un fuerte paternalismo y religiosidad en la etapa franquista. Se compromete con un emergente trabajo en los barrios y demanda una mayor implicación de la administración pública, no exenta de conflictos con la práctica asistencial heredada. Surge un nuevo perfil de alumnado, mayoritariamente alumnas de clases populares. Se demanda un reconocimiento universitario de los estudios y se manifiesta en los encuentros profesionales una preocupación por la formación recibida. Tras las elecciones democráticas de 1979 se irá perfilando el nuevo Sistema de Servicios Sociales, articulado a través de centros municipales orientados a la promoción y desarrollo de las nuevas políticas sociales. La prestación de la atención social por parte de las trabajadoras sociales hará de la profesión el referente del nuevo sistema y servirá a la expansión de la profesión.

Etapas 7. El Trabajo Social atrapado y colonizado por los Servicios Sociales: Trabajo Social legislado

Con la expansión del Estado de Bienestar la administración pública se convierte en el espacio natural para la inserción de los profesionales de Trabajo Social. La mayoría de los profesionales tendrán como ocupación la traducción de la política social en el marco de los Servicios Sociales y se va a producir una relación de fuerte interdependencia entre el Trabajo Social y los Servicios Sociales. Esta interdependencia será favorecida en las Escuelas Universitarias con el énfasis en los contenidos vinculados a los Servicios Sociales que se fortalece con la creación en 1990 de un área de conocimiento específico de Trabajo Social, que también lo es de Servicios Sociales. La institucionalización del Trabajo Social tendrá consecuencias en términos de identidad y de búsqueda de un lugar propio. Se cuestiona, en el seno de la profesión, la burocratización del Trabajo Social pero no se cuestionará el papel que el Trabajo Social y sus profesionales puedan tener como instrumentos de reproducción de relaciones desiguales entre hombres y mujeres en el marco de las intervenciones sociales. El cuestionamiento de la ceguera de género se producirá desde fuera de la profesión, especialmente desde los organismos de igualdad que se configuran en los ayuntamientos para el desarrollo de políticas de igualdad.

Nuestra investigación nos ha confirmado cuestiones que ya hipotetizábamos, pero también nos acerca a otras muy sugerentes sobre los motivos estructurales de la ceguera del género en el Trabajo Social, una profesión feminizada, que no feminista. Al plantear los objetivos de esta Tesis a través de la reconstrucción genealógica del Trabajo Social en España desde la perspectiva de género pretendíamos desvelar la paradójica invisibilización de la cuestión de género, con una especial atención al periodo 1975-1990.

En este sentido, la primera conclusión de este trabajo es que en España la incorporación de la perspectiva de género al Trabajo Social ha sido más tardía que en otros países y que en otras profesiones. El devenir de la profesión ha estado muy condicionado por etapas anteriores y se han consumido muchas energías en conquistar la emancipación de la herencia recibida de la etapa franquista y la búsqueda de un lugar propio en donde formular un espacio identitario. La ausencia de mirada de género hasta fechas muy recientes la atribuimos a la inquietud propia de la disciplina por ganar un espacio en el seno de las políticas sociales y tener que suavizar las contradicciones del propio sistema a la vez que buscaba desvincularse de la herencia franquista. El Trabajo Social se construye social e históricamente como una respuesta de racionalización de la ayuda para afrontar las necesidades de la sociedad y desde sus orígenes está acompañado por un carácter contradictorio y ambivalente. Tiene que intervenir en los problemas sociales de sociedades patriarcales que, a la vez, son la principal fuente generadora de los mismos. En el caso de España hemos visto el crecimiento de la profesión durante el tardofranquismo para atajar los problemas sociales que emergen con la implementación de los planes de desarrollo económico. Las herencias y su condición de una profesión construida como adecuada para las mujeres les otorgan una posición laboral constreñida al hacer y con pocos espacios para la reflexión. Son otras profesiones las que piensan y producen el conocimiento, añadiéndose además una nueva batalla, la de la emergencia de nuevas profesiones en el terreno de la intervención social.

En la investigación hemos constatado la ausencia prolongada de los contenidos de género en los planes de estudio. La perspectiva de género no se incorpora a la formación inicial hasta el inicio del siglo XXI y tampoco se promueve

el acceso a la formación en género a través de la formación continua ofertada desde las organizaciones profesionales y los planes institucionales de formación. Aquí encontramos una nueva respuesta a la ausencia de la perspectiva de género en la intervención social, tanto en la práctica como en la teoría en relación a modelos de intervención. No se contempla una comprensión e intervención de los problemas sociales con perspectiva de género y este aspecto lo hemos corroborado a partir de la documentación técnica consultada

Como segunda conclusión, encontramos que el lento despertar feminista se ha ido produciendo desde dentro por la existencia de sensibilidades particulares feministas y por la influencia de los organismos de igualdad y no a través de la propia estructura institucional de los Servicios Sociales. Los relatos de las y los informantes clave junto con el trabajo de documentación nos han confirmado que en las etapas iniciales el Trabajo Social no se han enriquecido en materia de análisis de género dentro de los Servicios Sociales. En el establecimiento del sistema público de Servicios Sociales se “olvidó” la cuestión de género. Esta falta de reflexividad que ha caracterizado a la profesión explica la ausencia de análisis con una perspectiva política. En las teorías y modelos de intervención utilizados para orientar la práctica no se profundizaba en el hecho de que fueran las mujeres las mayores solicitantes de las ayudas y que, en numerosas ocasiones, sus demandas no estuvieran relacionadas consigo mismas sino en nombre de la familia. Y en las intervenciones en el propio Trabajo Social no se cuestionaba la vigencia de relaciones de poder en el seno de las familias y por tanto que tuvieran que problematizarse en clave de género para desvelar e intervenir frente a las desigualdades. Por ello, esta ausencia de reflexión política explica también la paradoja de ser una profesión dirigida a promover la mejora en la calidad de vida de las personas mientras que, a un mismo tiempo, contribuye a reproducir las condiciones de vulnerabilización social. Además el modelo de Estado del Bienestar español de rasgos familiaristas y la propia institucionalización del Trabajo Social en el centro de las políticas sociales venían a reforzar el papel instrumental del Trabajo Social. Como ya hemos señalado en la investigación la tecnificación de la profesión a partir de 1977 conllevó una apuesta por el desarrollo profesional y disciplinar, lo

que en la práctica significaba la aceptación como objetivo de la adaptación social en el sistema.

Y por último encontramos que en el seno del Trabajo Social se produce un escaso eco de las teorías feministas en el periodo 1975-1990 retroalimentado por una ausencia de interrelación entre el movimiento feminista y los órganos colegiales. El movimiento feminista denunciaba la ausencia de mecanismos de empoderamiento de las mujeres en el nuevo sistema de servicios sociales al no cuestionarse la sujeción de las mujeres a través de la familia. Más bien esta ausencia de cuestionamiento reforzaba la sujeción de la mujer. Desde este desencuentro entendemos resistencias profesionales manifestadas ante los saberes y prácticas feministas ya que se ponían en cuestión las prácticas y modelos de intervención. Será el feminismo institucional con el desarrollo de las áreas municipales de igualdad junto con el impulso desde fuera por la europeización de la política de género lo que posibilitarán la incorporación de la perspectiva de género en el Trabajo Social. Para poder prestar atención a las cuestiones de género se necesita previamente tener acceso a lentes, que en el caso del Trabajo Social serán proporcionadas desde el feminismo institucional.

La *her-story* del Trabajo Social está por escribir. Hemos examinado nuestra profesión con mirada de género y tras las conclusiones expuestas no queremos dejar de mencionar que la evolución y éxito de la disciplina ha sido posible a partir de un inmenso trabajo colectivo de mujeres, la mayoría anónimas. Una tarea silenciosa y silenciada en cuanto al protagonismo femenino de la profesión: de visitadoras sociales a asistentes sociales, de la caridad a agentes <de cambio y gestoras de recursos, de asistentes sociales a trabajadoras sociales...confinadas al desempeño de sus actividades en posiciones de auxiliares de otras profesiones y saberes académicos. Estas mujeres, que en la mayoría de los casos no conocemos sus nombres, reclamaron espacios de enunciación y voz, y compromisos en la extensión de los derechos sociales y en la feminización (silenciada) de la cuestión social en España.

Concluir es dar por terminado el proceso de investigación, sabiendo que serán muchas las cuestiones que se hayan podido quedar sin explorar. La historia no debe operar como una entidad monolítica sino como un referente dinámico que nos

invita a desviarnos de las narrativas conocidas y explorar nuevas vías de conocimiento con lectura de género.

En esta investigación se ha pretendido inducir y suscitar la producción de nuevas miradas sobre la profesión en clave de género para desvelar las dinámicas que han operado en el mantenimiento del Trabajo Social como profesión asociada a un determinado imaginario femenino y subalterna. Para finalizar nos permitimos sugerir dos ejes de continuidad en el tema de esta investigación que podrían ser objeto de futuras investigaciones. El primero apunta a la producción de nuevas miradas sobre la historia de la profesión que permitan visibilizar la impronta femenina en el nacimiento de la cuestión social abordando la contribución de las mujeres (y el Trabajo Social), a la emergencia de la cuestión social. El segundo sugerido se orienta a la reformulación de paradigmas androcéntricos que articulan los modos de analizar los problemas sociales que atiende el Trabajo Social.

8. BIBLIOGRAFÍA

AA.VV. (2010). *El imaginario del Trabajo Social en las tesinas de fin de estudios 1938-1983*. Madrid: EUTS/Universidad Complutense de Madrid.

Abella, Rafael (1996). *La vida cotidiana bajo el régimen de Franco*. Madrid: Temas de Hoy.

Addams, James (1998). *Twenty years at Hull House with autobiographical notes*. Londres: Penguin books.

Acker, Sandra (1994). *Género y educación*. Madrid: Narcea.

Aguado, Ana M^a (Ed.) (1999). *Las mujeres entre la historia y la sociedad contemporánea*. Valencia: Generalitat Valenciana.

Agustín Puerta, Mercedes (2003). *Feminismo: Identidad personal y lucha colectiva (Análisis del movimiento feminista español en los años 1975-1985)*, Granada: Colección Feminae.

Alberdi, Inés. (1996). El feminismo y la transición democrática. *Leviatán*, nº 63: 87-92.

Alía Miranda, Francisco (2008). *Técnicas de investigación para historiadores. Las fuentes de la historia*. Madrid: Síntesis.

Alonso, José María y Gonzalo, Bernardo (2000). *La asistencia social y los servicios sociales en España*. Madrid: Boletín Oficial del Estado.

Alonso, Luis Enrique. (1991): Los nuevos movimientos sociales y el hecho diferencial español: una interpretación. En José Vidal-Beneyto (Ed.), *España a debate, II* (pp.71-98). Madrid: Tecnos.

Alonso, Luis Enrique (2007). *La mirada cualitativa en sociología*. Madrid: Fundamentos

Álvarez Junco, José (1994). Del modelo tradicional a la modernidad posfranquista. En Enrique Laraña y Josep Gusfield (Eds.) *Los movimientos sociales. De la ideología a la identidad* (pp. 413-442). Madrid: CIS.

Álvarez-Uría, Fernando (1986). Los visitantes del pobre. Caridad, economía social y asistencia en la Europa del siglo XIX. En VVAA, *De la beneficencia al bienestar social* (pp. 117-146). Madrid: Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales.

Álvarez Uría, Fernando (2008). El método genealógico, ejemplificación a partir del análisis sociológico de la institución manicomial. En Ángel J. Gordo y Araceli Serrano, *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social* (pp. 3-22). Madrid: Pearson.

Álvarez-Uría, Fernando y Varela, Julia (2011). *Sociología, capitalismo y democracia*. Madrid: Morata.

Álvarez-Uría, Fernando y Parra, Pilar (2014). The Bitter Cry: materiales para una genealogía de la identidad profesional de las pioneras del Trabajo Social en Inglaterra y los Estados Unidos. *Cuadernos de Trabajo Social* nº 27-1, 93-102.

Álvarez-Uría, Fernando (2015). Repensar las relaciones de poder según Michel Foucault. *Revista de Occidente* nº 409, 37-51.

Amorós, Celia (1987). *Sören Kierkegaard o la subjetividad del caballero: un estudio a la luz de la paradoja del patriarcado*. Barcelona: Anthropos.

Amorós, Celia (1991): *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Madrid: Anthropos.

Amorós, Celia (1995) (dir.). *10 palabras clave sobre mujer*. Pamplona: Verbo divino.

Amorós, Celia (1997). *Tiempo de feminismo: sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*. Madrid: Cátedra.

Amorós, Celia y De Miguel, Ana (Eds) (2005). *Teoría feminista: de la ilustración a la globalización. Del feminismo liberal a la posmodernidad*. Madrid: Minerva ediciones.

Ander-Egg, Ezequiel (1984). *El desafío de la reconceptualización*. Buenos Aires: Humanitas.

Anderson, Bonnie S. y Zinsser, Judith, P. (1992). *Historia de las mujeres: una historia propia*. Vol.2. Barcelona: Crítica.

Aranguren, Edurne (2014). Empoderamiento profesional e intelectual en Trabajo Social. Retos de futuro. *Azarbe, Revista Internacional de Trabajo Social y Bienestar*, nº3, 139-147.

Arenal, Concepción (1863). *Manual del visitador del pobre*. 2ª edición. Madrid: Imp. De Tejado.

Arenal, Concepción (1993). *La beneficencia, la filantropía y la caridad*. En *Obras completas*, vol. I. Madrid: Atlas.

Ardanaz, Natalia (1998). La transición política española en el cine (1973-1982). *Comunicación y Sociedad*, vol. XI, nº2, 153-175.

Armstrong, Nancy (1991). *Deseo y ficción doméstica*. Madrid: Cátedra.

Artiaga, Alba (2015). *Producción política de los cuidados y de la dependencia: políticas públicas y experiencias de organización social de los cuidados*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid, España.

Asociación Mujeres en la Transición democrática (1999). *Españolas en la transición. De excluidas a protagonistas (1973-1982)*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Bacchi, Carol (1999). *Woman, Policy and Politics: the construction of policy problems*. London: Sage.

Ballarín, Pilar (1993). La construcción de un modelo educativo de “utilidad” doméstica. En Georges Duby y Michelle Perrot (dir.), *Historia de las Mujeres*, Vol. 4 (pp. 599-612). Madrid: Taurus.

Ballarín, Pilar, Martínez, Isabel y Gallego, M. Teresa (1995). *Los estudios de las mujeres en las universidades españolas, 1975-1991*. Madrid: Instituto de la Mujer.

Ballarín, Pilar (2001). *La educación de las mujeres en la España contemporánea (siglos XIX-XX)*. Madrid: Síntesis.

Banda, Trinidad (2017). Las instituciones formativas de Trabajo Social en España. *Trabajo Social Hoy*, nº19, 137-157.

Bandinter, Elisabeth (1981). *¿Existe el amor maternal?. Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*. Barcelona: Paidós.

Bandinter, Elisabeth (2011). *La mujer y la madre*. Madrid: La esfera de los libros.

Bañez, Tomasa (2005). *El trabajo social en Aragón: una actividad feminizada*. Tesis doctoral. Universidad Rovira I Virgili de Tarragona, España.

Barbero, Josep Manuel; Feu, Motserrat y Vilbrod, Alain (2007). *La identidad inquieta de los trabajadores sociales*. Barcelona: Col·legi Oficial de Diplomats en Treball Social; Assistents Socials de Catalunya.

Barbero, Josep Manuel (2002). *El Trabajo Social en España*. Zaragoza: Mira.

Baubérot, Jean (1993). La mujer protestante. En Georges Duby y Michelle Perrot (Dir.). *Historia de las mujeres en Occidente. El siglo XIX*, pp. 219-234. Madrid: Taurus.

Beltrán, Miguel (1979). *Ciencia y Sociología*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Berasaluze, Ainhoa. (2009). El devenir del Trabajo Social en clave de género. *Zerbitzuan* nº46: 133.140.

Berlin, S. y Kravetz, D. (1981). Women as victims: A feminist social work perspective. *Social Work* nº26: 447-448.

Blasco Herranz, Inmaculada (2003). *Paradojas de la ortodoxia. Política de masas y militancia católica femenina en España (1919-1939)*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.

Blasco Herranz, Inmaculada (2005). “Sección Femenina” y “Acción Católica”: la movilización de las mujeres durante el franquismo. *Gerónimo de Urtariz*, nº21, 55-66.

Blasco Herranz, Inmaculada (2014). Género y nación durante el franquismo. En Stéphane Michonneau, Xosé M. Nuñez (Eds.), *Imaginarios y representaciones de España durante el franquismo* (pp. 49-71). Madrid: Casa de Velázquez.

Bleichmar, Emilce Dio (1989). *El feminismo espontáneo de la histeria*. Barcelona: Fontamara.

Bock, Gisela (1991). La historia de las mujeres y la historia del género. *Historia Social*, 9, 55-78.

Bolufer, Mónica (2010). Madres, maternidad, nuevas miradas desde la historiografía. En Gloria Franco, *Debates sobre la maternidad desde una perspectiva histórica (siglo XVI-XX)*, (pp. 51-81). Madrid: AEHIM, Icaria.

Borderías, Cristina (ed.) (2006). *Joan Scott y las políticas de la historia*. Madrid: Icaria.

Bouquet, Brigitte (2011). Mary: Richmond: una semblanza personal e intelectual. *Revista Cuadernos de Trabajo Social*, Vol 24, 13-21.

Bourdieu, Pierre (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.

Bravo Sueskun, Carmen (2012). *De la domesticidad a la emancipación. Las mujeres en la sociedad navarra (1961-1991)*. Pamplona: Gobierno de Navarra.

Brezmes, Milagros. (2008). *El Trabajo Social en España. Una profesión para la democracia*. Murcia: Universidad de Murcia.

Burin, Mabel (1996). Género y psicoanálisis: subjetividades femeninas vulnerables. En Mabel Burin y Emilce Dio Bleichar (comps.), *Género, psicoanálisis, subjetividad* (pp. 61-99). Buenos aires: Paidó

Burke, Sara (1996). *Seeking the highest good: social service and gender at the university of Toronto 1888-1937*. Toronto: University of Toronto press.

Burke, Peter (2001). *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Madrid: Crítica.

Bustelo, María (2004). La evaluación de las políticas de género en España. Madrid: Catarata.

Bustelo, María y Lombardo, Emanuela (EDS.) (2007). *Las políticas de igualdad en España y Europa*. Madrid: Editorial Cátedra.

Butler, Judith (2004). *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Síntesis.

Butler, Judith (2006). *Deshacer el género*. Eds. Barcelona: Paidós Ibérica.

Cabrera Bosh, María Isabel (2007). Las mujeres que lucharon solas: Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán. En Pilar Folguera (Ed). *El feminismo en España. Dos siglos de historia* (pp. 45-81). Madrid: Editorial: Pablo Iglesias.

Cabrera, Miguel Ángel (2001). *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Cabrera, Miguel Ángel (2013). *El reformismo social en España (1870-1900)*. Valencia: Universitat de Valencia.

Caine, Bárbara y Sluga, Glenda (2000). *Género e Historia. Mujeres en el cambio sociocultural europeo, de 1780 a 1920*. Madrid: Narcea.

Calle Velasco, María Dolores de la (1989). *La Comisión de reformas sociales, 1883-1903. Política social y conflicto de intereses en la España de la Restauración*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Camps, Victoria (1998). *El siglo de las mujeres*. Madrid: Cátedra.

Capellán de Miguel, Gonzalo (2004). Cambio conceptual y cambio histórico. Del pauperismo a la “cuestión social”. *Historia Contemporánea* nº29, 539-590.

Capellán de Miguel, Gonzalo (2005). *Gumersindo de Azcárate. Biografía intelectual*. Valladolid: Junta de Castilla y León.

Caporale-Bizzini, Silvia (Ed.). *Narrating Motherhood(s). Breaking the silence*. Berna: Peter Lang.

Carasa, Pedro (2010). De la caridad a la beneficencia. En Gutiérrez Resa (Ed.), *Orígenes y desarrollo del trabajo social* (pp. 97-147). Madrid: Ediciones Académicas.

Carrasco, Cristina; Borderías, Cristina y Torns, Teresa (2011). *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Madrid: La Catarata.

Casado, Demetrio (1979). Los Servicios Sociales en el sector del bienestar social. *Documentación Social* nº 36, 27-28.

Casado, Demetrio (1987). *Introducción a los servicios sociales*. Madrid: Acebo.

Casado, Demetrio y Guillén, Encarna (1986). Los servicios sociales en perspectiva histórica. *Documentación social*, nº64, 9-22.

Casado, Demetrio (2007). Cien años de estudio sobre pobreza y marginalidad social en España. En Fernando Vidal y Víctor Renes (aut.), *La agenda de la investigación en exclusión social* (pp. 21-40). Madrid: Fundación FOESSA, Cáritas ediciones.

Casado, Demetrio (2014). Los servicios sociales en los informes FOESSA. *Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, nº72, 59-73.

Castel, Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*. Barcelona: Paidós.

Castells, Manuel (1974). *Movimientos sociales urbanos*. Madrid: Siglo XXI.

Castillo, Santiago (1984). El reformismo en la Restauración. Del Congreso sociológico de Valencia a la Comisión de Reformas sociales. *Estudios de Historia Social* nº 30, 21-78.

Castillo, Santiago y Ruzafa, Rafael (2009). *La previsión social en la Historia*. Madrid: Siglo XXI.

Cenarro, Ángela (2005). Beneficencia y asistencia social en la España franquista. El auxilio social y las políticas del régimen. En Carme Agustí, Josph Gelonch y Concepción Mir (coords.), *Pobreza, marginación y políticas sociales bajo el franquismo* (pp. 93-112). Lleida: Universidad de Lleida.

Cerdeira, Isabel (1987). Los servicios sociales del franquismo a la constitución. *Cuadernos de Trabajo Social*, nº0, 135-158.

Chambon, Adrienne; Irving, Allan y Epstein (eds). (2001). *Foucault y el trabajo social*. Granada: Maristán.

Chodorow, Nancy (2009). *El ejercicio de la maternidad*. Bardelona: Gedisa.

Cobo, Rosa (1995). *Fundamentos del patriarcado moderno: Jean Jacques Rousseau*. Madrid, Cátedra.

Cobo, Rosa (2005). El género en las ciencias sociales. *Cuadernos de Trabajo Social* nº 18, 249-258.

Cobo, Rosa (2012). Las paradojas de la igualdad en Jean-Jacques Rousseau. *Avances del Censor* nº9, 109-121.

Collins, B (1986). Defining feminist social work. *Social work* nº 21, 214-219.

Colomer, Montserrat (2009). *El Trabajo Social que yo he vivido*. Madrid: Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social.

Corbetta, Piergiorgio (2003). *Metodología y técnicas de investigación social*. Madrid: Mc Graw Hill.

Cotarelo, Ramón (1992). *Transición política y consolidación democrática (1975-1986)*. Madrid: CIS.

Crespo, Eduardo y Serrano, Amparo (2011). Regulación del trabajo y el gobierno de la subjetividad: la psicologización política del trabajo. En Anastasio Ovejero (coord.). *Psicología Social Crítica* (pp. 248-263). Madrid: Biblioteca Nueva.

Deegan, Mary Jo (1981). Early women sociologist and the American Sociological Society. *The American Sociologist*, 16, 14-24.

Deegan, Mary Jo (2005). *Jane Addams and the Men of the Chicago School, 1982-1918*. London: Transaction Publishers

De Felipe Redondo, Jesús (2012). *Trabajadores: lenguaje y experiencia en la formación del movimiento obrero español*. Madrid: Genuve ediciones.

De la Fuente, Inmaculada (2006). *La roja y la falangista. Dos hermanas en la España del 36*. Barcelona: Planeta.

De la Red, Natividad (1993). *Aproximaciones al Trabajo Social*. Madrid: Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales.

De Miguel, Ana (1999). *La Sociología olvidada: género y socialización en el desarrollo de la perspectiva sociológica*. Política y Sociedad nº 32, 161-171.

De Miguel, Ana (2005). La violencia de género: la construcción de un marco feminista de interpretación. *Cuadernos de Trabajo Social*, nº18, 231-248.

De Miguel, Ana (2007). El feminismo como referencia de legitimidad para las mujeres. *Crítica*, 14-18.

De Miguel, Ana (2009). El legado de Simone de Beauvoir en la genealogía feminista: la fuerza de los proyectos frente a “La fuerza de las cosas”. *Investigaciones Feministas* nº0, 121-136.

Del Moral Vargas, Marta (2012). *Acción colectiva femenina en Madrid (1909-1931)*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.

De Torres, Isabel (2005). *Miradas desde la perspectiva de género: estudios de las mujeres*. Madrid: Narcea.

Di Falco, Giuliana (1979). *Resistencias y movimiento de mujeres en España 1936-1976* (Totum revolutum). Barcelona: Icaria.

Díaz Sánchez, Pilar (2014). Los cuentos de calleja y su influencia en la literatura infantil y española: “instruir deleitando”. *Arenal* nº 21(2): 279-294.

Domenech Ferrer, Rosa (1989). *Panorámica de los servicios sociales y del trabajo social 1939-1988*. Barcelona: Intress.

Dominelli, Lena y Mcleod, Eileen (1999). *Trabajo social feminista*. Madrid: Cátedra.

Duby, Georges y Perrot, Michelle (dirs.) (1993). *Historia de las mujeres en Occidente*. Madrid: Taurus.

Duocastella, Rogelio (1958). Necesidad de una Acción Social en Cáritas Diocesanas. *Documentación social* nº1, 5-9.

Durán, María Ángeles (2000). *Si Aristóteles levantara la cabeza*. Madrid: Cátedra.

Epstein, Cynthia Fuchs (1988). *Deceptive distinctions: sex, gender and the social order*. New Haven: Yale university press.

Escario, Pilar, Alberdi, Inés y López-Accotto, Ana Inés (1996). *Lo personal es político. El movimiento feminista en la transición*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer.

Esteban de la Vega, Mariano (1997). Pobreza, beneficencia y política social. *Ayer* nº 25, Madrid: Asociación de Historia Contemporánea.

Estrull, Juan y Guell, Antonio (1976). *Sociología de una profesión, los asistentes sociales*. Barcelona, Península.

Etzioni, Amitai (1969). *The semi-professions and their organization: teachers, nurses, social workers*. New York: Free Press.

Falcón, Lidia (1964). *Los derechos civiles de la mujer*. Barcelona: Nereo.

Federación Española de Escuelas de la Iglesia de Trabajo Social (1973). *Método básico de trabajo social*. Seminario de Manresa (1971) y Seminario de los Negrales (1972). Madrid: Suramérica.

Femenías, María Luisa (2011). Igualdad y diferencia: dos niveles de análisis. *Cuadernos Kóre*, 5, 9-43.

Fernández Villanueva, Concepción; Artiaga Leiras, Alba y Dávila de León, M^a Celeste (2013). Cuidados, género y transformación de identidades. *Cuaderno de Relaciones Laborales nº 31* (1), 57-89.

Firestone, Shulamith (1976). *La dialéctica del sexo. En defensa de la revolución feminista*. Barcelona: Kairós.

Flecha, Consuelo (1997). Los libros escolares para niñas. En Agustín Escolano, *Historia ilustrada del libro escolar en España: del antiguo régimen a la segunda república* (pp. 503-540). Madrid: Fundación Sánchez Ruperez.

Flecha, Consuelo (2010). Los “Estudios de las mujeres”. En Luis Amador y Carmen Monreal, Carmen (eds.), *Intervención social y género* (pp. 15-42). Madrid: Narcea.

Folguera, Pilar (1997). El franquismo: el retorno a la esfera privada (1939-1975). En Pilar Folguera, Margarita Ortega, Cristina Segura y Elisa Garrido (coords.), *Historia de las mujeres en España*. Madrid: Síntesis.

Folguera, Pilar (ed.) (2007). *El feminismo en España. Dos siglos de historia*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias.

Forum de Política Feminista (1988). *10 años del fórum de política feminista 1987-1997*. Madrid: Forum de Política Feminista.

Foucault, Michael (1997). *Las palabras y las cosas*. Madrid, Siglo XXI.

Foucault, Michael (2000). *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI editores.

Foucault, Michael (2008). *El orden del discurso*. Barcelona: Ediciones Tusquets.

Fraisse, Geneviève y Perrot, Michelle (1993). *Historia de las Mujeres. El siglo XIX* (Vol. 4). Madrid: Taurus.

Fraisse, Geneviève (2003). *Los dos gobiernos: la familia y la ciudad*. Madrid: Cátedra.

Fraisse, Geneviève (2006). *Los excesos del concepto de género*. Madrid: Cátedra.

Fraser, Nancy y Nicholson, Linda (1989). Social Criticism without Philosophy: an Encounter Between Feminism and Posmodernism. En Linda Nicholson (Ed), *Feminism and Posmodernism* (pp. 19-38). Nueva York-Londres: Routledge y Capman & Hall.

Friedan, Betty (1965). *La mística de la feminidad*. Barcelona: Sagitario.

Fundación Foessa (1970). *Informe sociológico sobre la situación de España*. Madrid: Euramérica.

Fundación Foessa (1976). *Estudios sociológicos sobre la situación social en España*. Madrid: Euroamérica.

Fundación Foessa (1981). *Informe sociológico sobre el cambio social en España 1975-1983*, 2 vols. Madrid: Euroamérica.

Gallego, M^a Teresa (1983). *Mujer, falange y franquismo*. Madrid: Taurus.

Garcés Ferrer, Jorge (1996). Ideas y administración de los servicios sociales a través de la historia. En Jorge Garcés (coord.), *Sistema político y administrativo de los Servicios Sociales* (pp. 62-88). Valencia: Tirant lo Blanch.

García-Giráldez, Teresa (2004). Complejidad de las políticas municipales de género. En Roldán, Elena (Coord.). *Género, políticas locales e intervención social. Análisis de los servicios sociales de bienestar social municipal para la población femenina en España* (pp.19-69). Madrid: Ediciones Complutense.

García Lastra (2008). *Las mujeres cambian la educación*. Madrid: Narcea.

García-Herrero, Gustavo (1988). *Centros de servicios sociales: conceptualización y desarrollo operativo*. Madrid: Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales y Siglo XXI.

García Padilla, Margarita (1990). Historia de la Acción Social: Seguridad Social y Asistencia (1939-1975). En VVAA, *Historia de la Acción social Pública en España. Beneficencia y Previsión*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Geremek, Bronislaw (1989). *La piedad y la horca: historia de la miseria y la caridad en Europa*. Madrid: Alianza.

Giebeler, C. (2006). Engendering social work. Conceptos teóricos y metodológicos feministas en su relación con el Trabajo Social. *Acciones e investigaciones sociales*, (1), 123-134.

Gil Parejo, Manuel (2004). *El protagonismo de la organización colegial en el desarrollo del Trabajo Social en España*. Madrid: Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Siglo XXI.

Gilligan, Carol (1985). *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. México: Fondo de Cultura Económica.

Gilligan, Carol (2013). La ética del cuidado. *Cuadernos de la Fundació Victor Grifols i Lucas*. Barcelona.

Giner, Salvador (1969). Sociología y Trabajo Social. *Memoria del I Congreso Nacional de Asistentes Sociales* (Barcelona, mayo 1968) (pp. 23-34). Madrid: FEDASS.

Goodwin, Jeff, Jasper, James y Polleta, Francesca (2003). Why emotions matter. En Jeff Goodwin, James Jasper, y Francesca Polleta, *Passionate politics*. Chicago: The University of Chicago Press.

Gómez Bermúdez de Castro, R. (1989). *La cinematografía española de la transición a la democracia (1976-1986)*. Bilbao: Mensajero.

González, Juan Jesús y Requena, Miguel (Eds.) (2005). *Tres décadas de cambio social en España*. Madrid: Alianza editorial.

González Ruiz, Pilar, Martínez Ten, Carmen y Gutiérrez López, Purificación (coord.) (2009). *El movimiento feminista en España en los años 70*. Madrid: Cátedra.

Gordo, Ángel y Serrano, Araceli (2009). *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*. Madrid: Pearson Educación.

Haraway, Donna (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinserción de la naturaleza*. Madrid. Valencia: Cátedra.

Harding, Sandra (1991). *Whose science? Whose Knowledge?*. Ithaca: Cornell University Press.

- Harding, Sandra (1996). *Ciencia y Feminismo*. Madrid: Morata.
- Hawkesworth, Mary (1999). Confundir el género. *Debate Feminista*, 20 (10), 3-48.
- Healy, Karen (2001). *Trabajo Social: perspectivas contemporáneas*. Madrid: Morata.
- Heller, Agnes (1977). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- Hermes, Helga (1987). *Welfare state and woman power. Essays in state feminism*. Oslo: Norwegian University Press.
- Hernández Echegaray, Luisa (2017). *El proceso de (des)profesionalización del Trabajo Social en España (1980-2015): déficits, riesgos y potencialidades*. Tesis doctoral. UNED.
- Hernández Sandoica, Elena (2004). *Tendencias historiográficas actuales*. Madrid: Akal.
- Hernando, Almudena (2018). *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Hill, Ricardo (1992). *Nuevos paradigmas en Trabajo Social: lo social natural*. Madrid: Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales.
- Hochschild, Arlie.Russel (1975). The sociology of feeling and emotions: selected possibilities. En Marcia Milman, y Rosabeth Moss Kanter (eds.), *Another Voice. Feminist perspectives on social Life and Social Science* (pp.280-307). Nueva York: Anchor Books.
- Hochschild, Arlie Russel (2011). *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y trabajo*. Madrid/Buenos Aires: Katz Editores.
- Howe, David (1999). *Dando sentido a la práctica: una introducción a la teoría del trabajo social*. Granada: Maristán.
- Illouz, Eva (2007). *Intimidades congeladas. Las emociones en capitalismo*. Barcelona: Katz.

Illouz, Eva (2009). *La salvación del alma moderna. Terapia, autoayuda y terapia de autoayuda*. Barcelona, Katz.

Imaz, Elixabete (2010). *Convertirse en madre. Etnografía del tiempo de gestación*. Madrid: Cátedra.

Imbert, Gérard (1990). *Los discursos del cambio. Imágenes e imaginarios sociales en la España de la transición, 1976-1982*. Madrid: Akal.

Instituto de Sociología Aplicada (1971). *Situación del servicio social en España*. Madrid: Fundación FOESSA.

Ituarte, Amaya (1988). De los Servicios Sociales al Trabajo Social: hacia el reencuentro de nuestra identidad profesional. *Memoria del VI Congreso Estatal de Trabajadores Sociales y Asistentes Sociales* (pp. 147-158). Oviedo: Consejo General de Trabajo Social.

Ituarte, Amaya (1990). Trabajo Social y Servicios Sociales: aportes para una clarificación necesaria. *Documentación Social* nº79, 49-63.

Jónnasdóttir, Ana (1993). *El poder del amor*. Madrid, Cátedra.

Juliá, Santos. (1994). *Orígenes sociales de la democracia española. Ayer*, nº15. Madrid: Asociación de Historia Contemporánea.

Karsz, Saúl (2007). *Problematizar el trabajo social. Definición, figuras, clínica*. Barcelona: Gedisa.

Kisnerman, Natalio (1981). *Introducción al Trabajo Social*. Buenos Aires: Humanitas.

Klein, Viola (1980). *El carácter femenino, historia de una ideología*. Barcelona: Paidós.

Lacalzada, M^a José (2015). *Fundamentos del estado de bienestar: la reforma social (1843-1919). Textos, claves y sugerencias de lectura*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.

Lagarde, Marcela (1998). *Identidad genérica y feminismo*. Sevilla: Instituto Andaluz de la Mujer.

Lakoff, George y Johnson, Mark (1986). *Metáforas De la Vida Cotidiana*. Madrid: Cátedra.

Lakoff, George (2007). *No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político*. Madrid: Editorial Complutense.

Larrumbe, María Ángeles (2002). *Una inmensa minoría. Influencias y feminismo en la transición*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza

Larrumbe, María Ángeles (2004). *Las que dijeron no. Palabras y acción del feminismo en la transición Zaragoza*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.

Larrumbe, María Ángeles (2009). *Vindicación Feminista. Antología facsímil de textos 1976-1979*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.

Laufer, Jaqueline; Marry, Catherine y Maruani, Margaret (Eds.) (2005). *El trabajo del género. Las ciencias sociales ante el reto de las diferencias de sexo*. Valencia: Germania.

Las Heras de, Patrocinio y Cortajarena, Elvira. (1979): *Introducción al Bienestar Social*. Madrid: Federación de Asistentes Sociales.

Las Heras de, Patrocinio (1985). Las jornadas de Pamplona: recuerdo y análisis. *Revista de Servicios Sociales y Política*, nº3, 35-36.

Las Heras de, Patrocinio. (2000). *La construcción histórica de una profesión*. En II Foro de Trabajo Social, Pasado, presente y futuro, Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.

Leuck, Miriam Simons (1926). *Fields of work for women*. New York: D. Appleton.

Lipovetsky, Gilles (2007). *La felicidad paradójica: ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona: Anagrama.

Lizcano, Emmánuel (2003). Castoriadis, la autonomía y lo imaginario colectivo. *Revista Anthropos: huellas del conocimiento*, 189, 189-209.

Lizcano, Emmánuel (2006). *Metáforas que nos piensan. Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones*. Madrid: Traficantes de sueños.

Llovet, Juan José y Usieto, Ricardo (1990). *Los trabajadores sociales. De la crisis de identidad a la profesionalización*. Madrid: Popular.

Lorente, Belén. (2009). Perspectivas de género y trabajo social. Construyendo método desde el paradigma intercultural. *Portularia*, 4: 87-94.

MacKinnon, Catharine A. (1995). *Hacia una teoría feminista del Estado*. Madrid: Cátedra.

Maruani, Margaret, Rogerat, Chantal y Torns, Teresa (2000). *Las nuevas fronteras de la desigualdad*. Barcelona: Icaria.

Maruani, Margaret (2000). De la sociología del trabajo a la sociología del empleo. *Política y sociedad* nº34, 9-17.

Maruani, Margaret (2007). Tiempo, trabajo y género. En Prieto, Carlos (Coord.), *Trabajo, género y tiempo social* (pp. 85-91). Madrid: Hacer editorial y Editorial Complutense.

Martin Estalayo, Maribel (2009). Ocho posibilidades de entender (o no) el Trabajo Social. *Cuadernos de Trabajo Social* nº 22, 227-241

Martin Estalayo, Maribel (2012). *La construcción de la identidad en Trabajo Social*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid, España.

Martin Estalayo, Maribel (2018). El orgullo en Trabajo Social: Mujer, poder, conocimiento y profesión. *Cuadernos de Trabajo Social* nº 31 (2), 309-320.

Martín Palomo, M^a Teresa (2008). Domesticar el trabajo: una reflexión a partir de los cuidados. *Cuadernos de Relaciones Laborales* nº 26(2), 13-44.

Martínez, Fco. Javier (2017). Maternidad y primer franquismo. *Revista de Comunicación y Salud*, nº7, 151-172.

Marugán Pintos, Begoña (2009). Pasando a la acción: feminismos, violencia, institucionalización. En María Jesús Miranda, María Teresa Martín y Begoña Marugán (eds.). *Amor, Razón y Violencia* (pp. 231-241). Madrid: Los libros de la Catarata.

Marugán Pintos, Begoña (2014). Trabajo de cuidados. *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, nº7, 215-223.

Marugán, Begoña, Miranda; M^a Jesús y Mato, Marta (2013). El poder de los géneros y los géneros del poder. *Encrucijadas. Revista crítica de ciencias sociales* nº5: 12-29.

Marugán Pintos, Begoña y Miranda López, M^a Jesús (2018). *Feminismos: una mirada desde la sociología*. Madrid: Ediciones Complutense.

Mateos-Silveira, Rosana (2013). Trabajo Social en España: contextos históricos, singularidades y desafíos actuales. *Revista Katálisis* vol. 16, 1001-113.

Mayayo, Patricia (2003). *Historia de mujeres, historia del arte*. Madrid: Cátedra.

Maza, Elena (1987): *Pobreza y asistencia social en España, siglos XVI al XX*. Valladolid: Universidad de Valladolid.

Millet, Kate (1995). *Política Sexual*. Madrid: Cátedra.

Mira Abad, Alicia y Moreno Seco, Mónica (2004). Maternidad y evolución de la identidad femenina en la España del siglo XX. En María Isabel Del Val Valdiviosa y Otras (Coords.). *La historia de las mujeres: una revisión historiográfica* (pp. 315-334). Valladolid: Universidad de Valladolid-AEIHM.

Miranda, Miguel (2004). *De la caridad a la ciencia. Pragmatismo, Interaccionismo simbólico y Trabajo Social*. Zaragoza: Mira editores.

Miyares, Alicia (2003). *Democracia feminista*. Valencia: Cátedra.

Moebius, P. J. (1900). *La inferioridad mental de la mujer (La deficiencia mental fisiológica de la mujer)*. Madrid: Sempere y Compañía editores.

Moix, Manuel (1991). *Introducción al Trabajo Social*. Madrid: Trivium.

Molina, Álvaro (2013). *Mujeres y hombres en la España ilustrada: identidad, género y visualidad*. Madrid: Cátedra.

Molina, M^a Victoria. (1994). *Las enseñanzas del Trabajo Social en España 1932-1983. Estudios socio-educativo*. Madrid: Universidad Pontifica Comilla.

Montero García, Feliciano (1986). Catolicismo y reforma social en el tránsito del siglo XIX al XX. En *De la beneficencia al bienestar social. Cuatro siglos de acción social*. Consejo General de Colegios de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales (pp. 167-176). Madrid: Siglo XXI.

Morales, Amelia (2010): *Género, mujeres, Trabajo Social y sección Femenina. Historia de una profesión feminizada y con vocación feminista*, Tesis doctoral. Universidad de Granada, España.

Morán Castillo, José María (2015). *La profesionalización del Trabajo Social en España: un análisis desde la epistemología histórica*. Tesis doctoral. Universidad Pablo de Olavide, Sevilla.

Morant, Isabel (dir.) (2006). *Historia de las mujeres en España y América Latina*. Madrid: Cátedra.

Morcillo, Aurora (2015). *En cuerpo y alma. Ser mujer en tiempos de Franco*. Madrid: siglo XXI.

Morel, Antonio (2002). *Legitimación social de la pobreza*. Barcelona: Anthropos.

Moreno, Amparo (1977). *Mujeres en lucha: el movimiento feminista en España*, Barcelona: Anagrama.

Moreno, Luis y Perez Truela M. (comp.) (1992). *Política social y estado de bienestar*. Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.

Morib, Edgar (2004). *Introducción al pensamiento complejo*. Mexico: Gedisa.

Murillo, Soledad (1988). La perspectiva de género en la práctica profesional del Trabajo Social. *Servicios Sociales y Política Social*, nº45, 23-40.

Naciones Unidas (1963). *The Relationship between Social Security and Social Services*. Naciones Unidas: New York.

Nash, Mary. (Ed.) (1984). *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*. Barcelona: Ediciones del Serbal.

Nash, Mary (2004). *Mujeres en el mundo: historia, retos y movimientos*. Madrid: Alianza.

Nash, Mary (2014). Nuevas mujeres de la transición. Arquetipos y feminismos. En Mary Nash (coord.), *Feminidades y masculinidades* (pp. 189-216). Madrid: Alianza.

Nelken, Margarita (1922). *La condición social de la mujer en España*. Madrid: Minerva.

Nielfa, Gloria (Ed) (2003). *Mujeres y hombres en la España franquista: sociedad, economía, política, cultura*. Madrid: Editorial Complutense.

Nogueiras, Belén (2018). *La teoría feminista aplicada al ámbito de la salud de las mujeres: discursos y prácticas (España, 1975-2013)*. Tesis doctoral. Universidad Complutense.

Nogues, Luis y Zamanillo, Teresa (1988). Sobre el contenido de la disciplina de Trabajo Social. *Cuadernos de Trabajo Social*, nº1, 95-102.

Nuño Gómez, Laura (coord.) (1999). *Mujeres: de lo privado a lo público*. Madrid: Tecnos.

Oliva, Asunción (2009). *La pregunta por el sujeto de la teoría feminista*. Madrid: Ediciones Complutense.

Osborne, Raquel (1993). *La construcción sexual de la realidad*. Madrid: Cátedra.

Offen, Karen (2015). *Feminismos europeos, 1700-1950*. Madrid. Akal.

Otero, Luis (2004). *La Sección Femenina*. Madrid: Edaf.

Palacio Morena, Juan Ignacio (1988). *La institucionalización de la reforma social en España (1988-1924)*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Pateman, Carole (1988). The patriarchal Welfare State: women and democracy. En Gutmann, Amy (ed.) *Democracy and the welfare state*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Pelegrí, Xavier (1995). El treball social coma professió. *Revista de Treball Social*, nº137, 16-33.

Pelegrí, Xavier (2004). El poder en el trabajo social. Una aproximación desde Foucault. *Cuadernos de Trabajo Social*, nº 17, 21-43.

Pelegrí, Xavier (2018). Repensando el poder de los profesionales de trabajo social. *Revista de Treball Social* nº 212, 31-46.

Pérez Cosín, José Vicente (2005). *El Trabajo Social: sus imágenes y su público. La construcción de una identidad colectiva*. Tesis doctoral. Universidad de Valencia, España.

Perrot, Michelle (2008). *Mi historia de las mujeres*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Polany, Karl (2006). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Porcel, Amparo (1980). El trabajo social en Cataluña en los años 70. *Revista de Treball Social* nº 70, 7-188.

Posada Kubissa, Luisa (2015). *Filosofía, crítica y (re)flexiones feministas*. Madrid: Fundamentos.

Preston, Paul (1986). *El triunfo de la democracia en España 1969-1982*. Barcelona: Plaza&Janés.

Prieto, Carlos (1993). El lugar de la clasificación profesional en las relaciones de trabajo asalariado. *Economía y sociología del trabajo* nº21-22, 33-40.

Prieto, Carlos (1999). Los estudios sobre mujer, trabajo y empleo: caminos recorridos, caminos por recorrer. *Política y sociedad* nº32, 141-149.

Prieto, Carlos (2000). Trabajo y orden social: de la nada a la sociedad de empleo (y su crisis). *Política y Sociedad* nº 34, 19-32.

Prieto, Carlos (2007), (coord.). *Trabajo, género y tiempo social*. Madrid: Hacer editorial y Editorial Complutense.

Prieto, Carlos y Serrano, Amparo (2013). Los cuidados entre el trabajo y la vida. *Cuadernos de Relaciones Laborales* nº31 (1), 11-26.

Prieto, Carlos (2004). Sentido y valor del tiempo de trabajo profesional. Género y representaciones de la “vida personal”. *Trabajo: Revista andaluza de relaciones laborales* nº13, 37-58.

Puleo, Alicia (2008). Los derechos humanos, un legado a la modernidad. En Fernando Quesada (coord.), *Ciudad y ciudadanía, senderos contemporáneos de la filosofía política* (pp.185-204). Madrid: Trotta.

Quirosa-Cheyrouze, Rafael. (coord.) (2007): *Historia de la transición en España. Los inicios del proceso democratizador*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Ramos, M. R. (Coord.) (2014): *Tejedoras de ciudadanía. Culturas políticas, feminismos y luchas democráticas en España*. Málaga: Universidad de Málaga.

Red, Natividad (1999). La formación en Trabajo Social en España. *Cuadernos Andaluces de Bienestar Social*, nº5, 103-130.

Recio, Félix (2010). El enfoque arqueológico y genealógico. En Manuel G. Ferrando, Jesús Ibañez y Francisco Alvira (comp.) *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación* (pp. 625-641). Madrid: Alianza Editorial.

Richmond, Kathleen (2004). *Las mujeres en el fascismo español: la Sección Femenina de la Falange, 1943-1959*. Madrid, alianza.

Robertis de, Cristina (1992). *Metodología de la intervención para el trabajo social*. Buenos Aires: Ateneo.

Roca, Neus y Cárdenas, Maribel (2002). Intervención social con perspectiva de género. *Revista de Treball Social*, 195, 9-22.

Roca i Girona, J. (2003). Esposa y madre a la vez. Construcción y negociación del modelo ideal de mujer bajo el (primer) franquismo. En Gloria Niefra (ed.) *Mujeres y hombres en la España franquista: sociedad, economía, política y cultura* (pp. 45-67). Madrid: Editorial Complutense.

Rodríguez, Alfonsa y Zamanillo, Teresa (2011). El pensamiento complejo de Mary Richmond: algo más que una ventana al pasado. *Revista Cuadernos de Trabajo Social* nº 24: 69-84.

Rodríguez Cabrero, Gregorio (1989). Política social en España: realidades y tendencias. En Rafael Muñoz de Bustillo (comp.), *Crisis y futuro de estado del bienestar* (pp. 183-204). Madrid: Alianza.

Rodríguez Cabrero, Gregorio (1989). Orígenes y evolución del Estado de bienestar español en su perspectiva histórica. *Política y Sociedad*, nº2, 79-88.

Rodríguez Cabrero, Gregorio (1990). *El gasto público en Servicios Sociales en España (1972-1989)*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.

Rodríguez Cabrero, Gregorio (2004). *El Estado de bienestar en España: debate, desarrollo y retos*, Madrid, Fundamentos.

Rodríguez López (2010). *El patio de la cárcel. La Sección Femenina de FET-JONS en Almería (1937-1977)*. Sevilla: Centro de estudios andaluces.

Rodríguez Magda, Rosa M^a (1999). *Foucault y la genealogía de los sexos*. Barcelona: Anthropos.

Roldán, Elena y García Giráldez, Teresa (2006). *Políticas de Servicios Sociales*. Madrid: Editorial Síntesis.

Roldán, Elena (2004). *Género, políticas locales e intervención social. Análisis de los servicios de bienestar social municipal para la población femenina en España*. Madrid: Editorial Complutense.

Roldán, Elena y García, Teresa (2010). La representación del nacional-catolicismo franquista en la perspectiva de la mujer. En AA.VV, *El imaginario del Trabajo Social*

en las tesis de fin de estudios 1938-1983 (pp.120-142). Madrid: Universidad Complutense.

Roldán, Elena (2018). *Pioneras del siglo XX. Un relato singular*. Madrid: Sapere.

Rosón, María (2016). *Género, memoria y cultura visual en el primer franquismo*. Madrid: Cátedra.

Rosell, Teresa (1978). 9 años queriendo ser universitarios. *Revista de Treball Social*, nº70, 9-11.

Roviralta Astoul, Raúl (1937). *Los problemas de asistencia social en la nueva España*. Madrid: Fondo Biblioteca Universidad Pontificia de Comillas.

Rubin, Gayle (1975). The traffic in women: notes on the political economy of sex. En Rayna Reiter (ed.), *Toward and antropology of women*. New York: Mounthly review press.

Ruzafa Ortega, Rafael (ed.) (2004). *La historia a través del cine. Transición y consolidación democrática en España*. Zarautz: Universidad del País Vasco.

Sainsbury, Diane (1994). (Ed.) *Gendering Welfare States*. Londres:Sage.

Sarasa, Sebastián (1993). *El servicio de lo social*. Madrid: Instituto Nacional de Servicios Sociales.

Sarasa, Sebastián y Moreno, Luis. (Comp.) (1995). *El estado del bienestar en la Europa del Sur*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Sau, Victoria (2004). Psicología y feminism(s). En Barberá, Esther, Martínez, Isabel y Bonilla, Amparo (coord.), *Psicología y género* (pp. 107-120). Madrid: Pearson Educación.

Scanlon, Geraldine (1976). *La polémica feminista en la España contemporánea (1968-1974)*. Madrid, Siglo XXI.

Scanlon, Geraldine (1987). La mujer y la instrucción pública: de la Ley Moyano a la II República. *Historia de la educación: Revista interuniversitaria*, Vol 55, nº3, 245-254.

Scott, Joan (1986). Gender: a useful category of historical analysis. *The American review*, vol 91, nº5, 1053-1075.

Scott, Joan W. (1990). El género: una categoría útil para el análisis histórico, En Amelang. James, y Nash, Mary, *Historia y género*. Valencia, España: Edicions Alfons el Magnanim.

Serrano Pascual, Amparo (2005). Regulación supranacional de las políticas de empleo y modelo social europeo: ¿una revolución silenciosa? *Arxius de Ciènces Socials*, 12/13, 179-205.

Serrano Pascual, Amparo; Fernández, Carlos J. y Artiaga, Alba. (2012). *Ingenierías de la subjetividad: el caso de la orientación para el empleo*. *REIS*, 138, 41-62.

Serrano Pascual, Amparo; Artiaga Leiras, Alba y Dávila de León, M^a Celeste (2013). *Crisis de los cuidados, Ley de dependencia y confusión semántica*. *Revista Internacional de Sociología*, 71 (3), 669-694.

Serrano Pascual, Amparo; Artiaga Leiras, Alba y Crespo Suárez (2018). El género de los cuidados: repertorios emocionales y bases morales de la microsolidaridad. En prensa.

Simo, Manuel (1978). ¿Quién teme a los trabajadores sociales?. *Revista de Treball Social*, nº70, 17-19.

Soto, Álvaro (2005). *Transición y cambio en España, 1975-1996*. Madrid: Alianza.

Suárez, Carmen (2009). Las maternidades y el pensamiento feminista. De Simone de Beauvoir a los feminismos de los años sesenta y setenta del siglo XX. En Carmen Suárez (coord.), *Maternidades. (De) construcciones feministas* (pp. 143-170). Oviedo: KRK ediciones.

Suárez Fernández, Luis (1993). *Crónica de la Sección Femenina y su tiempo*. Madrid: Asociación nueva andadura.

Tavera García, Susanna (2011). Las mujeres de la sección de la Falange: una afirmación entre el activismo político y la sumisión patriarcal 1934-1939. En Ana M. Aguado; Teresa María Ortega (eds.). *Feminismos y antifeminismos*. *Culturas*

políticas e identidades de género en la España del siglo XX (pp. 207-228). Valencia y Granada: Publicacions de la Universitat de València y Editorial Universidad de Granada.

Threlfall, Monica (1985). The women's movement in Spain. *New Left Review* nº 151, 45-73.

Travi, Bibiana (2014). Investigación histórica e identidad en Trabajo social. Nuevas y renovadas epistemologías para los nuevos tiempos. *REDSociales*, 5, 37-58.

Trigueros, Isabel (1995). *Manual de prácticas de Trabajo social con las mujeres*. Madrid: Siglo XXI.

Tusell, Javier (2001). *Historia de España*. Madrid: Taurus.

Turbert, Silvia (1996) (Ed.). *Figuras de la madre*. Madrid: Cátedra.

Tubert, Silvia (ed.) (2003). *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Madrid: Cátedra.

Valcárcel, Amelia (1997). *La política de las mujeres*. Madrid: Cátedra.

Valcárcel, Amelia (2008). *Feminismo en el mundo global*. Madrid: Cátedra, Universitat de Valencia e Instituto de la Mujer.

Valiente, Celia (1995). The power of persuasión: the Instituto de la Mujer in Spain. En D.M. Stetson and A.G. Mazur (eds), *Comparative state feminism* (pp. 221-236). California: Sage.

Valiente, Celia (1997). *Políticas Públicas de género con perspectiva comparada*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.

Vallés, Miguel S. (2002). *Entrevistas cualitativas*. Madrid: Centro de Investigaciones sociológicas.

Vallés, Miguel S. (2007). Metodologías y técnicas de investigación. En Manuel Pérez Yruela (coord.), *La sociología en España* (pp. 49-71). Madrid: Centro de Investigaciones sociológicas.

Varela, Julia (1997). *Nacimiento de la mujer burguesa*. Madrid: ediciones La Piqueta.

Vázquez, José María (1971). *Situación del Servicio Social en España*. Madrid: Instituto de Sociología Aplicada.

Velázquez, Angélica (2016). De la caridad religiosa a la beneficencia burguesa: la dávida social y sus imágenes. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, nº38, 43-95.

Viveros, María (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, 1-17.

Walkovitz, Judith (1995). *La ciudad de las pasiones terribles*. Madrid: Cátedra

Zamanillo, Teresa (1987). Fisonomía de los trabajadores sociales. Los problemas de identidad profesional. *Cuadernos de Trabajo Social* nº0, 85-103.

Zamanillo, Teresa y Martín Estalayo, Maribel (2011). La responsabilidad política del Trabajo Social. *Trabajo Social Global* vol. 2, nº3, 97-115.

Zamanillo, Teresa y Gaitán, Lourdes (1991). *Para comprender el Trabajo Social*. Estella: Verbo Divino.

9. ANEXOS

ANEXO I: Guion y temas ejes de las entrevistas a informantes clave

1. Historia profesional/perfil: Edad, tiempo trabajado, puestos. Formación inicial y posterior. Formación inicial en temas de género (en la formación inicial y en durante el periodo 1975-1990).

2. Explicación sobre el hecho de la mayor presencia a lo largo de la historia de mujeres en la profesión de trabajo social. ¿Qué consecuencias y efectos consideras que ha tenido su consideración de una actividad profesional muy feminizada en relación a la legitimidad y reconocimiento de la profesión en España?

3. La recepción del feminismo en el quehacer cotidiano de las y los trabajadores sociales en el periodo 1975-1990 y su influencia en la institucionalización de los Servicios Sociales. ¿Identificas aspectos conceptuales elaborados desde el feminismo que tuvieron recepción e impacto en el diseño y puesta en marcha de servicios, programas en la etapa de institucionalización de los Servicios Sociales?

4. Identificación de las situaciones en las que se incorpora a la mujer como colectivo de intervención social en la puesta en marcha de los servicios sociales. ¿Se incorpora con programas dirigidos específicamente a las mujeres o en el marco de programas/proyectos generales?

5. Tipo de conexiones entre el trabajo social y el feminismo (tanto en su dimensión de movimiento social como el feminismo institucional) en el periodo de 1975-1990. Alianzas y desencuentros. ¿Han existido conexiones explícitas y canales de interlocución o se han dado conexiones puntuales a través de personas concretas y no a través de las organizaciones profesionales e institucionales?

6. Consideraciones sobre el espacio que ha ocupado el tema de género en los encuentros profesionales de Trabajo Social en el periodo 1975-1990. Espacios de encuentro de profesionales tales como congresos, jornadas, formación continua y también en la “agenda” de la FEDAAS, el Consejo General de Trabajo Social, el Colegio Profesional de Madrid etc..

7. Percepciones sobre:

7.1 .El desarrollo de un trabajo social con perspectiva de género feminista en España en la etapa 1975-1990. ¿Hubo una incorporación del análisis de género o corresponde a una etapa posterior?

7.2. Identificación de posibles mandatos de género a modo de “*agenda oculta*” en la profesión (heredados) y que estuvieran vigentes en el periodo 1975-1990. ¿Qué tipo de prácticas puedes identificar en la intervención?

7.3. Bajo la explicación de “mujeres trabajadoras sociales” trabajando mayoritariamente con mujeres, ¿se puede considerar que el trabajo social tenía vocación feminista?

7.4. Tipo de obstáculos y de resistencias que se han dado, si se han dado, a la incorporación de la perspectiva de género en la intervención social por parte de los profesionales del TS.

7.5. Bajo una realidad de mayor presencia de mujeres trabajadoras sociales trabajando para mujeres mayoritariamente, ¿se derivan intervenciones con perspectiva de género?.

8. ¿Tenía vigencia en el imaginario colectivo durante el periodo de la transición y la década de los 80 la imagen de “*las asistentes sociales*” ligada a la beneficencia?. ¿Y dentro del movimiento feminista?

9. Consideraciones sobre la vocación feminista del trabajo social en el periodo 1975-1990. ¿Cuándo y cómo se produce la incorporación de la perspectiva de género en el Trabajo Social?. ¿Qué lugar ocupaban los temas de género en la etapa inicial de la institucionalización de los Servicios Sociales en la década de los años 80?, ¿en la organización colegial? y ¿en el ámbito universitario?

ANEXO II: Informantes clave

CLAVE	PERFIL	Fecha de la Entrevista
E.1 (TS)	Trabajadora Social en la Comunidad de Madrid. Responsabilidades en la gestión de los Servicios Sociales.	23/02/2016
E.2 (TS/F)	Trabajadora Social. Militante Feminista. Directora de Escuela de Trabajo Social.	05/05/2016
E.3 (TS)	Trabajadora Social con responsabilidades de dirección en una entidad del Tercer Sector.	12/02/2016
E.4 (TS/P)	Trabajadora Social. Política con presencia en el ámbito local, autonómico y estatal.	01/03/2016
E.5 (TS/E)	Trabajadora Social. Directora de una empresa de gestión de Servicios Sociales.	10/02/2016
E.6 (TS/P)	Trabajadora Social. Impulsora de la organización colegial. Política con presencia en el ámbito local, autonómico y estatal.	13/02/2016
E.7 (TS/U)	Trabajador Social. Docente universitario.	29/01/2016
E.8 (TS)	Trabajadora Social. Directora de Escuela de Asistentes Sociales.	02/03/2016
E.9 (TS/P)	Trabajador Social. Político en el ámbito local. Responsabilidades en la organización colegial.	19/02/2016
E.10 (TS)	Trabajadora Social. Responsabilidades en la organización colegial y en la gestión de políticas de igualdad en el ámbito local.	29/01/2016
E.11 (TS)	Asistente Social jubilada.	03/02/2016
E.12 (TS/U)	Trabajador Social. Docente universitario. Responsabilidades en la organización colegial	02/03/2016
E.13 (MF)	Militante feminista histórica.	08/10/2016
E.14 (TS/U)	Trabajador Social. Docente universitario.	
E.15 (TS)	Trabajadora Social. Responsabilidades en el tercer sector.	25/02/2016
E.16 (TS/U)	Trabajadora Social. Docente universitaria.	18/02/2016
E.17 (TS)	Trabajadora Social jubilada. Al final de su etapa laboral trabajó en organismos de igualdad.	24/02/2016
E.18 (P/MF)	Militante Feminista histórica. Responsabilidades en la organización sindical. Política Municipal.	18/02/2016
E.19 (S/IM)	Socióloga Jubilada. Responsabilidades de gestión de estudios de género en organismo de igualdad.	04/02/2016

ANEXO III: Ilustraciones y cuadros explicativos

ILUSTRACIÓN	DESCRIPCIÓN
Nº 1	Pintura. Francisco de Goya, <i>Retrato de los VI condes de Fernán Nuñez, con sus hijos</i> , 1786, Colección particular.
Nº 2	Pintura. Valeriano Domínguez Bastida Bécquer, <i>Retrato de familia</i> , 1856. Museo de Cádiz.
Nº 3	Pintura. Joaquín Sorolla, <i>La Familia</i> , 1901. Museo de la Ciudad, Valencia.
Nº 4	Fotografía. Tejedora en Val de San Lorenzo (León) Fuente: Diario de León.
Nº 5	Dibujo. Francisco de Goya, <i>Buena mujer, parece</i> . 1804-1814. Museo del Prado. Madrid.
Nº 6	Pintura. Joaquín Sorolla, <i>Madre</i> , 1895. Museo Sorolla. Madrid.
Nº 7	Pintura. Pedro Berruguete, <i>Virgen de la leche</i> , Siglo XV. Museo del Prado, Madrid.
Nº 8	Pintura. El Greco, <i>Sagrada Familia</i> , 1595-96. Hospital de Tavera, Toledo.
Nº 9	<i>Cartel del día de la madre</i> , 945. Colección Carlos Velasco
Nº 10	Estampa. Octave Tassaert, <i>La buena madre</i> , 1830. Museo Nacional del Romanticismo, Madrid.
Nº 11	Cartel de José Espert. Año 1930. Premiado en el concurso organizado por la Escuela Provincial de Puericultura de Valencia.
Nº 12	Fundación Fernando de Castro. <i>Profesoras</i> . Asociación para la Enseñanza de la Mujer, 1870. Madrid.
Nº 13	La buena Juanita, Editorial Saturnino Calleja.
Nº 14	Artículo publicado en el A.B.C., 14 de Marzo de 1968. Fuente: Hemeroteca del ABC.
Nº 15	José Salomé Pina. Pintura, <i>San Carlos Borromeo repartiendo limosna al pueblo</i> , 1853, Museo Nacional de Arte-INBA. Ciudad de Mexico.
Nº 16	Pintura: Jean-Baptiste Greuze <i>La dama de caridad.</i> , 1775. Musée des Beaux Arts de Lyon, Francia.
Nº 17	Pintura de Ángeles Santos, <i>Tertulia</i> . Año 1929. Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. Madrid.
Nº 18	Cartel del Auxilio Social, año 1937. Autor: S. de Tejada. Imprenta litográfica Afrodisio Agudo.
Nº 19	Foto de Pérez de Rozas, hacia 1940. Mercedes Sanz Bachiller en la inauguración de un centro maternal de Auxilio Social en Segovia.
Nº 20	Fotografía de: Agripino Carmín (Madrid). Años sesenta. Fuente: Cátedra Pedro Ibarra, Universitat Miguel Hernández.
Nº 21	Extracto de una cartilla del Servicio Social.

ILUSTRACIÓN	DESCRIPCIÓN
Nº 22	Anuncio de la Sección Femenina. Publicado el periódico ABC, edición de la mañana del 22 de agosto de 1969, pag. 23.
Nº 23	Fotografía de Chema Conesa. Manifestación feminista del Día de la Mujer de 1978 en Madrid.
Nº 24	Pancarta en la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Complutense de Madrid. Curso 2017/2018.

Nº CUADRO	DESCRIPCIÓN
Nº 1	Instituciones y Centros propios de la Sección Femenina
Nº 2	Instituciones de Auxilio Social. Año 1964
Nº 3	Resumen normativo del Estado Autoritario de Bienestar
Nº 4	Escuelas de formación
Nº 5	Congresos y encuentros de Trabajo Social en el periodo 1968-1977
Nº 6	Congresos y encuentros de Trabajo Social (1980-1992)

ANEXO IV: Cronología de hitos en la historia de la Acción Social y el Trabajo Social

Año	ACONTECIMIENTOS
1822	Ley de 6 de febrero de municipalización de la Beneficencia en España.
1849	Ley General de Beneficencia Social. Primera ley en el Estado español que regula la asistencia social pública.
1855	Ley Orgánica de Sanidad, sancionada por Isabel II, el 28 de noviembre de 1855. Estará vigente hasta el último cuarto del siglo XX, con la promulgación de la Ley General de Sanidad en 1986.
1863	Creación de Cruz Roja Española
1883	Se crea la Comisión de Reformas Sociales.
1883	Realización del I Congreso Nacional Sociológico
1891	Encíclica Rerum Novarum
1899	Primera escuela de asistencia social de Amsterdam.
1900	Ley de Accidentes de trabajo de 30 de enero
1903	Se crea por decreto 23 de abril el Instituto de Reformas Sociales (IRS).
1908	Se crea el Instituto Nacional de Previsión (INP).
1917	Publicación de Social Diagnosis de Mary E. Richmond
1918	Creación de ANME, Asociación Nacional de Mujeres de España.
1919	Margarita Nelken publica su obra <i>La condición social de la mujer en España</i>
1919	Se crea Acción Católica Femenina.
1920	Clara Campoamor funda la Asociación de la Juventud Universitaria Femenina.
1920	Creación del Ministerio de Trabajo en España
1920	Bajo los auspicios del Cardenal Mercier se fundó en Bélgica la primera Escuela Católica de Servicio Social. En esta Escuela se formaron los primeros profesores de las Escuelas pioneras del Trabajo Social en España.
1921	Se crea el Servicio Social Internacional con sede en Ginebra. Se crea para atender a las personas desplazadas por la I Guerra Mundial
1925	Se crea la Unión Católica Internacional del Servicio Social (UCISS) por el doctor René Sand.
1926	Se funda el Comité Femenino de Mejoras Sociales en Barcelona.
1928	I Conferencia Internacional del Servicio Social en París. Creación de Escuelas de Servicio Social en Brasil, Venezuela y Chile.

Año	ACONTECIMIENTOS
1929	Constitución de la Asociación Internacional de Escuelas de Servicio Social (IASSW), con sede de Nueva York.
1929	I Congreso Católico de Beneficencia Nacional en España.
1932	Apertura de la primera Escuela de Asistencia Social para la Mujer en Barcelona. La primera promoción de profesionales se diploma en 1934.
1933	Creación de la Falange Española
1934	Creación de la Sección Femenina de la Falange.
1936	Creación de Auxilio de Invierno en Valladolid.
1937	I Consejo Nacional de la Sección Femenina. Nace el Auxilio Social.
1939	Decreto-Ley de 28 de diciembre en el que la Jefatura del Estado encomendó a la Delegación Nacional de la Sección Femenina, con carácter exclusivo, la formación política, educación profesional y la formación para el hogar, de las mujeres pertenecientes a los Centros de Educación y Trabajo.
1939	Primera Escuela de Asistentes Sociales en Madrid: Escuela de Formación Social y Familiar “Escuela de Lagasca”. Patrocinada por el Consejo Superior de las Mujeres de Acción Católica de España.
1941	Creación del Patronato de Protección a la Mujer
1941	Orden Ministerial de 16 de octubre por el que se considera obligatorias las materias de educación física, hogar y educación política en los centros de enseñanza (BOE de 18 de octubre).
1945	Aprobación del Fuero de los Españoles
1952	España miembro de la UNESCO
1953	Firma del Concordato con la Santa Sede
1953	Primera Escuela de Asistentes Sociales de la Sección Femenina: Escuela de Visitadoras Sociales Psiquiátricas de Barcelona.
1954	Escuela de Formación Familiar Social de Madrid
1955	Ingreso de España en la ONU
1955	Escuela de Asistentes Sociales Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul en Madrid.
1955	Cáritas Española y el Centro de Sociología aplicada comienzan la publicación de la revista Documentación Social.
1956	Se constituye la Federación Internacional de Trabajadores Sociales (FITS) en Munich
1957	Creación de la Sección de Cáritas
1958	Inicio de la creación de Escuelas de Asistentes Sociales impulsadas por la Sección Social de Cáritas que generó un total de quince Escuelas y surgimiento de la denominada “Confederación Católica de Escuelas en la Iglesia de Asistentes Sociales” que más tarde recibirá el nombre de Federación Española de Escuelas de la Iglesia de Servicio Social (FEEISS).
1959	ONU: grupo de expertos define Servicio Social.

Año	ACONTECIMIENTOS
1959	Plan Estabilización Nacional
1960	Concilio Vaticano II
1960	Nace el Seminario de Estudios Sociológicos de la Mujer
1960	Fundación de la Revista Treball Social en Cataluña, será impresa a partir de 1965.
1961	Ley de 21 de julio de 1960 por la que se crea el Fondo Nacional de Asistencia Social
1961	Creación del Fondo Nacional para el fomento de la Igualdad de Oportunidades.
1961	Ley de 15 de julio de derechos políticos, profesionales y de trabajo de la mujer.
1962	Orden de 22 de febrero (BOE de 6 de marzo de 1962) por la que se crea la Junta para la reglamentación de la profesión de Técnico de Asistencia Social.
1963	Ley 191/1963 de 27 de octubre por la que se aprueba el I Plan de Desarrollo Económico y Social para el periodo 1964-67.
1964	Reconocimiento y reglamentación de las enseñanzas de Asistencia Social. Decreto 1403/1964, de 30 de abril (BOE de 15 de mayo).
1964	Orden ministerial de 31 de julio de 1964 por la que se aprueba el Plan de estudios y cuadro horario de las enseñanzas de Asistencia Social (BOE de 12 de agosto).
1964	Nace el Movimiento Democrático de Mujeres
1966	Orden Ministerial de 25 de octubre por la que se establece que <i>“los alumnos que hayan conseguido aprobar el examen final de Asistente Social podrán solicitar la expedición del correspondiente Título de Técnico de Grado Medio”</i> .
1966	Ley de Bases de la Seguridad Social.
1967	Se constituye la Federación Española de Asociaciones de Asistentes Sociales (FEDASS).
1967	Creación de la Escuela Oficial de Asistentes Sociales en Madrid. Decreto 986 de 20 de abril (BOE de 17 de mayo).
1967	Modificación de la Ley de Derechos políticos, profesionales y del trabajo de la mujer.
1968	I Congreso Nacional de Asistentes Sociales. Barcelona
1968	Se crea la Federación Nacional de Asociaciones de Amas de Casa.
1968	La Delegación Nacional de Auxilio Social se transforma en Instituto Nacional de Auxilio Social.
1968	Ley de 5 de diciembre que concede a la mujer casada derecho a ser elector y elegible.
1969	El Ministerio de Educación presenta el Libro Blanco sobre la Reforma Educativa. Las Escuelas de Asistentes Sociales son olvidadas en el texto.

Año	ACONTECIMIENTOS
1969	Comienza a publicarse la primera revista especializada en Trabajo Social en España, <i>Revista de Treball Social</i> (RTS).
1969	Resolución de la Dirección General del Instituto Nacional de Previsión por la que se convocan oposiciones para cubrir plazas de Asistentes Sociales del cuerpo de Servicios Sanitarios.
1970	Ley 14/1970, ley General de Educación y Financiamiento de la Reforma Educativa
1970	El Instituto de sociología aplicada publica Situación del Servicio Social en España, coordinado por el dominico José M ^a Vázquez, por encargo de la Conferencia Episcopal Española.
1971	Se fundan la Asociación de mujeres juristas, asociación de mujeres empresarias y la asociación de mujeres separadas.
1972	Ley de 22 de julio que reduce la mayoría de edad de las mujeres de 25 a 21 años.
1972	II Congreso Nacional de Asistentes Sociales “ <i>El Asistente Social y la evolución del Trabajo Social</i> ”, en Madrid. Se define al asistente social como agente de cambio.
1973	Orden Ministerial de 3 de julio de regulación del acceso de los Asistentes Sociales a los estudios universitarios (BOE de 11 de julio).
1973	FEDAS (Federación Española de Asistentes Sociales) celebra el “Simposium Europeo del Consejo Internacional de Bienestar Social” en Granada.
1974	El Instituto Nacional de Auxilio Social se transforma en Instituto Nacional de Asistencia Social (INAS).
1974	Resolución 67, de 29 de junio, del Comité de Ministros de Europa para los estudios de Trabajo Social.
1975	Año Internacional de la Mujer. I Conferencia Mundial en Mexico.
1975	Celebración de las I Jornadas Nacionales para la Liberación de la Mujer.
1976	I Jornadas Catalanas de la Donna
1976	III Congreso Nacional de Asistentes Sociales en Sevilla.
1977	Adhesión de España al Consejo de Europa
1977	Primeras elecciones legislativas de la democracia.
1977	Pactos de la Moncloa
1977	Disolución de la Sección Femenina. Real decreto Ley 23/1977 de 1 de abril (BOE 15 de abril).
1977	Ley 3/1977 de 4 de enero de Jefatura del Estado por la cual se crea el Cuerpo Nacional Especial de Asistentes Sociales (BOE de 8 de Enero). Convocatoria d 113 plazas de asistente social por la Dirección General de Asistencia Social.
1977	III Jornadas Nacionales de Asistentes Sociales “Realidad del Trabajo Social y Perspectivas Generales” (Pamplona 25-30 de septiembre).

Año	ACONTECIMIENTOS
1978	El claustro de la Universidad Complutense vota negativamente la integración de la Escuela Oficial de Asistentes Sociales (14 de febrero de 1978).
1978	Curso del Ministerio de Cultura para reconvertir a antiguos funcionarios de Sección Femenina en “Animadores de Desarrollo Comunitario”.
1979	Publicación del libro “Introducción al Bienestar Social”
1979	Jornadas Feministas Estatales en Granada.
1980	IV Congreso Estatal de Asistentes Sociales “Por unos servicios sociales para todos”, en Valladolid. Se aprueba el primer manifiesto de los Asistentes Sociales a la sociedad española.
1981	Real Decreto 1850/1981, de 20 de agosto, sobre incorporación a la Universidad de los estudios de Asistentes Sociales en Escuelas Universitarias de Trabajo Social.(BOE de 28 de agosto).
1982	Ley 10/1982, de creación de Colegios Oficiales de Asistentes Sociales (BOE de 26 de abril). Disolución de la FEDASS y se constituye el Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales de España.
1983	Ley 16/1983, de creación del Instituto de la Mujer.
1983	Decreto 2632/1983, de 10 de septiembre, por el que se integra la Escuela Oficial de Asistentes Sociales en la Universidad Complutense de Madrid como Escuela Universitaria de Trabajo Social.
1984	V Congreso Estatal de Trabajadores Sociales en Leioa (Vizcaya).
1984	Se inicia la publicación de la revista “Servicios Sociales y Política Social”.
1984	Se crea INTRESS (Instituto de Trabajo Social y Servicios Sociales) en Barcelona
1985	Ley 7/1985 de 2 de abril, Reguladora de las Bases del Régimen Local
1985	Aprobación del Plan de Estudios de la Escuela Universitaria de Trabajo Social de la Universidad Complutense de Madrid
1986	Ley General de Sanidad
1987	Orden de 8 de mayo de 1987, por la que se desarrolla las disposiciones transitorias segunda y cuarta del Real Decreto 1850/1981, de 20 de agosto, sobre “Convalidación del título de Asistente Social por el de Diplomado en Trabajo Social (BOE 14 de mayo).
1988	VI Congreso Estatal de Trabajadores Sociales y Asistentes Sociales “Trabajo Social: reto de hoy”, en Oviedo.
1988	Se constituye Grupo 5, empresa fundada por trabajadoras sociales de gestión de servicios sociales especializados públicos.

Año	ACONTECIMIENTOS
1990	Acuerdo del Consejo de Universidades de 19 de junio de 1990 para la creación del Área de Conocimiento de Trabajo Social y Servicios Sociales.
1990	Real Decreto 1431/1990, de 26 de octubre, por el que se establece el título universitario oficial de Diplomado en Trabajo Social y las directrices generales propias de los planes de estudios conducentes a la obtención del título (BOE de 20 de noviembre).

10. RESUMEN Y ABSTRACT

El género del Trabajo Social: una reconstrucción genealógica desde una perspectiva de género.

Resumen

Esta investigación parte de la preocupación por conocer la genealogía del Trabajo Social en España desde una perspectiva de género así como de la necesidad de construir una historiografía que visibilice a las mujeres como sujetos protagonistas. Existen numerosos trabajos sobre la historia del Trabajo Social, sin embargo son muy escasos los que abordan la historia y genealogía del Trabajo Social desde una perspectiva de género.

El Trabajo Social es una profesión feminizada, y el objeto de esta tesis es la reconstrucción genealógica del Trabajo Social en España desde una perspectiva de género, indagando en su *ethos* en la historia y en su evolución en España. En el trabajo se presta una especial atención al período 1975-1990 y las relaciones entre el Trabajo Social y el feminismo.

Como objetivos nos hemos planteado, por un lado, construir los procesos de construcción social e histórica del Trabajo Social en España como una profesión “propia” de la mujer, buscando poder aportar elementos de comprensión sobre las lógicas que articulan la feminización de la profesión y su participación en la configuración inicial y su evolución histórica. Otro objetivo ha sido conocer y desvelar las dinámicas que han operado en el mantenimiento del Trabajo Social como profesión subalterna y asociada a un determinado imaginario femenino. Y un tercer objetivo ha estado centrado en la indagación sobre las dificultades que una profesión feminizada ha tenido en la incorporación de la perspectiva de género. Se ha tratado de identificar elementos de explicación de la invisibilización perpetua de

la cuestión de género en la propia configuración y evolución histórica de la disciplina y las razones de la tardía incorporación del análisis feminista. Se ha considerado que esta cuestión es central a la hora de entender la crisis perpetua en la que se aloja la disciplina.

Se trata, por tanto, de una investigación histórico-genealógica dirigida a la reconstrucción del pasado para intentar comprender el presente. Se entiende genealogía como un proceso analítico de identificación y comprensión de la concatenación de acontecimientos que fueron configurando el Trabajo Social como una profesión feminizada. Para ello, esta investigación cuenta con tres ejes que han articulado de forma transversal el desarrollo argumental a lo largo de toda la investigación. Un primer eje analítico trata de vislumbrar el modo en que históricamente la ayuda social y el cuidado, como prácticas asignadas a las mujeres, se desplazan desde el espacio privado hacia la esfera pública; saber cuáles han sido los territorios políticos y códigos morales por los que ha transitado la Asistencia Social y el Trabajo Social en España. Un segundo eje transversal lo constituye el análisis de la interrelación entre el Trabajo Social y las relaciones de género; la evolución de los arquetipos profesionales bajo una representación androcéntrica y las normas de género imperantes. Y el tercer eje explora los distintos y, en ocasiones, contradictorios espacios de intervención a los que se ha dirigido el Trabajo Social.

Los resultados muestran como la identidad y contenido del Trabajo Social en España han sido tallados por los acontecimientos socio-históricos en los que nace y se desarrolla inicialmente bajo la dictadura y el nacional-catolicismo que le vinculan en los primeros años a proyectos benéficos-religiosos-institucionales. Una primera conclusión señala que en los pilares materiales y simbólicos sobre los que se configura el Trabajo Social en España hay una fuerte presencia de una ética religiosa, que conforma y confluye con una feminidad normativa emergente como elemento constituyente, y que se materializa en la formación inicial. El devenir de la profesión ha estado muy condicionado por su proceso de génesis e invención social y la herencia recibida, teniendo que invertir enormes energías en el periodo de la Transición dirigidas a su visibilización y a mostrar la ruptura con las representaciones sociales del sistema benéfico asistencial en el que se configuró

durante el franquismo. Una segunda conclusión es que la búsqueda de una nueva identidad profesional que permita marcar una ruptura con la etapa anterior se articuló en torno a la construcción del sistema público de servicios sociales. El Trabajo Social, implicado en una carrera por el reconocimiento profesional y académico androcéntricas, obvia su identidad como profesión feminizada o su historia como profesión protagonizada por mujeres. Una tercera conclusión es la invisibilización de la cuestión de género en el Trabajo Social. La incorporación de la perspectiva de género se produce de forma más tardía que en otras profesiones. El lento despertar feminista se ha ido produciendo desde dentro, por la existencia de sensibilidades particulares feministas y desde fuera, por la influencia de las políticas de género y los organismos de igualdad. En el seno del Trabajo Social se produce un escaso eco de las teorías feministas en el periodo 1975-1990.

La conclusiones obtenidas se presentan al final de la investigación de forma gráfica, con la identificando de siete etapas, desde la pre-historia del Trabajo Social hasta el año 1990, definidas en función de los tres ejes analíticos explicitados.

Gender in Social Work: a genealogical reconstruction from a gender perspective.

Abstract

This research is based on the concern to know the genealogy of Social Work in Spain from a gender perspective as well as the need to build a historiography that makes women visible as protagonists. There are numerous works on the history of Social Work, however there are very few that approach the history and genealogy of Social Work from a gender perspective.

Social Work is a feminized profession, and the object of this thesis is the genealogical reconstruction of Social Work in Spain from a gender perspective, investigating its ethos in history and its evolution in Spain. In the work special attention is paid to the period 1975-1990 and the relations between Social Work and feminism.

As objectives we have raised, on the one hand, to construct the processes of social and historical construction of the Social Work in Spain as a profession "proper" of the woman, looking for being able to contribute elements of understanding on the logics that articulate the feminization of the profession and its participation in the initial configuration and its historical evolution. Another objective has been to know and reveal the dynamics that have operated in the maintenance of Social Work as a subordinate profession and associated with a certain feminine imaginary. And a third objective has been centered in the investigation on the difficulties that a feminized profession has had in the incorporation of the gender perspective. An attempt has been made to identify elements that explain the perpetual invisibility of the gender issue in the very configuration and historical evolution of the discipline and the reasons for the late incorporation of feminist analysis. This question has been considered central to understanding the perpetual crisis in which the discipline is housed.

It is, therefore, a historical-genealogical research aimed at the reconstruction of the past in order to try to understand the present. Genealogy is understood as an analytical process of identification and understanding of the concatenation of events that were configuring Social Work as a feminized profession. For this, this research has three axes that have articulated in a transversal way the argumental development throughout all the research. A first analytical axis tries to glimpse the way in which historically social aid and care, as practices assigned to women, move from the private space towards the public sphere; to know which have been the political territories and moral codes through which Social Assistance and Social Work have travelled in Spain. A second transversal axis is the analysis of the interrelation between Social Work and gender relations; the evolution of professional archetypes under an androcentric representation and the prevailing gender norms. And the third axis explores the different and sometimes contradictory spaces of intervention to which Social Work has been directed.

The results show how the identity and content of Social Work in Spain have been carved by the socio-historical events in which it was born and developed initially under the dictatorship and the national-Catholicism that link it in the early years to charitable-religious-institutional projects. A first conclusion indicates that in the material and symbolic pillars on which Social Work is configured in Spain there is a strong presence of a religious ethic, which conforms and converges with an emerging normative femininity as a constituent element, and which materializes in initial formation. The future of the profession has been very conditioned by its process of genesis and social invention and the inheritance received, having to invest enormous energies in the Transition period aimed at its visibilization and to show the rupture with the social representations of the charitable welfare system in which it was configured during the Franco regime. A second conclusion is that the search for a new professional identity that allows a break with the previous stage was articulated around the construction of the public system of social services. Social Work, involved in a race for androcentric professional and academic recognition, ignores its identity as a feminized profession or its history as a profession led by women. A third conclusion is the invisibility of gender in Social Work. The incorporation of the gender perspective occurs later than in other

professions. The slow feminist awakening has been taking place from the inside, due to the existence of particular feminist sensitivities and from the outside, due to the influence of gender policies and equality bodies. Within Social Work there was little echo of feminist theories in the period 1975-1990.

The conclusions obtained are presented graphically at the end of the research, with the identification of seven stages, from the pre-history of Social Work to the year 1990, defined according to the three explicit analytical axes.

